

SYLVIA DAY

Sedúceme

Por la autora de la exitosa serie
«Crossfire»



Lectulandia

A la implacable lady Maria Winter no le queda más remedio que recurrir a su belleza para averiguar por qué el famoso pirata Christopher St. John ha sido puesto en libertad cuando estaba condenado a muerte. Por su parte, Christopher se verá obligado a utilizar sus legendarias habilidades de seducción para descubrir los secretos que esconde la joven y así poder salvar su vida.

Atrapados en un peligroso juego de engaño y deseo, ambos están decididos a ganar su batalla. Lo que no podían imaginar es que cuando llegara el enfrentamiento final se rendirían incondicionalmente el uno al otro.

Lectulandia

Sylvia Day

Sedúceme

Georgian II

ePub r1.0

sleepwithghosts 20.03.14

Título original: *Passion for the Game*

Sylvia Day, 2007

Traducción: Anna Turró i Casanovas

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Kate Duffy, la diosa editorial.
Por todo lo que ha hecho por mí, pero especialmente
por querer mis libros tanto como yo.
Me encanta escribir para ti*

1

—Si todos los ángeles de la muerte tuviesen tu belleza, los hombres harían cola para morir.

Maria, lady Winter, cerró la tapa de la cajita de esmalte con decisión. El asco que sintió por el hombre sentado detrás de ella y que había visto reflejado en el espejo, le revolvió el estómago. Respiró hondo y mantuvo la vista fija en el escenario, a pesar de que su atención siguió fija en su increíblemente atractivo acompañante, sentado entre las sombras del palco que ella ocupaba.

—Ya llegará tu turno —murmuró, manteniendo la compostura ante los impertinentes que la apuntaban.

Esa noche llevaba un vestido de seda roja con mangas de encaje negro. Era el color que vestía más a menudo. Pero no porque le sentase bien a su físico español —pelo negro, ojos oscuros, piel aceituna— sino porque era una señal de advertencia. «Sanguinaria. Mantente alejado de mí».

«La Viuda de Hielo —susurraban los chismosos—. Lleva dos maridos muertos... y sigue sumando».

El ángel de la muerte. Cuánta razón tenían. Todo el mundo moría a su alrededor, excepto el hombre que la había condenado a vivir en el infierno.

La risa que sintió junto al hombro le erizó la piel.

—Hace falta alguien mucho más peligroso que tú, mi querida hija, para darme mi merecido.

—Tu merecido será mi daga en el corazón —siseó ella.

—Ah, pero entonces no podrás reunirte jamás con tu hermana, y eso que está a punto de alcanzar la mayoría de edad.

—Ni se te ocurra amenazarme, Welton. Cuando Amelia se case, sabré dónde está y ya no te necesitaré para nada. Tenlo muy presente cada vez que se te pase por la cabeza hacerle a ella lo que me hiciste a mí.

—Podría venderla como esclava —sugirió él, arrastrando la voz.

—Das por hecho, erróneamente, que no he anticipado esta clase de amenaza. —Se tocó la lazada del codo y consiguió esbozar una sonrisa y disimular el terror que sentía—. Si haces eso, lo sabré. Y entonces morirás.

Vio que él se asustaba y la sonrisa de Maria se convirtió en genuina. Ella tenía dieciséis años cuando Welton le había robado la vida. Lo único que conseguía hacerla reaccionar cuando el miedo por su hermana amenazaba con paralizarla era pensar en el día en que se lo haría pagar.

—St. John.

El nombre permaneció suspendido en el aire entre los dos.

Maria se quedó sin aliento.

—¿Christopher St. John?

Era raro que algo consiguiera sorprenderla. Tenía veintiséis años y creía haberlo visto y haberlo hecho casi todo.

—Tiene mucho dinero, pero casarme con él destrozaría mi reputación y entonces dejaría de serte útil para tus maquinaciones.

—Esta vez no será necesario que te cases con él. Todavía no se me ha acabado la fortuna de lord Winter. Sólo necesito información. Creo que van a ofrecerle algún acuerdo y quiero saber por qué y, lo más importante, quiero saber quién lo ha librado de la cárcel.

Maria se alisó la falda roja alrededor de las piernas. Sus dos anteriores esposos habían sido agentes de la Corona y le habían resultado de mucha utilidad a su padrastro. Ambos habían sido también nobles y extremadamente ricos y, después de su muerte, una parte importante de su fortuna había pasado a Welton a través de ella.

Levantó la cabeza y observó el teatro, aunque sólo se fijó en el humo que salía de las velas y los reflejos dorados que producían las llamas. La soprano que había en el escenario se esforzaba por captar la atención del público, pero nadie había ido allí para verla a ella. La aristocracia asistía a la ópera para verse unos a otros, nada más.

—Interesante —murmuró Maria al recordar uno de los dibujos que había del famoso pirata.

St. John era enormemente guapo y tan letal como ella. Sus aventuras eran legendarias y muchas se habían convertido en historias tan fantásticas que era imposible que fuesen ciertas. A todo el mundo le fascinaba hablar de St. John y había apuestas por doquier acerca de cuánto tiempo lograría escapar de la horca.

—Tienen que estar desesperados si han decidido perdonarle la vida. Se han pasado años buscando pruebas de sus pillajes y ahora que las tenían lo han soltado. Me atrevería a decir que nadie está contento con esa decisión.

—No me importa si están contentos o no —señaló Welton con grosería—. Lo único que quiero saber es a quién puedo chantajear a cambio de mi silencio.

—Tienes mucha fe en mis encantos —dijo ella, tragándose la bilis que le llenaba la boca.

Pensar en las cosas que se había visto obligada a hacer para proteger y servir al hombre que más detestaba... Levantó el mentón. No, no lo había hecho para proteger y servir a su padrastro. Sencillamente, lo necesitaba vivo. Si lo mataban, jamás encontraría a Amelia.

Welton ignoró el sarcasmo.

—¿Puedes hacerte una idea de lo valiosa que sería esa información?

Ella asintió de un modo casi imperceptible, consciente del escrutinio al que estaba sometida en todo momento. La alta sociedad sabía que sus esposos no habían fallecido de muerte natural, pero carecían de pruebas que lo demostrasen. A pesar del

morbo que causaba su presunta culpabilidad, a Maria la invitaban a las fiestas más importantes. Ella era infame. Y nada daba más clase a un evento que un toque de infamia.

—¿Cómo daré con él?

—Tienes tus métodos.

Se puso en pie y se acercó a ella entre las sombras del palco, pero Maria no se dejó amedrentar. Dejando aparte la preocupación que sentía por Amelia, ya no le daba miedo nada.

Los dedos de Welton se enredaron en uno de sus rizos.

—El pelo de tu hermana se parece mucho al tuyo. Ni siquiera el polvo consigue hacerle perder brillo.

—Vete de aquí.

La risa de Welton se quedó en el palco después de que él desapareciera tras las cortinas que conducían al pasillo. ¿Cuántos años más tendría que soportar ese sonido? Los investigadores que trabajaban para ella no lograban encontrar nada de valor; su hermana había sido vista en algunos lugares, pero nunca encontraban el rastro. Había estado a punto tantas veces... Pero Welton siempre iba un paso por delante.

Y el alma de Maria se oscurecía más y más con cada una de las victorias de su padrastro.

—No se deje engañar por su aspecto delicado. Sí, es bajita y delgada, pero es como una víbora lista para atacar.

Christopher St. John se sentó más cómodamente en su silla e ignoró al agente de la Corona que compartía palco con él. Tenía los ojos fijos en la mujer vestida de seda roja que estaba sentada en el otro lado del teatro. Él se había pasado toda la vida entre la escoria de la sociedad y reconocía a una alma gemela cuando la veía.

Ese vestido le daba el aspecto de una sensual y cálida sirena española, pero lady Winter era tan fría como proclamaba su título nobiliario. Y la misión de Christopher consistía en hacerla entrar en calor, introducirse en su vida y averiguar todo lo que pudiera sobre ella para que ocupase su lugar en la horca.

Una misión repugnante. Pero a él le parecía un intercambio justo. Él era un ladrón y un pirata y ella una viuda sanguinaria.

—Como mínimo, tiene a doce hombres trabajando para ella —le explicó el vizconde Sedgewick—. Algunos vigilan los muelles, otros peinan el campo. Su interés por la agencia es obvio y letal. Con la reputación de usted cuando se trata de peligro, hacen muy buena pareja. Estamos seguros de que si se ofrece a ayudarla, no podrá resistirse.

Christopher suspiró; no le hacía ninguna gracia compartir cama con la Viuda de Hielo. Conocía de sobra a las mujeres como ella, demasiado preocupadas por su

aspecto físico como para disfrutar de un buen revolcón. Lady Winter dependía de su físico para atraer a un pretendiente rico y así poder ganarse la vida; seguro que no querría sudar ni cansarse demasiado. Podría echarle a perder el peinado.

—¿Puedo irme ya, milord? —preguntó Chistopher con un bostezo.

Sedgewick negó con la cabeza.

—Tiene que empezar de inmediato o perderá su oportunidad.

Christopher tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para morderse la lengua. En la agencia no tardarían en descubrir que él no bailaba al son de nadie.

—Deje que yo me ocupe de los detalles. Usted quiere que establezca una relación personal y profesional con lady Winter y eso haré.

Christopher se puso en pie y se alisó la chaqueta.

—Pero una mujer como ella, que busca casarse por dinero, nunca dejará que la corteje un soltero como yo, por lo que tendremos que empezar con la relación profesional y terminar sellándola con sexo. Así es como funcionan las cosas.

—Es usted un individuo escalofriante —declaró Sedgewick.

Christopher lo miró por encima del hombro al apartar la cortina del palco.

—Y hará bien en recordarlo.

La sensación de que la estaban observando como si fuese una presa a Maria le erizó el vello de la nuca. Ladeó la cabeza y se fijó en todos los palcos sin ver nada inusual en ellos. Sin embargo, su instinto la había mantenido con vida mucho tiempo y confiaba ciegamente en él.

Alguien sentía algo más que curiosidad por ella.

Las voces de unos hombres en la galería que había a su espalda llamaron su atención y la distrajeron de su búsqueda. La mayor parte de la gente no oiría nada por encima de los gritos de la cantante, pero ella era una cazadora y estaba entrenada.

—El palco de la Viuda de Hielo.

—Ah... —murmuró otro hombre—. Merece la pena arriesgarse para pasar unas horas con esa belleza. Es incomparable, una diosa al lado de las otras mujeres.

Maria resopló. Sí, ésa era su maldición.

El placer que había sentido de jovencita por ser tan guapa murió cuando su padrastro la miró y dijo:

—Me harás ganar una fortuna, pequeña.

Ésa fue sólo una de las muertes de su corta vida.

La primera fue la de su querido padre. Maria lo recordaba como un hombre apasionado y vital que se reía a menudo, muy atractivo y que adoraba a su esposa española. Pero se puso enfermo de repente y murió. Con el paso del tiempo, Maria se convirtió en una experta en identificar los efectos del envenenamiento, pero en esa época lo único que sentía era miedo y confusión. Y todo empeoró cuando su madre le

presentó al atractivo moreno que iba a sustituir a su padre.

—Maria, niña —le dijo su madre con su leve acento—. Él es el vizconde Welton. Vamos a casarnos.

Ella ya había oído antes ese nombre. Era uno de los mejores amigos de su padre. Que su madre quisiera volver a casarse estaba más allá de su joven comprensión. ¿Acaso su padre había significado tan poco para ella?

—Welton quiere mandarte a los mejores colegios —fue la explicación que le dio—. Tendrás todo lo que tu padre habría deseado para ti.

«Mandarte». Ésa fue la única palabra que Maria oyó.

El enlace se celebró y lord Welton tomó las riendas de la familia, llevándoselos a todos a vivir en medio de un páramo, a lo que parecía un castillo medieval. Maria lo odiaba. Era frío y oscuro y daba mucho miedo, y no se parecía en nada a la casa de ladrillos amarillos donde había vivido antes.

Welton dejó embarazada a su nueva esposa de otra hija y no tardó en dejarlas solas. Maria se fue al colegio y él volvió a la ciudad, donde bebió, fue con prostitutas y se jugó el dinero del difunto padre de ella hasta cansarse. Su madre fue palideciendo y adelgazando y se le empezó a caer el pelo. Le ocultaron la enfermedad a Maria hasta el último momento.

Sólo la mandaron llamar cuando el fin estaba cerca y era inevitable. Cuando volvió al hogar de su padrastro, descubrió que la vizcondesa Welton era un fantasma de la mujer que había sido unos meses atrás; había perdido la vitalidad al mismo ritmo que el vizconde había vaciado las arcas de la familia.

—Maria, cariño —le susurró su madre en su lecho de muerte, suplicándole con los ojos—, perdóname. Welton fue tan bueno conmigo cuando tu padre murió, que no vi cómo era de verdad.

—Todo saldrá bien, mamá —le mintió—. Te curarás y podremos dejarlo.

—No. Tienes que ...

—No digas nada más, por favor. Necesitas descansar.

Su madre le sujetó la mano con una fuerza sorprendente teniendo en cuenta el estado en que se encontraba, lo que puso de manifiesto la urgencia que sentía.

—Tienes que proteger a tu hermana de ese hombre. No le importa lo más mínimo que sea de su propia sangre. La utilizará igual que me ha utilizado a mí. Igual que tiene previsto utilizarte a ti. Amelia no es fuerte como tú. No tiene la fuerza de tu padre.

Maria miró horrorizada a su madre. En la década que duró el matrimonio de su madre con Welton, Maria aprendió muchas cosas, pero la más importante era que bajo aquel rostro tan hermoso se escondía el mismísimo Mefistófeles.

—No soy lo bastante mayor —le susurró a su madre, con lágrimas resbalándole por las mejillas.

Se había pasado casi toda la vida en una escuela, preparándose para ser la clase de mujer que Welton pudiera explotar. Pero en las pocas visitas que había hecho a su casa, había presenciado cómo su padrastro hería a su madre con sus comentarios afilados. Y los sirvientes le hablaron de agrias voces y gritos de dolor. Los morados. La sangre. Las semanas que su madre se pasaba en la cama cuando el vizconde se iba.

Amelia tenía entonces siete años y siempre se encerraba en su habitación cuando su padre estaba en casa, sola y asustada. Ninguna institutriz quería quedarse.

—Sí, sí que lo eres —susurró Cecille con los labios blancos y los ojos rojos—. Cuando me vaya, te daré toda la fuerza que me queda. Me sentirás dentro de ti, mi dulce Maria, a mí y a tu padre. Nosotros te ayudaremos.

Esas palabras fueron el único consuelo que tuvo durante años.

—¿Está muerta? —le preguntó Welton sin ninguna emoción, cuando Maria salió del dormitorio.

—Sí —contestó sin aliento y con las manos temblorosas.

—Haz los preparativos que quieras.

Maria asintió y dio media vuelta. La seda de su pesada falda siseó en el silencio fúnebre de la mansión.

—Maria. —La suave voz de Welton sonó como una amenaza.

Ella se detuvo y volvió a mirarlo. Observó a su padrastro con el convencimiento de que era el diablo y se fijó en los anchos hombros, en las caderas estrechas y en las piernas largas que tan atractivas les resultaban a muchas mujeres. A pesar de la frialdad de su interior, sus ojos verdes, el pelo negro y la sonrisa pícara lo convertían en el hombre más guapo que Maria había visto nunca. El regalo que le había dado el diablo a cambio de su alma.

—Dile a Amelia que Cecille ha muerto, ¿quieres? Yo llego tarde y no tengo tiempo.

«Amelia».

Maria estaba destrozada sólo de pensar en lo que se avecinaba. Y si a eso le sumaba el dolor que sentía por la pérdida de su madre, casi se cayó de rodillas al suelo y se derrumbó frente a su padrastro. Pero la fuerza que le había prometido tener a su madre se deslizó por su espina dorsal y la mantuvo erguida y con la cabeza bien alta.

Welton se rio ante tal muestra de valentía.

—Sabía que ibas a ser perfecta. Que ibas a compensarme por los dolores de cabeza que me daba tu madre.

Lo observó dar media vuelta y bajar la escalera hacia el salón, olvidándose por completo de su esposa.

¿Qué podía decirle a su hermana para amortiguar el golpe? Amelia no tenía

ninguno de los buenos recuerdos que le daban ánimos a Maria. La niña acababa de quedarse huérfana, pues su padre bien podría estar muerto por el caso que le hacía.

—Hola, princesa —la saludó Maria cariñosa al entrar en la habitación de la niña, preparándose para absorber el impacto del pequeño cuerpo lanzándose a sus brazos.

—¡Maria!

Ésta abrazó a su hermana y se acercó a la cama cubierta con sábanas azul pálido, que contrastaban agradablemente con las paredes de damasco. Acunó a la sollozante Amelia, mientras ella misma lloraba en silencio. Ahora sólo se tenían la una a la otra.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Amelia, insegura.

—Sobrevivir —afirmó Maria, también en voz baja—. Y estar juntas. Te protegeré. No lo dudes nunca.

Se quedaron dormidas y, cuando Maria despertó, Amelia ya no estaba.

Y su vida cambió para siempre.

Repentinamente ansiosa por hacer algo productivo, Maria se puso en pie, apartó la cortina del palco y salió al pasillo. Los dos lacayos que lo custodiaban para mantener alejados a los pretendientes indeseados se pusieron alerta.

—Ve por mi carruaje —le ordenó a uno, que se alejó corriendo.

Entonces, alguien tropezó con ella sin demasiada delicadeza y su espalda chocó contra un torso musculoso.

—Lo siento —murmuró una deliciosa voz cerca de su oreja y Maria sintió incluso la vibración.

El sonido la detuvo, dejándola sin aliento. Se quedó inmóvil y dejó que sus sentidos se embrigaran de aquella sensación, mucho más intensa de lo habitual. Sus percepciones fueron bombardeándola una tras otra; un torso musculoso en su espalda, una mano firme alrededor de la cintura, el sensual aroma a bergamota y virilidad. Él no la soltó, sino que la sujetó con más fuerza para enderezarla.

—Suélteme —le ordenó decidida.

—Cuando esté listo para hacerlo, lo haré.

La mano de él, sin guantes, le rodeó el cuello y su tacto calentó los rubís de su collar hasta que éstos le quemaron la piel. Un dedo áspero se detuvo encima de su pulso y se lo acarició, acelerándose. Él se movía con mucha seguridad, sin dudar lo más mínimo, como si tuviese derecho a tocarla siempre que quisiera y donde quisiera, incluso en público. Pero al mismo tiempo era innegablemente amable. A pesar de lo fuerte que la sujetaba, Maria habría podido soltarse si hubiese querido, pero la repentina debilidad que sentía en las extremidades se lo impidió.

Miró al lacayo que quedaba en el pasillo y le ordenó en silencio que hiciese algo para ayudarla. Los ojos bien aleccionados del sirviente se mantuvieron fijos por encima de la cabeza de ella, pero tragó saliva. Y después apartó la vista.

Maria suspiró. Al parecer iba a tener que salvarse sola.

Una vez más.

Su siguiente movimiento estuvo guiado tanto por el instinto como por el pensamiento. Levantó una mano y rodeó la muñeca del hombre, dejando que sintiera la punta afilada de la hoja que escondía el anillo hecho a medida que llevaba. Él se quedó quieto. Y luego se rio.

—Me gustan mucho las sorpresas.

—Me temo que yo no puedo decir lo mismo.

—¿Tiene miedo? —le preguntó el desconocido.

—¿De mancharme el vestido de sangre? Sí —contestó sin más—. Es uno de mis preferidos.

—Ah, pero así haría juego con la sangre que mancha sus manos. —Hizo una pausa y le recorrió el lóbulo de la oreja con la lengua, haciéndola estremecer y sonrojarse—... Y también las mías.

—¿Quién es usted?

—El hombre que necesita.

Maria inhaló profundamente y al expandirse su corsé, su pecho quedó apretado contra el inamovible antebrazo del desconocido. Las preguntas surgían en su mente más rápido de lo que ella podía analizarlas.

—Ya tengo todo lo que necesito.

Él la soltó y dejó que sus dedos se deslizaran por la piel de su escote. A Maria se le puso la piel de gallina bajo el paso de sus yemas.

—Si descubre que está equivocada —sugirió con voz ronca—, venga a buscarme.

El hombre dio un paso hacia atrás y ella giró sobre sus talones para verlo.

Maria escondió expertamente su reacción tras su habitual máscara de indiferencia. Los periódicos no le habían hecho justicia. El pelo rubio pálido, el rostro moreno por el sol y los resplandecientes ojos azules le daban un aspecto casi angelical. Los labios, aunque finos, parecían esculpidos por un artista. El resultado final era tan espectacular que desarmaría a cualquiera. Le dieron ganas de confiar en él, pero la fría intensidad de su mirada le dijo que sería un error.

Mientras lo observaba, Maria se dio cuenta de que, sin pretenderlo, habían llamado la atención de las personas que estaban en la galería, pero no perdió ni un segundo en mirarlos. No podía dejar de deleitarse en el hombre tan arrogante que tenía delante.

—St. John.

Él le hizo una reverencia y sonrió, pero la sonrisa no se reflejó en sus ojos, unos ojos gloriosos que a causa de las sombras del pasillo parecían todavía más penetrantes. No era un hombre que durmiese a menudo ni demasiado bien.

—Me halaga que me reconozca.

—¿Y para qué se supone que lo necesito?

—Para encontrar lo que sea que están buscando sus hombres.

La sorpresa que le causó esa respuesta no pudo disimularla.

—¿Qué sabe sobre eso?

—Demasiado —contestó él, escudriñándola con la mirada. Sus sensuales labios esbozaron una sonrisa y llamaron la atención de Maria—. Y no lo suficiente. Juntos tal vez podríamos conseguir lo que ambos nos proponemos.

—¿Y qué se propone conseguir usted?

¿Cómo era posible que hubiese ido a verla tan poco tiempo después de que se fuese Welton? Era imposible que se tratase de una coincidencia.

—Venganza.

La palabra se deslizó por la lengua de St. John con tanta facilidad que Maria se preguntó si estaría tan muerto por dentro como ella. Tenía que estarlo para llevar la vida criminal que llevaba. Sin remordimientos. Sin arrepentirse de nada. Sin conciencia.

—La agencia se ha inmiscuido en mi vida demasiadas veces —añadió él.

—No tengo ni idea de qué me está hablando.

—¿Ah, no? Es una lástima. —Se apartó de ella y se inclinó hacia delante—. Si lo averigua, venga a buscarme. Estaré cerca.

Durante un segundo, Maria se negó a dar media vuelta y observarlo mientras se iba. Pero fue sólo un instante y finalmente se volvió. Se quedó mirando lo alto que era, lo ancha que tenía la espalda, y luego bajó hasta llegar a los talones de sus botas. No se le escapó ningún detalle. Vestido de aquella manera era imposible perderlo en medio de la multitud que llenaba el teatro. Llevaba una chaqueta y unos pantalones claros, de un suave tono amarillo, que lo hacían resaltar entre aquel mar de caballeros vestidos de negro. Maria se lo imaginó como el dios del Sol, iluminando a todos con su presencia. Su caminar tranquilo no conseguía disimular lo peligroso que era en realidad, algo que notaban también los aristócratas presentes, pues se apresuraban a apartarse de su camino.

Ahora por fin entendía el atractivo de St. John.

Maria volvió a centrar su atención en el lacayo.

—Vamos.

—Mi señora —dijo él, lastimero, obligándola a aminorar el paso—. Perdóneme, por favor.

El joven parecía a punto de vomitar. El pelo negro se le había pegado a la frente, enmarcando su rostro infantil. Si no fuera por la librea, parecería el chico que era en realidad.

—¿Por? —le preguntó ella, levantando las cejas.

—Yo... no la he rescatado.

Maria suavizó su expresión y sorprendió al joven tocándole el codo.

—No estoy enfadada contigo. Te has asustado, ésa es una emoción que yo comprendo muy bien.

—¿De verdad?

Ella suspiró y le apretó el codo antes de soltarlo.

—De verdad.

El joven le sonrió tan agradecido que a Maria se le encogió el corazón. ¿Ella había sido alguna vez tan... transparente? A veces se sentía tan desconectada del mundo...

«Venganza». Era su único objetivo. La saboreaba cada mañana cuando desayunaba y se acostaba con ella en los labios. La necesidad de ajustar cuentas era la fuerza que le hacía circular la sangre en las venas y que le llenaba de aire los pulmones.

Y Christopher St. John podía ayudarla a obtenerla.

Hacía apenas unos instantes, St. John sólo había sido un botín que conseguir lo antes posible. Ahora se le abría un abanico de posibilidades, todas ellas muy intrigantes y seductoras. Tendría que trazar un plan con sumo cuidado si quería utilizar a St. John, pero no tenía la menor duda de que podía lograrlo.

Por primera vez en muchísimo tiempo, sonrió.

Christopher silbó mientras se alejaba, sintiendo la mirada de lady Winter encima de él. No había tenido intención de hablar con ella esa noche. Sólo quería verla de cerca y observarla un poco. Había sido una afortunada coincidencia que ella eligiese aquel preciso instante para abandonar el palco. Pero no sólo se habían conocido, sino que la había tocado, la había tenido entre los brazos y había olido el perfume de su piel.

Ya no tenía miedo de aburrirse en la cama con ella, no después de lo que había sentido al notar la afilada punta de aquella hoja. Pero lo que más sorprendió a Christopher fue ver que lady Winter no sólo había despertado su instinto sexual, sino también su curiosidad. Era mucho más joven de lo que él pensaba, y la piel bajo el maquillaje tenía finas líneas de preocupación y sus ojos mostraban miedo y curiosidad al mismo tiempo. Lady Winter todavía no era una cínica. ¿Cómo era posible, teniendo en cuenta que se suponía que había matado como mínimo a dos hombres?

Tenía intención de descubrirlo. La agencia tenía más ganas de atraparla a ella que a él y sólo eso ya bastaba para intrigarlo.

Salió del teatro y se fijó en el carruaje negro con el blasón de los Winter. Se detuvo a su lado. Esperó un segundo y, tras hacer un gesto imperceptible, oyó el silbido de respuesta que le aseguraba que al menos uno de sus hombres había visto su señal e iba a seguir el vehículo hasta nueva orden. Christopher quería saber adónde

iba la misteriosa dama.

—Este fin de semana estaré en casa de los Harwick —le dijo al cochero de los Winter, que lo miró atónito y a la defensiva—. Asegúrate de que tu señora lo sabe.

El hombre asintió con energía y Christopher le sonrió, profundamente satisfecho.

Por primera vez en mucho tiempo quería que llegase el día siguiente.

2

—Existe la posibilidad de que la hayan vendido como esclava.

Maria se detuvo frente a la chimenea y clavó la mirada en el investigador, y antiguo amante suyo, Simon Quinn. Éste llevaba sólo un batín de seda multicolor abierto en parte y podía ver su torso musculoso y su garganta bronceada. Los ojos, intensamente azules, contrastaban con la piel morena y el pelo negro. Tenía un físico muy irlandés, completamente opuesto al de St. John, y era varios años más joven que éste, pero extremadamente guapo también por derecho propio.

Dejando a un lado su innata sexualidad, Simon parecía inofensivo. Aunque el modo en que siempre observaba lo que tenía alrededor delataba lo peligrosa que era su profesión. A lo largo de su asociación, Simon había incumplido prácticamente la totalidad de las leyes existentes.

Y ella también.

—Es raro que me digas esto precisamente esta noche —murmuró Maria—. Welton me ha insinuado lo mismo antes.

—Eso no augura nada bueno, ¿no crees? —le preguntó él con una voz suave como el satén.

—Las conjeturas no me sirven de nada, Simon. Encuéntrame una prueba y así podremos matar a Welton e ir tras ella.

El fuego ardía en la chimenea a su espalda y le calentaba agradablemente el vestido y la parte de atrás de las piernas, pero por dentro el miedo la había dejado helada. Los pensamientos que plagaban su mente la ponían enferma. ¿Cómo iba a encontrar a Amelia si podía estar en cualquier lugar del mundo?

Simon levantó las cejas.

—Si empezamos a buscarla fuera de Inglaterra, disminuirán las probabilidades de encontrarla.

Maria se acercó la copa a los labios y la vació de un trago para darse fuerzas, antes de volver a depositarla en la mesita. Sus ojos se movían de un lado a otro de la habitación buscando consuelo en las paredes con paneles de madera y las pesadas cortinas verdes. Era un despacho extremadamente masculino y ese aspecto servía a dos propósitos. Uno, tranquilizar los ánimos sombríos y evitar así discusiones estúpidas. Y dos, darle a Maria la sensación que tanto necesitaba de tenerlo todo bajo control. Solía sentirse como un títere en manos de Welton, pero en ese despacho ella estaba al mando.

Se encogió de hombros y volvió a pasear. La falda del vestido se balanceó entre sus tobillos.

—Lo dices como si tuviera algún otro motivo para seguir viviendo.

—Tiene que haber algo más que quieras conseguir, Maria. —Se puso en pie y la

intimidó, como todo el mundo, con su altura—. Algo más agradable que la muerte.

—No puedo pensar en nada que no sea encontrar a Amelia.

—Podrías. No te haría más débil desear algo bueno para ti.

Ella entrecerró los ojos y le lanzó una mirada que habría disuadido a prácticamente cualquier hombre. Pero a Simon sólo lo hizo reír. Él había compartido su cama y con ello había adquirido la intimidad de un amante.

Maria suspiró y deslizó la vista hacia el retrato de su primer marido, que colgaba de la pared con una pesada lazada negra. La pintura representaba a un hombre corpulento, de mejillas sonrojadas y brillantes ojos verdes.

—Echo de menos a Dayton —confesó, aminorando la velocidad de sus pasos—, el apoyo que representaba.

El conde de Dayton la había salvado de la perdición absoluta. Él había visto la verdad que escondía el exterior de Welton y el afable viudo la había rescatado pagando un precio exorbitante para tener como segunda esposa a una joven que podría ser su nieta. Bajo su tutela, Maria adquirió todo lo necesario para sobrevivir. Las armas y cómo usarlas eran sólo dos de las muchas lecciones aprendidas.

—Nos encargaremos de vengar su muerte —murmuró Simon—. Te lo prometo.

Maria echó los hombros hacia atrás en un vano intento de aliviar la tensión y se acercó al escritorio para sentarse.

—¿Qué me dices de St. John? ¿Crees que puede serme útil?

—Claro. Con la cantidad de información que posee ese hombre, puede serle útil a cualquiera. Pero si te ha ofrecido su ayuda, señal de que él va a ganar algo a cambio. No es famoso por sus actos de caridad.

Maria agarró con fuerza el extremo de los reposabrazos.

—No es sexo. Un hombre con ese aspecto puede tener a la mujer que quiera.

—Muy cierto. Y ya sabemos que le gusta vivir al límite.

Simon se acercó al aparador y, tras servirse una copa, apoyó la cadera en el mueble. Aunque conseguía aparentar que estaba relajado él nunca bajaba la guardia. Y Maria le estaba agradecida por ello.

—Creo que podemos asumir que lo que ha despertado su interés es el fallecimiento de tus dos esposos y la relación que éstos tenían con la agencia.

Maria asintió, pues ella opinaba igual. Lo único que explicaba el acercamiento de St. John era que quisiera utilizarla, igual que Welton, para hacer algo desagradable que requiriese ser una mujer. Pero seguro que él conocía a mujeres dispuestas a llevar a cabo esa tarea con la misma eficacia que ella.

—¿Cómo lo capturaron? Después de tantos años, me cuesta creer que cometiera un error.

—Por lo que he podido averiguar, no cometió ninguno. Encontraron a un informante dispuesto a hablar de él.

—¿Un informante de buena fe? —preguntó Maria en voz baja, recordando los breves instantes que había compartido con el criminal. Desprendía una seguridad en sí mismo que sólo un hombre que no sabía lo que era el miedo podía mostrar. Y también dejaba claro que era alguien a quien sería una estupidez provocar—. ¿O sencillamente uno al que lograron hacer hablar?

—Supongo que fue lo segundo, pero investigaré.

—Sí, hazlo.

Maria deslizó un dedo por una esquina del escritorio. Detuvo la mirada en el líquido ámbar de la copa que Simon tenía en la mano y cuando éste la levantó para beber, se fijó en sus anchos hombros y en sus fuertes brazos.

—Ojalá pudiera serte de más ayuda. —La sinceridad en la voz de Simon era inconfundible.

—¿Conoces a alguna mujer en la que podamos confiar y que pudiera acercarse a Welton?

Simon detuvo la copa a medio camino de su boca y esbozó una sonrisa que le transformó lentamente el rostro.

—Dios, eres una maravilla. Dayton te enseñó bien.

—Eso espero. A Welton le gustan las rubias.

Ojalá su madre lo hubiese sabido.

—Encontraré a la candidata perfecta cuanto antes.

Maria apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—¿*Mhuirnín*?

—¿Sí? —Oyó que él dejaba la copa sobre el aparador y sus pasos seguros cruzando el estudio. Suspiró y se dejó embargar por el bienestar que tanto intentaba negarse.

—Hora de irse a la cama.

Las enormes manos de él cubrieron las de ella en los reposabrazos de la silla y su aroma le llenó la nariz. Sándalo. Puro Simon.

—Tenemos mucho que hacer —protestó Maria entreabriendo los ojos lo suficiente para mirarlo.

—Sea lo que sea, puede esperar a mañana. —Tiró de ella y, cuando la puso en pie, la abrazó—. Ya sabes que no pararé hasta que me hagas caso.

El cuerpo de Maria intentó fundirse con el de Simon, pero cerró los ojos y luchó contra esa necesidad.

No pudo evitar recordar la sensación de tenerlo dentro de ella... una relación a la que había tenido que poner punto final un año atrás. Cuando las caricias de él empezaron a significar mucho más que un alivio físico, Maria terminó el *affaire*. No podía permitirse el lujo de ser feliz. Sin embargo, Simon se quedó a vivir en su casa. Ella se negaba a amarlo, pero tampoco era capaz de echarlo de allí. Lo adoraba y

apreciaba mucho su amistad y sus conocimientos sobre los bajos fondos de la ciudad.

—Conozco tus reglas —dijo él, acariciándole la espalda.

Y no le gustaban, Maria lo sabía perfectamente. El deseo de Simon hacia ella no había disminuido lo más mínimo. Podía sentirlo en ese mismo momento, presionándose contra su estómago. El apetito de un hombre joven.

—Si fuese una mujer mejor, te echaría de mi vida.

Simon suspiró con el rostro escondido en el pelo de ella y la acercó más a él.

—¿Acaso no has aprendido nada de mí en los años que llevamos juntos? No podrías echarme. Te debo la vida.

—Exageras —lo riñó Maria al recordar la primera vez que lo había visto en aquel callejón, enfrentándose él solo a una docena de hombres.

Simon les plantó cara con una ferocidad que la asustó y la excitó al mismo tiempo. Casi siguió adelante sin pararse, pues aquella noche iba tras una nueva pista sobre Amelia que prometía más que las anteriores, pero su conciencia no le permitió ignorar una lucha tan desigual.

Armada con una espada y una pistola, y rodeada por varios de sus hombres, Maria consiguió intimidar lo bastante a los atacantes para que se fueran. Simon, malherido y perdiendo mucha sangre, se acercó a ella furioso y se le encaró. Según él, no necesitaba que lo rescatase.

Y entonces se desmayó a sus pies.

En principio, Maria sólo había tenido intención de limpiarle la heridas para así tranquilizar su conciencia, pero cuando Simon salió de la bañera y vio lo viril y magnífico que era decidió quedárselo.

Ahora, en su estudio, Simon retrocedió un paso y sonrió como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Volvería a enfrentarme a una docena de hombres, a cientos, si con ello pudiese volver a tu cama.

Maria negó con la cabeza.

—Eres incorregible y estás demasiado excitado.

—Es imposible estar demasiado excitado —le dijo él, riéndose, mientras la guiaba hacia la puerta con una mano en la espalda—. No vas a distraerme, quiero que te vayas a la cama. Tienes que descansar y soñar cosas bonitas.

—¿Acaso tú no has aprendido nada sobre mí? —le preguntó Maria cuando llegaron al pasillo y subieron la escalera—. No quiero soñar, eso sólo sirve para que me despierte deprimida.

—Un día todo se arreglará —le dijo Simon en voz baja—. Te lo prometo.

Ella bostezó y se quedó perpleja al ver que él la cogía en brazos y la metía en la cama. Simon le dio un suave beso en la frente antes de irse. Y cuando Maria oyó el suave clic de la puerta que comunicaba ambos dormitorios, consiguió relajarse.

Pero fue otro par de ojos azules el que apareció en sus sueños.

—Buenas noches, señor.

Christopher respondió al saludo de su mayordomo con un asentimiento de cabeza. Del salón que tenía a la izquierda salían unas risas que llegaban hasta el vestíbulo, donde estaba él.

—Dígale a Philip que venga a verme de inmediato —le ordenó al hombre al entregarle el sombrero y los guantes.

—Sí, señor.

Se dirigió a la escalera, dejando atrás el escandaloso grupo que formaban sus hombres y sus acompañantes. Lo llamaron y Christopher se detuvo un momento en el peldaño para recorrer con la mirada aquella gente que para él eran su familia. Estaban celebrando que lo hubiesen puesto en libertad —tenía la suerte del diablo, decían— pero el trabajo lo estaba esperando. Tenía mucho que hacer si quería asegurarse de seguir disfrutando de forma permanente de dicha libertad.

—Pasadlo bien —les dijo, antes de subir la escalera entre los gritos de protesta que lo siguieron hasta el segundo piso.

Entró en sus aposentos y dejó que su ayuda de cámara empezase a desnudarlo. Le estaba quitando el chaleco cuando el joven al que esperaba llamó suavemente a su puerta y entró.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Christopher sin preámbulos.

—Tanto como cabe esperar en un solo día.

Philip se tiró del pañuelo que llevaba al cuello y empezó a pasear de un lado a otro. Su chaqueta y sus pantalones verdes contrastaban con el estampado que cubría las paredes.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te toques la ropa? —lo riñó Christopher—. Es un signo de debilidad y te delata, así que alguien podría explotarlo.

—Lo siento. —El joven se puso bien las gafas y tosió.

—No hace falta que te disculpes, límitate a corregirlo. Ponte recto, nada de encoger los hombros, y mírame a los ojos de igual a igual.

—Pero ¡es que yo no soy tu igual! —se quejó Philip, deteniéndose a medio paso.

Ahora sí que recordaba al niño de cinco años que había aparecido mal alimentado y apaleado en la puerta de la casa de Christopher.

—No, no lo eres —reconoció éste, moviéndose para facilitar el cambio de ropa—, pero tienes que intentar mirarme como si lo fueras. El respeto hay que ganarlo, aquí y en todas partes. Nadie te respetará únicamente por ser amable y educado. De hecho, hay muchos idiotas que han triunfado sólo porque han actuado como si se merecieran ese respeto por derecho.

—Sí, señor. —Philip echó los hombros hacia atrás e irguió la barbilla.

Christopher sonrió. El chico se convertiría en todo un hombre. Un hombre que podría sentirse orgulloso de sí mismo y sobrevivir a todo lo que el destino le pusiera por delante.

—Excelente. Ahora habla.

—Lady Winter tiene veintiséis años y se ha quedado viuda dos veces. Ninguno de sus esposos llegó a pasar más de dos años en su cama.

Christopher negó con la cabeza.

—¿Te importaría empezar a decirme algo que no sepa y seguir en esa línea?

Philip se sonrojó.

—No te sonrojes. Sólo ten presente que el tiempo es oro y que quieres que los demás consideren que el tuyo tiene mucho valor. Siempre deberías empezar por la información más valiosa, la más susceptible de captar el interés de tu audiencia. Y seguir a partir de ahí.

Philip respiró hondo y soltó:

—Tiene a su amante viviendo en su casa.

—Bueno... —Christopher se detuvo al imaginar a una lady Winter cariñosa, una mujer apasionada y saciada tras hacer el amor. Se recuperó de su sorpresa cuando su ayuda de cámara le tiró de la cintura. Al desabrocharle los botones del pantalón, se aclaró la garganta—. Así está mejor.

—¡Oh, genial! No he podido averiguar mucho más, excepto que tiene acento irlandés, pero puedo asegurarte que vive con ella desde la muerte de lord Winter, hace dos años.

«Dos años».

—Y también hay algo muy curioso relacionado con su padrastro, lord Welton.

—¿Curioso? —preguntó Christopher.

—Sí, el sirviente con el que hablé me dijo que la visitaba con frecuencia. Y me pareció raro.

—Tal vez sea porque tu relación con tu padrastro está muy lejos de ser perfecta.

—Tal vez.

Christopher deslizó los brazos por las mangas del batín que le sujetaba el criado.

—Thompson, dícales a Beth y a Angelica que vengan.

El ayuda de cámara le hizo una leve reverencia y partió a cumplir sus órdenes. Christopher salió del dormitorio y entró en el pequeño salón anexo.

—¿Qué sabemos de sus finanzas? —preguntó por encima del hombro.

—No demasiado de momento —contestó Philip, siguiéndolo—, pero lo averiguaré mañana por la mañana. La mujer parece tener dinero, así que siento curiosidad por saber por qué quiere ganar más de una manera tan desagradable.

—¿Y has encontrado pruebas que te permitan llegar a la conclusión de que es culpable?

—Eh... no.

—No me sirven de nada las conjeturas, Philip. Necesito pruebas.

—Sí, señor.

«Dos años». Eso demostraba que era capaz de tener sentimientos. Una mujer no le entregaba su cuerpo a un hombre durante tanto tiempo sin sentir como mínimo algo de afecto.

—Háblame de Welton.

—Es un despilfarrador que se pasa la gran mayoría de las horas que está despierto jugando o acostándose con prostitutas.

—¿Dónde?

—En White's y en Bernadette's.

—¿Preferencias?

—El póquer y las rubias.

—Muy bien —le sonrió Christopher—. Me alegra ver lo que has averiguado en unas pocas horas.

—Tu vida depende de ello —contestó Philip—. Si yo estuviera en tu lugar, habría mandado a alguien con más experiencia.

—Estás listo para esto.

—Eso es cuestionable, pero en cualquier caso, gracias.

Christopher le quitó importancia al comentario con un gesto de la mano y se acercó al aparador para tomar un vaso de agua.

—¿De qué me servirías si siempre fueses un novato?

—Sí, tu plan siempre ha sido explotarme —replicó Philip, apoyándose en la estantería—. No puedes correr el riesgo de que se sepa que tuviste un ataque de bondad al salvarme. Varios ataques, una enfermedad crónica a decir verdad, teniendo en cuenta que nos has salvado a todos los que estamos aquí.

Christopher sorbió por la nariz y se bebió el agua.

—Por favor, contrólate y no vayas hablando bien de mí por ahí. Sería de muy mala educación que me hicieras quedar mal.

Philip cometió la temeridad de poner los ojos en blanco.

—Tu pésima y terrorífica reputación está intacta. Te la has ganado a pulso y has demostrado infinidad de veces que es cierta. Recoger a unos cuantos huérfanos apaleados no hará reflotar los barcos que has hundido, ni devolverá las mercancías que has robado y tampoco resucitará a los estúpidos que se interpusieron en tu camino. No tienes de qué preocuparte. Mi gratitud no perjudicará tu infame reputación.

—Eres un bastardo muy quisquilloso.

El joven sonrió y una llamada en la puerta interrumpió la conversación.

—Adelante —dijo Christopher, inclinando levemente la cabeza para darle la

bienvenida a la escultural rubia y a la bajita pero sensual morena—. Ah, perfecto. Os necesito a las dos.

—Te hemos echado de menos —dijo Beth con una seductora sacudida de melena.

Angelica le guiñó un ojo. Ésta era la más silenciosa de la dos, excepto cuando echaba un polvo. Entonces maldecía como un marino.

—Una pregunta —intervino Philip con el cejo fruncido—, ¿cómo sabes que a Welton no le gustan las pelirrojas?

—¿Cómo sabes tú que no las he mandado llamar para mí? —preguntó a su vez Christopher.

—Porque yo también estoy aquí y porque estás muy concentrado. Tú nunca mezclas los negocios con el placer.

—Tal vez el placer sea el negocio, joven Philip.

Éste entrecerró los ojos grises detrás de las gafas, un gesto que manifestaba que estaba analizando la situación. Había sido esa tendencia a calibrarlo todo lo primero que había llamado la atención de Christopher. No podía permitir que aquella mente tan privilegiada se echase a perder.

Dejó el vaso y se sentó en la butaca más cercana.

—Señoritas, tengo que pedir os una cosa.

—Lo que quieras —ronroneó Angelica—, ya sabes que lo haremos.

—Gracias —contestó él, consciente de que accederían a hacer cualquier cosa que les pidiera.

La lealtad era un camino de doble sentido en su casa. Él lucharía hasta la muerte por proteger a aquellas personas y ellos a cambio le ofrecían lo mismo.

—Mañana vendrá la modista para tomaros medidas y haceros vestidos nuevos. — El brillo que apareció en los ojos de ellas lo hizo sonreír—. Beth, tú te convertirás en la confidente de lord Welton.

La rubia asintió y el movimiento hizo que sus más que generosos pechos temblasen bajo el vestido azul que llevaba.

—Tú, mi belleza de ojos negros, servirás como distracción cuando haga falta.

Christopher todavía no sabía si lo que atraía al amante de lady Winter era la fortuna de la dama, su belleza, o ambas cosas. Como no quería dejar nada al azar, confió en que, llegado el momento, las exóticas facciones de Angelica, junto con su estudiada apariencia envuelta en misterio, consiguieran atraer la atención de su rival. Angelica no era tan refinada como la viuda, pero tenía unas curvas de infarto y ascendencia española. En una habitación a oscuras, podía pasar perfectamente por ella.

Se frotó la diminuta herida que le había dejado el anillo de lady Winter en la muñeca y descubrió que tenía muchas ganas de estar en compañía de la famosa seductora. Era todo un misterio. Frágil en apariencia, pero de temperamento fiero.

Christopher supo sin lugar a duda que su vida iba a ser mucho más interesante a partir de entonces. Era casi deprimente que tuviese que esperar unos días para volver a verla.

Su cuerpo se quejaba por la falta de compañía femenina. Había pasado varias semanas en prisión. Seguro que por eso estaba tan interesado sexualmente en la Viuda de Hielo. Ella sólo era el objetivo de una misión. Nada más.

Sin embargo, cuando se dispuso a despedir a sus acompañantes, dijo:

—Tú no, Angelica. Quiero que te quedes.

Ella se lamió los labios.

—Cierra la puerta, amor. Y apaga las lámparas.

Christopher suspiró al desaparecer la luz. No era lady Winter, pero en una habitación a oscuras podía pasar por ella.

3

—¿Puedo decirte todo lo que me gusta de ti, *mhuirnín*?

Maria negó con la cabeza y esbozó una leve sonrisa. Simon estaba en la tumbona opuesta a la de ella; su espectacular cuerpo iba vestido con seda de color crema, bordada con hilos dorados. Contra el paisaje del fondo, un tranquilo lago y un prado de hierba verde, el fascinante color de sus ojos dejaba sin aliento.

—¿No? —le preguntó seductor—. Está bien. ¿Puedo decirte al menos una cosa? Me gusta cómo ladeas el mentón cuando te pones tu máscara de Viuda de Hielo. Y el remate de este vestido de seda azul con encaje blanco, me parece un toque genial.

La sonrisa de ella se ensanchó. Estaba nerviosa y Simon se había dado cuenta de que no paraba de dar vueltas al parasol para tranquilizarse. Tenía delante el imponente edificio de piedra que era el hogar del conde y de la condesa de Harwick, donde Maria iba a alojarse durante los próximos tres días.

—Es lo que esperan de mí, Simon, querido. Y no puedo defraudar a nuestra anfitriona.

—Por supuesto que no. A mí también me resulta fascinante. Y, dime, ¿cuáles son los planes que tiene la depravada viuda para este fin de semana?

—¿Quién sabe? Todavía es pronto —murmuró ella, deslizando la mirada por el grupo de invitados. Algunos estaban sentados en los bancos, algunas mujeres leían o bordaban y había un grupo de caballeros cerca del prado—. Alguna maldad, supongo. ¿Tal vez un poco de intriga?

—¿Sexo, quizá?

—¡Simon! —lo riñó.

Él levantó las manos a la defensiva, pero sus ojos brillaron con picardía.

—Con otro, quiero decir. Aunque espero que tengas el sentido común de no elegir a St. John.

—¡Oh! ¿Y eso por qué?

—Porque es ordinario, *mhuirnín*. Rudo, y tú no. Yo tampoco tendría que haberte tocado. Tú eres demasiado delicada para alguien como yo, pero incluso yo soy mejor que él.

Maria desvió la vista hacia su regazo y se miró las manos.

¿Por qué Simon no podía ver la mancha de sus atrocidades?

Él se las cubrió con una de las suyas y le apretó los dedos.

—La sangre que estás buscando está en las manos de Welton.

—Ojalá fuera cierto.

—Lo es —le aseguró Simon, apoyándose en el respaldo.

—Dime cómo sabes que un criminal como St. John iba a ser invitado a un acto como éste.

—Circula el rumor de que el futuro lord Harwick fue malherido durante un fallido intento de secuestro y que su padre acudió a St. John para que se vengara. Al parecer, así lo hizo y Harwick demuestra su gratitud invitándolo a las fiestas que organiza, entre otras cosas.

—Un pacto con el diablo.

—Seguro —convino Simon—. Así que dime qué planes tienes y haré lo posible para ayudarte.

—Hay demasiadas cosas inseguras como para trazar ningún plan con tanta antelación. ¿Por qué ha elegido St. John este lugar para reunirse conmigo? ¿Por qué no mi casa o la suya? —suspiró Maria—. Si no estuviese tan desesperada, no entraría en su juego.

—Piensas mejor bajo presión. Siempre lo has hecho.

—Gracias —le dijo sincera. Las palabras de cariño de Simon la reconfortaron—. Por ahora, lo único que quiero es hablar a solas con él. Con algo de suerte, me dirá al menos cómo piensa beneficiarse de nuestra asociación. Y a partir de ahí seguiremos avanzando.

—Ah, bueno, si eso es lo único que quieres, yo puedo ayudarte. Lo he visto tomar ese camino que hay detrás de ti. Creo que lady Harwick ha mencionado que hay una glorieta en esa dirección. Si quieres ir tras él, me aseguraré de que no os molesta nadie.

—Simon, eres una joya.

—Es todo un detalle que te des cuenta —respondió sonriéndole—. ¿Vas armada? Ella asintió.

—Bien. Te veré dentro de un rato.

Maria se puso en pie sin prisa, se colocó con cuidado el parasol en el hombro e inició su paseo con absoluta tranquilidad. Al mirar de soslayo, vio a Simon interceptando a una pareja que pretendía seguir el mismo camino que ella. Convencida de que su amigo se ocuparía de todo, como siempre hacía, se concentró en la tarea que tenía por delante.

Rodeó un gran seto y aceleró el paso, olvidándose de la pantomima de caminar despacio. Para mantener la calma, fue fijándose en varios detalles a lo largo del camino: una pirámide aquí, una estatua allá. Tras unos instantes, descubrió la glorieta y abandonó el camino. Cerró el parasol al llegar al final de la arboleda, recorrió la pequeña construcción por fuera mirando entre las columnas y después se acercó a la entrada trasera.

—¿Me está buscando?

Maria giró sobre sus talones y se encontró con St. John apoyado en un árbol frente al que ella había pasado segundos antes. Al ver su arrogante sonrisa, se recuperó rápido de la sorpresa, que logró ocultar, y le sonrió a su vez.

—No, la verdad es que no.

Consiguió el efecto que deseaba. La sonrisa de él se apagó un poco y su mirada cambió, poniéndose alerta. Maria aprovechó para observarlo bajo la moteada luz del sol. En esa ocasión, St. John cubría su poderoso cuerpo con un traje de terciopelo azul oscuro que hacía juego con sus ojos y resaltaba las vetas doradas de su melena, que llevaba recogida en una coleta. No tenía los ojos tan azules como Simon, pero eran de un color más profundo y oscuro. Eran impresionantes en contraste con la espectacular belleza de su rostro.

—No la creo —la desafió, con aquella voz que resbalaba como seda sobre la piel de ella.

—No me importa.

St. John tenía la apariencia de un ángel; era tan guapo que no parecía real. A cualquier mujer se le derretiría el cerebro al ver los ojos y al oír la voz de aquella etérea criatura masculina.

Porque era decididamente muy masculino a pesar de toda esa perfección.

Las medias blancas se ajustaban a sus firmes pantorrillas y Maria no pudo evitar preguntarse qué clase de actividades habría practicado para tener ese físico. Un físico que a ella le gustaba en Simon, pero en St. John todavía más, porque éste carecía de la suavidad que desprendía el primero.

—Entonces ¿por qué está paseando por el bosque? —le preguntó.

—¿Y usted? —contraatacó ella.

—Yo soy un hombre, yo no paseo.

—Yo tampoco.

—Ya me he fijado —murmuró—. Usted, lady Winter, estaba demasiado ocupada espiando.

—¿Y cómo llama a lo que usted estaba haciendo?

—Tengo una cita con una dama. —Se apartó del árbol con un movimiento peligrosamente elegante y Maria contuvo el impulso de alejarse de él.

—¿Acaso ella es un poco... fría?

La mirada que él le dedicó fue lenta y seductora. Maria la admiró a pesar de que se quedó atónita ante tal atrevimiento. Se notaba el estómago encogido, pero lo disimuló.

—Lo bastante como para tentar a todos los hombres. Pero yo creo que es una fachada.

Maria se rio.

—¿Le ha dado motivos para dudarle?

St. John se detuvo ante ella. Una suave brisa le llevó a Maria el perfume a bergamota y tabaco que recordaba de la noche que la había abrazado en el teatro.

—Va a reunirse aquí conmigo. Es una mujer inteligente, así que sabe

perfectamente qué sucederá si me busca.

—Usted se ha asegurado de que viniera aquí —le dijo con suavidad, ladeando la cabeza para que sus miradas siguieran encontrándose. Estaban tan cerca que Maria pudo ver las arrugas que él tenía alrededor de la boca y de los ojos y que evidenciaban que había llevado una vida mucho más dura de lo que sugería su actual atuendo—. Supongo que se ha dado cuenta de que no he venido sola.

St. John se movió tan rápido que la pilló desprevenida; la sujetó por la cintura con una mano mientras con la otra le agarraba la nuca y la pegaba a él.

—He notado que ya no te lo follas.

El modo posesivo en que la sujetaba y el lenguaje obsceno que utilizó la dejaron muda. Hasta que pudo replicar:

—¿Se ha vuelto loco? —le preguntó sin aliento, prisionera del corsé y con el parasol olvidado encima de las hojas que cubrían el suelo.

Era un día cálido, pero no tanto como para que se le empapase la piel de sudor. Igual que le había sucedido la vez anterior, todas y cada una de sus terminaciones nerviosas se pusieron alerta al notar que sus brazos la rodeaban. La voluminosa falda del vestido le hizo perder el equilibrio y sus torsos se encontraron, pero los metros de tela mantuvieron sus muslos separados. Aunque eso no impidió que Maria supiera que él estaba excitado. No le hacía falta notar su miembro para saber que lo tenía erecto. Podía verlo en sus ojos.

Y pudo sentirlo en sus labios cuando la besó.

Maria cerró los ojos y se dijo que tenía que fingir que no sentía los labios de aquel hombre sobre los suyos. Suaves, acariciándola con la punta de la lengua. Pero su sabor, oscuro y peligroso, resultó demasiado tentador y se rindió. Separó los labios y él la premió con un ronco gemido de aprobación.

La besó como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si hubiera una cama al lado y pudiera hacer realidad todas las promesas hechas por sus labios. Había algo en el modo en que la tocaba, fuerte y tierno al mismo tiempo, que la afectaba profundamente. St. John se apropiaba de lo que quería a la fuerza, pero lo hacía con tanta ternura que no encajaba con el resto de su persona.

Durante largos momentos, Maria se permitió embriagarse con sus besos y cerró los ojos mientras la besaba. Él le masajeó la nuca con el pulgar, una caricia lenta y rítmica que logró que ella arquease la espalda hacia atrás y que se le encogieran los dedos de los pies. Le dolían los pezones, le temblaban los labios. El nudo del estómago se le aflojaba y se tensaba al mismo tiempo que sus dedos y no tuvo más remedio que aferrarse a la chaqueta de él para ocultarlo.

Entonces recuperó la cordura, destruyendo la ilusión que St. John había creado.

Él se tensó en el preciso instante en que notó la afilada punta de una daga presionándole el muslo. Levantó la cabeza y respiró entrecortadamente.

—Recuérdame que te quite las armas la próxima vez que quiera seducirte.

—Nada de seducirme, Christopher.

Él aflojó los brazos y Maria se apartó.

—Puedo llamarte Christopher, ¿no? La verdad es que ha sido uno de los mejores besos de mi vida. Tal vez incluso el mejor. Esa cosa que haces con la lengua... Pero por desgracia para ti, tengo la costumbre de ocuparme de los negocios antes de pensar en el placer.

Más tarde, cuando estuviera sola, se daría una medalla por haber sonado tan tranquila cuando en realidad le temblaban las piernas. De momento, tenía que negociar con un hombre que era peligroso en más de un sentido.

—Dime qué quieres de mí —inquirió ella.

Su lenta y sensual sonrisa le aceleró el corazón.

—¿Acaso no es obvio?

Tal vez su incapacidad para respirar le impedía pensar con claridad, pero por más que intentaba analizar su situación no lograba entender por qué aquel hombre la afectaba tanto.

—Eso puedes solucionarlo con la mujer que te ha acompañado aquí.

Maria había tenido su buen número de amantes guapos, como por ejemplo Simon. Le gustaban morenos y detestaba a los crápulas y a los hombres arrogantes. No tenía ningún sentido que se sintiese tan atraída por el criminal que tenía delante.

—Intenté sustituirte con ella la otra noche. —La risa de él era muy agradable al oído. A diferencia de Maria, era obvio que reía con frecuencia—. Adoro a Angelica, pero por desgracia no eres tú.

Al imaginarse a aquella belleza morena retorciéndose de placer debajo del dios dorado, tuvo que apretar los dientes. Era una reacción estúpida y sentimental que no quería sentir.

—Tienes un minuto para contarme qué pinto yo en tu venganza —le dijo.

—Te lo diré en la cama.

Ella levantó las cejas.

—¿Pretendes chantajearme para que me acueste contigo? ¿Cuando además eres tú y no yo quien necesita ayuda?

—Tú debes de necesitarme para algo —señaló Christopher con la voz ronca—, de lo contrario, no habrías venido aquí este fin de semana, ni me habrías buscado.

—Tal vez sólo sienta curiosidad —argumentó ella.

—Para eso ya tienes a tus investigadores.

Maria respiró hondo y volvió a guardar la daga en la vaina que llevaba oculta en el bolsillo.

—Estamos en un punto muerto.

—No, tú estás en un punto muerto. Yo estoy dispuesto a seguir adelante y a

acostarme contigo.

Ella esbozó una media sonrisa.

—¿Eres consciente de que el sexo normalmente iría al final de las negociaciones, cuando ya supiéramos qué podemos hacer el uno por el otro? Si es que llega, claro.

Christopher se quedó petrificado al ver que la acuciante fascinación que sentía por la Viuda de Hielo estaba aumentando hasta resultar dolorosa. Físicamente era como mirar a su polo opuesto. Él era rubio, ella morena. Él era alto, ella bajita. Él era duro, ella suave. Pero sus cerebros eran tan parecidos que apenas podía creerlo. Había anticipado que ella rodearía la glorieta como una tigresa buscando a su presa, porque eso era exactamente lo que él habría hecho. Y el cuchillo...

... bueno, también habría estado preparado para eso si ella no se hubiese derretido en sus brazos.

Lo que Christopher no había previsto era que iba a besarla. No hasta que ella le restregó a su amante por las narices, aunque le había bastado con verlos juntos para saber que ya no se acostaban. Christopher tenía la intención de empezar despacio. Quería acercarse a ella, no asustarla.

Pero era evidente que aquella mujer no se asustaba con facilidad. Maria le sostuvo la mirada y levantó una ceja a modo de pregunta.

—Se te ha acabado el tiempo.

Entonces se agachó para coger el parasol y retomó el camino de regreso a la mansión.

Él se quedó mirándola mientras se debatía entre ir tras ella o quedarse donde estaba. Al final decidió que observarla caminar era un premio en sí mismo, así que se apoyó en un árbol y esperó hasta que su vestido de seda azul desapareció en el horizonte. Sólo pensar en lo mucho que disfrutaría con ella, hacía que casi fuera soportable la espera.

Casi.

Maria se tomó su tiempo para volver con el resto de los invitados. Cuando St. John no hizo nada para seguir con la conversación, supo que tampoco iba a ir tras ella.

Él había ido a su encuentro en el teatro. Maria al suyo en esa fiesta. El próximo movimiento le tocaba a él. Se preguntó cuál sería. Tal vez esperase sin hacer nada hasta que la curiosidad de ella la llevase a actuar. De ser así, más le valía esperar sentado.

Cuando apareció por la esquina de la casa, Simon la vio y se dirigió hacia ella a grandes zancadas, tomándola por el codo antes de que alcanzase el lago.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Quiere sexo. Eso es lo único que sé de momento.

Simon resopló.

—Eso ya lo sabíamos antes de que fueras a reunirte con él.

—¡No lo sabíamos!

—Está bien, no lo sabíamos. Yo lo sabía antes de que fueras a reunirte con él. — Simon soltó el aliento y se detuvo—. Más nos vale que el hombre que mandamos a su casa vuelva con alguna pista con la que podamos trabajar.

—Eso sería excelente —convino ella.

—Me gustaría poder decir que ese pirata es tonto, pero no es verdad. Es inteligente y creativo y ha contado también conmigo.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Maria apartando el parasol para mirarlo; entonces se fijó en que Simon estaba furioso y le costaba respirar.

—La mujer que lo acompaña está aquí para mi uso personal, no para el suyo. Ella misma me lo ha dejado claro mientras tú no estabas.

—Oh. —Qué raro que esa noticia la hiciera sonreír.

—¡Te gusta St. John! —la acusó él.

—Me gusta cómo piensa, Simon, querido. —Tiró de sus brazos entrelazados y lo guio hasta la orilla del lago.

Dejó vagar la vista por el agua que fluía plácidamente bajo un puente.

—Es muy observador. Me ha dicho que sabe que tú y yo ya no nos acostamos.

—Eso podemos solucionarlo muy fácilmente —murmuró Simon en voz baja.

A pesar de que a Maria se le hizo un nudo en la garganta, tragó saliva para poder hablar.

—O puedes aceptar la oferta de esa mujer y acostarte con ella para ver qué averiguas.

Simon volvió a detenerse y la miró indignado.

—¿Ahora también eres una alcahueta?

—Esa mujer te gusta —replicó Maria—. Lo sé.

—Me gustan ciertas partes de ella —la corrigió Simon—. Maldita sea, ¿acaso no sientes nada por mí? ¿Cómo puedes sugerirme tal cosa sin ni siquiera parpadear?

—¿Es que no sabes que si pudiera te retendría a mi lado para siempre? Si fuese otra mujer, Simon Quinn, te encerraría lejos de todo y te tendría para mí sola. Pero no soy esa mujer y tú no eres un eunuco, así que no te hagas el amante despechado ni me conviertas a mí en una villana. Este es un título que me he ganado por derecho propio. No necesito que me ayudes a conservarlo.

Y se alejó de él.

—*Mhuirín*... —la llamó, siguiéndola.

Ella lo ignoró.

—Estás dando un espectáculo —dijo Simon a su espalda.

Maria se volvió de golpe, la falda revoloteó a su alrededor y él tuvo que

retroceder.

—Para eso estoy aquí, para dar un espectáculo y entretener a los invitados.

—Estás tan alterada por su culpa —siseó Simon con sus ojos azules muy abiertos—. Por Dios, mírate.

—¿Qué tiene que ver esto con St. John?

—Ojalá lo supiera. Lo habría hecho yo hace mucho tiempo, antes de que me apartases de tu lado.

Maria se quedó sin aliento.

—Tú no me amas de esa manera, ¿no?

—Sí que te amo, *mhuirnín* —contestó Simon sonriendo con picardía—, pero no de esa manera. Estuve cerca una vez, más cerca de lo que he estado nunca, tal vez de lo que jamás volveré a estarlo con nadie.

La única lágrima que brilló en las pestañas de Maria fue su respuesta. Lo que podría haber existido entre ellos dos había sido una víctima más de las maquinaciones de Welton. Otra muerte que le haría pagar.

—No tendría que haberte sugerido que te acostases con esa mujer. No sé qué me ha impulsado a hacerlo.

—Yo tampoco —reconoció él, cogiéndola de nuevo del brazo—. Se supone que me conoces lo suficiente como para adivinar que ya he concertado una cita con ella para esta misma noche.

—¿Esta misma...? ¡Oh! —Maria le dio una patada y soltó una maldición—. Entonces ¿por qué me has atormentado?

—Soy un hombre y tengo el ego propio de mi especie. Quería saber que pensar en mí con otra mujer te duele, aunque sea sólo un poco. A mí me duele imaginarte con otro hombre.

Maria tal vez le habría creído si Simon hubiese contenido la risa.

Esa vez, cuando se apartó de él, no se detuvo.

—Ahora mismo no me caes muy simpático.

—¡Me adoras! —gritó él—. Igual que yo a ti.

Si las miradas matasen, la que le lanzó Maria en ese instante lo habría mandado a la tumba.

Después de la cena, Christopher se apoyó en la pared que había junto al ventanal que daba al camino de la entrada. No podía apartar la mirada de la mujer menuda y voluptuosa, envuelta en la cantidad exacta de seda de color melocotón. La luz de las velas acariciaba la curva de sus senos y hacía que temblase su erección. Lady Winter le devolvió la mirada, tan atrevida como siempre.

A Christopher le hirvió la sangre con la certeza de que pronto la poseería. Ya había dejado de intentar buscarle sentido al incontrolable deseo que sentía de

acostarse con ella. Sencillamente lo necesitaba y si no lo hacía pronto y se relajaba, no podría ocuparse de sus asuntos como debía.

Era muy consciente de que el sexo no implicaba necesariamente que Maria fuese a desvelarle lo que necesitaba saber sobre Welton, sus difuntos esposos y su relación con la agencia. Ella se parecía mucho a él. Una serie de orgasmos no harían que sintiese el impulso de contarle sus secretos. Y él quería sus secretos. Los necesitaba.

Los agentes de la marina británica de su majestad eran una espina que tenía clavada en el costado desde hacía mucho tiempo. Lo seguían sin descanso, lo espiaban a todas horas y se apropiaban de sus mercancías con la suficiente frecuencia como para que le resultase molesto. Tal vez Maria se había casado con aquellos dos hombres sencillamente porque tenían dinero, pero también podía haberlo hecho porque ambos estaban relacionados asimismo con la agencia y, si ése era el caso, él quería saber por qué.

La mansión de Harwick era el enclave perfecto para esa misión. Para empezar, él era bien recibido. En segundo lugar, allí no tenían más remedio que vivir bajo el mismo techo. Y por último, pero no por ello menos importante, en la casa de Maria no había nadie excepto sus sirvientes. Si lo planeaban con cuidado, uno de sus hombres podía entrar a formar parte del servicio y así ella no podría volver a escabullirse sin que él lo supiera.

Levantó la copa en su dirección para brindar en silencio y ella le sonrió como hacían las mujeres, con misterio.

«Que gane el mejor».

—He recibido una nota de Templeton —murmuró Simon con una mano en la espalda de Maria—. Nos espera en la glorieta después de que el reloj dé las dos. Yo no puedo ir a reunirme con él, *mhuirnín*. Estaré ocupado con otros menesteres.

—Ya iré yo. ¿Qué crees que querrá decirnos?

Simon se encogió de hombros y aparentó indiferencia, pero tenía la mirada aguda y alerta.

—Supongo que tendrá noticias urgentes sobre tu hermana. De lo contrario no se atrevería a molestarte aquí.

—¿Ampliaste la zona de búsqueda hasta la costa? —Entre las pestañas observó a los presentes en el salón. St. John estaba ocupado encandilando a lady Harwick, pero Maria sabía perfectamente a quién estaba observando.

Podía sentirlo en su piel.

—Sí y por eso andamos cortos de hombres.

—¿Qué más puedo hacer?

Él suspiró y le acarició la espalda con los dedos. Maria apenas podía sentir la caricia por encima de la tela, pero sabía que se la había hecho.

—Mantente alerta. Templeton es un hombre a sueldo. A él no le importáis lo más mínimo ni tú ni tu hermana, sólo le interesa el dinero.

—Siempre tengo mucho cuidado, Simon.

Dio media vuelta y lo miró. Simon era enormemente apuesto. Llevaba un traje de seda gris con un chaleco liso de seda guateada; no había ningún color que pudiese competir con su atractivo masculino. No llevaba peluca y se recogía la melena con una sencilla coleta. Sus ojos azules le devolvieron la mirada, al principio con aburrimiento, pero al ver la intensidad de los de ella los de él se fueron oscureciendo.

—Si haces realidad todo lo que me estás prometiendo con esa mirada, le diré a esa mujer que no la deseo, *mhuirnín*.

—Todas las mujeres te miran embobadas; ¿por qué se me tiene que negar a mí ese placer?

Sonrió peligrosamente. Simon seguía estando sin pulir, sin domar. Ella lo había sacado literalmente de los bajos fondos con la certeza de que podría follar o matar con absoluta precisión y de que resultaría irresistible a todas las mujeres.

—Nunca te he negado nada. —Simon le cogió una mano y se la acercó a los labios—. Y nunca lo haré.

Ella negó con la cabeza y se rio con suavidad.

—Tú también procura tener mucho cuidado, Simon, querido.

Él le hizo una reverencia y le dijo:

—Soy y siempre seré tu más leal servidor.

Desapareció en cuestión de segundos y poco después lo hizo la acompañante de St. John. El deseo que sentía esa mujer era casi palpable y Maria sabía perfectamente que iba a terminar la noche muy satisfecha.

Volvió la cabeza y vio a St. John acercándose. La reticencia que todavía sentía por lo que iba a hacer Simon desapareció de inmediato y sus sentidos sólo se centraron en el hombre que le provocaba aquel cosquilleo en el estómago. Era más alto que ella, el pelo se le veía aún más rubio y la piel más morena a la luz de las velas. Su chaleco de color crema estaba acabado con un bordado en cadena que resaltaba el verde oscuro de la americana. A diferencia de Simon, el atuendo de St. John había sido diseñado para llamar la atención sobre el impresionante físico de su dueño. Maria volvió a sentir que todas las damas presentes la miraban.

Al llegar frente a ella, St. John le cogió la mano igual que había hecho Simon y le besó la palma, pero la reacción de Maria fue completamente distinta. El pirata no la había tocado con tristeza, ni mucho menos.

—Haré que lo olvides —dijo él con voz ronca, mirándola fijamente. Era tan duro como Simon y era innegable que no tenía escrúpulos, ni siquiera para matar.

Sin embargo, su aspecto no era amablemente seductor como el de su amigo, sino que desprendía pura sexualidad. Maria sabía, como sólo puede saberlo una mujer, que St. John no era de esos hombres que se ríen en la cama y bromean con su amante. Era demasiado intenso para eso.

Se quedó atónita al ver lo profundamente atraída que se sentía hacia la primitiva naturaleza de ese hombre, en especial, tras haber sufrido el trato de lord Winter. Y no sólo atraída, sino llena de una ansia salvaje.

—Vaya... —Recuperó la mano y apartó la vista para fingir una indiferencia que no sentía.

Él se movió y su aroma impregnó el aire. Maria sintió una levísima caricia en el cuello.

—Mi bonita mentirosa. Se te ha acelerado el corazón. Puedo verlo aquí.

De repente, y sólo con esa caricia, Maria se excitó por completo. Abrió los ojos como platos y lo miró.

La mirada de él era sombría y hambrienta. Territorial.

—Un casto toque basta para que me desees. Imagínate lo que será cuando esté dentro de ti.

Ella tomó aire.

—Eso es lo único que vas a hacer: imaginártelo —replicó y la sorprendió mantener la voz calmada e incluso aparentar desinterés.

Él le ofreció una sonrisa de pura masculinidad.

—Dime que no vas a terminar en mi cama. —Bajó la voz y le pasó de nuevo el dedo por encima del pulso—. Dilo, Maria. Me apasionan los desafíos.

—No terminaré en tu cama. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. Prefiero tener sexo en la mía.

Vio que lo había sorprendido y después fascinado. A St. John le brillaron los ojos y la risa que salió de su garganta fue sincera.

—Puedo conformarme con eso.

—Pero hoy no. —Jugó a ser ambigua. Entonces se inclinó hacia él y le susurró al oído—. Lady Smythe-Gleason te ha estado observando toda la noche, yo probaría suerte con ella. Buenas noches, señor St. John.

Pensar en él con otra mujer la afectaba de un modo similar a cuando se imaginaba a Simon en las mismas circunstancias. Pero en el caso del pirata no le resultó tan fácil hacer a un lado esos pensamientos...

St. John la cogió por el brazo cuando ella intentó apartarse. El calor que sintió en la zona que él estaba tocando era innegable. Y se reflejó en el modo en que la miró.

—Como parte de nuestra inevitable relación profesional, quiero tener el uso exclusivo de tu cuerpo. A cambio, yo te ofreceré lo mismo.

Maria parpadeó atónita.

—¿Disculpa?

Christopher le acarició con el pulgar el interior del codo, la parte que quedaba oculta tras el encaje blanco. Maria sintió la caricia extendiéndose por su brazo hasta llegarle a los pechos y excitarle los pezones. Entonces agradeció la prisión del corsé, porque la prenda ocultó su reacción a los ojos de él.

—Ya me has oído.

—¿Por qué iba a acceder a tal cosa? O, mejor dicho, ¿por qué ibas a hacerlo tú? —Arqueó una ceja.

Él la imitó.

Maria soltó una risa nerviosa e intentó ocultar lo fascinante que le resultaba la idea de poder hacerlo suyo. Era un hombre salvaje, indomable, un lobo con piel de cordero.

—Me haces gracia, Christopher.

—Eso es lo último que te hago. —Dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal—. Te excito y te intrigo e incluso te asusto. Mi repertorio de diversiones carnales es prácticamente infinito, como descubrirás muy pronto. Pero no te hago gracia. Eso requiere frivolidad, algo que yo jamás tendré.

Ella separó los labios para soltar despacio la respiración.

—Ven a mi dormitorio cuando cambies de opinión —susurró él, dando un paso atrás.

Maria consiguió esbozar una sonrisa y luego, disculpándose, se retiró. Sintió la mirada de Christopher encima de ella mientras se marchaba y sus últimas palabras la acompañaron después de abandonar el salón.

Escabullirse de la mansión sin ser vista era al mismo tiempo más fácil y más difícil de lo que Maria había previsto.

Por un lado, le resultó muy fácil pasar la pierna por encima de la baranda del balcón de su habitación. Por otro, tuvo que descolgarse por las zarzas que trepaban por la pared. Aunque con sus pantalones negros hechos a medida, la cosa fue más una incomodidad que un verdadero desafío. Pese a todo, ese método distaba mucho de ser el más práctico para ir de su habitación al salón, y mucho menos llevando un espadín colgando de la cintura.

Saltó y, al caer al suelo, hizo tanto ruido que se sobresaltó. Miró a su alrededor, oculta entre las sombras, y esperó varios segundos. Cuando estuvo segura de que nadie estaba mirando por la ventana en busca de intrusos, se apartó de la pared de la mansión y se dirigió hacia la glorieta.

La noche estaba serena y silenciosa, soplaba el viento, pero no hacía frío. Había una luna llena perfecta para el encuentro clandestino de dos amantes. Que ella fuese vestida como un hombre y se dirigiese a reunirse con un habitante de los bajos fondos era sencillamente una característica de su vida. Ella no tenía tiempo para ser feliz ni para estar tranquila. Y aunque lo tuviera tampoco podría disfrutarlo sabiendo que Amelia estaba sola y asustada en alguna parte.

Igual que esa mañana, Maria se movió de árbol en árbol y rodeó la glorieta escudriñando la oscuridad. Las copas de los árboles dejaban pasar los suficientes rayos de luna como para que pudiera ver el interior de la construcción. Se paró y contuvo la respiración. Se le erizó el vello de la nuca en señal de advertencia.

Se volvió con el espadín desenfundado antes de que una ramita se quebrase. Vio a un hombre observándola con fría intensidad a pocos metros de distancia. A oscuras apenas podía verlo, pero sí distinguió que era más bajito que Simon o que Christopher, y tan delgado que parecía esquelético.

—¿Dónde está Quinn? —le preguntó el hombre.

—Esta noche hablarás conmigo. —Había tanto acero en la voz de Maria como en su arma.

Él resopló y se volvió para irse.

—¿Quién crees que te paga? —murmuró ella.

Templeton se detuvo. Pasó un largo rato durante el cual Maria prácticamente podía oírlo sopesar sus opciones, y entonces se dio la vuelta. El tipo silbó bajito y se apoyó en el tronco de un árbol con las manos en los bolsillos.

Maria abrió la boca para hablar, pero entonces notó que los ojos de él se movían como si hubiese visto algo detrás de ella. El rostro de preocupación de Templeton la alertó y vio un leve movimiento con el rabillo del ojo. Se puso en guardia y saltó justo a tiempo de evitar que la atravesase la espada de un segundo hombre.

Maria se recuperó al instante y desenvainó, el ruido del acero al entrechocar en el aire resonó en la noche. Ella apretó la mandíbula al ver lo corpulento que era su adversario. Gracias a sus esfuerzos y a la generosidad de Dayton, Maria era una gran espadachina, pero aun así se le aceleró el corazón.

«Por desgracia eres tú la que va a tener que vivir siempre al filo de una espada — le había dicho Dayton una vez—, así que más te vale ser la mejor manejándola».

¡Cuánto lo echaba de menos!

Como siempre que pensaba en Dayton, Maria se concentró mejor en lo que hacía y empezó a luchar con tanto afán que su oponente, a pesar de lo grande que era, maldijo y no tuvo más remedio que retroceder. Ella levantó el brazo y lo atacó veloz como el rayo. Ocupó una posición que le permitió ver que Templeton la miraba con avidez. Maria era pequeña y rápida, pero eso no le impidió tropezar con la raíz de un árbol. Gritó asustada al precipitarse hacia el suelo y los ojos de su contrincante brillaron victoriosos al ver que llevaba ventaja.

—Tranquilo ahora, Harry —exclamó Templeton.

Al caer al suelo, Maria rodó sobre sí misma justo a tiempo de esquivar la espada del tal Harry, que se clavó en la tierra. Ella levantó la suya y le atravesó el muslo. El hombre gritó de rabia como un oso herido cuando, de repente, una figura vestida de blanco se lanzó encima de él y lo tiró al suelo. Los dos cuerpos rodaron brevemente, se oyeron unos gritos de dolor y luego se quedaron quietos.

Al final, la figura vestida de blanco se puso en pie y soltó la empuñadura de la daga que había clavado en el torso del hombre.

La luz de la luna iluminó su pelo rubio y cuando se volvió hacia Maria la miró desconcertado. A continuación, Christopher St. John se acercó a Templeton, que seguía inmóvil cerca de él.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó con voz amenazadoramente calmada.

—Sí. St. John. —El hombre retrocedió cauteloso—. A la señorita no le ha pasado nada.

—No gracias a ti. —Se movió tan rápido como antes (si Maria hubiese parpadeado no lo habría visto) y atravesó el hombro de Templeton con una daga, clavándolo en el árbol con ella.

Lo que siguió después fue horrible de presenciar. St. John habló en voz baja, casi inaudible, mientras retorció la hoja en la herida. El hombre esquelético se doblaba de dolor mientras lloraba y gemía las respuestas a las preguntas que el pirata le hacía.

En contra de su voluntad, la mirada de Maria fue de los anchos hombros de Christopher al hombre muerto que yacía a pocos metros. Luchó para contener las náuseas y se repitió la letanía de siempre para absolverse de toda culpa: había tenido que hacerlo para protegerse. A ella y a Amelia.

«Él o yo. Su vida o la mía. Su vida o la mía».

Nunca servía de nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si dedicaba demasiado tiempo a pensar en lo bajo que había caído, sufriría otro ataque de melancolía y sabía por experiencia que le llevaría semanas recuperarse.

—Volverás a dejar esta zona como estaba —le dijo St. John a Templeton al apartarse y arrancarle la daga. El otro hombre cayó de rodillas al suelo—. Cuando salga el sol, este sitio estará inmaculado, como si no hubiera pasado nada. ¿Entendido?

—Soy muy meticuloso en mi trabajo —contestó Templeton entre dientes.

Entonces, Christopher centró toda su atención en Maria, se le acercó y la cogió del codo para apartarla de allí.

—Tengo que hablar con él —protestó ella.

—Contrataron una institutriz y la mandaron a Dover.

Maria se tensó y él, siendo tan perceptivo como era, se dio cuenta.

—No ha dicho nada más —le aseguró. A pesar de que tenía la voz calmada, se notaba una fuerte tensión bajo la fachada—. Por qué necesitas esa información sigue siendo un secreto bien guardado. Es muy inteligente de tu parte mantener oculto el motivo de tu investigación. Así él no tiene nada con lo que chantajearte.

—No soy tonta. —Le dedicó una fría mirada de reojo y se le erizó el vello. Christopher se estaba conteniendo... pero a duras penas—. Tenía la situación completamente bajo control.

—No sé si «completamente» es la palabra que yo utilizaría, pero estoy de acuerdo, te estaba yendo bastante bien sin mi ayuda. Achaca mi intervención a un súbito e inexplicable ataque de caballerosidad.

La verdad era que, aunque no se lo reconoció, Maria había sentido un profundo alivio al verlo aparecer, y una emoción más tierna de lo que esperaba. Al principio no entendió a qué se debía ese cambio de actitud hacia él, pero entonces se dio cuenta de que, desde Dayton, era la primera vez que alguien la salvaba.

—¿Por qué estabas aquí? —le preguntó, viendo que habían abandonado ya la protección de los árboles y que él estaba a medio vestir; llevaba sólo la camisa, los pantalones, las medias y los zapatos. Tenía sangre en la camisa y en las manos, un signo externo de su tendencia al salvajismo.

—Te he seguido.

—¿Cómo es posible? —le preguntó atónita.

—Cuando tu doncella se ha marchado, he entrado en tus aposentos a buscarte. Al ver que no estabas, no me ha resultado difícil deducir por dónde habías escapado, puesto que yo llevaba todo ese rato vigilando la puerta. He mirado por el balcón y he visto hacia dónde te dirigías.

Maria se detuvo tan de repente que levantó un poco de polvo de la grava.

—¿Has entrado en mis aposentos? ¿Medio vestido?

Él la miró y deslizó despacio los ojos por su cuerpo, haciéndola entrar en calor de inmediato. Como si no acabase de pasar nada raro, sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiarse la sangre de las manos.

—Por extraño que parezca, me excitas más ahora vestida como un hombre que cuando te imaginé desnuda en tu cama.

Cuando sus ojos se encontraron, Maria vio una oscuridad en los de él que ni siquiera la luz de la luna podía ocultar. El modo en que apretaba los labios contradecía su postura relajada y la intensidad de su mirada la hizo estremecer. A Maria se le dilataron las fosas nasales y se le aceleró el corazón en el preciso instante en que se despertaba su instinto de supervivencia, que le pedía a gritos que saliese huyendo de aquel depredador.

«Corre. Quiere cazarte».

—Ya te dije que no estaba disponible —le repitió, rodeando con los dedos la empuñadura de su espada—. No soy famosa por lo bien que me tomo que se entrometan en mis asuntos.

—¿Lo dices por tus pobres maridos?

Maria echó a andar rápidamente hacia la mansión.

—No tendrías que haber ido tú sola y no tendrías que haber organizado un encuentro ahí.

—Y tú no tendrías que reñirme.

Christopher la cogió del brazo y la acercó a él. Cuando Maria intentó desenvainar la espada, le colocó una mano encima de la suya y se la puso sobre el corazón. Latía tan rápido como el de ella y ese gesto fue toda una confesión, una revelación. Le estaba diciendo que no estaba hecho de piedra, como creía todo el mundo. Le cogió después la otra mano y, sujetándola por la muñeca, se la colocó a la espalda de ella para retenerla.

El resultado era un abrazo de lo más íntimo. Maria tenía el torso pegado al de él, la nariz en el hueco de su garganta. Durante un segundo se planteó la posibilidad de forcejear, pero decidió que no le daría esa satisfacción. Además, era maravilloso que la estuviese abrazando, después de lo que había pasado. Ella casi nunca se permitía esa clase de consuelo.

—Tengo intención de besarte —murmuró él—. Retenerte así es un mal necesario, porque cada vez que te beso sacas una arma y no tengo ganas de que me pinches con nada. Además, el tamaño de tus armas va en aumento con cada beso.

—Si crees que las únicas armas que tengo son las que llevo encima —contraatacó ella en voz baja—, estás muy equivocado.

—Resístete —le pidió él, susurrando desde lo más profundo de su garganta y mirándola a los ojos sin ocultar su desafío—. Oblígame a poseerte entre patadas y arañazos.

Christopher St. John era implacable, decidido. Maria podía sentir el deseo y la pasión que hervía en su interior y que la iba envolviendo igual que sus brazos.

Había matado a un hombre por ella.

Y era evidente que eso había sacado el demonio que llevaba dentro.

Se quedó mirando el atractivo y fiero rostro del pirata y entonces comprendió lo que estaba pasando. Christopher había peleado por ella y ahora ella era su premio. La recorrió un escalofrío y él esbozó una sonrisa puramente sexual.

El calor se extendió por la piel de Maria hasta penetrar en su sangre. Una sangre que había estado helada desde que su madre exhaló su último aliento.

¿Estaba loca si deseaba a ese hombre porque había matado por ella? ¿Welton la había convertido en una aberración que se excitaba al sentir que un hombre la protegía de esa manera?

Christopher la envolvió con su enorme cuerpo y el aroma de su piel la invadió.

—Uso exclusivo —le advirtió él de nuevo, antes de besarla.

Lo hizo con fuerza y profundamente. Un beso posesivo y exigente. La obligó a echar la cabeza hacia atrás para que perdiese el equilibrio y no pudiese hacer nada para rechazarlo.

Excepto una cosa.

Maria le mordió el labio inferior. Él se quejó y soltó una maldición sin apartarse de su boca.

—Maldita sea —dijo con voz ronca—, nunca me habría imaginado que desearía tanto a una mujer tan versada en el modo de pensar masculino, pero es innegable que te deseo mucho más de lo que recuerdo haber deseado a ninguna otra.

—Esta noche no puedes tenerme. No estoy de humor.

—Puedo hacer que lo estés.

Christopher movió las caderas contra las ella, poniendo de manifiesto su impresionante erección. El sexo de Maria respondió hasta causarle un dolor casi insoportable.

—Hazlo —lo retó, consciente de que él jamás la tomaría por la fuerza, aunque al final ella terminase por disfrutarlo. Y estaba segura de que lo disfrutaría.

Christopher necesitaba que se le entregase, que se rindiese a él. Lo sabía como sólo puede saberlo una mujer. O tal vez como sólo podía saberlo una mujer que pensara como él.

Christopher apretó la mandíbula y los cambió ligeramente de postura. Cogió la mano de Maria que se había colocado sobre el corazón y la llevó a la espalda de ella junto con la otra. Entonces tiró del pañuelo que Maria llevaba en la cabeza para recogerse el pelo.

Ella se quejó de dolor y él aprovechó para poseer sus labios con una sensualidad que no había demostrado antes. Deslizó la lengua hasta lo más profundo, lento,

despacio. No empujó sin más, sino que acarició el interior de su boca con movimientos rítmicos. A Maria le temblaron las rodillas y se derrumbó hasta el punto de que él era lo único que le impedía caer al suelo. Christopher la apretó aún más contra su cuerpo y pasó su poderosa erección por su suave estómago. Ella notó que su entrepierna se humedecía. Estaba lista.

Gimió y descubrió que le resultaba imposible estarse quieta ante un hombre como él, tan arrebatadoramente atractivo además.

Christopher no reaccionó como ella esperaba a su gemido. La levantó en brazos para poder colocarla firmemente en el suelo y acompañarla luego hasta la enredadera; cuando comprobó que había recuperado el equilibrio, se fue de allí mascullando enfadado.

Maria se agachó y apoyó las manos en las rodillas para intentar recuperar el aliento. Cerró los ojos mientras procuraba recomponerse. Todas y cada una de las partes de su cuerpo vibraban de tensión sensual no resuelta. El poderoso deseo que sentía, y también la soledad, estuvieron a punto de hacerle tragar el orgullo e ir tras él. Existían multitud de razones por las que anhelaba a aquel hombre y ninguna tenía que ver con Welton, pero también sabía que a veces hacer esperar a quien te desea es mucho eficaz que entregarse a él la primera noche.

Soltó el aire muy despacio y trepó por la enredadera hasta su balcón, intentando hacer el menor ruido posible. Empezó a desnudarse y analizó los motivos por los que debería negarse a la petición de St. John y aquellos por los que debería aceptar. Alguien llamó en ese momento a su puerta y Maria se tensó hasta que se dio cuenta de que la llamada no provenía del pasillo.

Abrió la puerta de la habitación de al lado y su doncella entró con su habitual eficacia para recoger la ropa sucia. La había contratado Dayton y Sarah había demostrado ser la discreción en persona, además de saber limpiar tanto las manchas de sangre como las de vino.

—Nos iremos a Dover por la mañana —le dijo Maria, centrando sus pensamientos en el viaje. Aunque St. John le había dicho muy poco, ella había entendido el mensaje.

Sarah asintió, ya estaba acostumbrada a preparar el equipaje con poca antelación. Ayudó a Maria a ponerse el camisón y se fue.

Ella se acercó a la cama y se detuvo ante el embozo abierto. Se imaginó qué estaría haciendo Simon en aquel instante; estaría riéndose en la cama, desnudo, magnífico, dándose un revolcón mientras sonsacaba información a su pareja sin que ésta se enterase de su perfidia.

Suspiró y envidió esa clase de intimidad. Aunque fuera sólo física, era mucho más de lo que ella había tenido en un año. La búsqueda de Amelia competía con su obligación de estar siempre disponible para Welton y al final no le quedaba tiempo

para atender a sus necesidades.

«Welton». Maldito fuese. Su padrastro quería que ella hiciese lo mismo que estaba haciendo ahora Simon, pero con St John; quería que sedujera al pirata, que se ganase su confianza y que descubriese sus secretos.

Maria no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a estar en Dover. Como mucho, dos semanas, porque, si no, despertaría las sospechas de Welton. Pero para un hombre como St. John una semana sin verla podía ser demasiado. Podía fijarse en otra mujer y entonces ella tendría que esperar a que ese romance siguiera su curso. Y aun así, corría el riesgo de que él perdiera el interés y cuando eso sucedía, Maria sabía por propia experiencia que no podía recuperarse. Tenía que conseguir que Christopher pasase de desearla con desesperación a estar absolutamente fascinado con ella, y sólo tenía unas horas para lograrlo.

Diciéndose a sí misma que únicamente lo hacía porque no tenía más remedio, abrió la puerta y miró a ambos lados del pasillo. Lo recorrió sigilosamente hasta llegar a las aposentos que antes había averiguado que eran los de St. John. Se detuvo en la puerta vestida sólo con su camisón y levantó la mano para llamar... pero la detuvo en el aire. Maldita fuera. Volvía a sentir como si estuviese metiéndose en la boca del lobo.

La puerta se abrió de repente y se encontró con el infame pirata completa y magníficamente desnudo. Su piel y su melena dorada resplandecían a la luz de las velas, que resaltaba a la perfección todos los músculos de su cuerpo. Llenaba el vano de la puerta con su físico y su fuerza y su aroma saturó los sentidos de ella y la hizo vibrar de deseo.

—Te follaré en el pasillo si quieres —murmuró—, pero estarás más cómoda en la cama.

Maria parpadeó atónita y al bajar la vista descubrió otras cosas que codiciaba. Intentó decir algo mordaz, pero la lengua se le pegó al paladar. Lo deseaba entero, lo quería todo de él, lo que veía y lo que no.

Christopher también la recorrió con los ojos del mismo modo. Los de él se oscurecieron y algo parecido a un ronroneo salió de su musculoso torso.

Antes de que Maria recuperase la capacidad de razonar, él le cogió la mano que todavía tenía en alto y tiró de ella hacia el interior de su dormitorio.

—¿Estás tonta? —Christopher cerró la puerta de un portazo y devoró con la mirada a la tentadora mujer que tenía delante—. ¡No puedes deambular por la casa vestida así!

El camisón, que se pegaba a aquellas curvas que él tanto deseaba, era alarmanamente transparente y dejaba al descubierto los abundantes encantos de Maria: las piernas largas, las caderas redondas, la cintura, los voluptuosos pechos. La sombra que cubría su entrepierna y las areolas oscuras de sus pezones eran tan visibles como a la luz del día.

Apretó los dientes hasta que le rechinaron. A la luz de las velas, la piel morena de Maria brillaba como la seda y se apostaría su fortuna a que tenía el mismo tacto. Sólo de pensar en la joven recorriendo aquel pasillo repleto de dormitorios ocupados por hombres que podrían haberse topado con ella...

—Tú no tendrías que abrir la puerta desnudo —le dijo Maria, con un elegante encogimiento de hombros.

—Estoy en mi dormitorio.

—Yo también —le contestó.

—Pero ¡no lo estabas hace un momento!

—¿Vas a echarme mi pasado en cara? Porque si es así te aseguro que he hecho cosas mucho peores.

—Maldita sea, ¡de eso sólo hace un minuto!

—Sí y hace un minuto tú estabas desnudo en el pasillo.

Maria arqueó una ceja y adoptó su gélida expresión de Viuda de Hielo. Christopher tal vez la habría creído si no le hubiera visto los ojos o si no tuviese su cuerpo tan cerca, desprendiendo tanta sensualidad. Además, ella estaba allí, dispuesta a tener sexo con él.

—La verdad es que creo que lo tuyo es peor —siguió Maria—, al menos yo llevo algo puesto.

Christopher gruñó y, tras sujetarla por los hombros, la acercó a él. Al hacerlo, la tela se desgarró y él se puso todavía más furioso. Fuera lo que fuese lo que ella llevaba puesto, ofrecía tan poca protección ante las manos de un hombre como ante sus ojos.

—¡Esto no puede considerarse ropa! Esto es una tentación y estás tentando a otros hombres con algo que me pertenece.

Maria se quedó boquiabierta.

—¡Bruto! Me has roto el camisón y no dejas de manosearme.

Dio un paso hacia atrás, levantó la mano y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

El golpe lo pilló tan desprevenido que apenas pudo reaccionar. Nadie se había

atrevido nunca a algo así. Incluso los insensatos que no le temían a la muerte encontraban una manera menos física de provocarlo...

Dudó un segundo sin saber muy bien qué sentía por lo que ella había hecho. El acuciante dolor provocado por su erección le respondió y antes de que su boca pudiese volver a meter la pata y echarlo todo a perder, se abalanzó encima de Maria con tanta fuerza que ambos acabaron en el suelo. Fue un milagro que consiguiera echarse a un lado para no aplastarla.

—¿Qué estás...?

—¡Ay! —Lo único que amortiguó el impacto fue la alfombra y Christopher notó el golpe en todos sus huesos.

—¡Dios santo! —exclamó Maria boca abajo, girando la cabeza para mirarlo atónita—. ¡Estás como una cabra!

La retuvo colocándole un brazo y una pierna encima, mientras Maria forcejeaba deliciosamente debajo de él. Su cuerpo era tan suave como se había imaginado y olía muy bien, un perfume frutal y a flores a partes iguales que prometía inocencia. Una promesa que la apariencia de Maria parecía empeñada en contradecir.

Una parte de Christopher sabía que tenía que decir algo, que debería disculparse por haberle roto el camisón o algo por el estilo para tranquilizarla, pero maldito fuese, lo único que parecía capaz de hacer era gruñir e intentar levantarle la ropa con la rodilla.

Cuando el codo de ella le acertó en las costillas, un gruñido amenazador escapó de la boca de él. Un sonido que aterrorizaba a la mayoría de los mortales y que a Maria la puso furiosa.

—¡No me gruñas! —soltó, forcejando con tanto empeño que Christopher temió no poder sujetarla sin hacerle daño.

Y en ese momento dejó de intentar ser tierno con ella. Sabía que era inútil, que se había convertido en un ser primitivo al que sólo le importaba el deseo que sentía por aquella mujer.

Le cogió las muñecas con una mano, se puso encima de ella separándole las piernas y se colocó en medio.

Maria se detuvo un segundo al comprender lo que pretendía hacer y entonces luchó como él antes le había pedido que hiciera: como una gata salvaje. Forcejó e intentó retroceder encima de la alfombra inglesa con el objetivo de llegar a la puerta, pero St. John no se movió ni un milímetro.

—¡Ah, no! ¡No vas a tenerme!

Él resopló e, impaciente, le rompió el camisón, dejando al descubierto su precioso trasero. Esta vez, el sonido que consiguió salir de la garganta de él pareció una disculpa, pero Maria no se sintió impresionada.

—Prefiero meterme en la cama con lord Farsham que contigo.

El comentario le provocó un cachete en el culo, lo que la hizo gritar furiosa. Farsham tenía cuarenta años y se rumoreaba que era impotente, pero nada de eso mitigó la rabia que Christopher sintió al imaginarse a Maria con otro hombre.

En venganza, ella le clavó los dientes en el antebrazo con todas sus fuerzas. Christopher gritó de dolor y notó que una gota de semen se deslizaba por su prepucio. Entonces pasó una mano debajo de su cuerpo para tocarla y descubrió su sexo húmedo y ardiente y listo para él. La miró a la cara y vio que estaba excitada, que sus ojos brillaban de pasión y que tenía la piel sonrojada.

Gracias a Dios, porque estaba a punto de perder el control, el semen ardía en su miembro, impaciente por llenar el interior de Maria con su lujuria.

Ella se quedó quieta un segundo, el único sonido que se oía en la habitación era su respiración entrecortada y la trabajosa de él ahora que la estaba tocando. Deslizó los dedos temblorosos por los labios del sexo de Maria y cerró los ojos. Casi sin pensar, agachó la cabeza y posó los labios en la suave curva de su hombro.

Movió la mano despacio y se apartó de ella con intención de guiar su erección hacia la entrada de su cuerpo.

—Maria.

Por fin una palabra había logrado escapar del nudo de su garganta al sentir cómo el sexo de ella se apretaba alrededor del extremo de su miembro.

Maria gimió y levantó las caderas hacia arriba tanto como le permitió el peso de Christopher, y así modificó el ángulo en que él la estaba penetrando, consiguiendo que lo hiciera un poco más profundamente.

Christopher se quedó sin aliento y soltó despacio el aire entre los dientes. Dios, ardía por dentro, quemaba, era tan exquisita, estaba tan apretada...

—¿Cuánto hace? —le preguntó entre dientes.

Ella movió las caderas, impaciente.

Él le mordió el lóbulo de la oreja.

—¿Cuánto?

—Un año —confesó en voz baja y sin poder respirar—. Pero sigue así y serán dos. ¿Además de olvidarte de las normas de educación también te has olvidado de cómo se hace esto?

—Vas a volverme loco. Terca. Frustrante muchacha. —Subrayó cada palabra con un movimiento de caderas, con lo que se deslizó más dentro de ella, mientras le iba separando los muslos con los suyos.

—Para... ti... milady... —le contestó Maria con la respiración entrecortada.

Entonces Christopher encontró aquel lugar dentro de ella que la hizo gemir de placer y temblar de un modo muy distinto al de antes. De un modo sensual y sin gota de rabia.

—¿Te gusta así? —murmuró él con una sonrisa en los labios. El cambio de

actitud de Maria lo había serenado inmensamente. Estar dentro de ella también había ayudado. Allí era donde quería estar desde que la tocó por primera vez en el teatro—. ¿Un poco más?

Apretó las nalgas y se deslizó más adentro. La sensación fue tan intensa que se estremeció encima de ella.

—Maria —suspiró con la cabeza agachada, pegada a la de ella—. Tú...

En el estado en que se encontraba sumido su cerebro, enloquecido por aquella atracción sexual, Christopher no fue capaz de expresar lo que fuera que intentaba decir. En vez de eso, salió de dentro de Maria y gimió al notar que las paredes internas del sexo de ella acariciaban el de él al apartarse.

—Maldito seas —masculló Maria rodando sobre sí misma cuando él se retiró del todo.

Lo fulminó con la mirada, con el semblante demudado por la frustración y la rabia.

Pero por raro que pareciera, tener frente a él a una mujer furiosa no hizo que Christopher quisiera perderla de vista. Sino todo lo contrario.

A Maria no la intimidaba y ella no intentaba esconder que era... su igual. Sus reacciones lo excitaban enormemente y lo único que quería hacer era separarle las piernas y penetrarla con su miembro. Una y otra vez.

—Aquí no —gruñó él, poniéndose en pie y levantándola.

Cuando Maria tropezó, Christopher la cogió en brazos y se la colocó encima del hombro.

—¡Bruto!

—Bruja. —Le dio otro cachete en las nalgas, pero entonces, incapaz de evitarlo, se las acarició.

—¡Cobarde! Atrévete a luchar conmigo cara a cara. Siempre me atacas por la espalda.

Christopher sonrió. Le encantaba oír su voz y que lo retase. Abandonó el salón que precedía al dormitorio, cruzó la estancia y lanzó a Maria encima de la cama.

Ella rebotó y le dio una patada, luego lo abofeteó y lo maldijo mil veces. Nada de eso impidió que le quitase el desgarrado camisón, lanzándolo al suelo.

—Te follaré cara a cara, mi apasionada gata salvaje —susurró con voz ronca, atrapándola contra el colchón con su poderoso cuerpo—. Por eso teníamos que cambiar de sitio. Esto nos llevará su tiempo y no quiero que te lastimes las rodillas ni tus preciosos pechos.

Maria le clavó las uñas en el dorso de la mano cuando él entrelazó los dedos con los suyos. Con un decidido movimiento de rodilla, le separó los muslos y la penetró. El sonido que salió de la garganta de Christopher cuando se hundió dentro de ella fue ronco y visceral. Sorprendido por esa reacción tan intensa, agachó la cabeza y con los

labios buscó los pechos desnudos de Maria para succionarle el pezón.

—¡Sí! —gritó ella, moviéndose enloquecida debajo de él.

—Deja de moverte así —la riñó él, levantando la cabeza para mirar sus ojos negros—. Me dejarás exhausto antes de que pueda poseerte como es debido.

Maria levantó furiosa las caderas.

—Muévete, maldito seas.

Christopher se rio y su risa invadió el espacio tan íntimo que se había creado entre sus cabezas.

Ella parpadeó perpleja y se quedó inmóvil, mirándolo.

—Hazlo otra vez —le pidió.

Christopher arqueó una ceja y apretó su miembro dentro de ella. El suspiro que salió de los labios de Maria le hizo subir los testículos.

—Puedo reír o puedo follar, pero no puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo. ¿Cuál quieres que haga primero?

La tensión sexual que se apoderó del cuerpo de Maria fue incluso palpable.

—Me alegro —murmuró él, lamiéndole el labio inferior—, yo habría elegido lo mismo.

Entonces empezó a moverse, colocando las manos de los dos, que seguían entrelazadas, a la altura de los hombros de ella. Se apoyó en sus codos, levantó las caderas y luego las bajó despacio. Su miembro se retiró de su cuerpo y volvió a entrar despacio. Maria gimió de placer y él le acarició la mejilla con la suya.

—Dilo —susurró Christopher con los labios pegados a la frente de ella—. Dime lo mucho que te gusta.

Maria giró la cabeza y le mordió el lóbulo de la oreja con fuerza.

—¡Dime lo mucho que te gusta a ti, si es que alguna vez empiezas a moverte!

Christopher gimió y aceleró el ritmo, consciente de que estaba a apenas unos segundos de tener un orgasmo de proporciones épicas. No podía ser de otra manera. Y era por ella, por culpa de su maldita boca y de aquel temperamento que lo volvía loco. Pero tenía intención de mantener esa boca ocupada con cosas mucho más agradables. Más tarde. Ahora estaba tan condenadamente excitado que le dolía el pene y los testículos, tenía la piel cubierta de sudor y le costaba respirar cada vez que entraba y salía con fuerza del cuerpo de ella. Y todo porque quería que a Maria le gustase, algo que nunca lo había preocupado antes con ninguna de sus parejas y que sin embargo ahora era su máxima motivación.

Ella aceptó la lujuria de Christopher y se la devolvió en la misma medida; le rodeó las caderas con las piernas y movió los muslos con igual fervor. Tenía los pezones erectos y cada vez que él se los acariciaba con el torso, ambos gemían. Maria no dejaba de susurrarle cosas al oído, cosas escandalosas, cosas sexuales, provocaciones e insultos que lo llevaron al límite de la cordura.

Christopher se movió encima de ella, la penetró hasta tocarla con los testículos y meneó las caderas sin dejar de mirarla. Observó sus pupilas dilatadas, sus labios entreabiertos, su cuello arqueado cuando él hacía un movimiento circular con la pelvis y le rozaba el clítoris. La contempló mientras alcanzaba el orgasmo con él moviéndose dentro de ella. Vio que se le oscurecían los ojos y que se aflojaba la tensión que siempre tenía en la comisura de los labios.

La palabra «hermosa» no servía para describirla. Maria era mucho más que eso, era tan espectacular que Christopher se quedó embobado mirándola incluso cuando él estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Sintió que la vagina de ella temblaba alrededor de su miembro, que lo apretaba, que lo succionaba atrapándolo en su interior... y no pudo seguir conteniéndose.

La presión empezó entre sus hombros y fue descendiendo por su espalda hasta llegar a los testículos, donde encendió su miembro haciéndolo eyacular como nunca antes lo había hecho. Christopher no sabía cómo había sido capaz de no gritar de placer al terminar. Lo único que sabía era que Maria lo estaba abrazando con ternura, que sus diminutas manos le estaban acariciando las nalgas y que la voz ronca de ella lo acunaba y lo anclaba en la tierra después de ese orgasmo.

Y que lo besó. Maria le dio un beso suave como una pluma en el cuello.

Perdido en medio de su violento clímax, Christopher todavía sintió ese beso.

Maria se quedó mirando las sombras del dosel que había encima de ellos y se movió nerviosa. Christopher hizo lo mismo a unos centímetros de distancia. El silencio de los dos se alargó hasta ser incómodo. Si estuviese en la cama con Simon, éste serviría unas copas de vino y le contaría alguna anécdota para hacerla reír. Con Christopher sólo había esa maldita tensión. Y el incesante estremecimiento que le recorría todo el cuerpo.

Suspiró y repasó los eventos de aquella noche.

La risa de Christopher la había pillado desprevenida. Le había parecido un sonido maravilloso y había sido delicioso sentirlo vibrar encima de ella. Esa risa le había transformado por completo las facciones, haciendo que a ella casi se le detuviese el corazón. En conjunto, el encuentro había sido... intenso, tal como Maria había supuesto que sería el sexo con él. Su lado peligroso la excitaba, la hacía ser atrevida, la impulsaba a retarlo y a hacerle perder la calma. Era muy emocionante llevar al límite a un hombre con tanto control sobre sí mismo. Christopher follaba con tanta pasión, con tanta fuerza; su cuerpo estaba hecho para el placer.

Maria se estremeció de deseo y al girar la cabeza lo descubrió mirándola. Christopher enarcó una ceja y tiró de ella para acercarla a él.

Era bonito que la abrazase así, con sus piernas enredadas con las de ella, mucho menos largas, y sentir sus musculosos brazos alrededor del torso. Restos de sudor

pegaban la piel de uno a la del otro. Maria cerró los ojos e inhaló el aroma de Christopher, que había aumentado de intensidad por el esfuerzo físico. Era obvio que él no estaba acostumbrado a ser cariñoso; movía las manos con vacilación, como si no supiera muy bien qué hacer con ellas.

—¿Estás dolorida? —le preguntó con ternura.

—Podemos tener sexo de nuevo, si quieres. O puedo volver a mi dormitorio, si me prestas un batín.

Él la abrazó con más fuerza.

—Quédate.

Casi había amanecido. Maria tendría que irse pronto, del dormitorio de Christopher y de la mansión. Dover y la posibilidad de encontrar a Amelia la estaban reclamando. El optimismo era un lujo, pero si perdía la esperanza no podría continuar adelante.

Él le acarició la espalda con una mano y Maria se arqueó; su gesto dejó al descubierto la erección que crecía de nuevo encima del muslo de ella. El deseo, ahora más lánguido que la primera vez, corrió por las venas de Maria. Le pesaron los pechos y se le apretaron los pezones al rozar la piel de Christopher.

—Mmm... —ronroneó éste, colocándola encima de él.

Maria se quedó mirando a su ángel caído. El destino le había regalado un exterior hecho en el cielo y el interior de un depredador. Pasó las manos por su dorado pelo y él entrecerró los ojos de placer, mientras las pupilas se le dilataban de deseo.

—Normalmente, los hombres rubios no me parecen atractivos —dijo Maria casi para sí misma.

Christopher se rio y ella sintió un calorcito en el estómago.

—Me alegro de que tu cuerpo no esté de acuerdo contigo.

Maria resopló y se sentó en la cama.

—A mí no me gustan las mujeres con mal genio —la sonrisa de él se ensanchó—, pero tú me gustas, Dios sabe por qué.

Su elogio, aunque disfrazado, satisfizo a Maria. En la distancia, oyó que un reloj marcaba las horas.

La sonrisa de Christopher se desvaneció.

—Es una lástima que no estemos en casa —le dijo, mirándola intensamente con sus ojos como zafiros—. No me gusta tener que apresurarme.

Maria se encogió de hombros, negándose a confesar que a ella le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos estaba preparado para hablar de lo que sentía por el otro, pero era evidente que entre ellos había algo muy intenso, y sabían que iban a echarlo de menos.

Levantó las caderas y descubrió la fuerte erección de él contra su sexo, que empezó a deslizarse por encima de su pene, todavía húmedo del orgasmo que acababa

de tener. Christopher le colocó sus enormes manos en las caderas y la urgió a repetir el movimiento. Ella lo hizo y después se detuvo.

Él no dejó de mirarla ni un segundo. Lo hacía con una intensidad sin igual y Maria todavía no sabía si eso le gustaba, así que metió una mano entre los dos y guió la erección de Christopher hacia su cuerpo, para ver si así dejaba de pensar.

Él soltó el aire entre los dientes y se tensó a modo de respuesta. Maria sintió la misma brutal reacción. Hacía mucho de la última vez que había tenido relaciones sexuales, demasiado. Y aquél era un hombre muy bien dotado, su miembro la poseía hasta lo más hondo y la apretaba de un modo delicioso. Tembló alrededor de su erección y el temblor se extendió por todo su cuerpo.

—Maldita sea —masculló él, también temblando y excitándose más dentro de ella—. ¿Cómo pude pensar que eras fría?

Intrigada por la pregunta, Maria se detuvo milímetros antes de que los labios de su sexo llegasen al nacimiento del pene de Christopher.

A él le tembló violentamente un músculo de la mandíbula.

—Tu vagina me está quemando, se muere por mí. Me succiona el miembro. Es una sensación increíble.

Maria sonrió y terminó de descender hasta que su erección quedó completamente dentro de ella. En ese instante supo que lo tenía atrapado. Seguiría deseándola cuando no estuviera y a ella esa impaciencia le resultaría muy útil. Satisfecha consigo misma, se inclinó hacia él hasta que sus labios quedaron encima de los suyos.

—¿Puedo besarte? —le preguntó.

Christopher levantó la cabeza y la poseyó con la boca, deslizó la lengua con fuerza entre sus labios e inició un rítmico movimiento lamiéndola, acariciándola, que la hizo estremecer.

—Sí —susurró excitado, con la respiración entrecortada y recorriéndole la espalda con las manos—. Hazme todo lo que quieras.

Maria se incorporó un poco para recuperar el equilibrio y suspiró sorprendida al notar que él le atrapaba un pezón con los labios. Christopher empezó a succionar y ella cerró los ojos. Se excitó más, se humedeció más y tuvo que apoyar las palmas de las manos a ambos lados de los hombros de él. Christopher le succionó el pezón con movimientos lánguidos que le apretaban la vagina alrededor de su pene. Luego flexionó las caderas y Maria gimió de un modo muy primitivo.

—Así es como empezaremos el día. —La voz ronca de él era casi como una caricia táctil sobre su piel sudada—. No te muevas. Te llevaré al orgasmo lamiéndote los pechos y tu sexo me apretará y me hará lo mismo.

Si hubiese podido hablar, le habría dicho que era imposible, pero él al final le habría demostrado que se equivocaba. Tenía unos labios mágicos, que rodearon su pecho, con su lengua deslizándose arriba y abajo del pezón. Primero uno y después el

otro. La fue acariciando con sus ásperas manos a medida que ella iba excitándose y perdiendo el control. El cuerpo de Maria se movía desesperado en busca del orgasmo.

Y cuando lo alcanzó, él la siguió, la vagina de ella se apretó alrededor de su erección y lo hizo eyacular y, al llenarla de su esencia, un grito gutural salió de la garganta de Christopher. Maria se tensó, prisionera del placer más brutal que había conocido nunca.

Christopher la abrazó con sus fuertes brazos y la pegó a él tras darle un beso en la frente. Se quedó dormido de ese modo y, a pesar de que estaba inconsciente, no la soltó.

Maria suspiró aliviada al entrar en sus aposentos. No la había visto nadie, un milagro que había conseguido escondiéndose de las laboriosas doncellas en los huecos de las puertas.

En otra parte de la mansión, Christopher seguía durmiendo. Había fruncido el cejo cuando ella se apartó, pero no se había despertado.

Maria cerró la puerta del pasillo y atravesó el saloncito que precedía al dormitorio. Se detuvo en seco al ver la impresionante figura que le bloqueaba el paso.

—*Mhuirnín.*

Simon se apoyó en el dintel; llevaba unos pantalones rojizos a juego con la chaqueta, que le favorecían muchísimo. Cruzó un tobillo sobre el otro, pero la pose en apariencia despreocupada no logró ocultar la tensión de sus hombros.

—Me has asustado —lo riñó, poniéndose una mano encima del corazón.

Simon la miró despacio desde la cabeza hasta los pies descalzos. El batín de Christopher la engullía, así que su amigo no podía ver nada, pero ella estaba segura de que le resultaría imposible ocultar lo que había vivido esa noche.

—Te has acostado con él —señaló Simon. Se apartó de la puerta para dirigirse hacia ella con aquel caminar suyo tan seductor. Le sujetó el rostro con ambas manos —: No confío en él. Así que ahora tampoco confío en ti.

—No digas eso.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Las mujeres soléis mezclar los sentimientos con el sexo y eso me preocupa.

—Aparte de contigo, yo nunca he tenido esa clase de problema.

—Me siento halagado —contestó Simon, esbozando una media sonrisa.

—No es verdad, lo dices porque eres un arrogante —señaló ella.

—Es cierto. —La media sonrisa se ensanchó del todo.

Maria negó con la cabeza y bostezó.

—Necesito dormir un rato. Partiremos en cuanto me haya bañado. Creo que ya dormiré en el carruaje.

—Dover. Me lo ha dicho Sarah. —Simon le dio un beso en la frente—. Tu

doncella ya casi ha terminado con las maletas y mis cosas ya están cargadas en el carruaje.

—No tardaré mucho.

El olor de Christopher se le había pegado a la piel y la hacía estremecer. Christopher había matado a un hombre por ella, le había hecho el amor apasionadamente y la había abrazado con ternura... Las múltiples facetas de ese hombre la habían pillado por sorpresa y la obligaban a replantearse la anterior imagen que tenía del pirata.

Simon dio un paso hacia atrás y se acercó al aparador para servirse un vaso de agua.

—Te pido que te des prisa, *mhuirnín*. Lo último que necesitamos ahora es una desagradable escena.

Maria caminó decidida hacia la puerta del dormitorio, pero se detuvo en el umbral.

—¿Simon?

Él levantó las cejas al oírla.

—No suelo decirte lo mucho que aprecio que estés conmigo.

—Me quieres —contestó él con una sonrisa—, pero no hace falta que me lo digas. Lo sé. —Se bebió el agua y se sirvió un poco más—. Aunque puedes decírmelo tantas veces como desees. Mi ego será capaz de soportarlo.

Riendo, Maria cerró la puerta.

6

—Sabía que iba a irse esta mañana —dijo Thompson, con rostro impasible.

—Sí, lo sabía.

Christopher estaba sentado en una silla de madera, echado hacia atrás y con un brazo colgándole a un costado. No llevaba chaleco ni chaqueta y a pesar de todo seguía teniendo calor. Su cuerpo se moría de ganas de ponerse en marcha, de ir detrás de aquella mujer que se había marchado sin despedirse, de modo que el esfuerzo que estaba haciendo para seguir allí sentado no era en absoluto insignificante.

El ayuda de cámara se movía sigilosamente por el dormitorio, preparando los utensilios para afeitarse a su señor.

—¿No le tranquiliza saber que sus hombres la están siguiendo?

Christopher resopló. «Tranquilizar». ¿Era preocupación lo que sentía por Maria? Y si lo era, ¿por qué la sentía cuando sabía que era una mujer perfectamente capaz de cuidarse?

Tal vez estaba preocupado porque Quinn iba con ella.

Apretó los dientes.

«Quinn».

—Angelica, cielo —su voz sonó baja y clara y giró la cabeza para mirar a la mujer que estaba tomando té junto a la ventana—, ¿no averiguaste nada?

Ella negó con la cabeza e hizo un mohín.

—Lo intenté, pero ese hombre... sabe cómo distraerte.

Christopher arqueó una ceja.

—¿Y tú cuántas cosas le contaste? —No conocía a Simon Quinn, pero era evidente que era un hombre que vivía de su astucia.

El modo en que Angelica se sonrojó le hizo soltar una maldición.

—No muchas —contestó ella finalmente—. Sobre todo quería saber por qué estás interesado por lady Winter.

—¿Y qué le dijiste?

—Que tú nunca comentabas tus asuntos privados con nadie, pero que si era verdad que estabas interesado por ella, ibas a tenerla. —Soltó el aliento y, al echarse hacia atrás, reveló las ojeras que tenía, fruto de haber pasado la noche haciendo lo mismo que él.

Al pensar en Maria, suave y entregada al deseo que él le hacía sentir, a Christopher le hirvió la sangre. La espalda y los brazos estaban llenos de sus arañazos y mordiscos en los hombros. Había compartido cama con una gata salvaje y había quedado marcado por el encuentro. En más de un sentido.

—¿Y qué te contestó Quinn? —le preguntó en voz baja.

Angelica hizo una mueca.

—Me dijo que acostarse con ella era sólo una pequeña parte.

Christopher no dejó entrever ninguna reacción a esa frase, pero sintió como si le hubiesen dado un latigazo. Quinn tenía razón. Era él quien vivía con Maria, quien compartía su vida cotidiana, quien tenía su confianza. Christopher sólo le había dado placer durante unas horas.

—Haz el equipaje —le dijo a su examante, que se levantó para obedecer.

—¿Va a ir tras ella? —le preguntó Thompson, apartándose para que Christopher pudiese sentarse en la silla apropiada.

—No. Los hombres que la están siguiendo se ocuparán del asunto. Yo tengo que informarme de todo lo que pueda de ella y para eso tengo que ir a Londres, así que cuanto antes me vaya, antes podré empezar.

Soltó el aliento y tuvo que reconocerse a sí mismo que volvía a desearla. Maria le gustaba de todas las maneras en que las mujeres suelen gustarles a los hombres, pero también de formas en que a él nunca solía gustarle nadie: la admiraba, la respetaba, la veía como una alma gemela. Y por todos esos motivos no podía confiar en ella. En su caso, su único objetivo era sobrevivir, así que también tenía que serlo para Maria.

Y había además ese pequeño detalle de que si quería recuperar su libertad tenía que sacrificarla a ella. Desear a Maria era todo un inconveniente y más teniendo en cuenta que era justo lo contrario de lo que quería la agencia.

Pero había muchas otras cosas a tener en cuenta además de su lujuria y de las intenciones de la agencia. Quinn no estaba protegiendo a Maria como era debido. Dejar que se reuniera sola con Templeton y permitir que él mismo se acercase a ella había sido muy peligroso.

Apretó los dedos sobre los reposabrazos de la silla al pensar en lo que Maria estaría tramando ahora.

Lo único que consiguió evitar que se levantase fue su fuerza de voluntad; el instinto de seguirla era casi imposible de resistir. Maria llevaba una vida muy peligrosa, algo que a él le hacía rechinar los dientes.

Cerró los ojos cuando Thompson deslizó la navaja por su mejilla. Por desgracia, aunque se estuviese muriendo de ganas de protegerla, la mayor amenaza de Maria era él mismo.

Maria se apoyó en el respaldo de la silla de madera y observó el comedor privado donde estaban. Simon, sentado delante de ella, miró con lascivia a la doncella que antes había flirteado con él. El hostel donde se alojaban desde hacía unos pocos días era confortable y acogedor por varias razones más que la de tener un alegre fuego y unas mullidas alfombras inglesas.

—Ella también está interesada en ti —le dijo Maria a Simon con una sonrisa, cuando la doncella los dejó solos.

—Tal vez —contestó él encogiéndose de hombros—. En otras circunstancias intentaría averiguarlo, pero ahora no podemos perder el tiempo con esas cosas. Estamos cerca, *mhuirnin*. Puedo sentirlo.

Después de pasarse horas y horas buscando pistas y haciendo preguntas, Simon había logrado dar con un comerciante que conocía a una institutriz recién llegada a la ciudad. Y esa misma tarde habían averiguado dónde trabajaba. Nadie sabía nada de la jovencita a la que se suponía que dicha institutriz iba a darle clases y Maria deseaba con todas sus fuerzas que fuese Amelia. La información que habían recogido a lo largo de las últimas semanas apuntaba que lo era.

—Llevas varios días trabajando sin parar, Simon, querido. Te mereces un respiro.

—¿Y tú cuándo descansarás? —le preguntó él—. ¿Cuándo te tomarás un respiro?

Maria suspiró y dijo:

—Ya me has dado mucho, cariño: tu tiempo, tu energía, tu apoyo. No hace falta que te niegues el placer que puedes sentir con una mujer por mi culpa. Eso no me hará sentir mejor. Al contrario, me sentiré más culpable. A mí me hace feliz verte feliz.

—Mi felicidad está inextricablemente unida a la tuya.

—Entonces serás muy desgraciado. No lo hagas. Sé feliz.

Simon se rio y alargó una mano para cubrir con ella las suyas.

—El otro día me preguntaste si me decías lo suficiente cuánto me aprecias. Ahora voy a preguntártelo yo. ¿Tienes idea de lo ansioso que estoy por recibir tus muestras de afecto? En toda mi vida, tú eres la única persona, hombre o mujer, que quiere sinceramente que yo sea feliz. Todo lo que hago por ti lo hago como muestra de agradecimiento y porque yo también quiero que tú seas feliz.

—Gracias.

Simon era leal y directo, dos cualidades que Maria admiraba y necesitaba desesperadamente. Y entendía muy bien cómo se sentía. Él significaba lo mismo para ella; era la única persona que se preocupaba de verdad por su bienestar.

Él le dio unas palmaditas en las manos y volvió a apoyarse en el respaldo de su silla.

—Los hombres que contratamos en Londres han llegado esta tarde y están vigilando la casa. Mañana aprovecharemos la luz del día e iremos nosotros.

—Estoy de acuerdo, iremos por la mañana. —Maria sonrió de oreja a oreja—. Lo que significa que esta noche eres libre de hacer lo que quieras.

En ese instante, la misma doncella de antes volvió a entrar con una jarra llena. Maria le guiñó un ojo a Simon y éste se rio a pleno pulmón.

—Discúlpame —dijo entonces Maria, fingiendo un bostezo—, creo que voy a retirarme. Estoy agotada.

Simon se puso en pie y rodeó la mesa para apartarle la silla y, tras cogerle una

mano, se la llevó a los labios. Sus ojos azules brillaban divertidos cuando le deseó buenas noches. Feliz porque sabía que él iba a pasar una velada agradable, Maria se dirigió a sus aposentos, donde la esperaba Sarah para ayudarla a cambiarse.

Aunque estaba contenta por Simon, no contar con su compañía tenía sus desventajas; por ejemplo, ya nadie le impedía recordar la voz ronca y el musculoso cuerpo que la había hecho experimentar tanto placer en contra de su voluntad.

Y lo mucho que le había gustado.

Era ridículo lo a menudo que pensaba en St. John. Se dijo que sólo era por culpa del largo período de abstinencia; de lo que se acordaba era del acto sexual en sí, no de su pareja.

—Gracias, Sarah —murmuró cuando la doncella terminó de cepillarle el pelo.

Tras una leve reverencia, la otra mujer se dispuso a marcharse, pero un golpe en la puerta se lo impidió. Maria levantó una mano para indicarle que no abriera y fue a buscar la daga que tenía encima de la mesilla de noche. Sólo entonces le hizo una señal a Sarah.

—¿Sí? —preguntó ésta.

Un hombre dijo algo y Maria reconoció la voz como la de uno de los que había contratado. Se relajó de inmediato y bajó el arma.

—Ve a ver qué quiere.

Sarah salió al pasillo y volvió unos segundos más tarde.

—Era John, mi señora. Dice que usted y el señor Quinn tendrían que ir con él; al parecer hay actividad en la casa y teme que el objetivo vaya a escapar.

—Dios santo. —A Maria se le paró el corazón—. Ve abajo y mira a ver si encuentras al señor Quinn. Lo dudo, pero vale la pena intentarlo.

Después de que Sarah se fuera, ella se acercó al baúl que tenía a los pies de la cama y volvió a cambiarse de ropa. Los pensamientos acudieron en tropel a su mente y se dedicó a sopesar las distintas posibilidades y a planear posibles soluciones a las mismas. Sólo tenía doce hombres a su disposición y a la mayoría tendría que ordenarles que vigilaran el perímetro. Como mucho, podía mantener a dos con ella para que la protegieran.

Se oyó un suave golpe en la puerta que se abrió al instante y Sarah apareció en el umbral, negando con la cabeza.

—El señor Quinn no está abajo. ¿Quiere que vaya a su dormitorio?

—No. —Maria se abrochó el cinturón del que colgaba la daga—. Pero cuando me haya ido, puedes ir a informar a su ayuda de cámara.

Vestida de nuevo con pantalones y botas y con el pelo escondido bajo el pañuelo y el gorro, Maria podía pasar por un chico. El disfraz servía para evitar que si alguien la veía empezara a hablar de la misteriosa dama que salía a cabalgar sola de noche.

Sonrió a su doncella para tranquilizarla y salió al pasillo donde John la estaba

esperando. Juntos abandonaron el hostel por la escalera trasera y montaron en sus caballos, que ya estaban a punto para partir.

La puerta de servicio de la mansión de Maria en Londres se abrió y Christopher entró en silencio en la cocina. Uno de sus hombres estaba aguardando allí; había conseguido incorporarse al servicio de lady Winter como lacayo. Si Maria hubiese estado en casa, seguro que no lo habría contratado, pero llevaba casi dos semanas fuera. Christopher había logrado que tres de los lacayos de ella cambiasen de empleo ofreciéndoles puestos mejor pagados en otras casas y el ama de llaves se había visto obligada a contratar a alguien sin la supervisión de su señora.

Con un asentimiento de cabeza, Christopher le agradeció al hombre el trabajo realizado y luego cogió la vela que le ofrecía y subió la escalera del servicio hasta el piso de arriba. El interior de la casa estaba muy bien amueblado, las alfombras eran mullidas y de preciosos colores y las habitaciones tenían lámparas muy bonitas, ahora apagadas.

Aquella mansión desprendía riqueza por todos sus poros. La fortuna que había heredado de sus dos maridos, permitía a Maria vivir con opulencia.

Christopher había investigado esos matrimonios porque sentía mucha curiosidad por ver qué tipo de maridos había elegido. El anciano lord Dayton se retiró a vivir en el campo con ella y se quedaron allí durante el breve tiempo que duró su matrimonio. Lord Winter, más joven que el primero, la instaló en cambio en la ciudad y presumió de esposa con descaro. Fue la muerte de éste la que hizo sospechar de la de Dayton. Winter estaba en su mejor momento, un hombre fornido y gran deportista, con unas enormes ganas de vivir. Que un caballero tan fuerte pudiese enfermar y morir era casi inconcebible.

Christopher apretó los dientes al pensar en Maria perteneciendo a otro hombre y, con rabia, intentó alejar esa idea de la mente.

Habían pasado casi dos semanas desde la noche en que estuvieron juntos y todavía era incapaz de estar unas horas sin pensar en ella. Había recibido un informe detallado sobre dónde se hallaba la institutriz, pero seguía sin saber por qué Maria quería encontrarla. ¿Quién era esa mujer para que ella hubiese recurrido incluso a un tipo de la calaña de Templeton para buscarla?

Abrió la primera puerta y siguió adelante. Memorizó el interior de la casa y la distribución de las habitaciones. No le sentó nada bien descubrir que la de Quinn era contigua a la de Maria. Eso ponía de manifiesto lo unida que se sentía a ese hombre y el papel tan importante que jugaba él en aquella casa.

Sabía que Simon y Maria ya no eran amantes. Ella había reconocido que hacía un año de su última relación sexual, y lo apretada que estaba lo demostraba. Sin embargo, Quinn le molestaba y lo peor de todo era que no entendía por qué.

Inspeccionó la habitación del hombre, abrió los cajones y el armario y su humor empeoró. La proliferación de armas, cartas escritas en clave y un cajón lleno de disfraces, hablaban de alguien que no era sólo el amante de ella que todos creían.

Abandonó la estancia por la puerta que comunicaba con los aposentos de Maria, cruzó el saloncito sin detenerse y fue directamente al dormitorio de ella. De inmediato percibió su perfume, que impregnaba el aire de suaves tonos afrutados, y su pene se movió y extendió un poco.

Soltó una maldición por lo bajo. No tenía erecciones inoportunas desde su juventud. Claro que, en esa época, sus parejas de cama dejaban mucho que desear, igual que las que había tenido durante las últimas semanas.

Ninguna de las mujeres que se alojaban en su casa había logrado darle el placer que había sentido con Maria. Un placer que ahora necesitaba con todo su ser. Había visitado Stewart's dos veces y ni la deliciosa Emaline Stewart había podido ayudarlo. Tres de las chicas más solicitadas del local estuvieron con él hasta el amanecer durante dos noches seguidas. Christopher acabó exhausto y cansado, pero ni mucho menos satisfecho. Él quería una mujer que se lo pusiera difícil, una mujer con la que se lo tuviese ganar, y en toda su vida sólo había conocido a una así.

Levantó el brazo para ampliar el alcance de la luz de la vela y giró sobre los talones para admirar las distintas tonalidades de azul que decoraban el dormitorio de Maria. Extrañamente, comparada con el resto de la casa, aquella habitación era muy sobria. No había ningún adorno en las paredes adamascadas, exceptuando el retrato de una pareja, colgado encima de la repisa de la chimenea.

Christopher se acercó en silencio, entrecerró los ojos y observó el retrato; con toda seguridad debían de ser los padres de Maria. El parecido era tal que era imposible equivocarse. Le resultó raro que tuviese el cuadro allí. ¿Por qué? En un lugar donde sólo ella podía verlo.

Una idea empezó a formarse en su mente. Maria tenía el retrato de su verdadero padre muy cerca y sin embargo se decía que su padrastro, lord Welton, y ella estaban muy unidos. Christopher conocía a Welton, que carecía de la calidez que desprendían los ojos del padre de Maria. Esos dos hombres no se parecían en nada.

—¿Cuáles son tus secretos? —preguntó, antes de dar media vuelta e investigar por la habitación adyacente.

Cualquiera de los hombres de Christopher habría podido llevar a cabo esa misión, pero cambió de idea al pensar que uno de sus secuaces tocaría la ropa interior o los objetos personales de Maria.

Ella era su igual y la trataría con el respeto que se merecía. Él se ocuparía personalmente de todo lo que se refiriese a Maria. Era el mayor cumplido que podía hacerle.

Después de atar los caballos a una desvencijada valla, Maria y los dos hombres que la acompañaban se alejaron de los animales como sombras en la oscuridad. Iban vestidos de negro, lo que hacía que incluso un hombre del tamaño de John fuese difícil de distinguir.

Tom señaló hacia la izquierda y giró hacia allí, su cuerpo menudo se confundía perfectamente con la silueta de los arbustos. Maria fue detrás de él y John se colocó el último. La única luz que los guiaba era la de la luna y caminaron despacio hacia la casa.

A Maria se le aceleraba el corazón con cada paso que daba y sus nervios y su impaciencia hacían que le costara respirar. El viento era más bien frío, pero ella se notaba la piel empapada de sudor. Tenía muchas ganas de ver a su hermana, aunque al mismo tiempo no dejaba de decirse que no podía hacerse ilusiones. A pesar de la decepción que la embargaba y aumentaba cada vez que llegaban a una pista inútil o que no encontraban a Amelia, deseaba tan desesperadamente hallarla por fin que incluso le dolía el corazón.

La casa era sencilla y el jardín estaba abandonado pero en conjunto la finca tenía cierto encanto. Estaba recién pintada, la habían restaurado y el camino se veía limpio, lo que demostraba que era una propiedad bien atendida, pese a la aparente falta de sirvientes. Había un libro en un banco de mármol, por lo que se podía deducir que sus habitantes disfrutaban del aire libre.

La idea hizo que a Maria se le formase un nudo en la garganta. Se moría de ganas de vivir la clase de vida, libre de miedos y de preocupaciones, que insinuaba aquel entorno.

Empezó a imaginar que se encontraba con su hermana y que las dos lloraban de alegría, pero entonces John le puso una de sus fuertes manos en el hombro y la empujó hacia el suelo. Sorprendida, pero con la suficiente experiencia como para permanecer callada, Maria se puso de rodillas y miró al hombre a los ojos. Él señaló hacia un lado con el mentón y cuando sus ojos siguieron su indicación, vio que alguien sacaba cuatro caballos del establo y los preparaba para tirar de un carruaje.

—Necesitamos nuestros caballos —susurró, con la mirada fija en los mozos del establo.

Tom se puso en pie y fue corriendo en busca de sus monturas.

El pánico se apoderó de Maria; las palmas de las manos le sudaban tanto que tuvo que secárselas en las perneras de los pantalones. Con la de salteadores que poblaban los caminos, nadie viajaba de noche. Allí estaba sucediendo algo raro.

En cuestión de segundos, aparecieron dos siluetas cubiertas por sendos abrigos; eran tan pequeñas que tenían que ser mujeres. A Maria le dio un vuelco el corazón y deseó con todas sus fuerzas que la más menuda de ellas la mirase para poder ver si era Amelia.

«Mírame. Mírame».

La joven de la capucha se volvió hacia ella, pero la tela le ocultaba el rostro. Con sólo la luz de las antorchas de la entrada iluminándola, Maria no pudo reconocerla. Le cayó una lágrima, y luego otra, quemándole la mejilla.

—Amelia —dijo la mujer más alta, lo bastante alto como para que el viento llevase su voz hasta el otro extremo del prado—, date prisa.

Maria se quedó petrificada, el corazón se le detuvo, le quemaron los pulmones y la sangre rugió en sus oídos. «Amelia». La tenía tan cerca. Lo más cerca que había estado de ella en todos esos años. No iba a volver a perderla.

Se puso en pie y sus músculos se tensaron cuando echó a correr.

—¡John!

—Sí, lo he oído. —La espada del hombre silbó al liberarla de su funda—. Vamos a buscarla.

—Mira qué tenemos aquí.

La voz que se oyó a sus espaldas los sorprendió a ambos y, cuando se volvieron, se encontraron con un grupo de siete hombres armados que salían del bosque.

—Un gallo grande y una gallina pequeña —se rio uno de ellos, con el pelo tan grasiento que brillaba bajo la luz de la luna—. A por ellos, muchachos.

Maria apenas tuvo tiempo de desenvainar antes de que el grupo se lanzase encima de ellos. A pesar de que los superaban en número, John les plantó cara sin dudar un segundo. El entrechocar de las espadas resultaba ensordecedor en medio del silencio de la noche. Sus contrincantes gritaban y se reían, convencidos de que tenían la victoria asegurada. Pero ellos estaban allí por dinero y para pasarlo bien, mientras que Maria luchaba por algo precioso.

Atacó a dos hombres a la vez, sus pasos no eran tan firmes como de costumbre por culpa del terreno desigual y no veía bien a causa de la oscuridad.

Y no podía dejar de pensar en el carruaje que tenía a su espalda, en contar el tiempo que tardarían en cargar el equipaje. Seguro que desde la casa podían oír el sonido de las espadas y que estaban dándose más prisa por partir. Si no podía escabullirse de la lucha cuanto antes, volvería a perder a Amelia.

De repente, otro grupo de hombres armados se unió a la reyerta, pero no para luchar contra ella, sino para ayudarla. Maria no tenía ni idea de quiénes eran, pero se sintió agradecida de poder escapar. Saltó para apartarse de su contrincante y salió corriendo de allí en dirección al carruaje.

—¡Amelia! —gritó, tropezando con una raíz, sin llegar a perder el equilibrio—. ¡Amelia, espera!

La joven menuda se detuvo y con una mano se quitó la capucha, dejando al descubierto una melena oscura y unos ojos verde claro. No era la niña que Maria recordaba, pero seguía siendo Amelia.

—¿Maria?

Su hermana empezó a forcejear con la mujer que la acompañaba, pero ésta la metió a la fuerza en el carruaje.

—¡Amelia!

Ésta cayó al suelo del vehículo, enredada en su falda.

Maria corrió más rápido, recurriendo a las últimas y escasas fuerzas que le quedaban. El camino donde se encontraba el carruaje estaba sólo a unos metros de distancia, pero de repente algo la golpeó por la espalda y la derribó al suelo.

Atrapada bajo el peso de un hombre, con su espada lejos de ella, no podía respirar y el aire entraba y salía con dificultad de sus pulmones. Clavó las uñas en el suelo, rompiéndoselas, sin dejar de mirar a Amelia, que seguía luchando.

—¡Maria!

Desesperada, ésta dio una patada al hombre cuyas piernas estaban enredadas con las de ella y entonces un dolor como no había sentido nunca le atravesó el hombro. Notó cómo una hoja afilada se deslizaba no una vez, sino dos veces en su cuerpo.

Luego, gracias a Dios, el hombre se apartó de encima de ella y Maria pronunció el nombre de su hermana una vez más, intentando levantarse, pero vio que el arma que la había herido la mantenía clavada al suelo. El dolor que sentía cada vez que trataba de moverse era insoportable.

Sintió un momento de agonía. Y después nada.

—Mañana por la noche llega uno de nuestros barcos a Deal. —Christopher estaba mirando la calle a través de las cortinas de terciopelo negro que cubrían la ventana de su despacho y con una mano se masajeaba la nuca. Los carruajes circulaban a toda velocidad, como si nadie quisiera quedarse en esa parte de la ciudad ni un segundo más de lo necesario—. ¿Está todo listo?

—Sí —aseguró Philip desde su espalda—. Los carros y los caballos ya están listos en el muelle, así que el transporte empezará de inmediato.

Christopher asintió cansado, la falta de sueño empezaba a pasarle factura. Trabajar hasta la extenuación no lo había ayudado lo más mínimo a superar su actual estado de ánimo, y tampoco la ausencia de Maria.

—He oído decir que la mercancía que llega ahora es impresionante —le dijo Philip con su característica curiosidad que a Christopher tanto le gustaba.

—Sí. Estoy muy satisfecho.

Diluir el alcohol y empaquetar el té de contrabando llevaría su tiempo, pero sus hombres trabajaban rápido y la mercancía estaría circulando en el mercado mucho antes que las de otras bandas contrabandistas de la competencia.

Alguien llamó y pidió permiso para entrar. La puerta se abrió y apareció Sam, con el sombrero entre las manos y apretado contra su torso, un gesto que Christopher sabía que hacía cuando estaba nervioso. Y dado que Sam era uno de los cuatro hombres a los que había asignado que siguieran a Maria, él mismo también se alteró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Sam hizo una mueca de contrariedad y se pasó una mano por el pelo rojizo.

—Hace dos noches participamos en una escaramuza y...

—¿Ella está bien? —Tensó todos los músculos al recordar el cuerpo de Maria moviéndose debajo del suyo. Era tan pequeña, tan delicada...

—Sí. Tiene dos heridas de cuchillo en el hombro izquierdo. Una es limpia.

Christopher habló todavía más calmado de lo habitual, prueba más que evidente de lo tenso que estaba.

—Lo único que teníais que hacer era mantenerla a salvo. Erais cuatro. ¿Cómo es posible que no lo hayáis hecho?

—¡La atacaron! ¡Y eran muchos más que nosotros!

Christopher miró a Philip.

—Di que preparen el carruaje.

—Ella está aquí —añadió Sam enseguida—. En la ciudad.

—¿Qué? —A Christopher se le aceleró el corazón—. ¿Ha viajado en ese estado?

Sam se mordió el labio y asintió.

Un gruñido salió de lo más profundo del pecho de su jefe.

—Haré que te ensillen el caballo —ofreció Philip a toda prisa.

Christopher no dejó de mirar el rostro acalorado de Sam.

—Tendrías que haberte asegurado de que se quedaba quieta y haber mandado a alguien a buscarme.

—¡Estoy vivo de milagro! —Sam levantó una mano a la defensiva y con la otra estrujó aún más el sombrero—. Cuando la llevamos de vuelta al hostel, ese irlandés se volvió loco. —Se rascó furioso la cabeza—. ¡Asustó a Tim! Te aseguro que temblaba y tú sabes perfectamente que Tim le escupiría al mismísimo diablo.

—¿Quinn no estaba con ella cuando la atacaron?

El otro hombre negó con la cabeza.

Christopher cerró los puños y salió de la habitación a grandes zancadas; Sam tuvo que apartarse para que no lo arrollara. Cruzó el salón y se detuvo ante una puerta del vestíbulo; dentro de la estancia había una docena de sus hombres jugando a las cartas.

—Venid conmigo —les dijo, antes de bajar la escalera que llevaba a la calle.

Ellos se pusieron en pie a toda velocidad y lo siguieron.

Christopher había cogido el abrigo y el sombrero y se los puso al salir. En cuestión de segundos estuvo montado en su caballo mientras los demás corrían por todos lados para seguirlo y obedecer sus órdenes, como hacían siempre.

Cabalaron desde St. Giles hasta Mayfair. En el camino, pordioseros y prostitutas se mezclaban con tenderos y paseantes, pero todos lo llamaban y lo saludaban alegremente con el sombrero. Christopher devolvía el saludo tocándose el ala del suyo cuando lo estimaba necesario, pero era un acto reflejo, porque su pensamiento estaba absolutamente centrado en Maria.

Más tarde, cuando supiera que ella estaba bien, ya interrogaría a sus cuatro hombres para enterarse con todo lujo de detalles de lo que había sucedido. Hablaría con ellos y averiguaría quién había cometido el error que había terminado con Maria herida. El castigo sería ejemplar y el resto de sus hombres se enterarían. A esos cuatro jamás volvería a encargarles una misión tan importante.

Tal vez otro en su lugar aplicaría brutales medidas de disciplina, pero un hombre manco era mucho menos útil que uno con las dos manos. Y, por otra parte, castigarlos a perder ese tipo de privilegio les enseñaría la misma clase de lección. Cuando la violencia era necesaria, lo era, pero a Christopher no le hacía falta emplearla para controlar a los hombres que tenía bajo su mando.

Cuando llegaron a casa de lady Winter, desmontó mientras dos de sus hombres retenían a los sorprendidos mozos de cuadra. Para entrar en la casa sólo tuvo que esquivar a un mayordomo indignado, al que le lanzó el sombrero y los guantes antes de subir de dos en dos los escalones que conducían a los dormitorios.

En conjunto, el tiempo que había tardado en llegar a casa de Maria desde que se había enterado de que estaba herida había sido muy breve, pero no lo bastante para él.

Abrió la puerta del dormitorio en el mismo instante en que Quinn atravesaba la que comunicaba su habitación con el saloncito de ella.

—¡Te juro por Dios que si pones un pie aquí, te mataré con mis propias manos!
—le advirtió el irlandés.

Christopher señaló a Quinn a sus hombres.

—Ocupaos de él —les ordenó y, tras cerrar la puerta, dejó atrás la reyerta que estaba a punto de empezar.

Respiró hondo e inhaló el perfume de Maria hasta impregnarse de él y entonces se sorprendió al darse cuenta de que tenía miedo de dar media vuelta y mirarla. Sólo pensar en ella herida lo alteraba profundamente.

—Dé gracias a Dios de que no pueda darle su merecido, señor St. John.

Christopher sonrió al oír la voz entrecortada de Maria. Sí, estaba débil, pero seguía desafiándolo, como siempre. Se volvió y la vio muy pequeña en medio de aquella enorme cama; su piel morena estaba ahora pálida y fruncía el cejo de dolor. Llevaba un camisón de algodón muy fino con lazadas en los puños y en el cuello. La perversa lady Winter parecía una colegiala.

A él se le retorcieron las entrañas.

—Christopher —la corrigió con voz ronca.

La emoción lo había traicionado y tuvo que aclararse la garganta. Se quitó la chaqueta y aprovechó para intentar recuperar la calma.

—Ponte cómodo —susurró ella, mirándolo irónica.

—Gracias.

Dejó la prenda en el respaldo de una silla y se sentó en la cama, a su lado.

Ella ladeó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—No tienes buen aspecto.

—¿Ah, no? —Christopher levantó ambas cejas—. Creo que es mejor que el tuyo.

Maria sonrió levemente.

—Tonterías. Tú eres guapo, pero yo lo soy más.

Él sonrió a su vez y le cogió una mano.

—Eso no voy a discutirlo.

Se oyó un golpe en la habitación de al lado seguido de una maldición y ella hizo una mueca de dolor.

—Espero que te hayas traído hombres de sobra. Simon está de mal humor y te aseguro que lo he visto ocuparse de un pequeño ejército él solo.

—Olvídate de Quinn —le dijo Christopher, serio—. Yo estoy aquí. Piensa en mí.

Maria cerró los ojos y él vio sus párpados recorridos por diminutas venitas violeta.

—Hace días que no hago otra cosa.

Su confesión lo pilló por sorpresa y no supo si creérsela. Lo que lo llevó a

preguntarse qué sentiría él si fuera verdad. Frunció el cejo y la miró.

—¿Has pensado en mí?

Sin dudar ni un segundo, Christopher levantó una mano y le apartó el pelo de la cara para colocárselo detrás de las orejas. Después le acarició las sedosas mejillas con la yema de los dedos. La ternura que sintió lo dejó atónito. De repente tuvo ganas de levantarse, marcharse de allí y volver a su casa y a todo lo que conocía y controlaba.

—¿Lo he dicho en voz alta? —murmuró Maria, tropezándose con las palabras—. Qué tonta. No me hagas caso. Es el láudano, seguro.

Que ella retirase su confesión obligó a Christopher a volver a su lado e inclinarse hacia delante. Se detuvo cuando sus labios quedaron a escasos milímetros de los de ella; el perfume de la piel de Maria era tan intenso que él sintió una presión en la entrepierna.

—Hazlo —susurró ella, retándolo a pesar del estado en que se encontraba.

Christopher sonrió al oír que lo presionaba y le rozó los labios con los suyos. Sintió una profunda satisfacción al pensar que quizá él pudiese aliviar el dolor que ella sufría.

—Estoy esperando a que lo hagas tú —murmuró.

Maria dudó sólo un segundo y después movió ligeramente la cabeza y eliminó la corta distancia que los separaba hasta tocarle los labios con los suyos. Fue un beso tan suave, tan inocente, que Christopher se quedó petrificado y el corazón pasó de latirle con normalidad a estar a punto de tener un infarto.

Incapaz de resistirse, deslizó la lengua por la comisura de la boca de ella y notó el sabor del opio, del brandy y el suyo propio. Delicioso. Maria suspiró y entreabrió la boca para dejar entrar su inquisitiva lengua al mismo tiempo que aferraba con una mano la de él. Y cuando fue la lengua de ella la que buscó la de Christopher, éste gimió de placer.

Aun estando indefensa podía desarmarlo por completo.

Entonces, Maria movió la mano que tenía libre hasta la entrepierna de él y le acarició la erección por encima de la tela. Christopher se estremeció violentamente al sentirla y dejó escapar una maldición entre los dientes.

Maria gimió de dolor, porque, al moverse Christopher, le dolió la herida.

—Maria, lo siento —se disculpó él de inmediato, llevándose la mano de ella a los labios—. ¿Por qué me tocas de esta manera si sabes que no podrás llegar hasta el final?

Maria tardó unos segundos en responder y cerró los ojos para recuperarse del dolor que le había causado sin querer.

—Tú no me has dicho si has pensado en mí durante nuestra separación y quiero saberlo.

Un objeto de cristal se rompió en la habitación de al lado y alguien muy pesado

fue a parar contra la pared. Quinn gritó y otro hombre le contestó.

—¿Acaso mi asalto de hoy no es prueba suficiente de mi deseo de estar contigo?
—refunfuñó Christopher a regañadientes.

Ella abrió los párpados y dejó al descubierto unos ojos que hablaban de una desolación mucho mayor que la provocada por cualquier herida. En ellos, Christopher vio una desesperanza profunda y sombría.

—Los asaltos buscan derrotar a un enemigo —se limitó a decirle Maria—. Aunque supongo que es halagador que hayas tardado tan poco.

—¿Y el beso? —le preguntó él—. ¿Qué crees que significa el beso de antes?

—Dímelo tú.

Christopher se quedó mirándola con el torso subiéndole y bajándole agitado. Su falta de autocontrol lo frustraba. Se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro, algo que él nunca hacía.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó luego a Maria.

—No. Vete.

Christopher se detuvo en seco.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. —Maria giró la cabeza y apoyó la mejilla en la almohada—. Vete.

Aliviado por poder cumplir el deseo que él mismo había sentido antes, fue a coger su chaqueta. No necesitaba para nada aquello; él no era de la clase de hombres que quieren conquistar a una mujer. A él una mujer lo quería o no lo quería. Y punto.

—Todavía no sé cómo me siento respecto a que tus hombres me siguieran —murmuró Maria.

Christopher detuvo la mano encima de la chaqueta.

—¿Agradecida? —le sugirió.

Ella hizo un gesto en dirección a la puerta para que se fuera.

Eso enfureció a Christopher. Él había esperado impaciente que volviera y ahora ella lo echaba de allí sólo porque no le decía las cursiladas que quería oír.

—He pensado en ti —confesó enfadado.

Maria no abrió los ojos, pero enarcó una ceja. Sólo ella podía dotar ese gesto de tanto desdén.

Y porque Christopher se sentía como si le hubiese revelado algo que no quería contarle, le dijo:

—Pensaba que cuando volvieras podríamos pasarnos un día o dos en la cama, aunque en mi imaginación hacíamos mucho más de lo que tú puedes hacer ahora.

Ella le sonrió como si pudiera leerle el pensamiento y supiera por qué él tenía que dirigir la conversación hacia el aspecto físico de su relación y nada más.

—¿Cuántas veces?

—¿El sexo? Tantas como pudiera.

Maria se rio suavemente.

—¿Cuántas veces has pensado en mí?

—Demasiadas —reconoció gruñón.

—¿Y estaba desnuda?

—Casi todo el tiempo.

—Ah, bueno.

—¿Y cuántas veces estaba yo desnudo en tus pensamientos? —le preguntó él con voz ronca y excitándose de nuevo.

—Todo el tiempo. Al parecer, soy más perversa que tú.

—A mí me parece que, en lo que a perversión se refiere, estamos muy igualados.

Maria abrió un ojo y lo miró.

—Vaya...

Christopher dejó la chaqueta y volvió a su lado.

—¿Quién es esa institutriz que buscas a toda costa? —Se sentó de nuevo sobre la colcha de terciopelo rojo y volvió a cogerle la mano. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía las uñas muy cortas. Unas uñas que en una ocasión a él le habían arañado la espalda. Le pasó el pulgar por los extremos.

—No es a ella a quien busco.

—Oh. —Christopher levantó la vista para mirarla a la cara. Aunque estaba pálida, seguía pareciéndole muy hermosa. Él conocía a mujeres muy guapas, pero en aquellos momentos no podía imaginarse a ninguna capaz de soportar el dolor que estaba sintiendo Maria—. Entonces ¿a quién buscas?

—¿No has interrogado a tus hombres?

—No he tenido tiempo.

—Ahora sí que me siento halagada —dijo con voz ronca y una sonrisa que golpeó a Christopher como si le hubiese dado un puñetazo.

¿La había visto sonreír alguna vez antes de ese día? No podía recordarlo.

—Te estoy interrogando a ti.

—Estás muy guapo con este color, el marrón te favorece. —Volvió a tocarle el muslo y a acariciarlo por encima del pantalón. Los músculos de Christopher se tensaron bajo sus dedos—. Vistes muy bien.

—Estoy más guapo desnudo —contestó él.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Por desgracia, ahora tengo unos cuantos agujeros.

—Maria... —Habló en voz baja y con sinceridad, apretándole la mano—. Deja que te ayude.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

«Porque tengo que traicionarte. Porque necesito redimirme antes de hacerte daño».

—Porque puedo hacerlo.

—¿Por qué quieres ayudarme, Christopher? ¿Qué ganas tú con eso?

—¿Acaso tengo que ganar algo?

—Sí, creo que sí —respondió ella, haciendo una mueca de dolor al oír que crujía la puerta de Simon.

—¡Maria! —gritó éste a través de la madera y el grito fue seguido de un quejido y un golpe seco.

Christopher tenía que reconocer que estaba impresionado con la perseverancia del irlandés.

—No van a hacerle daño, ¿verdad? —le preguntó Maria, preocupada—. Una cosa es jueguen un poco con él, pero no toleraré que lleguen a más.

Que se preocupara por otro hombre le resultó irritante.

—Lo único que te pido a cambio es lo que te dije aquella noche: uso exclusivo —le dijo Christopher—. No quiero que me evites. Quiero poder venir a buscarte siempre que lo desee, no al cabo de dos semanas y cuando estás demasiado malherida como para hacerme caso.

—Tal vez a mí me convenga más rechazar tu oferta y ocuparme sola de mis asuntos.

Él resopló.

—Tal vez te creería si no me hubieras dicho que has estado pensando en mí.

—No seré la amante de ningún hombre.

—Yo te ofrezco lo mismo a cambio. Vendré a verte siempre que me lo pidas. ¿Sirve eso para que veas mi propuesta con mejores ojos?

Maria le acarició la palma de la mano. Fue una caricia inocente y ella la había hecho sin pensar. Tenía la cabeza en otra parte y se mordía el labio inferior. Christopher levantó la mano que tenía libre y se lo acarició con el pulgar.

—Cuando nos conocimos en el teatro, mencionaste una agencia —le recordó ella, rozándole la piel con su aliento.

—La agencia. —Christopher luchó contra sí mismo para no pedirle que se callase, que no le dijese nada que pudiese utilizar contra ella.

—¿Ése es el verdadero motivo que se esconde detrás de tu propuesta? —Giró la cabeza para estudiar su reacción—. ¿Porque me necesitas para algo más que para calentarte la cama?

—En parte. —Dejó de acariciarle el labio y le pasó el pulgar por la mejilla—. Te deseo, Maria. Y quiero ayudarte.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Estoy cansada, Christopher. Ha sido muy duro viajar en este estado.

Consideraré tu propuesta más tarde.

—Entonces ¿por qué has vuelto? —Tenía el presentimiento de que el desánimo de Maria no era sólo culpa de la herida. Parecía desalentada y muy melancólica.

Ella abrió los ojos y parpadeó, apretándole la mano, atemorizada.

—Welton no... no está al corriente de mis viajes. Si de verdad quieres ayudarme, hay algo que sí puedes hacer.

—¿De qué se trata?

—¿Dónde estabas hace dos noches, cuando me hirieron?

Christopher estaba con Emaline, en Stewart's, intentando convencerse de que tanto servía una mujer como otra, pero prefería morir antes que decírselo a Maria. La miró con el cejo fruncido.

—¿La gente sabe dónde estabas? —cambió ella la pregunta.

Christopher se vio embargado por un profundo sentimiento de culpabilidad y otro que no logró identificar.

—No —masculló con voz ronca.

—Si te lo preguntan, ¿te importaría decir que estabas conmigo?

—Oh... tal vez. Seguro que puedes persuadirme.

—Si estabas con otra mujer, no quiero persuadirte de nada. Ya me buscaré otra coartada.

—¿Estás celosa? —sonrió y lo reconfortó que pudiera estarlo.

—¿Debería estarlo? —Maria negó con la cabeza—. Sería un error. Los hombres no soportan a las mujeres celosas.

—Cierto.

Christopher le dio un casto beso en los labios y luego profundizó en el mismo al ver que ella no se apartaba, sino que temblaba y le daba acceso a su boca. La lengua de él se deslizó en su interior, haciéndole hervir la sangre ante su respuesta. Aunque estaba herida y sentía mucho dolor, Maria seguía aceptando sus caricias como si le resultara imposible resistirse.

Él susurró pegado a sus labios:

—Pero a este hombre le gusta mucho que una mujer llamada Maria esté celosa.

Alguien llamó a la puerta que daba al pasillo, obligándolos a separarse.

—Tú descansa —le ordenó Christopher cuando ella fue a contestar—. Voy a ver quién es.

Se puso en pie y se acercó a la puerta y, al abrirla, se encontró con la cara preocupada de Tom.

—Lord Welton está en el vestíbulo —le dijo éste—. Philip me ha dicho que bajas.

Christopher se puso alerta de inmediato. Mantuvo el semblante impasible, pero en su mente sopesó millones de posibilidades. Asintió y volvió a entrar en el dormitorio para coger la chaqueta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Maria, inquieta—. ¿Simon está bien?

Christopher tardó unos segundos en dar una respuesta a esa pregunta.

—Iré a ver, pero antes dime una cosa: si yo estuviese en su lugar, ¿también te preocuparías tanto por mí?

—¿Estás celoso?

—¿Debería estarlo?

—Sí. Y espero que te mueras de celos.

La carcajada que él soltó fue en parte de humor y en parte de rabia contra sí mismo por estar tan enamorado de una belleza famosa por los amantes que había tenido. Pero cuando Maria le sonrió, Christopher se resignó y rezó para que ese enamoramiento se le pasara.

—Dame un segundo para ocuparme de un asunto inesperado, mi preciosa salvaje —murmuró, poniéndose la chaqueta—. Después hablaremos un poco más sobre los términos de nuestro acuerdo. Y también iré a ver cómo está Quinn.

Maria asintió y Christopher se dirigió hacia el saloncito para salir del dormitorio. Se detuvo en el umbral y observó los muebles destrozados y al irlandés maniatado y amordazado, en una silla en una esquina. Forcejaba violentamente y farfullaba furioso por debajo de la mordaza. Se puso en pie al ver a Christopher e hicieron falta dos hombres para que volviese a sentarse.

—Sed amables con él, chicos —les dijo sarcástico, al ver la media docena que hombres que estaban tumbados en el suelo, quejándose de dolor—. La dama insiste, aunque al parecer no tiene de qué preocuparse.

Christopher consiguió contener la risa hasta que llegó a la escalera, donde le dio rienda suelta. Por suerte, el piso de abajo estaba en mucho mejor estado que aquél.

Philip fue a su encuentro en el rellano.

—Le he dicho al ama de llaves que fuese a hablar con lord Welton, que espera en la salita —le explicó el joven, acompañándolo al despacho, donde los aguardaba la mujer—. Le ha dicho que la señora está indispuesta, pero al parecer la noticia no ha sido del agrado de nuestro visitante y ella me ha pedido que te llame.

Christopher se volvió y vio a la mujer, que se erguía orgullosa frente a la ventana.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora...?

—Fitzhugh —contestó ella, levantando el mentón. Algunas canas se le habían rizado en las sienes con la humedad y tenía el rostro surcado por las arrugas propias de su edad, pero seguía siendo hermosa—. Lord Welton me ha preguntado si la señora está enferma o malherida. Ese hombre no me gusta nada, señor St. John. Siempre está espionando.

—Comprendo. Usted no quiere que se entere del estado real de su señora.

La mujer asintió, retorciendo una punta del delantal.

—La señora nos dio instrucciones muy precisas.

—Entonces dígame que se vaya.

—No puedo, señor. Él se ocupa de pagar las facturas.

Christopher se detuvo un segundo y su teoría de que allí pasaba algo raro fue tomando forma. Maria debería poder gestionar por sí misma su fortuna y no tener que depender de la generosidad de su padrastro. Miró de reojo a Philip y el joven asintió al comprender el mensaje. Iba a investigar a fondo.

—¿Tiene alguna sugerencia? —le preguntó Christopher a la señora Fitzhugh, centrando de nuevo su atención en ella y observándola con detenimiento.

—Le he dicho que usted iba a venir hoy de visita. Que lo estábamos esperando y que lady Winter está indispuesta.

—Oh... entiendo. Pues supongo que tendré que llegar a la hora prevista, ¿no le parece?

—Sí, será mejor que no llegue tarde —convino ella.

—Por supuesto que no. Acompañeme a la salita, señora Fitzhugh, si es usted tan amable.

El ama de llaves se apresuró a hacerlo y Christopher arqueó una ceja en dirección a Philip.

—Ve a buscar a Beth. Dile que quiero hablar con ella esta noche.

—Así lo haré.

Christopher salió del despacho y se dirigió al vestíbulo caminando detrás de la señora Fitzhugh como si acabase de llegar a la mansión.

Fingió sorprenderse al ver en la salita a otro visitante.

—Buenas tardes, milord.

Lord Welton estaba sirviéndose una copa y se detuvo para mirarlo. En sus ojos de color esmeralda brilló una extraña satisfacción, pero se apresuró a ocultarla.

—Señor St. John.

—Una tarde muy agradable para ir de visita, milord —le dijo Christopher, mientras examinaba con atención al otro hombre.

Aunque se rumoreaba que llevaba una vida de excesos, el vizconde era la viva imagen de la salud y la vitalidad, con aquel lustroso cabello negro y los ojos tan verdes. Tenía la apariencia de un hombre sin preocupaciones y seguro del lugar que ocupaba en el mundo.

—Sí, estoy de acuerdo. —La nuez de lord Welton se movió ostentosamente al tragar antes de añadir—: Aunque he oído decir que mi hijastra está enferma.

—¿Ah, sí? Estaba muy bien cuando la vi hace dos noches. —Christopher suspiró y fingió llevarse una gran decepción—. En ese caso seguramente anulará la cita que teníamos esta tarde. Estoy desolado.

—¿Dice que se vieron hace dos noches? —le preguntó Welton, frunciendo el cejo con desconfianza.

—Sí. Nos conocimos por casualidad durante la fiesta de fin de semana que organizaron lord y lady Harwick y lady Winter tuvo la amabilidad de aceptar mi invitación para ir a cenar —explicó Christopher, con tono de satisfacción masculina.

La sutil insinuación no le pasó desapercibida a lord Welton, que sonrió con descaro.

—Ah, bueno, entonces los rumores no son ciertos. —Vació el contenido de su copa y la dejó en la mesilla más cercana antes de ponerse en pie—. Dele mis recuerdos a lady Winter, si es tan amable. No quiero inmiscuirme en su cita.

—Que tenga un buen día, milord —le deseó él con una leve reverencia.

—Lo está siendo —sonrió Welton.

Christopher esperó a que se cerrase la puerta principal tras la partida del vizconde y entonces volvió al despacho.

—Encárgate de que lo sigan —le ordenó a Philip.

Y después subió a ver a Maria.

Robert Sheffield, vizconde Welton, descendió los pocos peldaños que conducían a la calle y se detuvo un instante a observar la casa que tenía a sus espaldas.

Algo iba mal.

A pesar de que las pruebas parecían demostrar lo contrario —la institutriz le había jurado que no conocía a los asaltantes y St. John acababa de decirle que estaba con Maria la noche del ataque—, su instinto le indicaba que se mantuviese alerta.

¿Quién podía estar interesado en Amelia aparte de Maria? ¿Quién se atrevería a desafiarlo de esa manera? No había creído a la joven cuando ésta le juró que no conocía a los asaltantes, pero la institutriz había corroborado la historia y ella no tenía ningún motivo por mentirle al hombre que pagaba su salario.

Se detuvo antes de subir al carruaje y le dijo al conductor:

—Lléveme a White's.

Se subió al vehículo y se apoyó en el respaldo del asiento para analizar las distintas alternativas. Maria podía haber enviado a aquellos hombres a buscar a Amelia mientras ella se reunía con St. John, pero ¿de dónde había sacado el dinero para pagarles?

Se frotó el puente de la nariz para mantener alejado el dolor de cabeza que empezaba a sentir. Todo aquel tira y afloja era ridículo. Aquella malcriada tendría que estarle agradecida. La había rescatado de malvivir en el campo y se había ocupado de casarla con hombres ricos. Tanto su casa como su envidiado vestuario se los debía enteramente a él, ¿y acaso le había dado alguna vez las gracias?

No; por tanto, Maria seguía siendo su principal sospechosa, pero él no era ningún tonto. No podía pasar por alto la posibilidad de que existiese alguien más que quisiera vengarse, alguien que supiera que su fortuna dependía de Amelia. Odiaba tener que

malgastar su dinero en algo tan inútil como una investigación, pero no le quedaba más remedio.

Suspiró y dedujo que iba a necesitar más dinero si quería mantener su actual modo de vida. Lo que significaba que tenía que buscarle un pretendiente muy rico a Maria.

—Amelia no llores más, te lo suplico.

Amelia tiró de la colcha adamascada y se cubrió hasta la cabeza.

—Váyase, señorita Pool. ¡Por favor!

La cama se hundió un poco por el costado y notó que la mujer le ponía una mano en el hombro.

—Se me rompe el corazón al verte tan triste.

—¿Y cómo quiere que esté? —Sorbió por la nariz, le escocían los ojos y tenía el corazón destrozado—. ¿Acaso no vio lo que le pasó, cómo luchó para llegar hasta mí? No creo a mi padre. Ya no.

—Lord Welton no tiene ningún motivo para mentirte —la consoló la señorita Pool, acariciándole la espalda—. Lady Winter tiene una reputación un poco... escandalosa. Y ya viste cómo iba vestida, y la clase de hombres que la ayudaban. A mí me parece que tu padre dice la verdad.

Amelia se quitó la colcha de encima y miró a su institutriz a los ojos.

—Le vi la cara y no era la de una mujer que acepta dinero a cambio de mantenerse alejada de mí. No me pareció que fuera un monstruo desalmado que quiere convertirme en una cortesana, ni ninguna de esas otras tonterías de que la acusa mi padre.

La señorita Pool frunció el cejo y, bajo su melena rubia, sus pálidos ojos azules se llenaron de confusión e inquietud.

—No te habría impedido que fueras a hablar con ella de haber sabido que era tu hermana. Yo lo único que vi fue a un chico corriendo hacia ti y pensé que era un joven con mal de amores. —Suspiró—. Tal vez si hubieras hablado con ella dejarías de hacerte ilusiones sobre su carácter. Y no me parece que hiciéramos bien mintiéndole a lord Welton.

—Gracias por no decirle nada a mi padre. —Amelia le cogió la mano y se la apretó.

El cochero y los lacayos también habían mantenido la boca cerrada. Amelia llevaba con ellos desde el principio y todos le tenían cariño; si bien era cierto que no la dejarían escapar, intentaban hacerla lo más feliz posible. Todos excepto Colin, el mozo de cuadra, del que ella estaba enamorada, y que se pasaba todo el rato evitándola o fulminándola con la mirada.

—Me lo suplicaste —le recordó la señorita Pool con un suspiro— y yo no pude resistirme.

—No pasa nada porque mi padre no sepa toda la verdad. Yo estoy aquí, en Lincolnshire, con usted.

En lo más profundo de su corazón, Amelia sabía que si su padre se enteraba de lo

de Maria, su vida cambiaría para siempre. Y dudaba que fuera para mejor.

—Leo los periódicos, Amelia. Lady Winter no lleva el tipo de vida adecuado para educar a una dama como tú. Aunque lo que dice tu padre fuese... exagerado, cosa que dudo después de lo que presencié, tienes que reconocer que es casi imposible que tu hermana sea una buena influencia para ti.

—No insulte a Maria, señorita Pool —la riñó ella—. Ninguna de nosotras la conoce lo suficiente como para criticarla.

Se le quebró la voz al recordar al enorme rufián que había aplastado a Maria contra el suelo y luego la había apuñalado. Las lágrimas colgaron de sus pestañas inferiores y después se derramaron hasta mojar las flores estampadas del vestido de seda que llevaba.

—Dios santo, espero que esté bien.

Amelia se había pasado todos aquellos años creyendo que su padre la protegía de su hermana. Ahora no sabía qué pensar. Lo único que sabía con absoluta certeza era que la voz de Maria desprendía una desesperación y una añoranza imposibles de fingir.

La señorita Pool la abrazó y le ofreció su hombro para que llorase y Amelia lo aceptó agradecida. Sabía que la mujer no se quedaría con ella mucho tiempo. Su padre cambiaba de institutriz cada vez que se mudaban, que solía ser como mínimo dos veces al año. Nada en su vida era permanente. Ni siquiera aquella preciosa casa con su encantador jardín y sus senderos. Ni aquella habitación decorada con flores en su tono de rosa preferido.

Entonces se detuvo en seco.

Los hermanos eran hermanos para siempre.

Por primera vez en muchos años se dio cuenta de que no era huérfana. Había alguien en el mundo que estaba dispuesto a morir por ella.

Maria había arriesgado la vida para hablarle. Qué diferencia si la comparaba con su padre, del que sólo recibía noticias a través de terceras personas.

De repente, sintió como si comprendiese algo que llevaba tiempo madurando en su mente, aunque no entendió el porqué. Tendría que analizarlo, que desgranarlo y, finalmente, actuar en consecuencia. Después de que hubiesen transcurrido años cuyos días se confundían unos con otros sin nada que ofrecerle, el misterio había sido revelado. Y si lo resolvía, tal vez dejaría de estar sola.

Las lágrimas que derramó a continuación fueron de alivio.

Maria se quedó mirando el dosel de la cama e intentó encontrar en su interior las fuerzas necesarias para soportar el dolor que le causaba moverse. Necesitaba ver a Simon. Sabía muy bien que su amigo era capaz de cuidarse solo, pero también sabía que estaría preocupado por ella y no podía permitir que sufriera innecesariamente.

Iba a salir de la cama cuando se abrió la puerta del pasillo y reapareció St. John. El corazón se le aceleró al verlo. Otra vez. Sí, Christopher era guapísimo, pero el rasgo que a ella le resultaba más atractivo era la seguridad en sí mismo que desprendía. Simon también la tenía, pero en él era distinta. Simon estallaba con la pasión propia de un irlandés, Christopher se contenía y eso lo hacía mucho más peligroso.

—Muévete y te pondré encima de mis rodillas para darte un cachete —le advirtió ahora con voz ronca.

Maria tuvo que contener una sonrisa. Aquel pirata tan fiero se preocupaba por ella como si fuera su abuelo. Y le pareció muy tierno. Contrarrestaba el efecto que antes le habían causado sus frases cortantes. Podía ver perfectamente que estaba alterado y le gustaba provocarlo, la hacía feliz ver que podía metérsele bajo la piel.

—Quiero que Simon vea que estoy bien.

Una especie de gruñido atravesó el aire de la habitación cuando Christopher se dirigió a la puerta que comunicaba ambos dormitorios, la abrió y gritó:

—Lady Winter está bien. ¿Me has oído, Quinn?

Una serie de gruñidos y palabras farfulladas siguieron a sus palabras. Luego, Christopher se volvió hacia ella y le preguntó con arrogancia:

—¿Ya estás contenta?

—¿Simon, querido? —lo llamó Maria y reprimió una mueca de dolor al notar que al expandirse los pulmones le dolía el hombro.

Como respuesta, oyó que alguien arrastraba las patas de una silla hasta la puerta.

Christopher estaba allí plantado, esperando con una ceja en alto.

—¿Tienes que tenerlo maniatado?

Levantó la otra ceja.

—Tengo la sensación de que debo hacer algo para salvarlo —murmuró Maria, mordiéndose el labio inferior.

Christopher cerró de un portazo y se quitó la chaqueta antes de volver a sentarse en la cama en el mismo lugar que antes. Maria se fijó en lo bien que se le ajustaba la ropa y se lo imaginó en mangas de camisa y con unos sencillos pantalones en la cubierta de un barco. Y se estremeció.

Él esbozó una sonrisa como leyéndole el pensamiento.

—No tengo la menor intención de ser amable con él. Tendría que haberte cuidado mejor. No supo cumplir con su misión.

—Simon no sabía que me había ido.

—¿Te escabulliste sin decírselo?

Maria asintió.

Christopher se rio.

—Entonces con más razón. Fue un idiota por no anticipar tus movimientos. Se

supone que te conoce mejor que yo e incluso yo habría adivinado que intentarías escapar.

—No lo habría hecho si hubiera sabido que iba a ser tan peligroso —se defendió ella.

Pero entonces no habría comprobado que, en efecto, se trataba de Amelia y, aunque el resultado final había sido decepcionante, al menos había visto a su hermana. Ahora tenía motivos para tener esperanza: Amelia estaba sana y salva en Inglaterra.

—La gente que lleva nuestra clase de vida tiene que aprender a anticiparse al peligro, Maria —le dijo él en voz baja, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Nunca bajas la guardia.

Ella no supo cómo reaccionar ante su ternura y desvió la vista hacia la puerta en busca de una escapatoria.

—Lord Welton ha estado aquí.

Maria volvió a mirarlo. Sus ojos azules se veían oscuros e insondables. Aquel hombre era un experto en ocultar sus pensamientos. Ella no, seguro que el pánico era evidente en su rostro.

—¿Ah, sí?

—Estaba convencido de que estabas malherida.

Maria se asustó.

—Pero le he asegurado que cenamos juntos hace dos noches y que tu salud era excelente.

—Hace dos noches —repitió ella como un loro.

Christopher se inclinó hacia delante y levantó la mano que tenía libre para acariciarle la mejilla. Al parecer, no podía dejar de tocarla de un modo u otro, y a Maria le resultaba fascinante. Llevaba tanto tiempo cuidándose sola, que era maravilloso que otra persona se preocupase por ella.

—Te he dicho que iba a ayudarte —le recordó él en voz baja.

Pero Maria presintió que bajo aquella fachada de perfección masculina se ocultaba algo. Algo que iba más allá de la mera inseguridad por estar en terreno desconocido. Y hasta que supiera qué era no podía confiar en la palabra de Christopher, y tampoco podía contarle la verdad sobre Amelia.

Asintió para decirle que recordaba su ofrecimiento y que ella le había dicho que se lo pensaría, y cerró los ojos.

—Estoy muy cansada. —Le dolía todo el lado izquierdo del cuerpo, de la cabeza a la cadera.

Sintió que él se acercaba y su suave aliento le rozó los labios. Iba a volver a besarla, le daría uno de aquellos besos tiernos que le derretían los huesos y le hacían hervir la sangre. Y dado que ella atesoraba esos besos suyos, separó los labios.

Christopher se rio en voz baja, con aquella risa tan gutural que a Maria tanto le gustaba.

—¿Puedo cambiar un beso por un secreto? —le preguntó él.

Maria abrió un ojo.

—Creo que valoras demasiado tus besos.

Su sonrisa la dejó sin aliento.

—Tal vez tú valoras demasiado tus secretos.

—Oh, vete de aquí —le dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Él no le hizo caso y la besó hasta casi dejarla sin sentido.

—¿Amelia?

Christopher se sentó en el alféizar de la ventana y apoyó el antebrazo en la rodilla que tenía levantada, mientras dejaba vagar la mirada por el jardín trasero de su casa. Ya era de noche, pero tanto la mansión como sus alrededores estaban perfectamente iluminados y bien vigilados. Los arbustos habían sido podados para que no quedase ningún hueco que pudiese servirle de escondite a nadie. Como hacía él en su propia vida, todas las necesidades de la casa se atendían, pero no había lugar para lujos o extravagancias.

—Sí, eso fue lo que ella dijo.

—Y fue la chica la que la contestó, no la institutriz. ¿Estáis seguros? —Miró de reojo a los cuatro hombres que permanecían de pie a unos metros de distancia.

Los cuatro asintieron.

—¿Por qué no se le ocurrió a ninguno seguir el carruaje? —les preguntó.

Los cuatro se removieron incómodos.

Sam se aclaró la garganta para contestar.

—Nos dijo que fuéramos tras la dama Y cuando vimos que estaba herida... —Se encogió de hombros al no saber qué más añadir.

Christopher suspiró.

Alguien llamó a la puerta y con un grito dio permiso para entrar. Apareció Philip con semblante muy serio.

—Lord Sedgewick.

—Hazle pasar.

Christopher les hizo una seña a los demás para que se fueran y lord Sedgewick apareció en cuestión de segundos. Alto, pálido y cubierto de encaje, joyas y seda, el lord era el epítome de la cursilería que caracterizaba a tantos miembros de la aristocracia. Que aquel hombre creyera que podía darle órdenes era absurdo, además de ridículo. Y que anduviera detrás de Maria lo ponía furioso. Y Christopher era la clase de hombres a los que no es conveniente poner furioso.

—Milord. —Se puso en pie.

—¿Cómo le está tratando la vida sin grilletes? —le preguntó Sedgewick con una sonrisa burlona.

—Le aconsejo que no se regodee, milord. —Le señaló el sofá verde y esperó a que el vizconde se levantase la cola de la levita antes de sentarse para hacer él lo mismo en el otro extremo—. Su situación es tan precaria como la mía.

—Confío plenamente en mis métodos; aunque son poco ortodoxos siempre me han dado resultado.

—Ha secuestrado a un falso testigo del gobierno y lo está utilizando para extorsionarme y obligarme a cooperar. Si la verdad llegase a salir a la luz, se vería en una situación un tanto... delicada.

Sedgewick le sonrió.

—Soy muy consciente de su popularidad entre el pueblo llano. Pero mi testigo está a salvo. Sea como sea, lo único que tiene que hacer usted para recuperar la libertad es entregarme a lady Winter, tal como se acordó en el indulto condicional que le concedimos. De momento, lo único que tenemos que hacer nosotros es esperar; si consigue cumplir su misión, la tendremos a ella. Si no, lo tendremos a usted. Cualquiera de las dos cosas me parece bien. Y debo decirle que, a juzgar por lo que he visto hoy, la segunda opción es la más probable.

—¿Ah, sí? —Christopher observó al vizconde con los ojos entrecerrados—. Y dígame, si es tan amable, cómo ha llegado a esa conclusión.

—Han pasado dos semanas y su relación con lady Winter apenas ha cambiado. Al parecer, no está progresando.

—Las apariencias engañan.

—Esperaba que dijera eso. Y por ello se me ha ocurrido una prueba que me demuestre que no estamos perdiendo el tiempo. —Sedgewick sonrió—. Lord y lady Champion celebran un baile de máscaras dentro de dos noches. Usted acudirá con lady Winter. Ya me he asegurado de que la inviten.

—Es demasiado pronto —se quejó Christopher.

—Si no se presenta al baile, St. John, volveré personalmente para esposarlo y encerrarlo de nuevo en prisión.

—Le deseo toda la suerte del mundo.

Pero aunque sus palabras fueron una burla, a Christopher la idea no le hacía ninguna gracia.

—Puedo hacer aparecer otro testigo por arte de magia —le dijo el vizconde, tocándose las puntillas de los puños de la camisa—, sólo es cuestión de dinero. Y yo tengo bastante como para encontrar a alguien que no tenga miedo de las represalias.

—Ni usted ni ese testigo pasarían un interrogatorio.

—Pero entonces usted ya estará en la cárcel y sus probabilidades de seguir con vida disminuirán drásticamente. Y después de su muerte a nadie le importará si el

testigo era o no de fiar.

Aunque Christopher se mantuvo impassible, se le retorcieron las entrañas de rabia. Maria estaba malherida y con mucho dolor. Le llevaría más de dos días recuperarse. ¿Cómo podía pedirle que lo acompañase a un acto social en ese estado?

—¿Le serviría una carta entre lady Winter y yo como prueba de que tenemos una relación? —le preguntó.

—No. Quiero verlos juntos, en carne y hueso.

—Entonces organice algo para la próxima semana. —También era demasiado pronto, pero al menos Maria tendría más de dos días para recuperarse—. ¿Qué le parece un picnic en el parque?

—¿Acaso estaba usted echándose un farol? —lo provocó Sedgewick—. Y pensar que dije que usted era un hombre muy «peligroso». Bueno, supongo que tengo que equivocarme de vez en cuando. Ahora mismo no voy vestido para devolverlo a Newgate, aunque ya que estoy aquí, me temo que tendré que hacer una excepción.

—¿Cree que puede sacarme de mi propia casa?

—He venido preparado. Fuera hay un buen número de soldados esperándome y en el callejón que da al muelle un par de detectives.

Que aquel vizconde creyese que podía entrar en su casa y llevárselo por la fuerza hizo sonreír a Christopher. Y se le ocurrió una idea. Tal como él mismo había dicho antes, las apariencias engañan. Tal vez si Angelica se ponía una máscara pudiera hacerse pasar por Maria. Valía la pena intentarlo.

—Lady Winter y yo lo veremos en el baile de máscaras de los Campion dentro de dos días, milord.

—Fantástico. —Sedgewick se frotó las manos—. Estoy impaciente.

—Voy a matarlo, te lo juro.

Ver a Simon pasearse de un lado a otro del dormitorio le estaba dando dolor de cabeza, así que Maria cerró los ojos. La verdad era que también se sentía culpable por cómo lo habían tratado los hombres de St. John, lo que hacía que la cabeza le doliese todavía más. Simon tenía un ojo y el labio superior hinchados y le habían dado una buena paliza.

—De momento lo necesito, Simon, querido. O al menos la información que él pueda darme.

—Esta noche me reuniré con el chico que hemos metido en su casa. Lo han contratado como mozo del establo, pero ha conseguido encandilar a una de las doncellas. Confío en que pueda contarme algo interesante.

—No sé por qué pero lo dudo —sentenció ella.

Maria no podía imaginarse a ningún miembro del servicio de St. John con la lengua suelta.

Simon masculló una maldición en gaélico.

—Porque eres lista. Todos los sirvientes de St. John tienen que llevar como mínimo dos años trabajando para él para tener acceso a la casa principal. Es uno de los métodos que utiliza para asegurarse de la lealtad de sus secuaces. Cualquiera que pretenda entrar en su vivienda por otros motivos, como es nuestro caso, descubre que la espera es demasiado larga y desiste. Además, también he oído decir que St. John cuida tan bien de sus empleados que éstos delatan a cualquiera que se acerca a ellos con malas intenciones.

—No me extraña que tenga tanto éxito.

—No me pidas que lo admire, Maria. Estoy a punto de perder la poca paciencia que me queda.

Ella se movió un poco en busca de una postura más cómoda y gimió de dolor cuando se apoyó en el costado izquierdo.

—*Mhuirnín.*

En cuestión de segundos, unas fuertes manos la sujetaron con el mayor cuidado posible.

—Gracias —susurró Maria.

Unos labios firmes se posaron en los suyos un segundo. Ella abrió los ojos y se le encogió el corazón al ver la preocupación que llenaba los preciosos ojos de Simon.

—Me duele verte así —murmuró él, acercándose hasta que un mechón de su pelo negro la rozó.

—Pronto me pondré bien —le aseguró ella—. Con algo de suerte, será antes de que Welton vuelva a visitarme. Espero que después de encontrarse ayer aquí con St. John haya decidido mantenerse alejado y tenga tiempo de curarme como es debido.

Simon se apartó y se sentó en la silla que había más cerca. En la mesilla que tenía delante había una bandeja de plata con el correo. Empezó a abrirlo y masculló, como hacía siempre que estaba alterado.

—Hay una carta de Welton —dijo al cabo de un rato.

Maria, que casi se había quedado dormida, parpadeó.

—¿Qué dice?

—Un segundo. —Oyó el sonido de una hoja de papel al desplegarse—. Dice que quiere presentarte a alguien. Mañana por la noche en el baile de máscaras de los *Campion*.

—Dios santo —suspiró al notar que se le revolvía el estómago—. Tengo que rechazar la invitación. No puedo ir en este estado.

—Por supuesto que no.

—Dile a mi secretario que escriba una respuesta. Dile que ya estoy comprometida para esa noche y que St. John no sería bien recibido en esa clase de evento.

—Me ocuparé de ello personalmente. Descansa y no te preocupes.

Maria asintió y cerró los ojos. Poco después ya estaba dormida.

Se despertó al cabo de un rato, al oler la cena. Giró la cabeza y al mirar por la ventana vio que había oscurecido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Simon desde la silla de al lado de la cama, donde estaba sentado. Dejó el libro que estaba leyendo en el suelo y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Tengo sed —contestó ella.

Él se puso en pie y dio media vuelta, con lo que su batín negro osciló alrededor de sus tobillos. Volvió unos pocos segundos más tarde con un vaso de agua. Sostuvo la cabeza de Maria y le acercó el vaso a los labios; ella bebió con ganas. Cuando se terminó el agua, Simon volvió a sentarse e hizo rodar el vaso entre las palmas de las manos. Sus piernas desnudas aparecían entre los dos extremos del batín.

—¿Qué pasa? —le preguntó Maria, al verlo preocupado.

Simon apretó los labios antes de responder.

—Welton ha contestado.

Maria hizo una mueca de contrariedad al recordar la invitación de su padrastro.

—No acepta un «no» como respuesta —dijo.

Simon negó con la cabeza, resignado.

—Prefiere que vayas sola al baile de máscaras.

Maria se echó a llorar, desesperada. La herida le dolía muchísimo, estaba muy desanimada y lo único que quería era que la dejaran en paz. Simon subió a la cama y se tumbó a su lado para acurrucarla con cuidado entre sus brazos. Ella lloró hasta que no pudo más y entonces siguió sollozando sin lágrimas.

Y Simon no dejó de abrazarla en todo el rato, murmurándole palabras de consuelo, apoyando la mejilla en la de ella y acompañándola en su dolor. Hasta que a Maria no le quedó nada, ninguna esperanza. Hasta que se quedó vacía.

Pero el vacío era en sí mismo reconfortante.

—Me muero de ganas de que a Welton le den su merecido —afirmó Simon con vehemencia—. Matarlo me produciría un gran placer.

—Todo llegará. ¿Me ayudas a elegir un vestido que me tape el hombro y el cuello?

Simon exhaló, resignado.

—Me ocuparé de todo, *mhuirín*.

Maria suspiró y, mentalmente, empezó a recuperar la esperanza que había perdido.

Welton no iba a derrotarla. Ella no iba a darle ese gusto.

—¿Te gusta más éste? —le preguntó Angelica, dando una vuelta sobre sí misma para hacer ondear el vestido de tafetán plateado.

—Estate quieta —la riñó Christopher, observando el vestido y la silueta de la mujer que lo llevaba, para ver si todo encajaba.

Angelica era un poco más alta que Maria y no tenía tantas curvas, pero con la preparación adecuada podían ocultar esas diferencias. Aquel vestido lo disimulaba mucho mejor que los anteriores que se había probado. El color resaltaba el tono moreno de su piel, un rasgo que a Christopher tanto le gustaba en Maria, y el corpiño le apretaba los pechos de un modo que hacía que le resaltasen. Con el peinado adecuado y con una máscara que le ocultase el rostro por completo, tal vez lograra hacerla pasar por ella.

—No puedes hablar —le advirtió Christopher—. Te digan lo que te digan y te hable quien te hable. —La voz de Angelica nunca podría confundirse con la de Maria, y tampoco su risa—. Y no te rías. Es un baile de máscaras. Tienes que ser misteriosa.

Ella asintió.

—Nada de hablar ni de reír.

—Te recompensaré por esto, querida —le prometió Christopher con ternura—. Te estoy muy agradecido por la ayuda.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por ti. Tú me has dado un hogar y una familia. Te debo la vida.

Christopher movió la mano para quitarle importancia al comentario, que lo hacía sentirse muy incómodo. Él nunca sabía qué decir cuando la gente le daba las gracias; en realidad, prefería que no lo hicieran.

—Tú me has sido de mucha ayuda. No tienes que agradecerme nada.

Angelica sonrió y se acercó a él bailando, le cogió una mano y se la besó.

—Entonces ¿qué, nos quedamos con este vestido?

Christopher asintió.

—Sí. Estás guapísima.

La sonrisa de ella se ensanchó y fue a cambiarse.

—Yo no sé si me atrevería a llevar a cabo un plan tan descabellado —le dijo Philip, sentado en un sillón junto al fuego.

—Ahora mismo no nos conviene llevarle la contraria a Sedgewick —le explicó Christopher, encendiendo un puro con una cerilla—. Hasta que sepa cuál va a ser mi próximo movimiento, es mejor que siga creyendo que él está al mando. Así se sentirá más tranquilo y se relajará, y tal vez me dé tiempo a pensar cómo librarnos definitivamente de su presencia.

—Yo sólo he visto a lady Winter de pasada, pero he oído decir que es excepcional. Es muy difícil hacer una réplica de algo incomparable.

Christopher asintió y durante un segundo se quedó mirando la luz del fuego, reflejada en las gafas de Philip. El joven se había cortado el pelo aquella misma

mañana, a pesar de que ese tipo de peinado ya no estaba de moda. Lo hacía parecer más joven de los dieciocho años que tenía.

—Muy difícil, pero es innegable que Maria está demasiado enferma como para acudir a ese baile. Ahora mismo, su salud es mucho más importante que mis propias necesidades. Si Sedgewick se da cuenta del engaño, ya me inventaré algo. Es innegable que Maria y yo somos... —Dio una calada y luego soltó el humo—. Lo que sea que seamos. Maldita sea, ella no me negaría si alguien se lo preguntase.

—Espero que tu plan salga bien y que nadie se dé cuenta de las diferencias que existen entre las dos mujeres.

—La manera más fácil de distinguir un copia del original es comparándolos y Maria ha estado fuera de la ciudad dos semanas. Además, los invitados tendrán que fiarse de su memoria, porque esta noche ella estará en la cama. Angelica y yo nos aseguraremos de que Sedgewick nos vea y nos iremos de allí cuanto antes.

Philip levantó su copa de brandy.

—Para que tu plan sea todo un éxito.

Christopher sonrió.

—Suelen serlo.

Mientras esperaban que la cola de carruajes que se dirigían a la mansión Champion fuese avanzando, Maria no dejaba de tomar aire y de soltarlo despacio. Cada vez que las ruedas topaban con un bache, sentía tanto dolor que tenía ganas de vomitar. El corsé no la ayudaba demasiado y el elaborado peinado que llevaba le pesaba tanto que le dolía el cuello.

Simon estaba sentado frente a ella, con un atuendo mucho más informal. Sus ojos brillaban en medio de la penumbra apenas iluminada por las lámparas del carruaje.

—Te estaré esperando —murmuró.

—Gracias.

—A pesar de las circunstancias, estás guapísima.

Maria consiguió sonreírle.

—Gracias. Welton y yo nunca hablamos demasiado, como mucho media hora. Pero no sé cuánto tiempo me entretendrá su encargo.

—Si pasa más de una hora, mandaré a un lacayo a buscarte. Le encargaré que te diga que St. John te está esperando.

—Perfecto.

El carruaje avanzó por el camino de adoquines y luego volvió a detenerse. Esta vez alguien les abrió la puerta y uno de los lacayos de Maria le tendió una mano para ayudarla a bajar del coche. El joven fue con cuidado, aunque no de manera ostentosa. Ella se lo agradeció con una sonrisa y después subió los escalones que conducían a la mansión.

La espera que tuvo que soportar allí también fue una tortura, igual que intentar parecer alegre cuando habló con los Champion. Sintió un profundo alivio cuando terminó con todas las formalidades y, tras colocarse bien la máscara con plumas, entró en el salón.

Bajo el dominó negro llevaba un vestido precioso, rosa pálido con encaje plateado. No había encontrado ninguna prenda que le ocultase la herida, así que su única alternativa era llevar aquella capa. La lucía con aplomo, pero se esforzó por pasar desapercibida. Avanzó con cuidado por el perímetro del salón, esquivando a los invitados y mandando el silencioso mensaje de que no se acercasen. Y por suerte funcionó.

Con la mirada, barrió de un extremo a otro la amplia sala en busca de Welton. Del techo colgaban tres enormes lámparas con infinidad de velas, que iluminaban los elaborados adornos y los coloridos tapices de la mansión. La orquesta estaba tocando y un importante número de invitados giraban al son de su música; llevaban abundante encaje, pelucas de todos los tamaños y vestidos con estampados florales. Muchas conversaciones coincidían en ese espacio y formaban un ronroneo que resultaba en

cierto modo tranquilizador, porque significaba que nadie le estaba prestando atención.

Justo cuando Maria empezaba a creer que saldría indemne de la incursión, chocó contra un invitado descuidado. El dolor le atravesó el costado izquierdo y casi gritó, apartándose para protegerse.

—Discúlpeme —dijo una voz a su espalda.

Maria se volvió para mirar a su agresor y se encontró con un hombre que la miró como si la conociera.

—¡Sedgewick! —lo llamó un hombre rollizo que ella identificó como lord Pearson, un caballero que bebía demasiado.

Dado que no tenía ganas de hablar con él, ni de que le presentase al torpe de Sedgewick, Maria se fue de allí.

Y fue entonces cuando vio a su infiel amante, cuyo pelo dorado brillaba bajo la luz de las velas, con su impresionante cuerpo resplandeciendo vestido con aquel tono crema, acentuado por los bordados dorados. A pesar de la máscara que le ocultaba el rostro, Maria sabía que era Christopher. Estaba con una mujer morena y se comportaba como si la estuviese protegiendo. Era evidente que sentía afecto por ella.

La promesa que le había hecho sobre estar sólo con ella era mentira.

El dolor del hombro desapareció y fue reemplazado por otra clase de agonía.

—Ah, estás aquí. —La voz de Welton le hizo tensar la espalda—. ¿Tengo que volver a mandarte a la modista? —preguntó cuando ella dio media vuelta—. ¿No tenías nada más favorecedor que ponerte?

—¿Qué quieres?

—¿Y por qué diablos estás tan pálida?

—Unos polvos nuevos. ¿No te parezco atractiva? —Movi6 las pestañas provocativamente—. A mí me parece que me resalta los pómulos y los labios.

Welton se burló.

—No, no me gusta. No vuelvas a ponértelo. Te hace parecer enferma.

—Oh, me siento desolada.

Él la fulminó con la mirada.

—El valor que tienes en este mundo depende enteramente de tu aspecto físico. En tu lugar, yo procuraría no devaluarlo.

El insulto no la afectó lo más mínimo.

—¿Qué quieres? —repitió.

—Presentarte a alguien. —Sonrió y a ella se le erizó la piel—. Ven. —Le cogió la mano y tiró de ella.

Tras abrirse paso en silencio entre la multitud, Maria encontró valor para preguntarle:

—¿Cómo está Amelia?

El modo en que Welton la miró de reojo le reveló muchas cosas. Su padrastro no

la había descartado como sospechosa del último incidente.

—Maravillosamente bien.

En realidad, ella no creía en absoluto que la hubiese eliminado de la lista de sospechosos, pero su estado de ánimo decayó al comprender cómo se comportaría Welton en adelante. Incrementaría las medidas de seguridad y sería mucho más cauto. Iba a costarle bastante más encontrar a su hermana.

—Ah —murmuró él, satisfecho consigo mismo—, aquí está. —Y señaló con la barbilla a un hombre que estaba a unos metros de distancia.

A pesar de que había mucha gente, Maria supo a quién se refería, porque los ojos que se ocultaban tras aquella máscara la miraron con suma intensidad. El hombre estaba apoyado indolentemente en la pared, con las piernas cruzadas por los tobillos en una postura seductoramente arrogante.

—El conde de Eddington —susurró ella.

Un libertino de primera. Guapo, rico, noble y, según se decía, increíblemente bueno en todo lo que hacía... incluso en las actividades de cama.

Maria se detuvo de repente y se soltó de Welton, que se volvió y la miró enfadado.

—¿Qué diablos tienes que ver con él? —le preguntó a su padrastro.

—Me ha pedido que os presentara.

—Entonces sabes perfectamente lo que quiere de mí.

Él le sonrió de oreja a oreja.

—Y está dispuesto a pagar mucho dinero para conseguirlo. Si decides aceptar, tus arcas se verán recompensadas.

—¿Ya te has endeudado? —soltó Maria.

—No, no. Pero mis gastos van a aumentar considerablemente dentro de poco, lo que significa que la paga que recibes de Winter está a punto de disminuir. Pensé que me agradecerías que me preocupara por tus finanzas.

Ella dio un paso hacia él y bajó la voz, aunque no consiguió ocultar el asco que sentía.

—A ti no tengo que agradecerte nada.

—Por supuesto que no, siempre has sido una desagradecida —dijo él como si nada. Luego levantó las manos en señal de rendición, pero el gesto no consiguió transmitir ninguna emoción a sus ojos vacuos—. Lo único que quiero es presentaros, no te estoy pidiendo nada más.

Maria miró a Eddington y éste inclinó la cabeza levemente, dedicándole la sonrisa que a tantas mujeres había llevado a la perdición. Pero a ella sólo le hizo rechinar los dientes.

—¿Me apartas de St. John para esto?

—He visto a St. John —le contestó él sin preocuparse—. Está completamente

enamorado de ti. Estar separados una noche servirá para que lo tengas más enganchado.

Maria se burló e, interiormente, aplaudió las dotes interpretativas de Christopher. Welton siempre veía las cosas como mejor le convenían, aunque eso no implicaba necesariamente que fuesen verdad.

—No te me quedes mirando —la riñó—. No es educado. —Suspiró como si estuviese hablando con una niña pequeña incapaz de razonar—. Todos los hombres te desean tanto porque les pareces inalcanzable e insaciable. ¿Por qué crees si no que he dejado que te quedes con tu amante irlandés? Si no me resultara útil, ya me habría deshecho de él hace mucho tiempo.

Maria tardó unos segundos en reprimir la rabia que la invadió al oírlo hablar de esa manera de Simon. Al final consiguió decirle:

—Entonces será mejor que acabemos con esto cuanto antes. No me apetece quedarme aquí toda la noche.

—Tienes que aprender a divertirte más —le sugirió Welton, cogiéndola de nuevo de la mano.

—Me divertiré cuando hayas muerto —contestó ella.

Su padrastro echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Esto es un palacio —susurró Angelica, con los ojos abiertos como platos detrás de la máscara.

—Los nobles viven muy bien —convino Christopher, buscando a Sedgewick con la vista.

—Tú eres mucho más rico que la mayoría de ellos.

Él la miró con una sonrisa.

—¿Le estás sugiriendo a un hombre de mi profesión que viva de un modo más ostentoso?

—Tal vez no sería lo más práctico, pero...

Él levantó una mano y la interrumpió.

—El dinero puede servir para cosas mucho más útiles. ¿Para qué quiero yo un salón tan grande? En cambio, siempre puedo tener más barcos o más empleados.

Angelica suspiró y negó con la cabeza.

—Deberías intentar disfrutar más de la vida. Trabajas demasiado.

—Por eso mismo soy más rico que ellos. —La llevó al extremo del salón y empezaron a caminar entre los invitados—. Entiendo que esta noche para ti es especial, pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Cuanto más nos entretengamos, más nos arriesgamos a que nos descubran.

Habían empezado a atraer la atención y eso era lo último que Christopher quería. Aunque en realidad tampoco podía hacer nada para evitarlo. Angelica era muy guapa

y él había cometido el error de no ponerse peluca. Lo había hecho porque creía que, así, a Sedgewick le resultaría más fácil encontrarlo, pero empezaba a creer que todo el mundo, excepto el hombre que a él le interesaba, lo estaba mirando.

Siguió escudriñando el salón y se percató de que varios invitados ocultaban su identidad con una máscara y un dominó negro, y deseó haber hecho lo mismo. Bueno, lo que deseaba era estar en otra parte. En cualquier lugar excepto aquél, pero con Maria.

Se detuvo un momento y se fijó en lord Welton y en la mujer que lo acompañaba. Ella tenía los hombros muy rígidos y mantenía la barbilla levantada. Fuera cual fuese el tema del que estaban charlando, a la dama no le resultaba agradable.

Philip seguía investigando afanosamente el pasado del vizconde, pero esas cosas llevaban su tiempo. Christopher poseía una paciencia infinita cuando era necesario, sin embargo esta vez sentía la imperiosa necesidad de saberlo todo sobre su amante cuanto antes.

—Beth dice que lord Welton es encantador, aunque a veces se pone un poco violento —le dijo Angelica, al ver hacia dónde miraba Christopher.

—Welton es un egocéntrico en el sentido más amplio de la palabra, cielo. He hablado con Bernadette, ella se encargará de que el caballero satisfaga esas necesidades más violentas con otra chica que no sea nuestra Beth.

—Me dijo que le habías dado permiso para que no volviese a verlo.

Christopher se encogió de hombros.

—Ya sabes que yo nunca he favorecido esa clase de intercambios. Puedo pedir un favor, pero nunca lo exijo. Si Beth no es feliz, jamás le pediría que siguiera adelante.

Volvió a mirar al hombre en cuestión y se detuvo en seco con el vello de punta.

Había creído reconocer a la mujer con la que Welton estaba hablando. Tenía la misma estatura, y aquel pelo negro y brillante y el modo en que se movía hicieron que a Christopher se le acelerase el corazón.

—Maldita sea —exclamó sin querer, al comprender que el vizconde estaba hablando con Maria. Sin embargo, él era un hombre que necesitaba estar completamente seguro de las cosas.

Echó a andar tan rápido como se lo permitía la gente. Dejó de buscar a Sedgewick e intentó encontrar una perspectiva que le permitiese ver mejor a la mujer y confirmar sus sospechas. Welton volvió a moverse y cogió la mano de la dama, avanzando con ella...

Christopher miró hacia dónde se dirigían y vio a un hombre que observaba con atención a la pareja que se acercaba a él. El conde de Eddington. Un hombre al que asediaban las mujeres de todas las edades, tanto por su título nobiliario como por su atractivo físico.

¡Dios! ¿Maria quería hablar con él? ¿Ése era el hombre con el que tenía previsto

casarse? Eddington era un soltero empedernido, pero Maria podía tentar a un monje a colgar los hábitos. Los hombres se sentían fascinados por ella, muchos admitían abiertamente que, con tal de estar casados con una mujer tan excitante, valdría la pena correr el riesgo de jugarse la vida.

Apretó la mandíbula con sólo pensarlo.

Aceleró el paso; casi había conseguido avanzar entre el mar de invitados, con Angelica detrás de él, agarrándose con fuerza de su mano. Dentro de poco, Christopher estaría lo bastante cerca como para poder identificar a Maria, si era ella, pero en ese instante alguien le bloqueó el paso.

—Apártese —ordenó, alargando el cuello para no perder de vista a Welton.

—¿Tiene prisa? —le preguntó Sedgewick.

Christopher se tragó una maldición y vio que Eddington cogía la mano enguantada de la dama para besársela y después se la llevaba del salón.

Dejando atrás a Christopher y su desesperada curiosidad.

—Lady Winter —susurró Eddington con sus ojos negros fijos en los de Maria, mientras le besaba la mano—, es un placer.

—Lord Eddington —consiguió decir ella con una sonrisa.

—¿Cómo es posible que no hayamos hablado nunca hasta ahora?

—Usted siempre está muy solicitado, milord, y no puede perder el tiempo con alguien como yo.

—El tiempo con una mujer bella como usted nunca se pierde. —La observó con detenimiento—. Si me lo permite, me gustaría hablar con usted a solas.

Maria se negó.

—No se me ocurre nada que tenga que decirme en privado.

—¿Cree que pretendo seducirla? —le preguntó él con una sonrisa ladeada muy seductora—. ¿Y si le prometo que me quedaré a dos metros de distancia?

—Seguiré rechazando la invitación.

Eddington se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—La agencia se está interesando mucho por usted, lady Winter.

El conde mantuvo el rostro impassible, como si le hubiese hablado del tiempo.

Maria entrecerró los ojos.

—¿Ahora acepta hablar conmigo a solas? —insistió él.

Dado que no tenía elección, Maria asintió y lo siguió fuera del salón, hasta un pasillo. Se cruzaron con numerosos invitados, pero a medida que iban avanzando, la multitud iba disminuyendo. Al final, doblaron una esquina y, tras mirar por encima del hombro para asegurarse de que no los seguía nadie, Eddington tiró de ella hacia una habitación a oscuras.

Los ojos de Maria tardaron unos segundos en adaptarse a la falta de luz. Lo único

que podía ver era que allí dentro había varios sofás, unas cuantas sillas y unas cuantas mesas bajas.

—¿Quién es usted? —le preguntó al conde, cuando se volvió para mirarlo, después de que él echase el cerrojo.

Su chaqueta gris se fundía con las sombras y sus ojos resplandecían peligrosamente a la luz de la luna.

—Tras la muerte de los agentes Dayton y Winter —empezó Eddington, ignorando su pregunta—, usted se convirtió en sospechosa de traición.

Maria tragó saliva y dio gracias a la oscuridad por ocultar aquella prueba de sus remordimientos al hombre que tenía delante.

—Lo sé —reconoció.

—Y sigue siéndolo —continuó Eddington.

—¿Qué quiere? —Se sentó en un sofá.

—Anoche estuve hablando con lady Smythe-Gleason y me mencionó brevemente que la había visto conversando con Christopher St. John en la fiesta que se celebró en la mansión Harwick.

—¿Ah, sí? Hablo con mucha gente y de la gran mayoría me olvido.

—La dama me aseguró que la tensión sexual entre ustedes dos era palpable.

Maria resopló.

Eddington se sentó frente a ella.

—La desaparición del testigo que teníamos en contra de St. John nos ha obligado a soltar a éste. La agencia sospecha que él es quien está detrás de dicha desaparición, pero yo creo que fue alguien de dentro. Un agente que trabaja para el pirata o uno que pretende negociar con dicha información. El testigo estaba muy bien vigilado. St. John es un hombre de muchos recursos, pero incluso él tiene sus limitaciones.

—Si la agencia sospecha de St. John, ¿puedo suponer que usted es el único que cree que el culpable pueda ser otro agente?

—Debería preocuparse menos por lo que yo pienso y más por lo que piensa usted.

—¿Qué está insinuando?

—Que le iría bien tener a un... amigo en la agencia. Y a mí me iría bien tener a una amiga que conozca a St. John. Digamos que los dos nos convenimos mutuamente.

—¿Pretende utilizarme para obtener información de St. John? —le preguntó Maria, incrédula—. ¿Está de broma?

—Ahora mismo, usted y él ocupan los dos primeros puestos de la lista de criminales que están en el punto de mira de la agencia; a usted por haber asesinado a dos de sus mejores agentes y al pirata por una gran variedad de crímenes.

Maria no sabía si echarse a reír o a llorar. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Qué dirían sus padres si vieran lo bajo que había caído?

Eddington se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Welton arregló sus dos matrimonios y después de la muerte de sus dos esposos, la riqueza de su padrastro aumentó considerablemente. Cuando la otra noche le gané a las cartas y contraí una importante deuda conmigo, se apresuró a asegurarme que nos presentaría. El vizconde siente un interés muy mercenario respecto a usted. Winter me dijo lo mismo en una ocasión.

—No logro comprender qué tiene esto que ver con usted.

—¿Sabe qué es lo que creo? —dijo él en voz baja—. Creo que Welton tiene algo contra usted, algo con lo que puede coaccionarla a hacer lo que él quiera. Yo puedo liberarla, puedo quitárselo de encima. Pero no espere que lo haga a cambio de nada.

—¿Por qué a mí? —se preguntó a sí misma, agotada, mientras acariciaba ausente la tela de su capa con las manos enguantadas—. ¿Qué he hecho para merecer tantas desgracias?

—Creo que la pregunta que debería hacerse es qué no ha hecho.

Cuánta razón tenía.

—Averigüe qué le ha pasado a ese testigo —le pidió Eddington— y yo me encargaré de liberarla, tanto de la agencia como de Welton.

—Tal vez mi alma sea tan negra como el pecado y me atreva a delatarlo a usted ante esos hombres que ha mencionado.

A veces, Maria deseaba no tener alma. Estaba convencida de que su vida sería mucho más fácil si fuese tan desalmada como los hombres que siempre la utilizaban.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

El conde esperó un segundo y después se puso en pie, tendiéndole la mano.

—Piénselo. Iré a visitarla mañana como un pretendiente enamorado y entonces me dará su respuesta.

Resignada, Maria aceptó su mano.

—Milord —lo saludó Christopher, tenso—. Lady Winter, permítame que le presente a lord Sedgewick. Milord, la incomparable lady Winter.

Angelica hizo una reverencia perfecta y el vizconde inclinó la cabeza saludándola.

—Es un placer conocerla —dijo—, lamento haber sido tan descuidado antes.

Christopher se quedó petrificado un segundo. ¿Qué posibilidades había de que le sucediese eso?

—Le ruego que me disculpe —continuó Sedgewick, al ver que Angelica no decía nada.

Sin perder la compostura, Christopher levantó un dedo y se lo llevó a los labios para pedir silencio.

—Lady Winter está de incógnito esta noche, milord. Así le pone un poco más de

emoción a la velada; seguro que lo entiende.

—Ah, por supuesto. —El vizconde sonrió satisfecho de oreja a oreja y se hinchó como un pavo real—. La felicito por haberse quitado la capa, milady. Un vestido tan exquisito como éste no debe estar oculto.

«Entonces, es verdad, Maria está aquí».

—Si nos disculpa, milord.

Sedgewick se llevó la mano de Angelica a los labios y le dijo un par de cursilerías a las que Christopher no prestó la menor atención, antes de desaparecer.

Ahora que ya había cumplido con la misión de aquella noche, tiró de Angelica hasta la salida del salón y caminó con ella a toda velocidad por el pasillo. No tenía ni idea de si iba en la dirección correcta para encontrar a la mujer con la capa dominó, pero por allí se iba al jardín trasero. Una vez estuviesen allí, Angelica podría abandonar la casa y esperarlo en el carruaje.

—Gracias, cielo —le dijo Christopher, tras darle un beso en la mejilla y ayudarla a salir a la terraza.

Luego, silbó y aparecieron los hombres que tenía apostados vigilando, para acompañar a Angelica hasta el carruaje. Y cuando, una vez solo, dio media vuelta, vio a la mujer que antes había estado con Welton saliendo de una habitación con lord Eddington detrás. Era evidente que tenían una aventura.

Más secretos. ¿Iba a encontrarse también más mentiras?

Christopher se arriesgó y la llamó.

—Maria.

La mujer levantó la barbilla y se quitó la máscara, revelando aquellas facciones que él tanto había necesitado ver. Lo miró directamente a los ojos.

—¿Lo estás pasando bien esta noche? —le preguntó ella entonces, con su voz de Viuda de Hielo.

Al parecer, lo había visto con Angelica y no le había gustado. Bien.

Christopher también se quitó la máscara y dejó que ella viera lo enfadado que estaba. Esperó una explicación.

Pero en vez de eso, Maria giró sobre sus talones y se marchó.

Furioso, fue tras ella.

Mientras se encaminaba hacia el vestíbulo, Maria oyó que Christopher intercambiaba unas palabras cortantes con Eddington. Aceleró el paso. La herida le dolía al correr y no tardó en marearse, pero por fortuna su carruaje la estaba esperando. Si se daba prisa, podía llegar hasta allí y escapar.

—¿Se va tan pronto, milady?

Sorprendida, dio media vuelta y vio que el hombre al que lord Pearson había llamado Sedgewick se acercaba hacia ella desde el otro extremo del vestíbulo.

Él frunció el cejo y miró detrás de ella.

—¿Dónde está su acompañante?

Maria parpadeó y casi se le doblaron las rodillas.

—Ah, aquí está —murmuró Sedgewick.

Ella se volvió y vio a Christopher acercándose a grandes zancadas. Dado que no tenía tiempo para darse el lujo de descifrar el críptico comentario de aquel individuo, reanudó su marcha.

Sus pisadas resonaban suavemente sobre la alfombra y aumentaron de volumen cuando llegó al suelo de mármol de la entrada. Apartó a un pobre lacayo y a unos cuantos invitados rezagados y descendió la escalera para abrirse paso entre los carruajes. Con desesperación, buscó con la vista a sus criados entre los mozos de cuadra y los cocheros con librea.

—¡Maria!

El grito llegó tanto desde delante de ella como de su espalda y los dos hombres que la habían llamado lo habían hecho con estados de ánimo muy distintos: uno estaba enfadado y el otro nervioso y preocupado.

Maria se volvió hacia la derecha y vio a Simon, que la cogió por el codo ileso y tiró de ella hacia el interior del carruaje.

—¡La próxima vez será, viejo amigo! —le gritó a Christopher antes de cerrar la puerta tras Maria y ordenarle al cochero que acelerase la marcha.

La sarta de insultos y maldiciones que soltó Christopher hizo sonreír a Maria. Odiaba que la hubiese afectado tanto haberlo visto con otra mujer y era una pequeña victoria no haberse quedado allí para escuchar sus excusas. El modo en que Christopher protegía a la mujer del vestido plateado y el beso inocente que le había dado al despedirse dejaban entrever mucha ternura y afecto y Maria recordó la última vez que ellos dos se vieron en su casa. Había sido igual de cariñoso con ella, con la diferencia de que no la había besado con inocencia.

—¿Te importaría explicarme qué ha pasado? —le preguntó Simon, mirándola fijamente.

Maria se lo contó.

—¡Dios santo! —exclamó, cuando ella terminó el relato—. ¿Qué probabilidades había de que ahora apareciera Eddington con esa propuesta?

—¿Acaso mi vida entera no ha sido una serie de catastróficas desgracias? —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—¿Y por qué dices que no entiendes el comportamiento de Sedgewick?

—Ha chocado conmigo y me ha mirado como si nos conociéramos, pero estoy segura de que no es así. ¿Crees que me ha confundido con la acompañante de St. John? Y no le ha resultado raro que éste estuviese invitado a la fiesta. No tiene sentido.

—Los investigaré a ambos... —Simon hizo una pausa y después añadió en voz baja—: La oferta de Eddington, si es sincera, sería como un regalo del cielo, *mhuirnín*.

—¿Y cómo puedo confiar en él? El conde tiene dos objetivos: capturar a St. John y averiguar quién está detrás de las muertes de Dayton y Winter. Es un hombre muy ambicioso. Si además me capturase a mí, seguro que lo recompensarían por ello.

Simon movió nervioso el pie y golpeó el suelo con la punta de la bota.

—Estoy de acuerdo. Tengo la sensación de que el círculo se está cerrando a tu alrededor y no puedo hacer nada para impedirlo.

Ella se sentía igual.

El trayecto hasta Mayfair era por desgracia muy largo y después de los sucesos de aquella noche, a Maria la herida le escocía y la atormentaba. Exhausta y confusa por sus vertiginosos pensamientos, apenas podía mantener la ecuanimidad. Una vez más se había visto obligada a recordar que no era más que un peón y que su único valor era lo que los demás podían conseguir a través de ella. Pero un día se desharía de todas esas personas que la estaban explotando. Amelia y ella se irían muy lejos de allí y empezarían de cero. Y encontrarían la felicidad.

Cuando llegaron a casa, subieron juntos la escalera. Al llegar al dormitorio de Maria, Simon le dijo a Sarah que podía irse. Quería desnudarla él, quería quitarle la ropa con cuidado y absorber en sus manos el dolor que permeaba todas y cada una de las células del cuerpo de ella. La tumbó con cuidado en la cama y le cambió el vendaje de la herida, murmurando su preocupación por que siguiera sangrando.

—Al menos es una herida limpia —susurró Maria, a la que se le cerraban los ojos del alivio que sentía al estar tumbada sobre sus almohadas.

—Tómame esto.

Simon le acercó una cuchara a los labios y segundos más tarde el láudano se deslizaba por su garganta. Se tomó luego un vaso de agua y no tardó en notar los efectos, pues el dolor empezó a desvanecerse.

—¿Cómo te encuentras, *mhuirnín*? —Simon le pasó los dedos por la frente y le masajeó con suavidad las sienes.

—Agradecida por tenerte.

Arrastró las palabras y terminó con un suspiro cuando Simon le rozó los labios con los suyos. Maria inhaló profundamente para que su olor le llegase a los pulmones. Luego le cogió la mano y se la apretó.

—Descansa —la riñó él—, así es como te curarás. Necesito que te pongas bien.

Maria asintió y se quedó dormida.

Tuvo pesadillas en las que el corazón se le aceleraba, muerta de preocupación al perseguir a una elusiva Amelia, mientras la risa de Welton resonaba en su mente. Se movió nerviosa en la cama y se hizo daño en la herida. Se despertó sollozando de dolor.

—Tranquila —susurró una voz ronca a su lado.

Maria giró la cabeza y descubrió que tenía la mejilla apoyada en un torso desnudo. El vello que cubría los pectorales era suave y unos brazos muy fuertes la retenían inmóvil para que no pudiese hacerse más daño. La luz de la luna y el aire de la noche se colaban por una rendija de la ventana, la misma por la que, al parecer, se había colado también el hombre que estaba en su cama.

—Christopher —suspiró, sintiendo un profundo consuelo al estar en sus brazos.

Él soltó el aire de golpe, como si oír su nombre pronunciado por los labios de ella lo afectase enormemente. Su torso subió y bajó despacio contra la mejilla de Maria. La habitación estaba a oscuras y, aunque no podía ver el reloj, ella sabía que habían pasado varias horas desde que se había quedado dormida.

—¿Por qué estás aquí?

Christopher se quedó en silencio mucho rato, hasta que contestó:

—No lo sé.

—¿Cómo has conseguido burlar a mis hombres?

—Con dificultad, pero es obvio que al final lo he conseguido.

—Es obvio —dijo ella seca.

Relajó el puño que tenía cerrado encima del estómago de él y apoyó la palma abierta en su piel. Continuó la caricia hacia abajo hasta llegar a la cintura de sus pantalones.

—No estás desvestido del todo —observó.

—¿Quieres que lo esté?

—Reconozco que pillarte sin pantalones tiene sus ventajas.

—Eres una sinvergüenza. —Su voz ronca estaba impregnada de afecto. Le dio un beso en la frente y subió el cubrecama para taparle bien el hombro—. He venido a verte con la intención de reñirte por haberme dejado plantado de esa manera. Estaba de muy mal humor y necesitaba desahogarme.

—¿Me estás cortejando? —le preguntó, fingiendo que bromeaba para ocultar lo ansiosa que estaba por oír su respuesta.

—Cuando alguien me hace una promesa, espero que la cumpla. —La advertencia fue muy clara.

—Tú también me hiciste una promesa.

—Y la he cumplido —murmuró él—. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Maria se echó un poco hacia atrás para mirarlo.

—¿Qué clase de relaciones sexuales crees que puedo mantener en este estado?

—Una caricia, un beso. —Se la quedó mirando con los ojos brillantes—. Incluso una mirada ya es demasiado.

Maria lo contempló un segundo e intentó entender por qué reaccionaba así ante ese hombre. No sabía qué tenía Christopher que la afectaba tanto. Pero aunque era evidente que poseía muchas cualidades que lo hacían muy atractivo, también lo era que tenía que mantenerse alerta con él.

—Besaste a esa mujer.

—Lo hice para ver cómo reaccionabas.

Una suave risa, irónica y burlona, escapó de los labios de Maria. Él la imitó un segundo más tarde y a ella le gustó oír el sonido de su alegría.

—Hacemos muy mala pareja —dijo Christopher.

—Sí. Si tuviéramos alguna posibilidad de cumplirlo, sugeriría que nos mantuviéramos alejados el uno del otro.

Christopher le acarició la espalda.

—La mujer que viste es Angelica. Quinn la conoce muy bien.

—Ah —asintió Maria.

—Quinn duerme en la habitación contigua a la tuya. Si su papel en esta casa es tan importante —le preguntó inseguro, levantándole el mentón para que tuviese que mirarlo—, ¿por qué no está a tu lado?

—A ti no deberían importarte ni Simon ni Eddington. Y a mí no debería importarme Angelica. Lo que hagamos cuando no estamos juntos no debería afectar de ninguna manera a lo que hay entre nosotros.

Christopher apretó los labios.

—Coincido contigo en que así es como debería ser. Pero no lo es.

—Lo que sucedió entre tú y yo fue sexo. Si volvemos a hacerlo, seguirá siendo sólo sexo.

—Muy buen sexo —la corrigió él.

—¿Eso crees? —Intentó verlo mejor en medio de aquella oscuridad.

Christopher le sonrió y ella se quedó sin aliento.

—Sabía que iba a ser así de bueno incluso antes de hacerlo. —Acercó los dedos a los labios de Maria—. Tienes que curarte para que podamos volver a intentarlo. Mientras tanto, dime, ¿qué quería Welton que te ha obligado a abandonar esta noche la casa en vez de quedarte aquí recuperándote?

—¿Por qué se me ha acercado Sedgewick como si me conociera y ha dado por hecho que tú eras mi acompañante?

Se quedaron mirándose el uno al otro en silencio, negándose a admitir nada. Al final, Maria suspiró y se acurrucó entre los brazos de él. Echaba de menos tener a un hombre en su cama, el consuelo que sentía cuando unos brazos la estrechaban o lo mucho que la reconfortaba sentirse deseada por un hombre atractivo. De algún modo, todo lo que no se habían dicho la acercó más a Christopher. Era innegable que se parecían demasiado.

—Mi hermano era un agente —confesó él de repente, acariciándole el pelo con su aliento.

Maria tenía el rostro vuelto hacia el cielo estrellado y parpadeó atónita mientras contenía la respiración, preguntándose por qué le estaba revelando ese secreto.

—Obtuvo cierta información —prosiguió Christopher con voz carente de emoción— y la compartió conmigo. Mi hermano necesitaba dinero con urgencia y yo lo conseguí del único modo que podía.

—Ilegalmente.

De repente, la bondad que había creído ver en Christopher en distintas ocasiones adquirió sentido. Ella también actuaba al margen de la ley para proteger a su hermana.

—Sí. Cuando mi hermano descubrió lo que había hecho, se puso furioso. No le sentó nada bien que me hubiese jugado el cuello por él y además haberse beneficiado de ello.

—Por supuesto que no.

—Vino a Londres para ayudarme y me salvó la vida en multitud de ocasiones. Gracias a él siempre sabía cuándo y dónde iban a tenderme una trampa.

—Qué arriesgado —susurró ella, deslizado una mano por el costado de Christopher—. Y qué brillante.

—Nosotros también lo creíamos. Hasta que lo descubrieron.

—Oh.

—Entonces empezaron a extorsionarme y a exigirme que colaborara con ellos amenazándome con la seguridad de mi hermano. Fue complicado y, al final, mortal. Nigel quería salvarme y lo hizo a costa de su propia vida.

—Lo siento. —Acercó los labios a su piel y le dio un beso en el torso. Sabía perfectamente lo que se sentía al perder a un hermano. Al menos, ella tenía la posibilidad de recuperar a Amelia. Christopher jamás volvería a tener a Nigel—. Deduzco que estabais muy unidos.

—Lo quería mucho.

Esa confesión tan honesta la conmovió profundamente. Esas palabras no disminuían en absoluto el fuerte aspecto de Christopher. Las había dicho con tal

convicción que jamás podrían ser consideradas una debilidad.

—¿Por eso estás enfadado con la agencia?

—En parte. Hay más cosas.

—¿Me estás contando todo esto para ganarte mi simpatía y conseguir que te ayude?

—En cierto modo. Pero también te lo estoy contando porque si no podemos hablar del presente, sólo nos queda el pasado.

Maria cerró los ojos; el láudano que le había dado Simon le había disminuido un poco la capacidad de razonar, pero Christopher, aquel hombre al que no podía entender, se la había robado por completo.

—¿Por qué tenemos que hablar? ¿Por qué no nos conformamos con el sexo y nos limitamos a hablar sólo de lo que sea necesario para conseguir lo que ambos queremos?

Notó el impacto de la cabeza de Christopher cayendo sobre las almohadas. El gesto estaba preñado de frustración.

—Estoy en la cama con una mujer malherida a la que no puedo tocar sin hacerle daño. Si me quedo aquí tumbado sin decir nada, me volveré loco, porque intentaré averiguar por qué diablos estoy aquí y no en cualquier otra parte. Ya que no podemos follar, necesito encontrar una actividad que me distraiga.

—¿Eso es lo único que tengo que hacer para sonsacarte información? ¿Negarme a acostarme contigo? Si te rechazo, ¿te pondrás a contarme tus secretos sólo para distraerte?

Él gruñó y ella se estremeció, no de miedo, sino de deseo. Aquel hombre no tenía ni idea de qué hacer con ella ni consigo mismo cuando estaban juntos. Y como Maria se sentía exactamente igual, se apiadó de él.

—Yo quería a Dayton —empezó a decir, en una voz tan baja que apenas era un susurro.

El enorme cuerpo de Christopher se quedó quieto debajo de ella.

—Era un buen hombre y yo intenté ser igual de buena con él. Yo era muy joven y no tenía experiencia y él era un hombre mayor y de mucho mundo. Me enseñó a sobrevivir. Y yo le devolví el favor costándole la vida. —Aunque intentó ocultarlo, el dolor que sentía fue más que evidente.

—Maria. —Christopher le deslizó la mano entre la melena y le acarició la nuca. No le dijo nada más, no hizo falta.

Ella le había contado muy poco, pero se sentía como si le hubiese enseñado la parte más íntima de sí misma. Y no le gustó.

Como si se diese cuenta del conflicto interno que la torturaba, Christopher la colocó encima de él de tal manera que su rostro quedase más cerca del de él y pudiese besarla.

Todo empezó con una suave caricia, con Christopher deslizándole la lengua por el labio inferior. Después con una presión en los labios, muy distintos a los de Simon, más delgados, más firmes, más exigentes. Él ladeó entonces la cabeza y encajó la boca en la suya, robándole el aliento y apropiándose de ella. A pesar de que a Maria no le gustó el cambio de conversación, lo entendió perfectamente. El aspecto físico de su relación era el único que entendían y con el que se sentían más cómodos.

Ella separó los labios y los movimientos de ambos fueron controlados, lentos, lánguidos, cada caricia de sus lenguas estaba pensada y sopesada. Fue un beso calculado, planeado a la perfección y ejecutado con precisión. No era una seducción ni un prelude para acostarse. Era el final. «No más sentimientos».

Pero entonces Maria lo echó todo a perder al buscar la mano de Christopher y entrelazar los dedos con los suyos. Sus manos se apretaron y un gemido cargado de emoción llenó el espacio que compartían. No importaba si había salido de él o de ella, ninguno de los dos lo sabía. Furiosa por ese repentino ataque de intimidad, Maria se apartó y ocultó la cabeza en el hueco del hombro de Christopher, a quien le costaba respirar y que permaneció en silencio. Su torso subía y bajaba muy rápido debajo de ella, que al parecer sufría de las mismas dificultades.

Eddington iría verla al día siguiente y le ofrecería librarla de Welton y entregarle a Amelia. Y lo único que tenía que hacer ella era entregarle a Christopher en bandeja de plata.

Inhaló profundamente el aroma de él y luego lo soltó despacio.

—Maria.

Su nombre. Dicho con voz ronca. Christopher no dijo nada más, aunque, igual que antes, tampoco hacía falta.

Amelia salió del pequeño laberinto que era su actual residencia en Lincolnshire y respiró hondo para llenarse los pulmones de aire fresco. Todas las casas en las que habían vivido estaban más o menos destartadas —la de ahora estaba llena de polvo— y todas eran alguna propiedad olvidada de algún conocido de su padre. Cómo lo hacía éste para encontrar dichas residencias seguía siendo un misterio para ella, igual que lo era el resto de su vida. Nadie le contaba nunca nada, sólo le decían insistentemente que su hermana Maria era una degenerada.

Se detuvo al lado de la casa y miró hacia los establos. Buscó con la mirada la alta silueta de Colin para sentir la tranquilidad que la embargaba siempre que lo veía. El guapo mozo de cuadra era el sobrino del cochero y había estado con ella desde que los dos eran niños. Colin era tres años mayor que Amelia, aunque aparentaba muchos más. Hubo una época en la que fueron amigos y en que jugaban juntos siempre que él tenía tiempo libre; corrían por los campos y fingían que eran otras personas, con vidas completamente distintas.

Era como si hiciera siglos de eso. Colin había madurado y se había alejado de ella. Ahora pasaba el tiempo libre con mujeres de su edad o mucho mayores que él, o bien con el resto de los sirvientes. La evitaba como si tuviese la peste y en las raras ocasiones en que se encontraban y se veía en la obligación de hablarle, era antipático y cortante. Amelia era una adolescente de dieciséis años molesta y pesada y él un hombre de diecinueve.

A pesar de todo, ella seguía enamorada de él. Siempre lo había estado. Y le pedía a Dios no seguir estándolo. Amelia tenía su orgullo y Colin se lo había herido. Se sentía tan desgraciada que rezaba para que llegase el día en que dejase de sufrir de esa manera.

Se riñó a sí misma por buscarlo y, dándose la vuelta, fue hacia el descuidado sendero por el que paseaba a diario.

—Cuando te hagas mayor se te pasará —le había dicho su última institutriz cuando se la encontró llorando desconsolada, después de un desplante de Colin.

Confiaba en que tuviese razón, en hacerse mayor y dejar de quererlo.

«Pronto. Por favor, Dios, que sea pronto».

Llevaba el sombrero colgando de una mano y lo iba balanceando al caminar. Rodeó la casa, saltó por encima de las raíces de los árboles y de los montones de hojas secas con pies firmes y seguros.

Cuando llegó a la cerca de madera que la separaba de la libertad, Amelia se detuvo y por primera vez se planteó qué pasaría si se escapase. Nunca antes se lo había preguntado, pero ahora que sabía que Maria la estaba buscando las cosas habían cambiado. ¿Qué había allí fuera? ¿Qué clase de aventuras encontraría si se atreviera a abandonar su anodina existencia, que consistía en estar rodeada de sirvientes e institutrices y cambiar de casa constantemente?

—Vaya, vaya, la princesa se ha atrevido a salir.

Sorprendida por la voz profundamente masculina que sonó a su espalda, Amelia se volvió tan rápido que casi se cayó al suelo.

—¡Dios santo! —exclamó, llevándose una mano al corazón, que se le había acelerado. Reconoció al chico que estaba a pocos metros de ella, era uno de los nuevos lacayos de su padre. Uno de los que había contratado para sustituir a los que había perdido en el altercado con Maria—. Me has asustado.

—Lo siento —se disculpó él sonriendo.

Era bajito y delgado y de pelo castaño. Era el más joven de todos los sirvientes que se suponía que estaban allí para protegerla. Claro que Amelia empezaba a sospechar que en realidad estaban allí para retenerla, y no para evitar que alguien se le acercase.

Se fijó en la caña que el joven llevaba en la mano.

—¿Adónde vas?

—A pescar. —Señaló el otro extremo de la valla con la barbilla—. Ahí hay un riachuelo.

—Oh —contestó ella, a pesar de que intentó ocultar su decepción.

—¿Te gusta pescar? —le preguntó él, al ver la curiosidad que había aparecido en sus ojos azules.

El lacayo iba vestido con unos pantalones de lana y una chaqueta, y unos mechones de pelo demasiado largos se le escapaban del sombrero. No parecía el atuendo adecuado para ir de pesca, pero ella tampoco era una experta.

—No lo sé —confesó—. Nunca lo he probado.

Él sonrió, lo que le hizo parecer mucho más joven, incluso de la edad de Amelia. Tal vez un poco mayor.

—¿Te gustaría probarlo? —la invitó—. A mí no me importa tener compañía.

Ella frunció el cejo; sentía curiosidad, pero al mismo tiempo un poco de desconfianza.

—Los peces pican, pero yo no —bromeó él.

Ella se mordió el labio inferior.

—Vamos, ven antes de que aparezca Dickie y te lo impida. —Pasó por el lado de Amelia y saltó la cerca. Entonces le tendió la mano—. No está muy lejos. Si no te gusta, podemos volver enseguida.

Consciente de que probablemente no debería ir, Amelia lo siguió de todos modos y sintió mucha emoción al hacer algo tan fuera de lo normal, algo tan diferente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, después de que la ayudase a saltar la valla.

—Benedict, pero todo el mundo me llama Benny.

—Hola, Benny. —Le sonrió con timidez—. Yo soy Amelia.

Él la soltó y, tocándose el ala del sombrero, le hizo una gran reverencia antes de recoger la caña que había dejado en el suelo para ayudarla. Caminaron sin decir nada durante unos momentos, moviéndose entre los árboles hasta que oyeron el sonido del agua.

—¿Cómo es que estás trabajando para lord Welton? —le preguntó Amelia, mirándolo de soslayo.

Él se encogió de hombros.

—Me enteré de que aquí había trabajo y me presenté donde me dijeron.

—¿Qué clase de vida es ésta? —preguntó ella—. ¿Qué vas a aprender trabajando aquí? ¿Qué harás cuando ya no te necesiten?

Benny le sonrió y los ojos le brillaron por debajo del ala del sombrero.

—Ahorraré dinero para ir a Londres. Cuando llegue a la ciudad, tendré experiencia de sobra. Mi intención es trabajar algún día para St. John.

—¿Quién es St. John? ¿A qué se dedica?

Benny se detuvo en seco y se quedó mirándola. Parpadeó dos veces y luego silbó.

—Estás muy verde, chica —murmuró, negando con la cabeza, y entonces reanudó la marcha.

—¿Qué significa eso? —le preguntó ella, siguiéndolo.

—Nada.

Salieron del soto y se acercaron al pequeño pero rápido riachuelo. El lecho estaba lleno de rocas y el agua era poco profunda. Era un lugar encantador, que desprendía un aire de inocencia, como si nadie hubiese estado nunca allí. Amelia se sentó en un tronco y empezó a desabrocharse las botas, apartándose impaciente la melena que le llegaba hasta la cintura.

Benny se acercó a la orilla y se quitó la chaqueta. Mientras el joven se ponía cómodo, Amelia se desprendió también de las medias. Después se sujetó la falda y se acercó al riachuelo para meterse en él con cuidado. Aguantó la respiración al notar lo fría que estaba.

—¡Estás asustando a los peces! —se quejó Benny.

—¡Oh, esto es maravilloso! —exclamó ella, acordándose de cuando iba con Colin a pescar renacuajos y acababan los dos cubiertos de barro—. ¡Gracias!

Benny la miró confuso.

—¿Por qué?

—Por traerme aquí. Por hablar conmigo.

Se rio y giró sobre sí misma, pero al hacerlo resbaló en una piedra del río y se cayó al agua. Gritó y el valiente Benny dio un salto intentando salvarla, aunque el pobre terminó cayéndose de espaldas al río, medio dentro medio fuera del agua, con Amelia encima.

Incapaz de contenerse, ella se echó a reír y cuando empezó no pudo parar.

—Mi padre siempre dice que la naturaleza es tonta —masculló Benny.

Amelia estaba intentando levantarse cuando un par de botas se plantaron delante de ella y de repente alguien la sacó del agua sin ninguna delicadeza.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le preguntó Colin, fulminándola con la mirada.

Se le atragantó la risa y se quedó en silencio, con los ojos abiertos como platos fijos en él. Colin tenía el pelo castaño oscuro y la piel morena y unos ojos tan negros y un cuerpo tan musculoso que a Amelia se le secaba la boca nada más verlo. Sangre gitana, le había dicho su última institutriz.

¿Desde cuándo era tan alto? Colin se veía enorme a su lado, un mechón de pelo le caía en la frente y la miraba tan intensamente que se puso nerviosa. No quedaba nada infantil en él, tenía una mandíbula fuerte y unos ojos que parecía que habían visto demasiado. ¿Qué le había pasado al chico del que ella se había enamorado?

En ese momento comprendió con tristeza que aquel chico se había ido para siempre.

Agachó la cabeza para ocultar la pena.

—Me lo estaba pasando bien.

Se quedaron sin decir nada un largo rato y Amelia pudo sentir su mirada fija en ella todo el tiempo. Entonces, una especie de gruñido salió de la garganta de él.

—Mantente alejado de ella —le ordenó Colin a Benny, que se había sentado junto a ellos.

Luego, Colin cogió a Amelia por el brazo y se la llevó de allí, recogiendo sus botas y sus medias cuando pasó por el lado de éstas.

—¡Para!

Amelia forcejeó con él, mientras iba pisando descalza las hojas muertas. Sin detenerse ni un segundo, Colin se la colocó encima del hombro y se metió entre los árboles como si fuese un conquistador cargando con su botín.

—¡Suéltame! —gritó ella, muerta de vergüenza, con el pelo cayéndole hasta casi tocar el suelo.

Él no le hizo caso y la llevó hasta un pequeño claro, donde la soltó y le devolvió sus pertenencias.

Amelia tragó varias veces y levantó el mentón.

—¡No soy una niña! Puedo tomar mis propias decisiones.

Colin entrecerró los ojos y se cruzó de brazos, lo que resaltó sus músculos, fruto del trabajo. Iba vestido con un pantalón y un jersey y parecía un tipo duro listo para cualquier cosa. Su aspecto intensificó los extraños sentimientos que Amelia había empezado a tener respecto a él; notó un calor en la parte inferior del vientre, que fue extendiéndose por todo su cuerpo.

—Pues te sugiero que una de esas decisiones sea recogerte el pelo —le dijo con frialdad—. Eres demasiado mayor para llevarlo suelto.

—Haré lo que me dé la gana.

Él apretó la mandíbula.

—No si lo que te da la gana es irte de parranda con tipos como ése. —Señaló detrás de él.

Amelia se rio con amargura.

—¿Quién te has creído que eres para darme órdenes? Eres un sirviente. Mi padre es noble.

Él soltó el aire entre los dientes.

—No hace falta que me lo recuerdes. Ponte las botas.

—No.

Se cruzó de brazos por debajo de sus recientemente desarrollados pechos y arqueó una ceja con la esperanza de parecer altiva.

—No me provoques, Amelia. —Colin bajó la vista y siseó—: Ponte las malditas botas.

—¡Oh, vete de aquí! —gritó ella, levantando las manos. Estaba harta de ese

nuevo Colin y había perdido la esperanza de encontrar al viejo—. ¿Qué estás haciendo aquí? Me estaba divirtiendo por primera vez en mucho tiempo y has tenido que aparecer y echarlo todo a perder.

—Llevabas demasiado tiempo fuera —la acusó él incómodo—. Alguien tenía que ir a buscarte y vigilar que no te hubieras metido en un lío.

—¿Cómo sabes cuánto tiempo llevaba fuera? Sólo te fijas en mí cuando estás de mal humor y quieres desahogarte con alguien. —Intentó golpear el suelo con el pie, pero el gesto perdió contundencia al ir descalza—. Y yo no llamaría «ir de parranda» a intentar hacer amigos.

—Tú no puedes ser amiga de un tipo de esa calaña.

—¡Yo quiero ser amiga de alguien! No tengo a nadie desde que tú me abandonaste.

Colin apretó los labios y después se pasó ambas manos por el pelo, gruñendo exasperado. Amelia tenía celos de sus manos, quería sentir sus mechones negros deslizándose por sus dedos.

—Mantente alejada de los hombres —le ordenó él en un tono que no admitía discusión.

Amelia estaba lista para replicar, pero entonces él la esquivó y echó a andar rumbo a la mansión.

Ella le sacó la lengua a su espalda y luchó para reprimir el dolor que sentía dentro del pecho. Él nunca le hablaba a nadie de ese modo, nunca era tan antipático ni tan cortante. A Amelia le dolía que la tratase así y sólo servía para que tuviese más ganas de alejarse de allí. Y de él.

Se sentó en el suelo para ponerse las medias, lamentándose de su existencia. Pero pronto iría a Londres, para su presentación en la corte. Entonces se casaría y se olvidaría de Colin.

Apretó la mandíbula.

—Te olvidaré, Colin Mitchell. Lo haré.

Cuando Maria se despertó, Christopher se había ido. Se quedó tumbada en la cama durante un rato, observando el dosel e intentando encontrarle algún sentido a aquella relación. Christopher estaba esperando. Esperaba que ella reconociese que tenía alguna clase de vínculo con la agencia que él pudiese utilizar. Maria no sabía si haberle confesado sus sentimientos por Dayton serviría para hacerle cambiar de opinión. La verdad era que ella había querido a Dayton como se quiere a un tío muy cercano, y él la había querido como a su sobrina favorita, pero Maria había optado por no aclararle ese detalle al pirata.

—¿Por qué? —le preguntó Maria al conde de Dayton cuando éste le pagó una pequeña fortuna a Welton para casarse con ella.

—Mi Matilda ya no está —le contestó él con aquellos ojos tan amables que tenía, repletos de dolor—. Y desde entonces no he encontrado ningún motivo para vivir. Ayudarte a ti me dará una razón para seguir aquí.

Se casaron y se fueron a vivir al campo, donde él utilizó sus vastos conocimientos sobre el arte del subterfugio y las técnicas de combate para entrenarla. Casi todos los días se despertaban al amanecer y se pasaban horas haciendo ejercicio, practicando esgrima y puntería. La tarde se la pasaban hablando de distintos temas, como por ejemplo sobre métodos para descifrar mensajes secretos, o cómo contratar a gente con habilidades más o menos ilegales. Dayton no dejó nada al azar, porque sabía que a ella le haría falta eso y mucho más para recuperar a Amelia.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —le preguntó Simon, entrando en el dormitorio. Iba vestido para salir a cabalgar; con pantalón de montar y unas botas Hessian. Tenía el pelo alborotado y olía a caballo, así que más bien volvía—. ¿Has dormido bien?

Se quedó pensándolo un segundo y apartó los recuerdos de Dayton.

—Sí —contestó sorprendida.

Esa noche había sido la primera que no había tenido pesadillas desde que vio a Amelia. Y sabía que era gracias a Christopher. Ese hombre estaba preparado para cualquier cosa y eso la había hecho sentirse segura. Era extraño, teniendo en cuenta lo peligroso que era.

—Anoche fui a Bernadette's para hablar con Daphne. —La ayudó a sentarse y le colocó bien las almohadas—. Al parecer, hemos tenido un golpe de suerte. Welton tenía una chica preferida, una chica nueva llamada Beth. Pero a ella no le gustaban algunas de las aficiones de tu padrastro y éste ha optado por pasar más tiempo con Daphne, que, digamos, tiene unos gustos más diversos.

Maria sonrió.

—La verdad es que necesito toda la suerte del mundo.

—Tienes toda la razón. —La observó con detenimiento—. Esta mañana te veo distinta.

—Mejor, espero.

—Mucho mejor. —La sonrisa de Simon la dejó sin aliento—. Pediré que te traigan té y algo para desayunar.

—Gracias, Simon. —Lo observó mientras se iba—. Eddington vendrá a verme hoy —le recordó.

—No me he olvidado —contestó él sin darse la vuelta.

Sola de nuevo, Maria se quedó pensando en su situación. Tenía que haber alguna manera de entretenerlos a todos un poco; a Christopher, a Welton y a Eddington. Todavía estaba medio dormida, pero si tuviera un poco de tiempo y pudiese despejarse, seguro que encontraría el modo de lograr que esos tres hombres la ayudasen. Todos tenía algo que ella quería y si actuaba con inteligencia podía lograr su objetivo.

Se pasó la mañana perdida en sus pensamientos, preparándose para la visita de Eddington pero sin prestar demasiada atención a su arreglo. Se puso un vestido de color crema y se cubrió el hombro con un chal para ocultar el vendaje. Cuando llegó el conde ya tenía más o menos un plan provisional. Estaba lo bastante segura de sí misma como para recibir a Eddington en el salón del piso de abajo en vez de en el despacho, donde normalmente recibía a las visitas de negocio.

—Buenos días, milord —lo saludó con exagerada simpatía.

—Milady —contestó él, haciéndole una reverencia.

Llevaba unos pantalones de color beige y una chaqueta verde oscuro que lo favorecían mucho. Todo en él proclamaba a gritos que era un seductor. Como para confirmarlo, Eddington le guiñó un ojo antes de sentarse en el sofá azul claro que había frente a una mesilla.

—¿Té? —le ofreció Maria.

—Sí, gracias.

Maria se estaba esforzando por fingir despreocupación mientras le preparaba la taza y procuró mover las manos con calma y elegancia. Miró de soslayo al conde dos veces y le sonrió. Y la sonrisa que él le devolvió en ambas ocasiones le demostró que sabía lo que ella estaba haciendo, pero que estaba dispuesto a seguirle el juego.

—Es usted una visión celestial esta mañana —murmuró al coger la taza de té con su platito.

—Lo sé.

Eddington se rio, su atractivo rostro se suavizó y perdió parte de su habitual aire depredador. Luego intentó disimularlo detrás de su intensa mirada, pero Maria conocía muy bien a los hombres de su clase.

—Es una alegría encontrar a una mujer sin artificios —comentó el conde.

—Me he esforzado mucho para estar guapa, milord. No podría mantener mi reputación si no supiera sacarme el máximo partido.

—Entonces ¿quiere acostarse conmigo? —Levantó ambas cejas—. Admiro a las mujeres insaciables.

Maria se rio.

—Por ahora tengo suficientes hombres en mi vida, gracias. Aunque la verdad es que la seducción es el arma más poderosa que posee una mujer.

Él bajó la voz.

—En especial cuando quien la utiliza es una mujer tan atractiva como usted.

—He tomado una decisión sobre su propuesta —le dijo con un tono más formal, para indicar que habían acabado de flirtear y que ahora tocaba hablar de negocios.

Eddington sonrió con los labios casi en el borde de su taza de té.

—Excelente.

—No me basta con que haga desaparecer a Welton y a la agencia de mi vida.

—¿Ah, no? —Entrecerró los ojos.

—Tendrá que darme mucho más —añadió.

—¿Cuánto? —le preguntó algo enfadado.

Ella movió la mano y sonrió.

—Me niego a hablar de dinero con alguien que no sea mi abogado. Me parece vulgar y ciertamente desagradable. Le daré su dirección y puede ir a verlo cuando quiera.

Eddington dejó la taza sin demasiada delicadeza.

—¿Dinero? —Soltó el aliento. Él era un hombre listo y sabía que Maria iba a resultarle muy cara—. Tal vez St. John no valga tanto como usted cree.

—Usted tiene un testigo, si es que éste existe y está todavía con vida. Si no, no tiene nada excepto a mí.

—¿Está dispuesta a testificar contra St. John? —le preguntó él, más alerta que antes.

Maria asintió.

—¿Y qué me dice de las muertes de Dayton y de Winter?

—¿Qué pasa con ellas?

—Usted es la principal sospechosa.

Maria sonrió.

—Tal vez los maté yo, milord. Tal vez no. Sea como sea, tiene mi permiso para intentar demostrarlo.

—¿Cómo puedo saber si puedo confiar en usted?

—No puede saberlo. Igual que yo no puedo saber si todo esto es una pantomima para implicarme en el asesinato de mis esposos. —Se encogió de hombros—. Usted me dijo que yo era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Si ha cambiado de opinión

es libre de irse de aquí cuando quiera.

Eddington se quedó pensándolo largo rato.

—No sé si es usted un demonio disfrazado de mujer o la víctima de todos los que la rodean.

—Yo me pregunto lo mismo cada día, milord. Supongo que soy un poco ambas cosas. —Y se puso en pie, obligándolo a él a hacer lo mismo—. Si averigua la respuesta, no dude en hacérmela saber, por favor.

El conde rodeó la mesilla y se detuvo frente a Maria. Pretendía intimidarla con su altura y su fuerte físico, pero ella no se dejó amedrentar. En lo que a esa relación se refería, Maria tenía todo el poder. Eddington no tenía nada sin ella, sólo conjeturas, lo que equivalía a nada si quería penetrar las defensas de St. John.

—Tenga cuidado —le advirtió Eddington en una voz baja que destilaba peligro—. Esta noche me iré de la ciudad y estaré fuera dos semanas, pero me mantendré informado sobre usted.

—Por supuesto.

El conde partió segundos más tarde y Maria se puso en pie y se retiró a su despacho, donde escribió una carta para Welton y se la mandó. Alguien llamó a la puerta, que ella había dejado abierta, y cuando se volvió, vio a Simon y le sonrió.

—Pareces el gato que se ha comido al canario —le dijo él.

—He convencido a Eddington para que financie la búsqueda de Amelia.

—¿Se lo has contado? —le preguntó él, enarcando una ceja.

—No —le contestó con picardía.

Simon se acercó y se sentó en una de las dos sillas que Maria tenía frente al escritorio.

—El conde quiere averiguar lo mismo que Welton. ¿A cuál de los dos tienes intención de contarle lo que sabes?

Ella soltó el aliento.

—Todavía no lo he decidido. Si se lo cuento a Eddington, tal vez pueda ayudarme con Welton cuando encuentre a Amelia. Pero hará ahorcar a Christopher.

—Conque Christopher, ¿eh? —se burló.

—Si se lo cuento a Welton —prosiguió Maria como si Simon no hubiese dicho nada—, intentará chantajear a St. John o a quien sea que esté involucrado. Yo me quedaré tal como estoy, pero St. John seguirá con vida. Claro que éste bien podría ocuparse de Welton y ahorrarme todos estos dolores de cabeza. Ahora que conozco al pirata, puedo afirmar que esta vez Welton apunta demasiado alto.

—O podrías contarle a St. John la verdad sobre Welton y Eddington a cambio de que él te ayudase a recuperar a Amelia —sugirió Simon.

Maria sabía lo mucho que le había costado a su amigo decir eso, reconocer que St. John podía ayudarla de un modo que él no había sido capaz. El hecho de que

Simon fuera capaz de dejar a un lado su orgullo para verla feliz demostraba el profundo afecto que sentía por ella.

—Ya lo he pensado. —Maria se puso en pie y se acercó a él. Le sujetó el rostro entre las manos y le besó la frente en señal de agradecimiento—. Pero hasta que sepa por qué lo dejaron libre y qué papel juega en todo esto no puedo confiar en él.

Simon tiró de ella y se la sentó en el regazo.

—Entonces ¿qué vamos a hacer ahora?

—Le he pedido a Welton que venga a verme. Le diré que me voy de vacaciones. Tengo que curarme y ya va siendo hora de que investiguemos fuera de Londres. Tenemos dinero para ampliar nuestra búsqueda. Lo mejor para todos sería que encontráramos a Amelia antes de tomar ninguna decisión. Si ella estuviera conmigo, todo cambiaría por completo.

—Iré a hacer los preparativos —asintió él.

—¿Cuánto hace que dura esta situación? —preguntó Christopher, enfadado.

—Unas semanas —contestó Philip subiéndose las gafas—. Me he enterado esta misma tarde y he venido a contártelo.

Christopher apoyó la cadera en la mesa de su despacho y se cruzó de brazos antes de contestar.

—¿Por qué no me lo dijeron de inmediato?

—El encargado pensó que podía ocuparse él solo.

—Cuando una banda rival intenta apoderarse de mi territorio, soy yo quien se ocupa. Dios santo, les das un dedo y se quedan el brazo entero. A este paso se habrían apropiado de toda la costa.

Alguien llamó a la puerta y Christopher gritó que podían pasar. Cuando vio a su ayuda de cámara, le dijo:

—Nos iremos dentro de unas horas y estaremos fuera como mínimo dos semanas.

—Sí, señor. —El sirviente hizo una reverencia y se fue.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó Philip.

El joven estaba a unos metros de distancia y se mantenía erguido y orgulloso, tal como Christopher le había enseñado.

Éste se negó.

—Las guerras entre bandas son muy sangrientas y no son aptas para espectadores. Y me temo que tus habilidades tienen que ver con tu cerebro, no con las armas. No me arriesgaré a perderte sólo para satisfacer tu curiosidad.

—Tú eres mucho más listo que yo y si te perdemos a ti seremos bastantes más los que sufriremos. ¿Por qué vas a ponerte en peligro cuando tienes hombres de sobra para que se ocupen del asunto y obtengan el mismo resultado que obtendrías tú?

—Nadie excepto yo puede ocuparse de esto. —Christopher se levantó y cogió la

chaqueta que había colgado en el respaldo de la silla—. No se trata sólo de la costa, sino de mí y lo que es mío. Esos contrabandistas quieren ambas cosas y no pararán hasta enfrentarse conmigo. ¿Por qué crees que mis enemigos no me han matado de un tiro en la cabeza? Hasta que uno de ellos no lo haga cara a cara, ninguno podrá tomar las riendas de mi negocio; su poder siempre sería cuestionado.

—Maldita sea, todo esto suena muy primitivo —masculló Philip.

Christopher se rio y se puso la chaqueta.

—Al fin y al cabo, los humanos somos también animales.

—¿Alguna vez te has planteado abandonar esta clase de vida? —le preguntó el joven, ladeando la cabeza—. Tienes dinero de sobra.

Christopher se detuvo y observó a su protegido.

—¿Y qué haría entonces?

—Casarte. Tener una familia.

—Jamás. —Se colocó bien las lazadas del cuello y de las muñecas—. El único modo de dejar esta vida es la muerte. Si no anduvieran detrás de mí, su objetivo sería alguno de mis seres queridos. Si de verdad quieres ser algún día un hombre de familia, deja todo esto, Philip. Cuanto más te involucres, más lejos estarás de ese objetivo.

El chico lo siguió hasta el vestíbulo.

—¿Adónde vas ahora?

—Tengo que despedirme de lady Winter.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Christopher pensó que no eran las correctas. En momentos como ése siempre se planteaba como cierta la posibilidad de no volver con vida. Tenía a punto medidas de seguridad para proteger a su gente, porque eso le permitía lanzarse a la refriega con el entusiasmo de quien no teme morir. Sin embargo, ahora descubría de repente que no tenía ganas de iniciar su viaje al infierno. Quería volver a ver a Maria, sentir su aliento mezclado con el suyo mientras se arqueaba de placer; quería oír su risa gutural y quería que volviera a burlarse de él. Deseaba que lo provocara como sólo ella sabía hacerlo, hasta tenerlo tan excitado como el acero, ansioso por poseerla hasta el amanecer.

Maldición, todo se resumía en que quería volver a tirársela. La deseaba tanto que anhelaba vivir lo suficiente como para volver a estar con ella. Una risa profunda y amarga escapó de su garganta mientras cogía los guantes que le daba el mayordomo y salía de casa. Sí, los humanos eran animales muy primitivos.

Era absurdo desear tanto a una mujer. Él podía tener a cualquiera, desde una duquesa hasta una pescadera. Las mujeres ardían de lujuria por él, siempre lo habían hecho. Pero cuando detuvo su montura frente a la casa de Maria y le lanzó las riendas al mozo de cuadra que salió a recibirlo, los nervios que sentía se debían únicamente a aquella mujer en concreto.

Cuando el mayordomo abrió y lo vio en la puerta con la tarjeta de visita en la mano, no pudo ocultar su gesto de preocupación.

—Acepte la tarjeta —le dijo Christopher—, así nos ahorraremos unos cuantos problemas.

Tenso, el sirviente hizo lo que le decía y después lo acompañó al mismo salón donde Maria se había reunido antes con Welton. Cuando se quedó a solas, Christopher observó la estancia a la luz del día y se fijó en las molduras doradas que decoraban las paredes grises. Él odiaba esperar, y odiaba asimismo estar tan impaciente como para ponerse a pasear de un lado a otro. Algunos hombres lo hacían. En general, Christopher no era uno de ellos.

Por fin se abrió la puerta y apareció Maria. Él se detuvo en seco y lo sorprendió lo que sintió al verla vestida de un modo tan informal. Le pareció muy íntimo y le recordó la noche anterior y lo que había experimentado al tenerla en brazos, cálida y sensual. No habría querido estar en otro lugar que no fuese en aquella cama, abrazando a Maria y sintiendo sus labios húmedos y suaves contra los suyos.

Se acercó a ella de inmediato a grandes zancadas, impaciente por besarla y por revivir el placer que había sentido la noche anterior. Consciente de sus precarias condiciones, le acarició la espalda con sumo cuidado aunque inclinó la cabeza para besarla tal como quería. Maria se quedó rígida un segundo y después se rindió a él.

Christopher la lamió, la mordió, la devoró como si fuera un postre del que nunca tuviese suficiente. Le ardía la piel, estaba empapado de sudor y los músculos se le tensaron de anhelo y de deseo. Sólo por un beso, y eso que a él en realidad no le gustaba besar; lo consideraba una distracción innecesaria de lo que era realmente importante: el sexo.

Pero, Dios santo..., los besos de Maria eran actos sexuales en sí mismo. Christopher se apartó solamente porque necesitaba respirar. Y sin duda ése era el único motivo de que estuviese mareado.

Maria abrió los ojos y Christopher pudo ver sus pupilas oscuras y dilatadas.

—Vaya... —murmuró ella, lamiéndose los labios—. Delicioso.

La voz ronca con que lo dijo excitó a Christopher todavía más. Gimió frustrado y le sujetó el rostro entre las manos.

—Escúchame, tengo que irme hoy mismo. Un asunto importante requiere mi atención. Dime si pretendes cometer alguna otra locura, para que pueda asignarte a unos cuantos de mis hombres para que te protejan.

Maria le sonrió.

—Me voy de vacaciones, quiero descansar y recuperarme.

—Me alegro. —Le apretó los dedos un instante y después la soltó y se alejó de ella con rapidez. Había algo en la actitud de Maria que despertó sus sospechas. Dejaría a unos hombres vigilandola por si acaso—. ¿Adónde vas?

—Todavía no lo he decidido.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy.

—¿Cuándo volverás?

Ella se rio y le brillaron los ojos. Con los labios recién besados y aquel pelo tan negro estaba guapísima.

—¿Me echarás de menos?

—Espero que no —farfulló Christopher, de mal humor sin saber por qué.

—Yo sí que te echaré de menos.

Las palabras de ella lo sorprendieron y se quedó mirándola.

—¿Ah, sí?

—No, pero me ha parecido que era lo que tenía que decir.

—Bruja.

Sabía que Maria le estaba tomando el pelo, podría verlo en cómo lo miraba y, sin embargo, una parte de él deseaba que lo hubiese dicho de verdad.

—¿Christopher? —lo llamó ella al ver que el silencio se alargaba—. Hoy no pareces el de siempre.

—Eres tú la que está distinta —la acusó él.

Maria parecía... más despreocupada de lo habitual. Y él quería saber por qué. ¿Quién había logrado ese cambio?

Ella suspiró y se acercó al sofá.

—Así que aquí termina nuestra relación.

Se sentó y dio unas palmadas en el espacio libre a su lado, invitándolo a que se sentara.

Christopher no se movió.

Maria entrelazó entonces las manos en su regazo y arqueó una ceja, expectante. Christopher entendió, por fin, que estaba esperando a que él dijese algo.

—Tengo que irme —dijo.

«A matar a alguien o a que me maten».

Ella asintió.

—Si tienes la menor intención de darme un beso de despedida —le dijo él con torpeza—, ahora es el momento.

—Comprendo. —Maria apretó los labios—. ¿Por qué tengo la sensación de que si hago un comentario sarcástico estropearé el momento?

Él giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Christopher! Espera.

Se detuvo en el umbral y se dio la vuelta con cara de desinterés.

Ella se puso en pie y empezó a acercarse a él.

—Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien como anoche.

Era una especie de rama de olivo, así que Christopher volvió a entrar en el salón y cerró la puerta. Una de dos, o Maria era la mejor farsante del mundo o se estaba enamorando de él. Una profunda satisfacción masculina llenó su pecho.

Entonces, ella acabó de cruzar la estancia, decidida, y colocó las manos encima de su torso. Luego echó la cabeza hacia atrás y lo miró. Christopher se quedó mirándola a su vez, esperando, necesitando que fuese ella quien diese el primer paso.

—Tendría que haber dejado que te fueras —comentó Maria, meneando la cabeza.

Entonces se apartó de él y fue por un taburete, que arrastró hasta colocarlo frente a Christopher. Se subió encima y, aunque seguía siendo más bajita que él, ahora quedaba más cerca de sus labios.

—Recuérdame por qué me estoy cansando tanto.

Christopher sonrió. Ahora sí podía irse y hacer lo que tenía que hacer.

—Por esto.

Y la besó apasionadamente.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó la señorita Pool a Amelia mientras paseaban por la ciudad, de regreso a casa.

La joven asintió.

—Sí, gracias.

El nerviosismo de Amelia había ido en aumento desde la noche en que Maria había ido a buscarla, así que cuando se hizo evidente que no podía concentrarse en la lección, la señorita Pool sugirió que salieran a tomar el aire. Con sendos parasoles bajo el brazo, dejaron las tareas diarias y fueron al mercado sin ningún objetivo en mente.

Amelia disfrutó de la tarde libre y le gustó poder observar a la gente yendo de aquí para allá, ocupada en sus cosas. Aunque ella no tuviera vida, los demás sí la tenían.

—El cuerpo necesita los mismos cuidados que la mente —le dijo la señorita Pool en voz baja.

—Yo siempre lo he creído así.

Claro que ella había crecido al lado de un chico muy activo, al que le gustaba mucho jugar. Un chico con hoyuelos, aunque hacía años que no se los veía.

—Me gustas con el pelo recogido —comentó la mujer, y le sonrió—. Pareces toda una dama. Le escribiré a tu padre esta misma noche para sugerirle que te busque una doncella.

Amelia se tocó el pelo, nerviosa. Se lo había trenzado y se había recogido la trenza en un moño en la nuca; el peso le daba un poco de dolor de cabeza, porque no estaba acostumbrada. Pero si eso era lo que tenía que hacer para que dejaran de considerarla una niña y empezaran a creer que era una mujer, lo haría.

—Buenas tardes, señorita Pool, señorita Benbridge.

Se detuvieron y saludaron al joven zapatero, que había salido de la tienda para hablar con ellas. Era rubio y muy atractivo, con su incipiente barba, y se frotó nervioso las palmas de las manos en el delantal.

—Buenas tardes, señor Field —lo saludó la señorita Pool con un leve rubor en las mejillas que no le pasó por alto a Amelia.

Al parecer, los dos se gustaban un poco más de lo normal. Amelia los observó muerta de curiosidad y se preguntó si ella también ponía esa cara de embobada cuando se cruzaba con Colin. Sería horrible que se la viera tan esperanzada e ilusionada, cuando era evidente que él no podía soportarla.

Se sintió de repente como una intrusa por estar observando el encuentro de la pareja y, cohibida, dio media vuelta... y vio una espalda y unas piernas musculosas que conocía a la perfección alejándose de ella. Al lado de Colin caminaba una chica

rubia que, a juzgar por sus curvas, debía de tener la misma edad que él.

Estaban riéndose y los ojos les brillaban cuando se miraban. Él tenía la mano en la parte baja de la espalda de ella y la guiaba hacia un callejón, donde desaparecieron de la vista de todo el mundo.

Incapaz de resistirlo, Amelia se encaminó hacia allí con disimulo. Colin y la chica de grandes pechos se contemplaban igual que la señorita Pool y el señor Field. Una mirada llena de promesas.

Amelia rodeó el edificio y aminoró el paso al oír unas voces que murmuraban y unas risas sin sentido. Pasó junto a barriles y cajas y estaba tan concentrada que cuando un gato abandonado saltó frente a ella, casi se muere del susto. Se apoyó en la pared de ladrillos y se llevó la mano al corazón mientras cerraba los ojos para calmarse. Allí se estaba más fresco, el edificio hacía sombra y no dejaba entrar el sol.

Sabía que tenía que dar media vuelta. La señorita Pool no iba a estar distraída mucho más tiempo y entonces se preocuparía por ella. Pero, como siempre, su corazón no atendió a sus razones. Si ese órgano tan tozudo le hiciera caso, ya haría meses que habría dejado de querer a Colin.

Tomó aire para armarse de valor y se apartó del muro para doblar la última esquina y llegar al callejón donde estaban Colin y la rubia. Pero una vez allí se quedó petrificada, el aire dejó de circularle por los pulmones y el brazo con que sujetaba el parasol le cayó al costado, con lo que la sombrilla se precipitó al suelo desde sus dedos inertes.

Colin y su acompañante estaban demasiado ocupados para oír nada. La rubia se había apoyado en la pared del edificio y tenía la cabeza echada hacia atrás para que la impaciente boca de él le devorase mejor el escote. Colin la tenía prisionera contra la pared, en la que él se apoyaba con la mano izquierda, mientras con la derecha le masajeaba el pecho a la chica, que no paraba de moverse para que la tocase mejor.

Amelia sintió un dolor acuciante en el corazón, una herida tan brutal que gimió de agonía. Colin levantó la cabeza y abrió los ojos como platos al verla. Se apartó al instante y se alejó corriendo de la rubia y del edificio donde estaba apoyada.

Horrorizada, Amelia dio media vuelta y salió corriendo, abandonando el parasol en el suelo. Su propio llanto le llenaba los oídos, pero aun así oyó a Colin gritar su nombre. Con una voz ronca y profunda, muy distinta a la del chico que conocía, con una voz suplicante, como si le importase haberle roto el corazón.

Pero en realidad no le importaba. Ella lo sabía perfectamente.

Corrió más rápido, el pánico impulsó sus pisadas y el bombeo de la sangre resonó en sus oídos.

Pero por rápido que corriera, jamás dejaría atrás el recuerdo de lo que había visto.

—¿Por favor, podrías dejar que me ocupase yo de este asunto? —le pidió Simon a

Maria con la cabeza apoyada junto a la de ella en el respaldo del carruaje.

—No, no —insistió ella, moviendo nerviosa el pie encima de los tablones de madera del suelo—. Será todo más fácil si lo hago yo.

—Y más peligroso.

—Tonterías. —Le quitó importancia—. Si vas tú a reunirte con ese hombre, terminaréis a puñetazos y llamando la atención. Para que el plan tenga éxito, tenemos que salir de allí sin que nadie se dé cuenta.

Simon suspiró resignado y con gesto dramático apoyó la cabeza en el cojín del respaldo. En aquel instante era la exasperación masculina personificada. Maria se rio, pero se quedó en silencio de inmediato al ver aparecer una corpulenta silueta de detrás de la casa de St. John.

—¿Es uno de ellos?

Simon volvió a mirar por la ventana.

—Sí, pero sugiero que esperemos a uno más pequeño.

Maria se quedó pensándolo un segundo y tuvo que reconocer que el tamaño de aquel hombre era muy intimidante. Era un gigante. Tenía el pelo y la barba largos y mal cuidados, lo que sin duda contribuía a que pareciese un trol. Se alejó de ellos con un caminar lento y pesado y ella tuvo la sensación de que la tierra temblaba.

Respiró hondo y pensó en su hermana. Maria ya había interrogado a todos los hombres que fueron con ella la noche en que no pudieron rescatar a Amelia, y por desgracia había descubierto muy poco. Todos habían estado demasiado concentrados en salvarla. Los hombres de Christopher, sin embargo, tal vez se habían fijado más en los detalles. Por tanto, como mínimo tenía que interrogar a uno de ellos. Su hermana la necesitaba. De algún modo encontraría las fuerzas necesarias para hablar con aquel gigante.

Abrió la puerta del carruaje y salió del mismo sin darse tiempo a recuperar el sentido común. Corrió detrás del hombre y le pidió a gritos que la ayudara, como si fuese una damisela en apuros.

El gigante se detuvo y se volvió, confuso. La confusión se convirtió en suspicacia cuando Maria sacó la pistola que llevaba escondida a la espalda.

—Hola —lo saludó ella, con una sonrisa de oreja a oreja mientras lo apuntaba al corazón—. Me gustaría disfrutar del placer de su compañía durante un rato.

Él entrecerró los ojos.

—¿Se ha vuelto loca? —le preguntó atónito.

—Por favor, no me obligue a disparar. Lo haré si es necesario. —Separó las piernas para prepararse para el retroceso del arma. Todo formaba parte del paripé que tenía preparado, pero él no lo sabía—. Lamentaría dispararle; estoy en deuda con usted porque hace poco ayudó a mis hombres a que me salvaran la vida.

El gigante abrió los ojos como platos al reconocerla y entonces soltó una

maldición.

—Se burlarán de mí el resto de mi vida —masculló.

—Lo siento.

—No, no lo siente. —Pasó a su lado, provocando un pequeño terremoto—. ¿Dónde quiere hablar?

—Mi carruaje está en esa esquina.

El gigante fue hacia el coche y cuando abrió la puerta se encontró con la mirada incrédula de Simon.

—¡Dios santo! —exclamó sorprendido—. Ha sido más fácil de lo que creía.

—La pondría en mis rodillas y le daría una tunda —dijo el gigante entre dientes—, pero St. John me retorcería el pescuezo. —Subió al carruaje, donde ocupó todo un banco y la estructura de metal se quejó por el sobrepeso. Se cruzó de brazos y esperó —: Vamos, acabemos con esto de una vez.

Maria le entregó la pistola a Simon y entró en el vehículo sin ayuda de nadie.

—Le agradezco muchísimo su cooperación, señor...

—Tim.

—Señor Tim.

Él la fulminó con la mirada.

—Sólo Tim.

Maria se sentó al lado de Simon, se colocó bien la falda y el carruaje se puso en marcha.

—Espero que le guste Brighton, Tim —le dijo a su invitado con una sonrisa.

—Quiero saber si a St. John lo atormentará tanto como a mí —farfulló.

Ella se inclinó hacia él como si le estuviese confesando algo.

—A St. John le haré algo mucho peor.

Tim sonrió detrás de la barba.

—Entonces sí, me gusta Brighton.

El sol se estaba poniendo tiñendo el mar de rojo, con lo que el agua parecía fuego líquido. Las olas golpeaban la orilla una y otra vez y, como siempre, ese sonido tranquilizaba a Christopher con su cadencia. Estaba en lo alto de un acantilado, con las piernas separadas y los dedos entrelazados a la espalda. La brisa salada del mar lo salpicaba y le helaba la piel, y le había soltado unos cuantos mechones de la coleta.

Más allá del horizonte lo estaba esperando uno de sus barcos con la barriga llena de alcohol y tabaco, telas suntuosas y especies exóticas. Cuando cayera la noche, el navío se acercaría a la costa en busca de la señal tintineante que le haría algún miembro de la tripulación del pirata, para indicarle el lugar exacto donde atracar.

Y entonces atacarían sus competidores, evitando que la mercancía de contrabando llegase a la costa. Pero esa noche recibirían lo que llevaban tiempo buscando... su

merecido.

La tensión de la batalla circulaba por las venas de Christopher, pero él no estaba ansioso ni impaciente. Para él aquello sólo era una parte más de su trabajo, nada más.

—Estamos listos —le dijo Sam, colocándose a su lado.

Los hombres de Christopher estaban apostados por todas partes, los había repartidos por el acantilado, otros en la playa y otros en las cuevas y escondidos en el pueblo. Separó las manos y dejó que el viento se colase violentamente por las mangas de su camisa. Sujetó la empuñadura de su espada e inhaló hondo para que el aire del mar le impregnase los pulmones.

—Perfecto —murmuró—. Bajemos pues.

Christopher guio el descenso hasta la playa. Cuando pasó por delante de sus hombres, los miró a todos a los ojos. Era un gesto muy simple, pero esas miradas decían mucho del hombre por el que estaban dispuestos a jugarse la vida.

«Te veo. Para mí tú eres alguien».

A lo largo de los años, Christopher había observado cómo se comportaban otros líderes; se dirigían a la batalla con la vista al frente y la cabeza bien alta, sin dignarse mirar a sus soldados porque los consideraban inferiores. Esos hombres sólo inspiraban lealtad por miedo o a cambio de dinero. Unos pilares muy fáciles de derribar.

Christopher se colocó detrás de una roca que estaba parcialmente en el agua y esperó. El cielo se oscureció, el rugido de las olas perdió su furia. El marino encargado de hacer la señal se colocó en posición y poco después empezaron a descargar metódicamente el cargamento del barco para llevarlo a la costa.

Consciente de lo que iba a suceder, se le retorcieron las entrañas. Christopher observó la playa desde su escondite y se vació de cualquier emoción; tenía que hacerlo si quería sobrevivir a esa noche.

Las sombras se alejaron del pueblo como el humo y traicionaron a los hombres que querían usurparle lo que le pertenecía. Hizo una señal con el farolillo que tenía oculto a su izquierda y enseguida el ruido del acero al entrecrocarse y los gritos de advertencia resonaron en la noche. El aire cambió, se espesó, el olor del miedo le saturó las fosas nasales. Christopher salió de su escondite y sujetó el farolillo encima de él para que pudiesen verlo.

—¡Alto ahí! —gritó con un tono tan autoritario que la batalla que se estaba librando en la orilla cesó de inmediato.

Tal como Christopher esperaba, un hombre se apartó del tumulto.

—¡Ya era hora de que aparecieras por aquí, cobarde! —gritó el muy cretino.

Christopher arqueó una ceja.

—La próxima vez que quieras verme, te sugiero que me mandes una invitación por escrito.

—Deja de decir tonterías y lucha como un hombre.

Él sonrió con frialdad.

—Prefiero luchar como un bárbaro.

Un grupo de hombres corrió hacia él y Christopher les lanzó el farolillo a los pies. El aceite y las llamas se propagaron y prendieron en dichos hombres además de iluminar la playa. Sus gritos de agonía cruzaron la noche y cualquiera que pudiera oírlos se estremeció de terror y angustia.

Christopher desenvainó la espada y, con el brazo izquierdo en alto para mantener el equilibrio, saltó en medio de la pelea.

Iba a ser una noche muy larga. Iba a ser una matanza.

—¿Va a ir a ver al señor Field? —le preguntó Amelia a la señorita Pool, sentada en la cama de la institutriz.

Ésta levantó la cabeza y buscó los ojos de la joven a través del espejo del tocador, frente al que se estaba arreglando.

—¿Estás haciendo de celestina?

Amelia deseó poder sonreír, pero llevaba días sin ser capaz de hacerlo.

—Está tan guapa como una muñeca de porcelana —fue lo que dijo.

La señorita Pool se volvió y la observó por enésima vez.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? A ti te encanta ir de paseo al pueblo.

Unos recuerdos muy dolorosos reaparecieron en su mente y Amelia sacudió la cabeza con fuerza para desprenderse de ellos. No iba a llorar delante de la señorita Pool.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras —le dijo la institutriz—. He guardado el secreto sobre tu hermana. Puedo guardar más.

Amelia apretó los labios e intentó no decir nada, pero sin darse cuenta empezó a hablar.

—¿Alguna vez ha estado enamorada?

—Una vez creí estarlo —le confesó la señorita Pool, abriendo sus ojos azules como platos—. Pero me temo que acabó muy mal.

—¿Todavía lo amaba? Después de que todo terminase.

—Sí.

Amelia se puso en pie y se acercó a la ventana. Miró el riachuelo y más allá de los establos, una vista inocua.

—¿Cómo se recuperó?

—No estaba convencida de haberme recuperado hasta que conocí al señor Field.

Amelia se volvió al oír eso.

—¿Qué pinta el señor Field en todo esto?

—No soy ninguna experta, así que no estoy muy segura de que pueda hablar del tema, pero creo que un nuevo romance puede llenar el vacío dejado por otro viejo. — Se puso en pie y se acercó a Amelia—. Tú jamás tendrás que preocuparte por estas cosas. Eres demasiado maravillosa para que la persona que ames te abandone.

—No sabe cómo desearía que eso fuera verdad —susurró ella.

La institutriz le sonrió comprensiva y le puso las manos encima de los hombros. Luego le preguntó:

—¿Estás hablando de tu primer amor? Ésos siempre terminan rompiéndote el corazón, Amelia. Es una especie de rito de paso, son la prueba de que te has hecho mayor y de que empiezas a saber de verdad quién eres. Es doloroso, pero así dejas atrás la infancia y te conviertes en mujer.

A Amelia se le llenaron los ojos de lágrimas. La señorita Pool la acercó a ella, abrazándola. Ella aceptó el gesto y se echó a llorar desconsolada hasta que le entró un ataque de hipo. Y entonces lloró todavía más.

Cuando se le acabaron las lágrimas, buscó dentro de sí misma y encontró un resquicio de fuerza que no sabía que tenía.

—Váyase —le dijo a la señorita Pool cuando ésta, que siempre estaba preparada para cualquier contingencia, le dio un pañuelo—. Ya la he entretenido demasiado.

—No me iré dejándote así —replicó la institutriz.

—Ya estoy bien. De verdad. En realidad me siento mucho mejor que antes, tanto que saldré a pasear para despejarme las ideas.

Era martes, el día que Colin y su tío tenían la tarde libre. Ellos dos siempre se marchaban, lo que significaba que Amelia podía pasear tranquila por toda la finca.

—Si es así, vente conmigo.

Amelia se estremeció. Tan fuerte no era.

—No, gracias. Hoy prefiero quedarme cerca de casa.

Tuvo que insistir un poco más y asegurarle a la señorita Pool que de verdad estaba bien, hasta que al final la institutriz se marchó en dirección al pueblo. Amelia fue a hablar con la cocinera, que lo sabía todo de todo el mundo, para asegurarse de que Colin no estaba. Tenía tanto miedo de encontrárselo que sentía náuseas sólo con pensarlo.

Después respiró hondo y abrió la puerta de la cocina para salir al prado. Lo atravesó corriendo y buscó el cobijo de los árboles.

Llegó a la valla con intención de saltarla, pero entonces vio algo que se movía entre los árboles y se detuvo.

Se agachó y se escondió detrás de un tronco, desde donde reconoció a uno de los hombres de su padre inspeccionando el terreno. Era algo mayor, de aspecto cuidado pero muy delgado, lo que hacía que la ropa le quedase demasiado grande, como si le colgara del cuerpo. Ahora tenía una mirada fría e inquisitiva y en la mano llevaba una

enorme daga.

El hombre se detuvo y escudriñó los alrededores con la vista. Amelia aguantó la respiración; tenía incluso miedo de parpadear cada vez que el tipo giraba la cabeza de izquierda a derecha buscando algo. Tuvo la sensación de que tardaba una eternidad en irse de allí.

Esperó durante largo rato, quería asegurarse de que él estaba lo bastante lejos como para que no la viese saltar la valla. Y entonces huyó.

Amelia entró en la propiedad vecina y no respiró hasta que llegó a los árboles y se escondió tras ellos.

—Cielo santo —suspiró, aliviada por haberlo conseguido—. Qué hombre tan desagradable.

—Estoy de acuerdo.

Amelia se sobresaltó al oír aquella voz tan masculina y educada. Giró sobre sí misma y se quedó boquiabierta al ver a un caballero cerca de ella.

Era innegable que tenía dinero, a juzgar por la calidad de su ropa y de la peluca que llevaba. Estaba pálido y era delgado, podía decirse incluso que era guapo. A pesar de que los dos parecían tener la misma edad, él desprendía autoridad y había hablado como un hombre que daba por hecho que sus palabras eran órdenes.

Le hizo una reverencia a Amelia y se presentó como el conde de Ware. Después le explicó que el riachuelo que tanto le gustaba a ella se encontraba en las tierras del padre de él.

—Pero puede visitarlo cuando quiera.

—Gracias, milord. —Le hizo una leve reverencia—. Es usted muy amable.

—No —contestó él, sarcástico—, la verdad es que estoy aburrido y me gustaría tener compañía. En especial si es la de una damisela en apuros, que se está escapando de la torre donde la tienen prisionera.

—Qué imaginación —murmuró ella.

—Soy un tipo imaginativo.

Lord Ware la cogió de la mano y la acompañó al riachuelo. Allí, Amelia encontró a Benny, que estaba pescando con una caña muy larga. El joven levantó la vista y la miró.

—A ti también te fabricaré una.

—¿Lo ves? —le dijo Wade—. No más lágrimas ni narices rojas. Al fin y al cabo, ¿qué mejor manera hay de pasar la tarde que con un conde y un huérfano?

Amelia lo miró y Wade le guiñó un ojo.

Por primera vez en muchos días, ella sonrió.

El sol salía firme por el horizonte, llevando con él la luz de un nuevo día y revelando la escena de la playa de Deal ante los pocos que seguían en pie. Había

cadáveres esparcidos por toda la arena, que había quedado teñida por la sangre, y otros flotaban apaciblemente en las olas de la mañana. El barco se había ido. Habían descargado la mercancía y la habían colocado en distintas carretas que hacía rato que rodaban por los caminos.

Christopher hizo caso omiso de todos los músculos que le dolían y se quedó quieto, de pie y con las manos juntas cubriéndose los labios. Cualquiera que lo viera creería que estaba rezando, pero los que lo conocían sabían que Dios jamás se dignaría ayudar a un hombre de alma tan negra como la de Christopher. A los pies del pirata yacía el hombre que lo había retado, el ambicioso inconsciente cuyo corazón estaba ahora atravesado por una espada en medio de la playa.

Un hombre de más edad, cojeando y con un vendaje empapado de sangre en el muslo, se acercó a él.

—Hemos perdido a doce hombres.

—Quiero una lista con sus nombres.

—Sí, yo me encargo.

Alguien le tocó con suavidad el brazo y cuando Christopher giró la cabeza, vio a una niña pequeña de pie a su lado.

—Estás sangrando —dijo ella, con los ojos abiertos como platos.

Él se miró y vio por primera vez que tenía una herida muy profunda en el bíceps, que sangraba profusamente y le había empapado la manga de la camisa.

—Sí, es cierto —dijo, extendiendo el brazo para que ella pudiese vendárselo con el trozo de tela que sujetaba en la mano.

Christopher la observó mientras lo curaba y admiró la compostura que poseía a pesar de su tierna edad. Había hombres hechos y derechos vomitando por todas partes, pero aquella niña se mantenía estoica. Eso quería decir que la violencia no le era desconocida.

—¿Has perdido a alguien hoy, pequeña? —le preguntó él en voz baja.

Ella mantuvo la mirada fija en lo que estaba haciendo.

—A mi tío.

—Lo siento.

La niña asintió.

Christopher exhaló entre dientes y giró la cabeza para ver salir el sol. Aunque aquella costa volvía a estar bajo su control, no se iría de allí todavía. Él ya había anticipado que la batalla sería corta. Las dos semanas que había previsto quedarse allí iba a necesitarlas para hacer todo lo demás. Eran los días que precisaría como mínimo para visitar a todas las familias que habían perdido a algún ser querido aquella noche y para asegurarse de que les proporcionaba el dinero necesario para salir adelante. Una tarea difícil, que debería llevar a cabo en días llenos de aflicción, pero alguien tenía que hacerlo.

Entonces, de repente, pensó en Maria. De dónde había salido ese pensamiento era un misterio. Lo único que sabía Christopher era que al pensar en ella la espalda le dolía menos y que por fin tenía un objetivo: volver a estar con Maria en la cama y sentir su cuerpo pegado al de él. Quería abrazarla, relajarse a su lado, notar aquella extraña sensación que le oprimía el pecho cuando estaba a su lado. Todo eso sería preferible al vacío que sentía en esos momentos.

«¿Alguna vez te has planteado cambiar de vida?», le había preguntado Philip.

No, ni siquiera en medio de aquel horrible escenario se planteaba algo así. Pero por primera vez pensó en darse un respiro, y sólo podía respirar con Maria a su lado.

Era el modo que había encontrado Dios para castigarlo por los pecados que había cometido: si quería conservar la vida, tenía que acabar con la única persona que lo hacía feliz.

Maria subió las piernas encima del sofá donde estaba sentada y observó a Tim mientras éste seguía dibujando en el escritorio. La casita que le había encontrado Welton era pequeña pero confortable. Estaba situada en la costa y el suave sonido de las olas del mar era un encantador acompañamiento de las tranquilas actividades que estaban llevando a cabo.

Tim tarareó una canción para sí mismo y a Maria volvió a sorprenderla lo delicado que era ese gigante. A pesar de su aspecto físico era cuidadoso y amable y completamente leal a St. John, lealtad que extendió a Maria, porque estaba convencido de que ella era importante para el pirata. Y eso fue lo que más la sorprendió.

Sí, St. John había dejado claro que ella le interesaba, pero Maria conocía muy bien a los hombres. Sentirse interesado por una mujer no equivalía a sentir algo por ella. Maria tenía algo que él quería y ella no dejaba de decirse que su relación no iba más allá de eso. Sin embargo, Tim parecía creer que sí y una parte de Maria se moría porque fuese verdad.

Lo echaba de menos. Echaba de menos a su pirata. Era muy extraño que se hubiese enamorado de él tan rápido, pero lo había hecho. Se pasaba las noches tumbada en la cama, deseando que estuviese a su lado y la abrazase con sus musculosos brazos, quería sentir el vello de su pecho bajo su mejilla, el calor de su piel junto al suyo. A veces cerraba los ojos y se imaginaba que podía olerle, aquel perfume a bergamota y pura sensualidad masculina.

Pero lo que más echaba de menos era la ilusión de seguridad que sentía con él. Christopher la hacía sentirse protegida. Simon, bendito fuera, le dejaba hacer todo lo que ella quería. Pero Maria deseaba tener a alguien a su lado que en ocasiones soportase todo el peso de la carga que ella llevaba en los hombros. Sólo durante un rato. No lo bastante como para llegar a depender de él, pero sí lo suficiente como para encontrar un poco de paz.

—Ya está —dijo Tim, apartándose de la mesa para acercarse a Maria. Le pasó el dibujo y volvió al escritorio para hacer otro.

Ella dejó a un lado el mapa que estaba observando y las notas que le había preparado a Simon para indicarle dónde quería que buscase y se quedó atónita al ver el dibujo.

—Tienes un don —le dijo a Tim, mientras admiraba el trazo y las sombras que había utilizado para dibujar el rostro de un chico.

Éste tenía unas facciones exóticas y el cabello y los ojos negros le conferían un aspecto muy peligroso incluso para su edad. Llevaba el pelo largo y éste le cubría la frente y enmarcaba unos ojos muy sensuales y una boca muy bien definida.

—No es nada —dijo Tim vergonzoso, lo que hizo que Maria levantase la vista y lo viese sonrojarse.

—Y tienes una memoria prodigiosa. Yo también vi a este chico, pero hasta que he visto tu dibujo no habría sido capaz de describírtelo. Tiene unas facciones muy especiales, nada comunes, y sin embargo lo has dibujado a la perfección.

Tim masculló algo muerto de vergüenza y entrecerró los ojos bajo sus pobladas cejas. Maria sonrió y después desvió la vista hacia el montón de dibujos que tenía al lado. Al juntarlos formaban un tapiz que describía a la perfección lo que había sucedido esa noche: el carruaje, la institutriz, los lacayos y el cochero.

Ahora le tocaba el turno al dibujo de Amelia y Maria tenía miedo de verlo, porque no sabía cómo iba a reaccionar. Ella sólo había visto a su hermana un segundo y ahora que habían pasado tres semanas, esa imagen se empezaba a difuminar.

—Vas a recuperarla —susurró Tim.

Maria parpadeó y volvió a fijar su atención en su invitado. Ya casi habían pasado las dos semanas, gracias a Dios. Con el reposo y la falta de actividad, la herida se le había curado, pero esa vida de quietud no estaba hecha para ella. Había paseado tantas veces por la habitación, que probablemente habría podido dar la vuelta al mundo.

Lo de dirigir desde la distancia no era lo suyo. Ella prefería estar en medio de la acción. Por fortuna, dentro de dos días partirían de regreso a Londres. Entonces Tim volvería con St. John y ella reanudaría la búsqueda de su hermana.

—¿Disculpa?

—Digo que a tu hermana vas a recuperarla —dijo Tim.

«Dios santo. ¿Cómo lo sabe?»

—¿Lo sabe St. John? —le preguntó en voz baja, intentando prever todas las posibilidades. Amelia era su único punto débil. Y sólo lo conocían Simon y Welton.

—Todavía no. Me pillaste antes de que pudiera decírselo.

Maria suspiró aliviada, a pesar de que el corazón todavía le latía desbocado.

—Ahora no puedo dejar que te vayas —le dijo, a pesar de que ambos sabían que nadie podía impedirle que se fuera cuando quisiera.

Lo único que podría detener a un hombre del tamaño de Tim serían unos grilletes de acero en las piernas, y tal vez ni siquiera eso.

—Lo sabía cuando te lo he dicho —se limitó a contestarle él.

—Entonces ¿por qué lo has hecho? —quiso saber Maria.

El gigante se tocó la barba y se apoyó en el respaldo de aquella silla demasiado pequeña para él.

—Esa noche se suponía que tenía que protegerte y fallé. Tal vez si cuida de ti ahora pueda enmendar mi error.

—¡No estás hablando en serio! —replicó Maria, aunque se daba cuenta de que él

efectivamente lo creía así—. Nadie podría haber anticipado lo que sucedió.

Tim cogió aire.

—St. John se anticipó, o de lo contrario no nos habría mandado tras de ti. Confió en mí y me encargó que actuase en su nombre y yo no supe estar a la altura.

—Tim...

Él levantó una de sus gigantescas manos para detenerla.

—No vale la pena seguir discutiendo. Tú quieres que me quede y yo quiero quedarme. Fin de la historia.

Maria cerró la boca de golpe. Su lógica era irrefutable.

—*Mhuirnín*.

Maria miró de reojo y vio a Simon entrando en la habitación con su habitual gracia indolente. Todavía llevaba la ropa de viaje, pues acababa de volver de su largo periplo. Siguiendo instrucciones detalladas de Maria, él y una docena de hombres habían recorrido la costa sur de la isla haciendo preguntas sobre Amelia.

—Tienes visita.

Maria se tensó de inmediato y puso los pies en el suelo para levantarse. Corrió hacia Simon y le preguntó en voz baja:

—¿Quién es?

Él la cogió por el codo y la acompañó afuera, después de mirar a Tim de soslayo. Entonces se inclinó y le susurró al oído:

—Lord Eddington.

A Maria le fallaron las piernas y miró a Simon perpleja. Él se encogió de hombros para responder en silencio a la pregunta que ella no había llegado a formularle y la acompañó a la sala.

No iba vestida para recibir visitas, aunque, claro, aquélla tampoco era una visita. Levantó el mentón y al entrar en la sala desplegó todos sus encantos. Al parecer iban a hacerle falta, a juzgar por cómo Eddington la fulminó con la mirada.

—Usted y yo tenemos mucho de lo que hablar —le dijo el conde, enfadado.

Acostumbrada como estaba a los hombres malcarados, Maria le ofreció una sonrisa resplandeciente y se sentó en el sofá.

—Yo también me alegro mucho de verlo, milord.

—Dentro de un rato no opinaré igual.

—Se acercó a él con una pistola a plena luz del día.

Christopher sonrió al imaginarse la escena que le estaba describiendo Philip, explicándole cómo Maria había capturado a Tim. En su pecho sintió un calor extendiéndose a la misma velocidad que la sonrisa. Maldita fuera, cada día que pasaba aquella mujer le gustaba más. Y su ausencia no había disminuido el deseo que sentía por ella. Lo primero que Christopher le había preguntado a Philip cuando el

joven llegó al hostel fue por la salud de Maria. Todavía tenía muchas cosas que hacer, faltaban muchos días para volver a Londres.

—La verdad es que fue bastante divertido —convino Philip al ver la sonrisa de Christopher.

—Ojalá lo hubiese visto. —Se apoyó más en el cojín del asiento y desvió la mirada hacia la ventana para contemplar el paisaje. Las cortinas rojas estaban descorridas y la tela contrastaba con el interior negro del carruaje—. ¿Así que Tim se ha quedado con ella?

—Sí, y probablemente sea lo mejor. El irlandés se fue cuando ella llevaba dos días en casa y todavía no ha vuelto.

—Vaya...

Esa noticia le causó a Christopher una profunda satisfacción. Era un sentimiento que no comprendía y lo experimentaba siempre que pensaba en Maria con Quinn.

Era muy obvio que ella sentía cariño por el irlandés. Lo único que consolaba a Christopher era que Maria solo compartía su cama con él.

Al pensar en eso se le espesó la sangre. Había veces en que se decía a sí mismo que era imposible que el sexo con Maria hubiese sido tan bueno como recordaba. ¿Cómo era posible? Y había veces, de noche, cuando estaba solo en la cama, que casi podía sentir las manos de ella acariciándole la piel y su voz provocándolo.

—¿Estamos cerca? —le preguntó a Philip, ansioso por acabar con aquello cuanto antes y poder volver con su amante.

Si era cuidadoso, tal vez podría poseerla ese mismo día. La lujuria lo sacudió con fuerza y la abstinencia acumulada no ayudó demasiado, pero podía contenerse. Él jamás haría nada que pudiese perjudicar el proceso de curación de la herida de Maria.

—Sí, ya no falta mucho. —Philip frunció el cejo, pero no dijo nada más, se limitó a pasarse las palmas de las manos por las perneras del pantalón gris que llevaba.

Christopher lo conocía lo bastante bien como para saber que algo lo preocupaba.

—¿Qué te pasa?

El chico se quitó las gafas y sacó un pañuelo del bolsillo. Mientras limpiaba una mota inexistente, le dijo:

—Me preocupa lord Sedgewick. Hace un mes que te soltó. Seguro que está impaciente, es imposible que esté contento con las migajas que le hemos dado.

Christopher se lo quedó mirando un momento y se fijó en lo mucho que había madurado físicamente, un detalle que normalmente quedaba oculto tras las gafas.

—Hasta que tenga al testigo en mi poder, lo único que puedo hacer es ganar tiempo. No hay nada que pudiera haber hecho que hubiese servido para no estar hoy aquí.

—Estoy de acuerdo. Pero lo que me preocupa es qué vamos a hacer a partir de ahora.

—¿Por qué?

Philip volvió a ponerse las gafas.

—Porque es evidente que sientes algo por esa mujer.

—Siento algo por muchas mujeres.

—Pero ninguna de ellas corre el peligro de perder la vida por tu culpa.

Christopher respiró profundamente y volvió a mirar a través de la ventana.

—Y discúlpame si me equivoco —prosiguió su protegido, removiéndose nervioso en su asiento, tras aclararse la garganta—, pero creo que por lady Winter sientes algo más que por las otras mujeres que conoces.

—¿Y de dónde sacas esa idea?

—De todo lo que has hecho que no encaja contigo: el asedio a su casa, el viaje a Brighton. En casa de lady Winter dicen que ella volverá dentro de dos días y tú estás haciendo todo lo posible por estar allí cuando llegue. Es como si no pudieras soportar la idea de pasar más tiempo del estrictamente necesario alejado de ella. Teniendo en cuenta estas circunstancias, ¿cómo es posible que seas capaz de entregársela a Sedgewick?

Christopher se había hecho esa misma pregunta muchas veces últimamente. Aquella mujer no le había hecho nada. Sencillamente le había resultado tentadora en el teatro y la había perseguido desde entonces. No sabía nada de la relación de Maria con el fallecido lord Winter, pero sí sabía que no había causado la muerte de Dayton. Maria lamentaba la pérdida de éste, le había dicho que lo quería.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en ella teniendo sentimientos por otro hombre. ¿Cómo era Maria cuando estaba enamorada? Él se había enamorado perdidamente de la mujer que había arrastrado un taburete y se había subido en él para besarla con tanta pasión que lo había marcado para siempre. ¿Era ésa la Maria que se había casado con Dayton?

Levantó una mano y se la llevó al pecho, frotándoselo para ver si así lograba aflojar la opresión. Era una mujer que tenía muchos secretos, de eso no cabía ninguna duda. Pero no era el diablo y él no le quería ningún mal. Entonces ¿cómo iba a ser capaz de mandarla a la cárcel? No era un buen hombre. Dejando a un lado lo que sentía por ella, lo perturbaba profundamente tener que sacrificar la vida de otra persona mucho mejor que él para recuperar la suya.

—Ya hemos llegado —murmuró Philip, sacando a Christopher de su ensimismamiento.

Se irguió y miró la casa a la que se estaban acercando. Todavía se encontraban a unos cuantos metros de distancia, lo bastante lejos como para que las ruedas del carruaje no se oyeran desde allí, pero lo bastante cerca como para que él pudiese ver el equipaje que había en la entrada.

Notó aquella sensación que empezaba a serle familiar: la ardiente certeza de que

Maria le pertenecía, y golpeó el techo del carruaje con los nudillos.

—Para aquí —le ordenó al conductor.

Christopher descendió y terminó a pie el recorrido hasta la casa. La cadencia de las olas que rompían en la playa marcaba la inusual impaciencia de sus pasos. Estaba anocheciendo y gracias a eso pudo esconderse entre las sombras. El silbido imitando a un pájaro le permitió reconocer a los hombres que había dejado vigilando a Maria. Christopher silbó como respuesta, pero el sonido se le quedó a medias cuando reconoció el blasón que había en la puerta del carruaje parado frente a la casa.

«Eddington».

Cientos de pensamientos se agolparon en su mente. Se detuvo un segundo y respiró hondo para calmarse. Después rodeó la casa en busca de un lugar desde donde espiar lo que sucedía dentro.

La suerte se puso de su parte, pues al doblar una esquina vio que salía un rayo de luz de una ventana abierta y que iluminaba el suelo con las cenefas del cristal. Se acercó un poco más y presencié cómo Maria y Eddington estaban enfrascados en lo que parecía ser una discusión. Ser testigo de la evidente antipatía que sentían el uno por el otro debería haberlo calmado, pero ella no iba vestida adecuadamente y eso lo puso furioso. No llevaba el tipo de atuendo que una mujer se ponía para recibir una visita formal. Y, por otra parte, Quinn no estaba en casa.

Christopher apoyó la espalda en la pared para acercarse más a la rendija de la ventana.

—Me veo en la obligación de recordarle —dijo Eddington, tan enfadado que sus gritos se oían por encima del rugido del océano—, que le pago para que me proporcione un servicio. ¡No para que se vaya vacaciones!

—¡He estado enferma! —se limitó a decirle ella.

—Eso le impide ganarse el sueldo en la cama, pero hay otras maneras de cumplir con sus obligaciones.

Christopher cerró los puños y apretó la mandíbula, notando que le hervía la sangre como nunca le había hervido. Él antes ya había tenido ganas de matar a alguien, pero aquel deseo sanguinario no había ido acompañado de un profundo dolor en el corazón ni de un escozor en los pulmones.

—¡No sea grosero! —soltó Maria.

—¡Seré lo que me dé la gana! —rugió el conde—. El dinero que le pago me otorga ese derecho.

—Si tanto le duele separarse de su dinero, libéreme de mis obligaciones y búsquese a alguien que le solucione sus asuntos por menos.

A pesar del ruido de las olas, Christopher estaba convencido de que se podía oír cómo rechinaban sus dientes, pero no podía parar. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no colarse por la ventana y darle una paliza a Eddington. Lo único

que se lo impidió fue que sabía que no podía ganarse la confianza de Maria a la fuerza. Ella tenía que dársela libremente.

Se apartó de la pared y rápidamente se dispuso a analizar todo lo que había sucedido desde que había empezado su relación con aquella reconocida seductora. Maria estaba metida en algo muy desagradable, y al parecer en contra de su voluntad, y a pesar de ello no le había pedido ayuda. Él era su amante, y tenía mucho dinero, la ayudaría si ella se lo pedía, pero Maria estaba demasiado acostumbrada a resolver sus problemas por sí misma.

Christopher hizo de tripas corazón y se negó a sentirse rechazado u olvidado, y tampoco quiso culparla por haber pensado en su propia supervivencia. Maria era una mujer inteligente. Podía aprender. Él podía enseñarle. Cariño. Ternura. ¿Cuántas veces había recibido Maria esas cosas a lo largo de su vida? Tal vez él también pudiese aprender. Christopher encontraría el modo de abrirle su corazón a Maria para que así ella se sintiera a salvo y pudiera abrirle el suyo.

Se alejó de la casa con el mismo sigilo con que se había acercado. Volvió al carruaje convertido en un hombre distinto al que había salido de él, más sombrío, con tal actitud introspectiva que Philip tuvo el buen tino de no molestarlo.

Maria paseó nerviosa de un lado a otro de la habitación y la falda del vestido revoloteó a su alrededor.

—¿Dónde estás? —preguntó en voz alta, dirigiendo de nuevo la mirada hacia la ventana, mientras esperaba impaciente a su amante de cabello dorado.

Hacía dos días que ella había vuelto a Londres y gracias al espía que tenía en la casa de Christopher sabía que éste también estaba en Londres. Y sin embargo no había ido a verla. Aquella mañana, Maria le había mandado una carta, pero no había servido de nada. Él no había contestado y tampoco había aparecido.

En cuanto llegó a casa, Maria se apresuró a bañarse para prepararse para la visita de Christopher, y todo para nada. El profundo dolor que sentía en el pecho aumentaba con cada día que pasaba.

Tal vez él había perdido el interés por ella durante su ausencia. Aunque Maria se había planteado esa posibilidad, verla convertida en realidad le había hecho mucho más daño del que esperaba.

Se detuvo frente a la ventana y cuando miró hacia la calle no vio ningún movimiento. Cerró los ojos y cogió aire entre los dientes. Christopher no le debía nada, pero estaba furiosa con él por haberle hecho tanto daño. Estaba furiosa por que Christopher no había tenido la cortesía de decirle adiós. Podría habérselo dicho por escrito si de verdad no quería volver a verla, cualquier cosa habría sido preferible a ese silencio.

¡Maldito fuera si creía que ella iba a permitirle tratarla así! Maria se había

sincerado en esa carta, le había dejado claro lo mucho que deseaba su compañía. Ahora le dolía pensar en lo que había escrito, en lo mucho que se había enamorado de ese hombre. Le había ido detrás, le había suplicado que fuera a verla.

Y él la había rechazado sin una sola palabra.

Furiosa, se quitó el batín y llamó a Sarah para que la ayudase a vestirse otra vez. Se puso un vestido de seda roja y se dibujó una peca con forma de corazón justo encima de la comisura del labio. Ocultó la daga en el interior del vestido y ordenó que le preparasen el carruaje. Cada minuto que pasaba le hacía hervir más la sangre. Tenía ganas de pelearse con alguien y por Dios que ese alguien iba a ser su pirata, tanto si él quería como si no.

Sus guardaespaldas cabalgaron alrededor del carruaje cuando éste se alejó del seguro barrio de Mayfair para adentrarse en el más peligroso de St. Giles, hogar de vagabundos, ladrones, prostitutas y... de su amante. Maria estaba sentada en el carruaje y podía sentir cómo la rabia aumentaba peligrosamente en su interior. Para cuando llegó al hogar de Christopher era prácticamente una furia desatada y su estado de ánimo debía de ser más que evidente en su rostro. Uno de sus lacayos entregó la tarjeta de visita de su señora al hombre que los recibió y éste la hizo entrar en la casa sin dilación.

—¿Dónde está? —preguntó Maria en voz baja y amenazadora, sin importarle los grupos de hombres y mujeres que iban saliendo de las habitaciones para mirarla.

El mayordomo tragó saliva.

—Le informaré de su llegada, lady Winter.

Ella enarcó una ceja.

—Puedo anunciarme yo sola, gracias. Dígame dónde está.

Él abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla y al final suspiró y dijo:

—Sígame, milady.

Maria subió la escalera como si fuese una reina, con la cabeza bien alta y los hombros echados hacia atrás. Tal vez fuera una mujer despechada, pero se negaba a comportarse como tal.

Un instante más tarde estaba en el interior de la habitación cuya puerta acababa de abrir el mayordomo y se detuvo un momento con el corazón en la garganta. Lo único que fue capaz de hacer fue levantar una mano para indicarle al hombre que cerrase la puerta.

Christopher estaba tumbado frente al fuego, a medio vestir, descalzo y con el cuello de la camisa abierto, sin chaleco ni chaqueta. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados mientras descansaba. Era una criatura letal y sumamente hermosa. Incluso en ese momento, estando tan furiosa como estaba, la afectaba como ningún hombre la había afectado nunca.

—Christopher —lo llamó casi en silencio, porque se le había hecho un nudo en la

garganta al verlo.

Una lenta sonrisa apareció en los labios de él, pero siguió con los ojos cerrados.

—Maria —ronroneó—. Has venido.

—Y tú no. A pesar de que te lo pedí y de que te he estado esperando.

Christopher por fin la miró con los ojos entrecerrados mientras pensaba.

—¿Tan terrible es que quisiera que hicieras un esfuerzo y vinieras a verme?

—Ya no tengo tiempo para tus juegos, St. John. He venido a buscar lo que me debes, un adiós como Dios manda.

Maria dio media vuelta para irse, pero no tardó en darse cuenta de que había calculado mal. Christopher se movió con suma velocidad, atrapándola entre la puerta y su cuerpo.

—Esto no es un juego —le susurró emocionado, con los labios pegados a su oreja.

Ella se esforzó muchísimo por ignorar la reacción que le causó tener su musculoso cuerpo pegado al de ella. Christopher era mucho más alto y su aliento le acariciaba íntimamente la cabeza. Cuando él movió las caderas contra las suyas, Maria comprendió lo que le estaba diciendo. Era imposible que pudiese sentirlo a través de las capas de ropa de la falda del vestido, pero era innegable que estaba excitado.

Maria luchó contra el placer que había sentido al saberlo y le preguntó distante:

—Entonces ¿por qué no has venido a verme?

Christopher apartó las manos de la puerta para tocarle descaradamente los pechos. Mientras la acariciaba, la retenía donde estaba con sus musculosas piernas.

—Siempre soy yo el que viene a ti, Maria. Necesitaba saber que tú también querías venir a mí.

Ella se quedó sin aliento al notar el deseo, insistente y ardoroso, que conjuró él con sus palabras. Pero Christopher había cometido un error al soltarle las manos y en un segundo iba a demostrárselo. Maria le hundió la punta de la daga en el muslo.

Él se apartó con una maldición y ella se volvió para mirarlo mientras con una mano a su espalda tiraba del cerrojo para abrir la puerta.

Una pequeña mancha de sangre iba extendiéndose por los pantalones de Christopher.

—¿Con Eddington también recurras a las armas? —le preguntó él en voz baja—. ¿O te paga tan bien que se lo ahorras?

Maria se detuvo con la daga en alto delante de ella.

—¿Qué importancia tiene Eddington?

—Eso mismo me pregunto yo.

Christopher se quitó la camisa por la cabeza y dejó al descubierto su musculoso y dorado abdomen. En el torso tenía unas cuantas heridas que todavía se estaban

curando y en las costillas todavía podían verse varios morados amarillentos. A Maria se le cerró la garganta al ver tantas laceraciones y le dolió el corazón al comprender que ella también había contribuido a estropear aquel cuerpo tan hermoso.

Christopher desgarró la camisa de lino y arrancó una tira lo bastante larga como para atársela alrededor del muslo.

—¿Todavía no estamos lo bastante unidos como para compartir nuestros secretos? —preguntó luego.

—¿Eddington es el motivo por el que te has negado a verme? —quiso saber Maria.

Se le encogió el estómago al ver que Christopher estaba al tanto de su relación con el conde.

Él se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No. Yo siempre te digo la verdad, Maria, porque es lo que quiero de ti a cambio. Quiero estar a tu lado. Ayudarte. Pero sólo si tú me concedes ese derecho.

Le estaba hablando en voz baja y la miraba con tanta sinceridad que ella se quedó sin habla al descubrir sus sentimientos. Se le aflojaron los dedos y la daga fue a parar al suelo.

—¿Y tú qué derechos me concederás? —le preguntó, con el pecho subiéndole y bajándole agitado.

—¿Qué derechos quieres? —Christopher volvió a acercarse a ella e inclinó la cabeza para deslizarle la lengua por los labios entreabiertos—. Esta noche podrías haber acudido a Quinn o a Eddington. Sin embargo, y a pesar de lo enfadada que estás conmigo, has acudido a mí. Yo tengo algo que tú quieres. Dime qué es para que pueda dártelo.

La última frase la dijo como si le doliese, algo que Christopher intentó ocultar de inmediato dándole un beso muy posesivo. Levantó las manos para sujetarla por los hombros y la acercó cariñosamente hacia él.

Y aunque Maria se dio cuenta de que si quería ella podía causarle daño también comprendió que él podía hacerle lo mismo. Y Christopher lo estaba haciendo muy bien, la estaba conquistando con su ternura y con su aparente falta de artificio.

—Tal vez lo único que quiera de ti sea sexo —le dijo ella con frialdad, moviendo los labios encima de los suyos—. Tienes un cuerpo hecho para el pecado y una mente que sabe cómo utilizarlo.

Christopher la sujetó con más fuerza al recibir aquel golpe directo. A Maria le dolió muchísimo ver que le había hecho daño adrede sólo para protegerse, pero no se le ocurrió otra alternativa. Esa faceta de él era demasiado peligrosa. Maria podía manejar sin ningún problema al pirata bravucón, pero no se veía capaz de sobrevivir al cariñoso, atento y apasionado amante que cada vez aparecía con más frecuencia.

El brutal primer encuentro sexual que había tenido lugar entre los dos se había

convertido en besos lánguidos y suaves, en momentos repletos de intimidad, en confesiones sobre lo mucho que se echaban de menos. Si pudiera confiar en él, aquello sería una historia de amor. Pero dado que Maria continuaba desconfiando de los motivos de Christopher, era sólo un asedio, y ella no podía permitirse ser conquistada cuando estaba en juego la seguridad de Amelia.

—Quieres que te folle —siseó él—, así que eso es lo que voy a hacer. Sólo tienes que pedírmelo. Estoy preparado y más que dispuesto a satisfacerte. Dentro y fuera de la cama.

Maria cerró los ojos para ocultar sus pensamientos. Desearía tener la fortaleza suficiente para dejar atrás sus sueños y centrarse sólo en su objetivo, pero el modo en que le temblaban las manos y las piernas hizo que se diera cuenta de que ahora que todavía estaba tiempo lo mejor sería que saliera huyendo. Encontraría otro modo de averiguar la información que Welton y Eddington querían obtener. Encontraría otra manera; siempre lo hacía.

—Desnúdame —susurró decidida.

—Como desees. —Le recorrió el lóbulo de la oreja con la lengua—. Date la vuelta.

Maria respiró hondo e hizo lo que le pedía.

Christopher apretó los puños con fuerza cuando vio la hilera de botones de la espalda del vestido de Maria. Luchó contra sus manos y les ordenó que dejaran de temblar. Se moría por percibir la ternura de ella, por vislumbrar algo que le demostrase que Maria sentía por él algo más que deseo sexual.

¿Por qué había ido a verlo? ¿Por qué le había escrito aquella carta llena de palabras bonitas? Tal vez sí le producía placer estar con él. Y Christopher odió esa parte de sí mismo que le decía: «Es suficiente. Basta con eso. Confórmate con lo que ella quiera darte». La odió porque no le bastaba con eso. Él ya no podía vivir sabiendo que lo único que existía entre los dos era el sexo. No podía compartir su cuerpo y su cama con ella y aceptar que no tenía acceso al resto de su vida.

—¿Has cambiado de opinión? —murmuró Maria, mirándolo por encima del hombro al ver que dudaba tanto.

Christopher se quedó contemplando la peca en forma de corazón que ella tenía cerca del labio y se murió por besarla. Su perfume lo embriagaba más que cualquier licor.

—No.

Empezó la difícil tarea de desnudar el sensual cuerpo de Maria y fue apartando las capas que los separaban. Él era un experto en el arte de desnudar a una mujer, pero sus manos jamás habían temblado tanto como en ese momento.

Despacio, consiguió desabrochar todos los botones y el color rojo contrastó profundamente con el tono de piel de Maria. Christopher agachó la cabeza y le pasó la lengua por el hombro. Notó que ella temblaba y supo que le repetiría la caricia por el resto del cuerpo. Le lamería los pezones y se los succionaría, después le separaría las piernas y lamería su interior. Ella le suplicaría que parase, arquearía la espalda y se movería frenética debajo de él. Para cuando terminase, ningún otro hombre podría satisfacerla y Maria entendería cómo se había sentido él esos últimos días: como un muerto de hambre frente a un banquete que era incapaz de comer.

Apartó un lateral del vestido y miró la cicatriz rosa que le había quedado tras la puñalada. Cerró los ojos al sentirse de nuevo embargado por la emoción. Entonces deslizó los dedos por encima de la piel, todavía irritada, y vio que su mano se había colocado allí sin pedirle permiso. Maria suspiró al notar que la tocaba.

—¿Todavía te duele? —le preguntó él, abriendo los ojos para ver lo que estaba haciendo.

Ella no dijo nada durante un largo rato y al final asintió.

—Tendré cuidado —le prometió él.

—No —lo contradijo Maria—. Tú te tumbas en la cama.

Los recuerdos que evocaron esas palabras fueron tan poderosos que Christopher

se estremeció. Cuántas veces se había acordado de su primera noche juntos, de tener a Maria encima de él, de capturar su pezón entre los dientes, de su sexo succionando su pene hasta hacerlo eyacular como nunca y dejarlo completamente seco.

Pensar que dentro de un rato volvería a sentir lo mismo hizo que se le pegasen los testículos al cuerpo y que le doliesen de la necesidad que tenían de vaciarse. Estaba desesperado por fundirse con ella, por convertirse los dos en un único ser. Un cuerpo, una pasión. Quería follarla con fuerza, entrar hasta lo más hondo, llegar a donde no había llegado nunca nadie y que ella hiciera lo mismo con él. Quería que Maria enloqueciera de deseo y que lo necesitase con la misma desesperación a él.

Sólo a él.

—Date prisa —lo urgió ella, tensa de la cabeza a los pies.

Christopher se detuvo y comprendió que Maria se sentía vulnerable; las reglas del juego habían cambiado y ella tenía miedo. Él también y por eso avanzaba con pasos inseguros por aquel terreno desconocido. Nunca antes se había expuesto tanto a otra persona.

Y por eso cambió ligeramente de táctica, cogió los dos extremos del vestido y lo abrió de golpe hasta rasgarlo. Maria salió de entre la tela y lo miró. Seguía llevando el corsé y la falda le ocultaba las piernas.

—Quítate los pantalones y tumbate en la cama —le ordenó ella a Christopher.

Él se quedó mirándola mientras movía las manos despacio para cumplir sus instrucciones. Maria quería tener el control y él iba a dárselo, le demostraría con el ejemplo que estaba dispuesto a ponerse en sus manos si ella también lo hacía.

—Yo también quiero que estés desnuda.

—Más tarde.

Christopher aceptó su respuesta y liberó su miembro del pantalón, que fue a parar al suelo. Maria miró su erección y le pidió que se masturbase, hasta que el semen humedeció la punta.

—¿Ves lo que me haces? —le preguntó él, sujetando su pene como si fuese una ofrenda para ella.

Al ver que Maria lo miraba con tristeza durante un segundo, Christopher gimió resignado y siguió masturbándose delante de ella. El placer empezó a arder en la parte inferior de su espalda y su erección creció todavía más.

—Llevo demasiado tiempo sin estar contigo, Maria. ¿Tú también me has echado de menos?

—Te mandé una carta.

—¿Y ahora vas a castigarme por querer recibir una muestra de afecto tuya? ¿Por querer que vinieras a mi cama en vez de ir yo a la tuya?

—Para —le dijo ella entre dientes, con la mirada fija en las enormes manos de él—. Quiero que estés duro y rígido dentro de mí. No te corras.

Christopher dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo y su miembro erecto y enrojecido, llorando lágrimas de semen, quedó apuntando hacia arriba. Todo aquello era nuevo para él, renunciar al poder. Christopher dudaba que fuera capaz de hacerlo por nadie más. Una mujer cualquiera no poseería la autoridad que se requería para arrebatarse el poder a un hombre como él.

Ni siquiera Emaline, con su vasta experiencia, sería capaz de dominarlo en la cama. Por eso mismo la madame se ocupaba personalmente de él cuando Christopher visitaba el burdel en vez de dejar que una —o varias— de sus chicas lo atendieran. A veces, Emaline necesitaba darse el lujo de que le echasen un polvo y de no tener que ser ella la que hiciera todo el trabajo.

Pero ahora Christopher esperó con la respiración entrecortada y la piel empapada de sudor. La tensión se palpaba en el aire y lo excitaba todavía más. El sexo podía convertirse en algo muy aburrido si la acción perdía intensidad, pero ése no era el caso en aquel momento. El espacio que había entre Maria y él estaba repleto de energía, igual que sucedía siempre con ellos dos.

—¿Has cambiado de opinión? —la retó Christopher, repitiendo las mismas palabras que ella había utilizado antes.

Maria arqueó una ceja.

—Tal vez no estoy preparada.

Él la imitó y también arqueó una ceja. Christopher sabía que Maria estaba mintiendo, lo veía en el rubor que le teñía las mejillas y en el modo en que le subían y bajaban los pechos. Sabía que estaba húmeda, sabía que verlo masturbarse le había dado placer.

—Puedo hacer que lo estés —se ofreció solícito.

Durante un segundo, Maria no se movió, su tentadora morena de piel aterciopelada y labios rojos. El corsé y la camisola eran blancos, dando como resultado una imagen muy angelical que echaban a perder aquellos profundos ojos rodeados de espesas pestañas.

Christopher podía ver los pezones de Maria a través del algodón y se le hizo la boca agua de las ganas que tenía de lamerlos. La peca en forma de corazón lo retaba a besar los exuberantes labios de su dueña, a deslizar su miembro en aquella boca y moverse hasta eyacular. Más semen apareció en su prepucio y se deslizó por la piel del pene, quemándolo.

—¿Me dejarás que te dé placer con la boca? —le preguntó—. Me gustaría mucho hacerte el amor de esta manera.

A Maria se le oscureció la mirada ante las palabras que él había elegido y tuvo que separar los labios para respirar. Asintió y pasó a su lado con la falda oscilando a su alrededor. Ella nunca dudaba, cuando decía algo jamás se echaba atrás.

Christopher la siguió, tenía la mente nublada de deseo y por aquellos sentimientos

tan intensos. Maria se sentó en el sofá con la espalda completamente recta. Era una postura muy recatada hasta que levantó una pierna y colocó la rodilla encima del reposabrazos, apartó los metros de tela blanca y dejó al descubierto primero los tobillos, después los muslos y, por fin, el triángulo de cielo que tenía entre las piernas.

Christopher gimió desde lo más profundo de la garganta y cayó de rodillas sin más. Le sujetó la parte interior de los muslos con las manos para abrirla más e impedir que le ocultase nada. Ella estaba húmeda y caliente, tal como él había previsto que estaría. La preciosa Maria, la Viuda de Hielo. Excepto cuando se encontraba con él. Entonces se derretía.

—Me encanta verte así —confesó él—. Entregándote a mí, dispuesta y excitada.

Christopher inclinó la cabeza y lamió el sexo de Maria, regodeándose en el suspiro de placer que escapó entre sus dientes. Después de aquella noche ella no podría olvidarlo. Lo recordaría siempre cuando se metiera en la cama, recordaría la sensación de tener la boca de él en su cuerpo y se moriría por volver a sentir ese placer que sólo Christopher podría darle.

Le rodeó el sexo con los labios y deslizó la lengua por su clítoris con mucho cuidado, provocándola con suaves caricias. Maria le hundió los dedos en el pelo y se lo acarició mientras gemía y arqueaba la espalda en busca de aquella caricia tan íntima. Christopher le sujetó las caderas para que no pudiera levantarlas y empezó a succionar hasta que ella se movió frenética, desesperada, y sin apenas respirar debajo de él.

—¡Christopher! Dios santo...

Se apartó del respaldo del sofá y le tiró del pelo hasta hacerle daño, pero a él le gustó. Se agachó un poco más y la penetró con la lengua, sintió lo excitada que estaba, la humedad que la empapaba, lo mucho que la afectaba estar con él. Christopher dio gracias por esa prueba, porque él ya no podía más, su cuerpo temblaba desesperado y tanto deseo lo estaba torturando.

Se movió de nuevo hacia arriba y succionó su clítoris con fuerza y con movimientos repetitivos, obligando a Maria a conformarse con lo que él le estaba dando, obligándola a ver lo que existía entre los dos, a comprender que para él esos sentimientos eran más intensos y hermosos cada día que pasaba.

El orgasmo de ella estuvo a punto de provocar el suyo, su sexo se apretó alrededor de su lengua mientras Christopher la deslizaba dentro y fuera de ella. No paró, se negó a permitir que lo apartase y siguió besándola, devorándola, poseyéndola, haciéndola gritar de placer una y otra vez. Y otra más, hasta que ninguno de los dos pudo soportarlo más.

Christopher se puso en pie y se apoyó en el respaldo del sofá con una mano, mientras con la otra guiaba su erección hacia la entrada del cuerpo de Maria.

La penetró con tanta fuerza que levantó el sofá del suelo, apoyado sólo en las

patas traseras. Christopher soltó un grito brutal y ella gimió desesperada. Entonces él se detuvo un segundo, cerró los ojos y apretó los párpados al notar que el sexo de Maria se apretaba alrededor de su miembro al terminar el orgasmo. No se atrevió a abrirlos hasta que ella dejó de temblar.

—Esto es el paraíso —gimió él—. Quiero vivir dentro de ti, sentir que me atraes hasta lo más profundo de tu ser. Ser uno contigo.

Maria se quedó mirando al dios dorado que la tenía prisionera y se preguntó qué había pasado para que la noche se escapase tanto de su control. Estaba cansada y dolorida, tenía los nervios a flor de piel y el miembro más duro del mundo en su interior. Christopher se sujetaba en el respaldo del sofá, tenía las manos apretadas a ambos lados de la cabeza de ella, las caderas apoyadas en sus muslos, los músculos del abdomen contraídos y goteando sudor, que caía encima de la falda que Maria tenía arremolinada en la cintura.

Ella estaba mirando con deseo y con mucha ternura, sacudiendo los cimientos de su mundo. ¿Cómo iba a ser capaz de renunciar a aquello? Gimió al notar que el miembro de Christopher temblaba en su interior. En esa postura ella no podía mantener el equilibrio y los poderosos atributos de él eran casi dolorosos. Christopher se apartó y Maria sintió un espasmo, pues su cuerpo se negaba a permitir que lo hiciese. Entonces, utilizando la fuerza de sus piernas, él volvió a penetrarla mientras sujetaba con las manos el sofá para que no se levantase del suelo. Volvió a llegar a la parte más profunda de ella y sus testículos le golpearon las nalgas de un modo muy erótico.

Maria no pudo evitar gemir. Lo único que podía hacer era sujetarse a la cintura de Christopher y aceptar aquella posesión cuya velocidad e intensidad fue en aumento hasta que lo único que se oyó en el salón fueron los sonidos desesperados de un polvo violento. Los gritos de placer de ella subieron de volumen e imitaron el ritmo con que las patas del sofá golpeaban el suelo, y el que marcaban las maldiciones que Christopher soltaba cada vez que se hundía en su interior.

El pene de Christopher era ancho, largo, duro y ardiente y estaba conquistando a Maria, la estaba seduciendo. No iba a parar hasta darle todo lo que ella quería. Que era exactamente lo que no podía tener.

Era el sexo más sincero y apasionado que había existido nunca. La lujuria prácticamente había desaparecido detrás de unas emociones mucho más profundas. Maria clavó la mirada en el abdomen apretado de Christopher, en cómo le brillaba el miembro cuando entraba y salía de ella con precisión. La pregunta que se había hecho sobre si los recuerdos que tenía de su primera noche eran o no exagerados por fin tenía respuesta. Christopher St. John era un amante extraordinario, incluso cuando follaba hasta perder el sentido. La penetró con fuerza y no se detuvo hasta llegar a aquel lugar dentro de ella que le hacía doblar los dedos de los pies.

—¡Sí! —gritó él de placer cuando Maria gimió al borde del delirio.

La voz ronca de Christopher estaba preñada de orgullo masculino y la quemaba con la mirada mientras ella se derretía en sus brazos.

Dios santo, Christopher la estaba matando, estaba haciendo que se enamorase de él cuando eso era lo último que Maria podía permitirse.

—¡No! —exclamó, asustada por los sentimientos que él le despertaba. Le golpeó los hombros en un gesto inútil—. ¡Para! —Le golpeó con los puños hasta que consiguió hacerlo reaccionar.

Entonces Christopher se detuvo dentro de ella, con la respiración entrecortada y los muslos temblándole.

—¿Qué? —consiguió decir entre jadeo y jadeo—. ¿Qué pasa?

—Apártate.

—¿Te has vuelto loca? —Pero en ese instante algo cruzó el rostro de Christopher y bajó la vista. Antes de que Maria pudiese adivinar qué iba hacer, le besó con cuidado la herida—. ¿Te estoy haciendo daño?

Maria tragó saliva, el corazón le latía tan deprisa que creyó que le iba a estallar.

—Sí.

La estaba matando, la estaba rompiendo por dentro.

—Dios. —Christopher apoyó la frente empapada de sudor en la de ella y exhaló profundamente.

Maria podía sentirlo temblar en su interior. A su propio cuerpo sólo le importaba alcanzar el orgasmo, así que succionó el miembro de él, atrayéndolo más hacia dentro.

Christopher inhaló hondo y entonces se arrodilló en el extremo del sofá para rodear a Maria con los brazos. Después se puso en pie con ella pegada a él y con su rígido miembro dentro de su cuerpo. Maria no podía comprender cómo había conseguido caminar con ella hasta la habitación de al lado y llegar a la cama.

Christopher se sentó en el colchón y se derrumbó de espaldas, con Maria todavía encima.

—Tú mandas —le dijo con la voz ronca—. Toma el placer que quieras del modo que quieras, pero no te hagas daño.

Ella casi se echó a llorar.

Abrió y cerró los dedos nerviosa encima del cubrecama. ¿Quién iba a decir que el perverso pirata podía ser tan dulce y cariñoso? Las duras y atractivas facciones de Christopher le recordaron quién era: un famoso criminal que había sobrevivido en un mundo cruel gracias a su astucia y a su falta de conciencia. Pero en aquella cama estaba dispuesto a ignorar sus propias necesidades por ella... a ofrecerse a ella, a permitir que le hiciese todo lo que quisiera...

—Maria —susurró entonces, con las manos en los muslos de ella y mirándola a

los ojos—. Tómame.

Aturdida por su generosidad, Maria se movió como si estuviese soñando. Levantó las caderas y se deleitó con la maravillosa sensación de tener aquel duro miembro dentro de su cuerpo y con el siseo que escapó de los labios de Christopher. Éste se mantuvo inmóvil, tal como le había prometido, y le dejó tomar el control. El único movimiento que hacía era apretar la mandíbula.

Maria lo observó mientras lo poseía, fascinada con sus facciones. ¡Era tan hermoso! Incluso lleno de marcas y de morados era el epítome de las fantasías más secretas de cualquier mujer. Su rostro angelical, aquel pelo rubio que lo hacía casi perfecto, lo hacían parecer un demonio ahora que estaba desarmado por el deseo. Su cuerpo, sus grandes y fuertes músculos seguían resultando muy atractivos a pesar de que ahora estaba más delgado. Sus ojos, aquellas profundas lagunas azules, eran irresistibles cuando se llenaban de promesas sexuales y de afecto.

Maria deslizó los dedos por las cejas de él y después por las arrugas que el cinismo había dejado en las comisuras de sus ojos y de sus labios.

—Sí —la animó él, sujetándola por la cintura para que no perdiese el equilibrio—. Ámame como quieras.

Maria se agachó y le dio un beso en los labios, engullendo el profundo gemido que escapó de Christopher. Aquélla sería la última vez que lo tendría. La última vez que lo tocaría o que lo vería desnudo. A pesar de que se le rompió el corazón al comprender que iba a perder lo único que deseaba tener, sintió cierto consuelo al darse permiso para despedirse de él como quería. Después de esa noche, su relación terminaría para siempre. Por eso había ido a verlo. Y daría gracias por haber tenido a aquel hombre durante aquel breve período de tiempo.

Así que se tomó su tiempo, recorrió con los labios todo lo que antes había acariciado con la yema de los dedos y eliminó cualquier error. Besó todas las heridas, los arañazos y los morados. El cuerpo de Christopher se retorció de placer debajo del de ella, le temblaron los músculos del brazo y hundió las manos en el cubrecama, incapaz de contener la pasión que sentía. Igual que ella.

—¡Maria! —suplicó cuando le pasó la lengua por el pezón—. Tengo que correrme, amor. Córrete conmigo.

Ella le mordió el pezón y él maldijo en voz baja.

—¡Por favor!

Maria le cubrió la boca con sus labios húmedos. Christopher gimió y se movió frenético.

—Quiero que esto dure para siempre —le susurró ella, pegada a sus labios.

No quería que se acabase nunca, no quería dejar de sentirlo dentro de ella, duro y excitado.

—Hazlo —le pidió él, con las mejillas completamente sonrojadas—. Tómame.

Tras dudar un segundo, Maria asintió.

Cerró los ojos y empezó a moverse más rápido, con más intención. Su sexo subió y bajó encima del pene de Christopher.

El poderoso cuerpo de él se arqueó de dolor, se le marcaron las venas del cuello del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse y sujetó a Maria mientras ella lo poseía frenéticamente y él movía su cabeza dorada de un lado a otro de la almohada, desesperado por terminar.

—Maria —gimió—. Maria.

Ella se dobló por la cintura y volvió a besarlo. Lo besó con todas sus fuerzas y los ojos se le llenaron de lágrimas al ver que él le devolvía el beso con el mismo fervor. A Maria le quemaba la piel, que tenía cubierta de una fina capa de sudor. Quería alcanzar el orgasmo, oír los gritos de placer de Christopher, sentirlo estallar dentro de ella.

Colocó las manos en el torso de él para tener un punto de apoyo y empezó a subir y a bajar con movimientos estudiados. Notó que los labios de su sexo se separaban para dejar paso al miembro de él y poder aceptarlo. La pasión de Maria aumentó, la boca de Christopher y su vasta experiencia sexual le habían dado mucho placer. Ella todavía estaba húmeda y el deseo y sus sonidos llenaron el aire.

Él se movió a su mismo ritmo, levantaba las caderas cada vez que Maria descendía y las bajaba cuando ascendía.

—¡Sí... Maria... Dios santo... sí!

Levantó las caderas y con la pelvis le rozó el clítoris. Ella gritó al alcanzar el orgasmo, que fue incapaz de detener. Su cuerpo se estremeció y empezó a succionar desesperado el miembro de Christopher.

Él gimió satisfecho al hacerse con el triunfo, el sonido empapó a Maria y la hizo correrse con más fuerza. Su vagina se aferró desesperada al miembro de Christopher al notar que también llegaba al orgasmo y eyaculaba dentro de ella.

Maria se derrumbó encima de él, completamente exhausta y satisfecha, y gimió al notar que le sujetaba las caderas y seguía moviéndose despacio en su interior hasta vaciarse por completo.

Por fin, y tras gemir una última vez, Christopher le soltó la cintura y la estrechó con fuerza contra su torso empapado de sudor.

Maria se llevó un puño a la boca para reprimir el llanto que amenazaba con sacudirla. Lo que sentía por Christopher ya era demasiado peligroso. Quería quedarse con él para siempre, allí acurrucada y protegida en sus brazos. Pero ¿cuánto de lo que había sucedido esa noche era real? ¿Cuántas cosas de las que había hecho él eran sólo un esfuerzo para conseguir su objetivo? ¿Christopher era de verdad como aparentaba? ¿O sólo estaba fingiendo para encontrar el modo de destruirla?

Tenía demasiadas preguntas y ninguna respuesta definitiva. Y con la vida de

Amelia pendiendo de un hilo no podía correr ningún riesgo.

Así que esperó a que la respiración de Christopher se regularizase y se tornase más profunda, revelando que estaba dormido. Entonces se apartó de él y salió de la cama.

—Adiós —le susurró, recorriendo con la mirada su cuerpo desnudo antes de darse la vuelta y salir de allí. La puerta de la habitación se cerró con un suave clic.

Maria fue al salón y, con manos temblorosas, consiguió ponerse lo que quedaba de su vestido, después cogió la daga con la que había herido a Christopher y se negó a respirar, porque tenía miedo de echarse a llorar si olía su aroma y todavía tenía que salir de la casa.

No recordaba haber bajado la escalera ni salido a la calle. ¿La había visto alguien? ¿Había llamado la atención de alguien? ¿Los secuaces de Christopher la habían visto en ropa interior? Maria no lo sabía y no le importaba. Había logrado mantener su dignidad.

Hasta que se metió en su carruaje y allí, a salvo, dejó que las lágrimas resbalasen libremente por sus mejillas.

El silencio de la noche fue interrumpido por el sonido de los cascos de unos caballos tirando de un carruaje por la calle adoquinada. La niebla se pegaba al suelo y enfriaba los pies del hombre que estaba con los hombros encogidos, sujetándose los extremos del cuello levantado de la chaqueta para retener un poco de calor.

El carruaje se detuvo y el hombre se acercó a él para mirar dentro. El interior del vehículo estaba incluso más oscuro que el exterior, para así ocultar la identidad de su ocupante.

—Dos hijas —susurró—. Los hombres de St. John han encontrado a la otra. Una joven de Lincolnshire.

—Necesito la dirección.

—Estos trabajos de última hora se pagan.

Lo apuntó el cañón de una pistola.

—Está bien. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó un papel mugriento, que entregó al ocupante del carruaje—. Cuando lo lea, verá que merece la pena.

Segundos más tarde, el hombre que seguía oculto asintió.

—Muy bien. Trato hecho, Bobby.

Y le lanzó una bolsa de monedas que el otro atrapó en el aire.

—¡Que Dios le bendiga! —masculló, saludándolo con el ala del sombrero antes de desaparecer entre las sombras.

El cochero volvió a avanzar con el carruaje.

En la oscuridad, Eddington se apoyó en el cojín del respaldo.

—Tráeme a esa chica antes de que lo haga St. John.

—Sí, milord. Me encargaré personalmente.

Amelia miró por la esquina de la casa y se mordió el labio inferior. Quería ver si Colin estaba por algún lado y suspiró aliviada al comprobar que no había nadie. Las voces y risas masculinas provenientes del establo le indicaron que tanto él como su tío estaban trabajando. Lo que significaba que podía salir de casa y dirigirse al bosque sin que nadie la viera.

Se estaba convirtiendo en una experta en el arte del subterfugio, pensó, mientras se escabullía entre los árboles, escondiéndose de los guardias que se encontraba de camino a la valla. Habían pasado dos semanas desde la maldita tarde en que vio a Colin con aquella chica en el callejón. Amelia lo evitaba desde entonces y se negó a hablar con él cuando Colin le pidió a la cocinera que fuera a buscarla.

Probablemente era una estupidez que confiase en no volver a verlo a nunca más, cuando sus vidas estaban tan entrelazadas, pero bueno, ella era una estúpida. No pasaba ni una hora del día sin pensar en él, pero si no lo veía, al menos podía mantener el dolor a raya. Además, no tenían por qué verse ni hablar, ni estar en el mismo lugar. Ella sólo utilizaba el carruaje cuando se mudaban de casa, e incluso entonces podía hablar sólo con Pietro, el cochero.

Esperó el momento perfecto y cuando éste llegó, lo aprovechó, saltó la valla y corrió hacia el riachuelo. Allí la estaba esperando Ware con botas de agua, sin chaqueta, y con las mangas de la camisa remangadas. El joven conde había cogido algo de color a lo largo de las últimas semanas y había dejado a un lado los libros para disfrutar un poco más del aire libre. Llevaba su pelo castaño recogido en una coleta y le sonreía a Amelia con los ojos. Era muy guapo, poseía las facciones aguileñas de las que había presumido la aristocracia durante siglos.

Ware no le aceleraba el corazón ni le provocaba calor en partes insospechadas del cuerpo, como le pasaba con Colin, pero era encantador y muy educado, además de atractivo. Amelia supuso que esa combinación lo convertía en el candidato perfecto para darle su primer beso. La señorita Pool le había aconsejado que esperase hasta que apareciese el joven adecuado, pero Colin ya había aparecido y él había elegido a otra.

—Buenas tardes, señorita Benbridge —la saludó el conde con una reverencia perfecta.

—Milord —contestó ella, levantando los extremos de la falda rosa para inclinarse.

—Hoy tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? —Abrió los ojos, impaciente.

A Amelia le encantaban los regalos y las sorpresas, porque casi nunca recibía ninguno de los dos. Su padre no perdía el tiempo con cosas tan insignificantes como

su cumpleaños u otra clase de ocasiones que supusieran un intercambio de presentes.

Wade le sonrió con indolencia.

—Sí, princesa. —Le tendió el brazo—. Ven conmigo.

Amelia se cogió del brazo de él y disfrutó de la oportunidad que le brindaba de practicar sus buenos modales. Ware era amable y paciente y siempre que ella cometía un error se lo señalaba y se lo explicaba. Amelia se sentía más sofisticada y más segura de sí misma. Ya no como una niña que fingía ser una dama. Ahora era como una dama que elegía disfrutar de su juventud.

Se alejaron juntos del riachuelo y caminaron hasta llegar a un claro. Allí, Amelia descubrió encantada una manta en el suelo y en un extremo de la misma una cesta de picnic llena de pasteles que desprendían un olor delicioso, así como de carnes surtidas y quesos.

—¿Cómo has conseguido organizar todo esto? —le preguntó sin aliento y emocionada por el detalle.

—Mi querida Amelia —dijo él con los ojos resplandecientes—, ya sabes quién soy y quién seré. Yo puedo conseguir todo lo que me proponga.

Ella tenía ciertas nociones de cómo funcionaba la nobleza y sabía que su padre, el vizconde, era muy poderoso. ¿Cuánto poder tenía Ware si su padre era marqués?

Abrió los ojos al pensarlo.

—Vamos —la urgió él—, siéntate y come un poco de tarta de melocotón mientras me cuentas cómo te ha ido el día.

—Mi vida es bastante aburrida —dijo ella con un suspiro al sentarse.

—Entonces cuéntame un cuento. Seguro que sueñas con algo.

Amelia soñaba con que su amante gitano de ojos negros la besara apasionadamente, pero jamás lo confesaría en voz alta. Se puso de rodillas e investigó el contenido de la cesta de picnic para ocultar su rubor.

—Me falta imaginación —masculló.

—Muy bien, entonces. —Ware se tumbó en la manta, con las manos entrelazadas detrás de la nuca, y se quedó mirando el cielo.

Amelia no lo había visto nunca tan tranquilo y sereno. A pesar de que iba vestido con ropa formal, como siempre —medias blancas y resplandecientes zapatos negros incluidos—, ahora estaba mucho más relajado que cuando lo conoció semanas atrás. Y Amelia se dio cuenta de que le gustaba ese nuevo conde y sintió un atisbo de placer al pensar que ella tenía algo que ver con el cambio.

—Al parecer, no me queda más remedio que contarte yo una historia —le dijo Ware.

—Qué bien. —Amelia se sentó y comió un poco de tarta.

—Érase una vez...

Ella observó cómo se movían los labios de él al hablar y se imaginó besándolos.

Una sensación triste y ya familiar le recorrió el cuerpo: la pena que sentía por abandonar su sueño de amor y darse permiso para sentir algo nuevo. Pero esa sensación aminoró al pensar en lo que Colin había hecho. Era evidente que a éste no le había dado mucha pena olvidarse de ella.

—¿Te gustaría besarme? —soltó de repente, limpiándose las migas de las comisuras de los labios.

Ware se detuvo a mitad de una frase y giró la cabeza para mirarla. Tenía los ojos completamente abiertos por la sorpresa, pero parecía más intrigado que enfadado.

—¿Disculpa? ¿Te he oído bien?

—¿Alguna vez has besado a una chica? —le preguntó ella, intrigada.

Ware era dos años mayor que ella, un año más joven que Colin. Y era más que probable que tuviese experiencia.

Colin desprendía peligro, una inquietud y una rebeldía que había seducido a la parte más inocente de Amelia. En cambio Ware era mucho más relajado, su atractivo residía en su fuerza interior, en la tranquilidad que desprendía al saber que tenía el mundo entero a su disposición. Aunque Amelia sentía algo muy profundo por Colin, era perfectamente capaz de admitir que el encanto calmado de Ware también la atraía.

Éste levantó ambas cejas.

—Un caballero no habla de esas cosas.

—¡Fantástico! Ya sabía yo que eras discreto —sonrió ella.

—Repíteme la pregunta —murmuró, observándola con atención.

—¿Te gustaría besarme?

—¿Es una pregunta hipotética o estamos hablando en serio?

Sintiéndose insegura de repente, Amelia apartó la vista.

—Amelia —dijo él en voz baja, consiguiendo que los ojos de ella volviesen a fijarse en los suyos.

Había mucha amabilidad en los de él, en su rostro patricio, y Amelia se sintió agradecida por ello. Ware se tumbó de lado y después se incorporó y se sentó.

—No es una pregunta hipotética —susurró ella.

—¿Por qué quieres que te bese?

Amelia se encogió de hombros.

—Porque sí.

—Entiendo. —Apretó los labios un segundo—. ¿Tal vez Benny también te serviría? ¿O uno de los lacayos?

—¡No!

Ware esbozó una lenta sonrisa que hizo que ella sintiese algo en el estómago. No se le retorció como cuando veía los hoyuelos de Colin, pero no había ninguna duda de que empezaba a ver a su amigo con nuevos ojos.

—Hoy no voy a besarte —le dijo Ware—. Quiero que te lo pienses bien. Si

cuando volvamos a vernos sigues queriendo que lo haga, lo haré.

Amelia arrugó la nariz.

—Si no te gusto, sólo tienes que decírmelo.

—Ah, mi impetuosa princesa —la tranquilizó él cogiéndole la mano y acariciándosela con el pulgar—. Das por hecho las cosas con la misma rapidez con que te metes en líos. Tienes que dejar de correr, preciosa Amelia. Si no, no te atraparé.

—Oh —suspiró ella al oír el tono sensual de su voz.

—Oh —repitió él.

Amelia volvió a casa con el estómago lleno de aquella maravillosa comida y convencida de que cuando volvieran a verse el guapo conde la besaría. Quedaron en que se reunirían al día siguiente y ella ya se estaba preparando mentalmente para volver a hacerle esa pregunta tan atrevida y para que Ware la contestase.

Si todo salía bien, tenía intención de pedirle otro favor: que mandase una carta en su nombre.

A Maria.

—¿Qué travesura estás planeando? —le preguntó la cocinera, cuando ella se coló por la puerta de servicio para así seguir evitando a Colin.

—Yo nunca planeo travesuras —se defendió Amelia, con los brazos en jarras para enfatizar la respuesta.

¿Por qué todo el mundo creía que le gustaba meterse en líos?

La cocinera se rio y entrecerró los ojos.

—Ya eres demasiado mayor para hacer travesuras.

Ella le sonrió de oreja a oreja. Era la primera vez que alguien le decía que era demasiado mayor para hacer algo en vez de demasiado joven.

—¡Gracias! —exclamó, antes de besar a la mujer en la mejilla y correr hacia la escalera.

En cuanto a días se refería, ése había sido casi perfecto.

Christopher tamborileó furioso con los dedos sobre la mesa de su despacho. Estaba mirando por la ventana y tenía la mente tan agitada como el cuerpo.

Maria lo había dejado. Aunque ella ya no estaba cuando él se despertó y, por tanto, no le había dicho nada al respecto, Christopher sabía que para ella su aventura había terminado.

Estuvo a punto de salir corriendo a buscarla de inmediato, pero al final se contuvo porque sabía que necesitaba un plan si quería seguir adelante. No podía entrar en casa de Maria hecho una furia y exigirle que tuviese una relación con él.

Ahora, horas más tarde, sintió un profundo alivio cuando alguien llamó a la puerta del despacho haciendo que se desviara el curso de sus pensamientos. Le dijo al

visitante que podía pasar y observó cómo se abría la puerta para dar paso a Philip.

—Buenas tardes —lo saludó el joven.

Christopher sonrió con tristeza.

—¿Lo son?

—Eso creo. Y tal vez coincidirás conmigo después de oír lo que tengo que contarte.

—¿Tú crees?

El chico se sentó frente a él.

—Lady Winter no tuvo ninguna relación íntima con lord Eddington en Brighton ni en ningún otro momento.

Curioso, Christopher le preguntó:

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque he pensado que te gustaría saberlo. —Philip frunció el cejo—. Si lo hubieras sabido antes de que ella viniera a verte esa noche, tal vez las cosas habrían sido distintas.

—¿Tú crees que quiero que hubiesen sido distintas?

Philip empezó a incomodarse y a sentirse confuso.

—Eso creo. Estás de mal humor desde que ella se fue y aunque yo estaba durmiendo cuando la dama abandonó esta casa, he oído decir que lady Winter salió de aquí muy afectada.

—¿Y de qué me sirve saber que no tuvo ninguna relación con Eddington cuando se vieron en Brighton? —Christopher se apoyó en el respaldo de la silla.

—No lo sé —farfulló Philip—. Si a ti te parece que esa información no es útil, entonces no vale la pena que sigamos hablando del tema.

—Está bien —dijo él, enfadado—, déjame reformular la pregunta. ¿Qué harías tú con esa información si estuvieras en mi lugar?

—Pero yo no estoy en tu lugar.

—Sígueme el juego.

Philip tomó aire y contestó:

—No sé si la supuesta relación entre Eddington y lady Winter es la causa de tu repentino ataque de melancolía, pero...

—Yo no tengo ningún ataque de melancolía —lo interrumpió Christopher.

—Ah... Sí. No es la palabra que buscaba. ¿«Estar alicaído» te parece mejor? —El chico se atrevió a mirarlo y se estremeció—. Lo llames como lo llames, si lady Winter y lord Eddington fuesen el motivo de mi estado de ánimo y me enterase de que en realidad apenas se han visto, deduciría que no existe ninguna relación íntima entre los dos.

—Sería una conclusión razonable.

—Sí, bueno... —carraspeó Philip—. Por lo tanto, dado que dichos encuentros

carecerían de sentido para mí, iría a ver a lady Winter y le pediría que me lo explicase.

—Ella nunca me ha contado sus secretos —dijo Christopher—. Ése es precisamente nuestro principal problema.

—Bueno... no puedes olvidar que ella te escribió una carta. Y que vino a verte. Yo eso lo interpretaría como una buena señal.

Christopher asintió.

—Ojalá lo fuera. Maria vino a verme para decirme adiós.

—Pero eso no implica que tú tengas que decírselo también, ¿no? —le preguntó Philip.

—No, pero probablemente sea lo mejor. Para los dos.

El chico se encogió de hombros. «Tú sabrás», fue probablemente lo que intentó decirle con ese gesto, pero lo acompañó con una mirada de reprobación.

Su lugarteniente no creía que hubiese agotado todas las opciones y Christopher supuso que tenía razón.

—Gracias, Philip —despidió al joven—. Te agradezco tu preocupación y tu sinceridad.

Él se alejó visiblemente aliviado.

Christopher se levantó y estiró los brazos. Le dolía todo el cuerpo después de contenerse tanto durante la noche de pasión con Amelia. Dios santo, esa mujer le había dado el mejor orgasmo de toda su vida a pesar de que alcanzarlo fue agri dulce. Aunque era la primera vez que ella se abría a él, Christopher también sintió que se estaba alejando.

—Maria —susurró en voz alta, acercándose a la ventana, desde donde podía ver la calle. Ella había ido hasta allí para verlo. Christopher apoyó la frente en el cristal; el calor que desprendía su cuerpo lo empañó y las preguntas sin respuesta siguieron embotándole la mente.

En realidad esas respuestas no le hacían falta. Su relación no podía llegar a ninguna parte. Lo mejor sería terminarla de aquel modo tan desafortunado. Si no estaba con ella, podría seguir adelante con la misión: encontrar pruebas contra Maria y entregarla a Sedgewick.

¿Por qué proseguir la relación?

Alguien llamó a la puerta.

—Lord Sedgewick viene a visitarlo —dijo una voz a su espalda.

La ironía casi lo hizo reír.

Christopher tardó unos segundos en recomponerse y apartar la frente del cristal. Volvió al escritorio y se sentó a esperar que entrase el vizconde.

—Milord —lo saludó secamente, negándose a levantarse.

Sedgewick apretó los labios ante el insulto y se sentó en la misma silla que antes

había ocupado Philip. Colocó un tobillo encima de la rodilla de la pierna opuesta y se puso cómodo, como si se tratase de una visita social.

—¿Tiene algo para mí o no? —preguntó sin rodeos—. Tanto usted como lady Winter han estado fuera de Londres dos semanas. Seguro que han averiguado algo durante todo ese tiempo.

—Da por hecho que estábamos juntos.

Sedgewick entrecerró los ojos.

—¿No lo estaban?

—No. —Christopher sonrió al ver que el otro hombre enrojecía—. ¿A qué viene tanta prisa? —le preguntó, cogiendo un poco de rapé de la cajita que tenía en la mesa con toda la tranquilidad del mundo—. Los difuntos esposos de lady Winter llevan años muertos. ¿Qué importancia tienen unas cuantas semanas más?

—Mi agenda no es de su incumbencia.

Christopher escudriñó al noble con la mirada y susurró:

—Usted quiere algo, ¿tal vez un cargo superior dentro de la agencia? Y se le está acabando el plazo para conseguirlo, ¿me equivoco?

—Lo que se me está acabando es la paciencia. Le advierto que no es una de mis virtudes.

—¿Acaso tiene alguna?

—Más que usted. —Sedgewick se puso en pie—. Un semana, ni un día más. Entonces volverá a Newgate y encontraré a otro que esté dispuesto a cumplir el encargo.

Christopher sabía que podía ponerle punto final a aquella farsa en aquel preciso instante. Podía prometerle a Sedgewick que le llevaría un testigo que implicaría a Maria en los asesinatos. Pero las palabras no salieron de su boca.

—Que tenga un buen día, milord —dijo, y su buen humor enfureció al estirado vizconde, que se llevó sus encajes de seda y sus joyas a otra parte.

Una semana. Christopher echó los hombros hacia atrás y supo que había llegado el momento de tomar una decisión. Dentro de poco los hombres que había enviado a investigar a esa chica llamada Amelia volverían con noticias. Con un poco de suerte, Beth averiguaría algo sobre Welton. Y el joven que habían infiltrado en casa de Maria se pondría en contacto con él para contarle lo que había descubierto.

Christopher tenía mucha información pendiente de recoger. No era propio de él retrasar las cosas. Pero desde la noche en que se acostó con Maria por primera vez no era el de siempre.

¿Qué le había hecho Maria?

Volvió a hacerse esa pregunta cuando le entregó las riendas de su caballo al mozo de cuadra que salió a recibirlo delante de casa de Maria. Subió los escalones que conducían hasta la puerta como si fuera un hombre condenado a muerte y no lo

sorprendió lo más mínimo que le dijeran que ella no estaba en casa.

Se dijo que tenía que irse y sin embargo de su boca salió la siguiente frase:

—Voy a entrar. El modo en que lo haga depende enteramente de usted.

El atribulado mayordomo se apartó y Christopher enfiló la escalera, asustado y al mismo tiempo impaciente por verla. Ojalá apareciese Quinn y pudiese desahogarse peleando con él. Ni siquiera le importaba no estar en buena forma física. Si recibía un par de puñetazos, tal vez dejaría de pensar en Maria y eso era lo que quería, dejar de sentir aquella locura.

Cuando llegó al segundo piso, se encontró con un rostro muy familiar, aunque no pertenecía a Quinn.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Tim, observando que su ex-secuaz llevaba el pelo recogido y que se había afeitado la barba.

—Bien.

Christopher asintió para darle su aprobación y dijo:

—Asegúrate de que no nos molesta nadie.

—Por supuesto.

Se acercó a la puerta de Maria y levantó la mano para llamar, pero luego se lo pensó mejor y, tras bajar el picaporte, entró sin avisar. Se detuvo en el umbral y la vio de pie frente a la ventana. Como buena seductora que era iba en *déshabillé* y su sensual figura resultaba visible a través de la delgada tela de la camisola. A Christopher se le hizo un nudo en la garganta al ver su pequeño cuerpo enmarcado por las cortinas. Pero de algún modo consiguió aflojarlo lo suficiente para decir:

—Maria.

Ella tensó los hombros y la vio coger aire.

—Cierra ambas puertas —le dijo sin darse la vuelta para mirarlo, como si lo hubiese estado esperando—. Simon no tardará en regresar y quiero resolver esto antes de que nos interrumpen.

El aire en aquella habitación era opresivo por culpa de las palabras que no se habían dicho. Sin embargo, cuando Christopher echó los dos cerrojos, sintió como si le hubiesen quitado un peso de encima; sólo porque estaba en el mismo espacio que Maria.

Se acercó a ella, pero se detuvo a unos pasos de distancia.

Maria por fin se volvió para mirarlo y Christopher pudo ver los círculos negros que tenía bajo los ojos rojos. Estaba exhausta de llevar todo aquel peso sobre los hombros.

—Esperaba que te mantuvieras lejos de mí.

—Deseo alejarme de ti.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Porque a ti te deseo más.

Maria levantó una mano y se la llevó al corazón.

—No podemos tener a aquellos a quienes queremos. La gente con una vida como la nuestra jamás se enamora.

—¿Tú estás enamorada?

—Ya sabes la respuesta —se limitó a decirle ella.

No había nada en su rostro ni en su mirada que le indicase a Christopher qué sentía por él.

Se notaba nervioso y una gota de sudor le resbaló por la sien.

—Esa noche que fui a tu habitación y que estuvimos juntos...

Maria volvió a mirar por la ventana.

—Es un recuerdo que atesoraré para siempre. Adiós, señor St. John. —Su voz carecía por completo de emoción.

Él se quedó quieto. Su mente le decía que se fuera y sin embargo sus extremidades se negaban a colaborar. Sabía que ella tenía razón, que lo mejor para ambos era que se fuera y que los dos siguiesen con sus vidas por separado, como si no se hubiesen conocido nunca. Pero no se marchó, sino que caminó hacia Maria y no se detuvo hasta quedar detrás de ella y rodearla con los brazos.

En cuanto la tocó, Maria empezó a temblar. Christopher recordó aquella primera noche en el teatro, cuando la abrazó de un modo similar. En aquella ocasión ella permaneció tranquila y calmada. La mujer vulnerable que tenía ahora entre los brazos había vuelto a la vida gracias a él.

—Christopher... —La tristeza de su voz lo destrozó.

—Déjame ir —le pidió él con la voz quebrada y la nariz escondida en el pelo de ella—. Déjame ir.

Maria sollozó y se volvió entre sus brazos para poder besarlo con todas sus fuerzas.

Convirtiéndolo en su prisionero.

Amelia atravesó corriendo el bosque de lo ansiosa que estaba. Tal vez fuera una tontería que se sintiese tan emocionada por un beso planeado y que no iba a ser fruto de un instante de pasión, pero la idea la hacía feliz de todos modos. Y también estaba nerviosa por la carta que llevaba en el bolsillo. La noche anterior se había quedado despierta hasta tarde, buscando las palabras exactas para escribirle a su hermana. Al final optó por ser breve y directa y le dijo a Maria que le pidiese a lord Ware que organizase un encuentro entre las dos.

Había llegado a la valla. Tras asegurarse de que el guardia estaba lo bastante lejos como para no verla, Amelia corrió hacia ella. No vio al hombre oculto tras un árbol y cuando un brazo de acero le rodeó la cintura y una mano le tapó la boca, se asustó y se puso a gritar contra aquella palma.

—Tranquila —susurró Colin, atrapándola con su cuerpo contra el tronco de un árbol.

Con el corazón descontrolado, Amelia lo golpeó en el torso con los puños por haberle dado aquel susto de muerte.

—Para —le ordenó él, apartándola del árbol para zarandearla, con los ojos fijos en los suyos—. Siento haberte asustado, pero no me has dejado otra opción. No quieres verme, no quieres hablar conmigo...

Amelia dejó de forcejear cuando Colin la abrazó y la pegó a su cuerpo, fuerte y musculoso, y completamente desconocido para ella.

—Voy a apartar la mano. No grites o alertarás a los guardias.

Colin la soltó y se separó de ella tan rápido que cualquiera diría que era una criatura maloliente o algo mucho peor. Por su parte, Amelia enseguida echó de menos el olor que siempre desprendía Colin, a caballos y a hombre.

Los rayos del sol iluminaron la melena negra y las atractivas facciones del joven. Amelia odió que se le encogiese el estómago nada más verlo y que el corazón volviese a dolerle en el pecho. Él estaba muy guapo con aquel jersey de color avena y el pantalón marrón; ese atuendo le daba un aspecto muy peligroso.

—Quería decirte que lo siento —dijo él serio y con la voz ronca.

Amelia se quedó perpleja.

Él soltó el aire entre los dientes y se pasó las manos por el pelo.

—Ella no significa nada.

Amelia se dio cuenta entonces de que Colin no se estaba disculpando por haberla asustado.

—Qué bonito —le contestó, incapaz de contener la amargura—. Me alegra ver que me rompiste el corazón por una chica que no significa nada para ti.

Colin hizo una mueca de dolor y levantó las palmas hacia ella.

—Amelia, tú no lo entiendes. Eres demasiado joven, has llevado una vida demasiado protegida.

—Sí, lo entiendo, ya veo que has encontrado a una chica mayor y menos protegida que te comprende mucho mejor que yo. —Pasó caminando por su lado—. Yo también he encontrado a un chico mayor que me comprende. Tanto tú como yo estamos felices y contentos, así que...

—¿Qué?

La voz baja y furiosa de Colin la sorprendió y se sobresaltó cuando él la cogió por los hombros.

—¿Quién es? —Tenía el rostro tan tenso que daba miedo—. ¿Es ese chico del riachuelo? ¿Benny?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó sobreponiéndose—. Tú la tienes a ella.

—¿Por eso vas así vestida? —La recorrió de arriba abajo con su ardiente mirada—. ¿Por eso ahora te recoges el pelo? ¿Por él?

Dado que pensó que la ocasión lo merecía, esa mañana Amelia había decidido ponerse uno de sus vestidos más bonitos, uno de color azul oscuro con pequeñas flores rojas bordadas.

—¡Sí! Él no me considera una niña.

—Porque todavía es un niño. ¿Lo has besado? ¿Te ha tocado?

—Sólo tiene un año menos que tú. —Levantó el mentón—. Y es conde. Es un caballero. A él no lo pillarán nunca en un callejón, haciéndole el amor a una chica.

—Eso no era hacer el amor.

—A mí me lo pareció.

—Porque tú no sabes de qué hablas.

Apretó nervioso los dedos sobre los hombros de Amelia, como si no pudiera soportar tocarla y tampoco dejar de hacerlo.

—Y supongo que tú sí, ¿no?

Colin apretó la mandíbula para no responder a esa provocación.

¡Oh, eso a Amelia le dolía! Saber que allí fuera había alguien a quien Colin amaba. Su Colin.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —preguntó ella e intentó soltarse, pero no le sirvió de nada. Él la sujetó con más fuerza. Necesitaba alejarse. No podía respirar cuando Colin la tocaba, apenas podía pensar. Lo único que se colaba por sus saturados sentidos era el dolor y la pena—. Te he olvidado, Colin. Me he mantenido fuera de tu camino. ¿Por qué tienes que volver a molestarme?

Él levantó una mano y la sujetó por la nuca para acercarla a él. Su torso subía y bajaba pegado al de ella y Amelia sentía algo extraño en los pechos: le dolían y hormigueaban al mismo tiempo. Dejó de forcejear, porque tenía miedo de cómo reaccionaría su cuerpo si seguía haciéndolo.

—Te vi la cara —murmuró Colin con torpeza—. Te hice daño y yo nunca he querido hacerte daño.

A ella los ojos se le llenaron de lágrimas, pero parpadeó, decidida a contenerlas.

—Amelia. —Él apoyó la mejilla en la de ella y su voz se impregnó de dolor—. No llores. No puedo soportarlo.

—Si es así, suéltame. Y mantente alejado de mí. —Tragó saliva—. O, mucho mejor, tal vez podrías encontrar un trabajo mejor en alguna otra parte. Eres un buen trabajador y...

Colin la rodeó por la cintura con un brazo.

—¿Quieres mandarme lejos de ti?

—Sí —susurró Amelia, aferrándose a su jersey—. Sí, eso es lo que quiero.

Cualquier cosa con tal de no volver a verlo con otra chica.

Colin le pasó la nariz por el pelo.

—Un conde... Tiene que ser lord Ware. Maldito sea.

—Es bueno conmigo. Me habla, sonrío cuando me ve. Hoy va a darme mi primer beso. Y estoy...

—¡No! —Colin se apartó, las pupilas se le habían dilatado tanto que habían engullido los iris y sus ojos eran dos atormentadas lagunas negras—. Tal vez él tendrá todo lo que yo jamás podré tener, incluso a ti. Pero juro por Dios que no me arrebatará esto.

—¿Esto?

Y sin decir nada más, le devoró la boca, dejándola tan atónita que Amelia ni siquiera pudo moverse. No entendía qué estaba pasando ni por qué Colin se comportaba de esa manera. ¿Por qué había ido a buscarla precisamente ese día y por qué la estaba besando como si se muriera por ella?

Colin ladeó la cabeza y sus labios se adaptaron a los de ella; le acarició la mandíbula con los pulgares y le suplicó que entreabriese un poco la boca. Amelia se estremeció violentamente, el anhelo que sentía iba a derribarla. Tenía miedo de estar soñando o de haber perdido por completo la cabeza. Abrió la boca y se le escapó un gemido cuando la lengua de Colin, suave como el terciopelo, se deslizó hacia su interior.

Asustada, dejó de respirar cuando él empezó a murmurarle palabras cariñosas. Su amado Colin le acarició los pómulos con la yema de los dedos.

—Déjame hacer —le susurró él—. Confía en mí.

Amelia se puso de puntillas y lo abrazó, deslizando las manos por su sedosa melena. Ella no tenía experiencia, así que siguió el ejemplo de Colin, dejó que le devorase la boca y al cabo de unos instantes se atrevió a mover la lengua y buscar la de él.

Colin gimió, un sonido lleno de deseo y de necesidad. Sujetó la cabeza de Amelia

con las manos y la movió para besarla mejor.

El beso se hizo más profundo, la respuesta de Amelia más ardiente. Un cosquilleo le recorrió la piel, erizándosela. Empezó a sentir una extraña impaciencia en el estómago, así como la llama de la esperanza.

Una de las manos de Colin se deslizó hacia su espalda y la cogió por las nalgas para pegarla más a su cuerpo. Amelia notó su dura erección y un profundo anhelo floreció en su interior.

—Amelia..., cariño. —Le pasó los labios por la cara y enjugó sus lágrimas con sus besos—. No deberíamos estar haciendo esto.

Pero siguió besándola y besándola y moviendo las caderas contra las suyas.

—Te amo —susurró ella—. Hace tanto tiempo que te amo...

Él la interrumpió, colocando los labios sobre los suyos; la pasión fue creciendo y las manos de Colin acariciaron los brazos de Amelia. Ésta se apartó sólo cuando necesitó respirar.

—Dime que me amas —le suplicó, con la respiración entrecortada—. Tienes que amarme. Oh, Dios, Colin... —Frotó la cara todavía húmeda por las lágrimas con la de él—. Has sido tan cruel conmigo, tan malo.

—No puedo tenerte. Tú no deberías amarme. No podemos...

Colin se apartó de ella con una maldición.

—Eres demasiado joven para permitirme que te toque así. ¡No! No digas nada más, Amelia. Soy un criado. Y siempre seré un criado. Y tú siempre serás la hija de un vizconde.

Ella se rodeó la cintura con los brazos. No podía dejar de temblar, era como si tuviera frío en lugar del calor ardiente de segundos antes. Se notaba la piel tirante, tenía los labios hinchados y palpitantes.

—Pero tú me amas, ¿no? —le preguntó con voz insegura, a pesar del esfuerzo que estaba haciendo por que sonara firme.

—No me lo preguntes.

—¿Ni siquiera puedes darme eso? Si no puedo tenerte, si nunca vas a ser mío, ¿no puedes al menos decirme que tu corazón me pertenece?

Colin soltó el aliento, exasperado.

—Creía que sería mejor que me odiases. —Levantó la cabeza hacia el cielo con los ojos cerrados—. Pensaba que si me odiabas tal vez yo dejaría de soñar.

—¿De soñar con qué? —Dejando a un lado la cautela, se acercó a él y deslizó los dedos por debajo del jersey para tocarle los músculos del abdomen.

Colin le cogió la muñeca y la miró.

—No me toques.

—¿Es esto lo que sueñas? —le preguntó ella en voz baja—. ¿Sueñas que me besas como lo has hecho hace un instante y que me dices que me amas más que a

nada en el mundo?

—No —gruñó él—. Mis sueños no son dulces ni románticos, ni tampoco femeninos. Son los sueños de un hombre, Amelia.

—¿Como lo que le hiciste a esa chica? —Le tembló el labio inferior y se lo mordió para disimular. La mente se le llenó de aquellas imágenes tan dolorosas y empeoró la extraña sensación que embargaba su cuerpo y las súplicas de su corazón —. ¿También sueñas con ella?

Colin volvió a abrazarla.

—Nunca sueño con ella.

Entonces la besó, esta vez con menos fuerza y menor impaciencia que antes, pero con la misma pasión. Los labios de Colin se posaron en los de ella como las alas de una mariposa y le deslizó la lengua hacia dentro para luego retirarla despacio. Fue un beso reverente y el sediento corazón de Amelia se empapó de él como el desierto de la lluvia.

—Esto es hacer el amor, Amelia —susurró Colin, sujetándole el rostro entre las manos.

—Dime que a ella no la besas así —sollozó Amelia, clavándole las uñas en la espalda a través del jersey.

—No beso a nadie así. Nunca he besado a nadie de este modo. —Apoyó la frente en la de ella—. Sólo a ti. Siempre has existido sólo tú.

—Maria.

El sonido de su nombre pronunciado por la voz ronca de Christopher la hizo gemir de anhelo y de miedo al mismo tiempo. Él la oyó y la abrazó con más fuerza, moviendo los labios con impaciencia encima de los de ella.

Maria no sabía qué hacer con los sentimientos que le despertaba, era una extraña mezcla de deseo infinito que iba más allá de lo físico y también una titilante esperanza, como si de aquella aventura pudiese nacer algo maravilloso.

—He deseado que estuvieras a mi lado esta mañana cuando me he despertado —le dijo él, con los brazos alrededor de ella.

Maria se quedó mirando sus adustas y atractivas facciones y se dio cuenta de que estaba más pálido de lo habitual y de que parecía muy cansado.

—Y a mí me habría gustado estar, pero esto —señaló el espacio entre los dos— no puede seguir.

—Tal vez hiciste bien al irte. De lo contrario, quizá nunca habría sabido lo que sentiría al perderte de verdad.

Maria levantó la cabeza y puso un dedo encima de los labios temblorosos de Christopher para detener aquella confesión tan íntima. Tembló cuando él le cogió la muñeca y le dio un ardiente beso en la palma. ¿Qué le había pasado al pirata que

había conocido en el teatro? Físicamente parecía el mismo hombre, quizá un poco desmejorado, pero los ojos que la miraban eran completamente distintos. Y familiares al mismo tiempo. Se quedó contemplándolo largo rato, intentando averiguar qué era lo que sentía en el estómago. Y entonces lo comprendió de repente y se asustó.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, preocupado.

Maria apartó la mirada y buscó algo en aquel dormitorio, lo que fuera, que la anclase al presente.

Christopher la sujetó por los hombros impidiéndole escapar.

—Dímelo, por Dios, ya hay bastantes secretos entre los dos. Demasiadas cosas por decir. Eso nos está matando.

—No existe un «nos» —susurró Maria cogiendo aire entre los dientes apretados; pero, al hacerlo, el olor a bergamota le saturó los sentidos. El olor a Christopher.

—No sabes cuánto desearía que eso fuera cierto —le dijo él en voz baja, agachando la cabeza para besarla.

Separó los labios un segundo antes de tocar los de ella, deslizó las manos por el escote de la camisola y le tocó un pecho desnudo. Maria gimió al sentir el calor expandiéndose en su interior y Christopher aprovechó para penetrarla más profundamente con la lengua.

Sus expertos dedos le atormentaron el pezón, se lo pellizcaron, lo masajearon, y tiraron de él hasta que a ella le temblaron las rodillas.

Y entonces Christopher la cogió en brazos y la levantó del suelo para llevarla a la cama.

—¿Cómo le pondremos punto final a lo nuestro si volvemos a hacer el amor? —le preguntó Maria, con la cara oculta en el hueco del hombro de él.

—Esa pregunta exige una respuesta lógica —murmuró él, tumbándola en la cama con cuidado. Se inclinó hacia ella, apoyándose con las manos a ambos lados de sus caderas, antes de esbozar una sonrisa que Maria fue incapaz de resistir—. Pero lo que hay entre nosotros nunca ha tenido lógica. La desafía.

A ella la emocionó su ternura y el corazón le latió tan rápido que de repente fue incapaz de mirar la emoción que había en los ojos de él y cerró los suyos.

Notó que el colchón se movía y adivinó que Christopher se había sentado a su lado. Sus dedos se deslizaron por su garganta hasta el valle entre sus pechos.

—Háblame —le pidió él.

—Prefiero...

Christopher le cubrió un pecho con la mano y el calor que irradiaba de él se propagó a través del cuerpo de Maria. Arqueó la espalda sorprendida por el placer y abrió los ojos.

Christopher volvió a sentarse y se quitó la chaqueta de seda.

—Dímelo antes de que se me ocurran métodos más persuasivos para hacerte

confesar.

—Soy una mujer adulta, pero tú me haces sentir como una adolescente —confesó ella, sintiendo todo lo que probablemente sentía una chica de la edad de Amelia: miedo, curiosidad, ansia, impaciencia. Se notaba un hormigueo en el estómago a pesar de que sabía perfectamente qué sucedía entre un hombre y una mujer.

Pero esta vez iba a ser distinto. Esta vez sentiría algo que no había sentido nunca antes.

Christopher arqueó una ceja y empezó a desabrocharse los botones de marfil del chaleco.

—Mi primera experiencia sexual fue en la pared de un callejón mugriento. Ella era diez años mayor que yo y una prostituta muy solicitada. Yo fingí ante mis hombres que tenía mucha experiencia, pero ella adivinó la verdad y se ocupó de todo. Me cogió de la mano, me llevó afuera y se levantó la falda. Yo, evidentemente, estaba decidido a mantener mi versión, así que me la follé con todas mis fuerzas y no me detuve hasta que todos y cada uno de mis hombres la oyeron gritar de placer.

A pesar de que adoptó un tono de voz ligero, Maria detectó algo bajo sus palabras que la emocionó profundamente. ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo se había convertido en el amante que ahora se estaba desnudando en su dormitorio? Un hombre que había ido a su encuentro, igual que ella había ido al de él, y que estaba intentando salvar una relación que no tenía porvenir.

Christopher se puso en pie y se quitó el chaleco y después la camisa, el pantalón, los zapatos y las medias. Se acercó a la cama deliciosamente desnudo y se tumbó al lado de Maria. Se colocó de costado y la movió a ella para ponerla en una postura similar a la de la última vez. Cuando lo hubo conseguido, suspiró profundamente satisfecho.

Con la mano sobre el corazón de Christopher, Maria miró a través de la ventana y durante un segundo disfrutó de la sensación de sentirse protegida del mundo entero.

—Así que dime —murmuró él, con los labios pegados al pelo de ella—, ¿a qué te refieres cuando dices que te sientes como una adolescente?

«Si no podemos hablar del presente, sólo nos queda el pasado».

—Dayton era mucho mayor que yo —le dijo y su aliento acarició el vello dorado del torso de Christopher.

—Eso he oído.

—Estaba muy enamorado de la primera lady Dayton, pero aunque ése no hubiese sido el caso, creo que mi edad también lo habría incomodado y jamás me habría tocado.

—¿Ah, no?

Maria notó la expectación, la curiosidad corriendo por el cuerpo de Christopher.

—Pero yo era una joven muy curiosa y...

—De sangre caliente —sugirió él, besándola cariñosamente en la cabeza. Beso que ella le devolvió dándole uno en el pecho—. No trates de distraerme —la riñó—. Antes tienes que terminar tu historia.

—Dayton se preocupó por mí y se dio cuenta de que yo cada vez me fijaba más en los jóvenes que había a mi alrededor. Un día me preguntó si había algún sirviente que me gustara en especial.

—¿Y se lo dijiste? —Christopher le levantó la cabeza para que pudiese ver que había enarcado ambas cejas.

—Al principio no. Estaba muerta de vergüenza.

Y todavía lo estaba, a juzgar por el rubor que le teñía las mejillas.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas —murmuró él.

—No te rías de mí o no terminaré la historia.

—No me río.

—¡Christopher!

Él le sonrió y al brillarle los ojos pareció mucho más joven de lo que era. No le recordó a un adolescente, ni mucho menos. Un hombre que había visto y hecho lo que Christopher St. John nunca podría recuperar el aire inocente de la juventud, pero el modo en que se le transformó el semblante con aquella sonrisa afectó a Maria profundamente. Ese cambio era por ella.

Maria le tocó la mejilla con reverencia y la sonrisa de él se desvaneció al mismo tiempo que le ardía la mirada.

—Date prisa y termina la historia —le pidió.

—Un día, Dayton me mandó llamar y me dijo que quería que me reuniese con él en su casa de soltero. No era una petición inusual. —Allí era donde su primer esposo estudiaba los mapas y descifraba códigos secretos, lejos de los ojos de los sirvientes—. Pero cuando llegué, no era él quien me estaba esperando, sino el lacayo que me gustaba.

—Un bastardo con suerte —dijo Christopher.

Maria volvió a apoyar la mejilla en su torso y le puso una mano sobre la cadera.

—El chico fue bueno y paciente conmigo. Aunque él también era joven y obviamente estaba excitado, se ocupó de mí antes de pensar en sí mismo. Fue un modo excepcional de perder la virginidad.

Christopher se volvió, atrapando a Maria debajo de él. La miró con pasión.

—Me siento un poco idiota, porque sigo sin entender qué tiene que ver lo de hoy con que te sientas como una adolescente.

Maria apretó los labios, temerosa de confesarle algo más.

—Veo que no me queda más remedio que recurrir a la coacción.

Deslizó una mano entre los dos y le apartó la camisola para desnudarle los pechos. Después dejó que el vello de su torso la acariciase.

—Dios —masculló Christopher, apoyando ahora todo el peso en una mano para poder tocarle un pezón con la otra—. Eres tan hermosa.

—Hablas la lengua del diablo —se burló ella, besándole el mentón antes de separar las piernas para que él pudiese colocarse entre ellas.

—Te gusta mi lengua —le recordó él, seductor—. Y estoy dispuesto a utilizarla para hacerte confesar. Ahora dime por qué te sientes como una adolescente y así podremos dedicarnos a asuntos más importantes.

—¿Con una amenaza como ésta de verdad crees que tengo algún incentivo para hablar?

Christopher le mordió el labio inferior.

—Muy bien, entonces tendré que deducirlo basándome en lo que me has dicho. Estás nerviosa, pero también sientes deseo. Sorpresa acompañada de impaciencia. Inseguridad, pero al mismo tiempo certeza. No quieres estar conmigo pero tampoco sin mí. —Le sonrió—. ¿Qué tal voy?

Maria levantó la cabeza y le acarició la nariz con la suya.

—Supongo que la primera vez todo el mundo siente lo mismo.

—Yo no sentí nada por el estilo —se burló él—. Lo único que sentí fue el deseo de correrme. Mis sentimientos no intervinieron para nada.

Maria levantó las cejas.

—Entonces ¿cómo sabes cómo me siento?

—Porque... —susurró, acercando los labios a los de ella— yo me siento igual.

Maria gimió suavemente cuando Christopher le dio aquel beso tan sensual, un beso sin prisas y sin urgencia con el que la saboreó como si fuese un manjar delicioso. Deslizó la lengua entre sus labios y después la retiró despacio, lamiéndola profundamente. Mientras, con una mano le tocaba un pecho, se lo acariciaba, le tiraba del pezón con los dedos y la excitaba sin remedio.

Ella se estremeció debajo de él, estaba tan enardecida que no podía estarse quieta, su cuerpo no podía dejar de moverse.

—Maria.

Dios, cómo le gustaba la manera que tenía Christopher de decir su nombre, con tanta pasión que le robaba el aliento.

Pasó las manos por la espina dorsal de él y le acarició la espalda. Tenía los músculos tan duros que no consiguió moverlo cuando intentó acercárselo.

Eso era lo que Maria quería cuando volvió de Brighton, esa pasión tan íntima mezclada con deseo. A diferencia de Simon, Christopher no se había alejado cuando ella se lo había pedido. El pirata la había obligado a admitir la verdad, a aceptarlo a su lado... a aceptar su placer.

Christopher se apartó de repente, tenía la respiración errática y entrecortada y le temblaba todo el cuerpo. Apoyó una mejilla en la de ella y le preguntó emocionado:

—¿Tienes alguna idea de lo que me haces?

La desesperación de su voz llenó los ojos de Maria de lágrimas.

—¿Se parece a lo que me haces tú a mí?

La ardiente boca de Christopher le succionó el cuello de un modo muy erótico.

—Maldita sea, eso espero. No creo que pudiera soportar ser el único que se siente de este modo.

Maria levantó las manos hasta los hombros de él y lo empujó. Christopher se quejó y siguió besándole el cuello, pasándole la lengua por encima del pulso una y otra vez.

—Deja que te haga lo mismo en el pene —le susurró ella al oído.

Él levantó la cabeza y la miró con sus ojos insondables.

—Sí.

Se tumbó de espaldas y la colocó encima de él. Sujetándola con una mano en la nuca, la besó. Un beso duro y rápido para darle las gracias.

El gesto hizo sonreír a Maria, que se deslizó por el cuerpo de Christopher con movimientos lentos y deliberados. Acercó la boca al torso de él y le acarició los pezones, atormentándolo de un modo similar a como él lo había hecho antes. Christopher se tensó, aguantó la respiración y esperó. Maria deslizó la lengua por su pecho y le arrancó un gemido.

—No te entretengas —le suplicó con voz ronca—. Te necesito.

Maria se apiadó y bajó hasta colocarse entre sus muslos, que él tenía ya separados. Sus músculos se contraían en espasmos por culpa de la tensión que intentaba contener. Ella observó los testículos, pesados y apretados contra el cuerpo, ansiosos por seguir sintiendo placer. El pene de Christopher, ancho y duro, se erguía hacia arriba. Maria sopló sobre éste hasta hacerlo temblar y una gota de semen escapó del prepucio.

—Delicioso —suspiró ella, mientras cogía el falo y se lo acercaba a la boca.

Cuanto más próximo estaba a sus labios, más gotas de semen resbalaban por la punta y se deslizaban por la vena que lo recorría. Maria sacó la lengua y la apoyó plana encima de la punta para lamerlo despacio hasta limpiarlo.

—¡Ah! —Christopher cerró los puños encima de la sábana y tensó el cuello. Cayeron más gotas de semen, que recorrieron el pene hasta el valle que había creado ella con los dedos. Christopher la observó con los ojos hambrientos—. Maria —susurró con urgencia.

Ella se tumbó junto a él a la altura de su miembro.

—Ponte de lado —le pidió.

Con los dos de costado, mirándose el uno al otro a pesar de que Maria estaba mucho más cerca de los pies de la cama que Christopher, ella cogió su erección y se la llevó a los labios para poder succionarla. Sujetó las caderas de Christopher para que no se moviese y él soltó una maldición, estremeciéndose con violencia. Maria deslizó la lengua arriba y abajo por la zona más sensible del prepucio. El gemido que escapó de Christopher fue ronco y atormentado y por un instante ella tuvo ganas de llorar. Estaban demasiado unidos emocionalmente, podían hacerse mucho daño el uno al otro. Ella quería darle todo el placer que fuera capaz, quería proporcionarle al menos esa felicidad, en medio de las desdichas que los rodeaban.

Cerró los ojos y succionó la punta del pene y después le pasó la lengua para capturar todas las gotas de semen que lo cubrían profusamente.

—Dios —siseó él, sujetándole la cabeza con las manos para mantenerla quieta, al tiempo que levantaba las caderas.

Maria le cogió los testículos y los hizo rodar con cuidado. Las manos de Christopher la apretaron hasta hacerle daño y a ella se le erizaron los pezones y notó que su sexo se humedecía de deseo.

Succionó con fuerza y apretó la boca tanto como pudo hasta hacerlo estremecer.

—Sí... Maria...

Ella se entregó a él igual que había hecho Christopher al ir allí a buscarla. Sólo movía la boca, manteniendo el resto del cuerpo completamente inmóvil, y dejó que fuese él quien marcara el ritmo. Christopher siguió gimiendo, gritando y temblando y las palabras que salían de su garganta eran cada vez más guturales, a medida que

aumentaba también el fervor con que penetraba la boca de Maria.

Pronto los labios de ella estuvieron húmedos de semen y de saliva y el pene de él siguió creciendo en el interior de su boca. Christopher soltó una maldición y se apartó; la tensión que dominaba su cuerpo evidenció lo poco que le faltaba para llegar al final. Volvió a entrar profundamente dentro de la boca de Maria y entonces se quedó petrificado y gritó al alcanzar el orgasmo y perder la cordura.

El sabor salado y ardiente del semen llenó la boca de ella, que siguió lamiéndolo, succionándolo, masturbándolo y apretándole los testículos con fuerza. Christopher intentó apartarse, huir, pero Maria lo retuvo cautivo y lo poseyó, lo obligó a rendirse y le hizo farfullar incoherencias.

—No... Maria... Dios... santo... sí... no... más... no... más... —Hasta que por fin susurró una súplica—: No pares...

Lo dejó seco, no dejó de mover las manos ni la boca hasta que a Christopher le desapareció por completo aquella dolorosa erección y su pene se suavizó despacio encima de su lengua.

—Por favor —le suplicó él dejando caer las manos, inertes, a ambos costados del cuerpo, visiblemente exhausto—. No puedo más.

Maria lo dejó ir y se lamió los labios. Su cuerpo se quejó por el deseo que corría por sus venas, pero al mismo tiempo se sentía profundamente satisfecha.

Christopher la estaba observando con los ojos desenfocados y con la cara sonrojada y cubierta de sudor.

—Ven aquí —le pidió con voz ronca y los brazos abiertos.

Maria se arrastró por el colchón hasta su lado y apoyó la mejilla encima del corazón acelerado de él. Cerró los ojos y respiró hondo. La respiración de Christopher se fue relajando y perdiendo intensidad hasta que se quedó dormido. Ella estaba a punto de hacer lo mismo cuando notó que él le levantaba la camisola y que el aire le rozaba las piernas.

Giró la cabeza y lo descubrió mirándola. Una vez más, volvía a ser el hombre controlador y decidido que ella conocía.

—¿Christopher? —dijo Maria en voz baja, temblando al sentir que le colocaba una mano ardiente encima del muslo.

Él la tumbó de espaldas y apoyó la cara en una mano mientras deslizaba la otra entre las piernas de ella.

—Ábrelas —le dijo con voz ronca.

—No tienes que...

—Ábrelas. —La presión de su mano se hizo más insistente.

Excitada sólo por verlo tan decidido, Maria separó las piernas y gimió de placer cuando Christopher deslizó los dedos por los rizos de su pubis.

—Eres tan perfecta —murmuró, separándole los labios del sexo—. Te has

excitado al darme placer con la boca.

Sus largos dedos se deslizaron con cuidado por su clítoris y lograron que la vagina se le apretase de deseo.

—Y tus pezones. —Agachó la cabeza y le rodeó la punta de uno con el calor de su boca, tirando de él y succionando con movimientos rítmicos. Le soltó el pecho y sopló encima de la zona que había dejado húmeda, para dejarla erecta y hacer gemir a Maria—. Eres deliciosa y muy sensible y tienes una vagina —deslizó dos dedos dentro— que me succiona hasta lo más hondo.

A Maria empezó a costarle respirar y Christopher movió los dedos hacia dentro y hacia fuera del sexo de ella, sin dejar de mirar cómo el placer se reflejaba en su rostro.

—Pero a pesar de lo mucho que adoro el aspecto exterior de mi preciosa y seductora española —movió los labios encima de los de ella, robándole el aliento mientras la masturbaba con los dedos—, lo que me ata a ella es lo profundamente que me complementa.

—Christopher —susurró Maria con el corazón en la garganta.

No podía respirar, se sentía como si estuviese cayendo al vacío y no pudiera parar aunque quisiera.

—Sí. —Movié los labios encima de los de ella. Estaba muy, muy cerca—. Sorprendente, ¿no?

Maria se sujetó del cubrecama y levantó las caderas al mismo ritmo con que él movía los dedos dentro de su sexo. Estaba húmeda, excitada y podía notar cómo su cuerpo succionaba los dedos de Christopher y se negaba a soltarlos.

—Estás tan apretada y me deseas tanto —murmuró él—. Si no me hubieras arrebatado hasta la última gota...

—Después —gimió ella, cerrando los ojos.

—Después —le prometió él con aquella voz tan ronca que sólo utilizaba en el dormitorio—. Ahora mírame cuando te corras. Quiero ver lo mucho que te gusta que te dé placer así.

Maria se obligó a abrir los ojos y se quedó aturdida al ver la ternura que brillaba en los de Christopher. Estaba despeinado y el sentimiento también se reflejaba en su rostro. Maria se tocó los pechos y se los masajeó para aliviar su tormento.

Él hundió los dedos más adentro y después los retiró. La penetró y volvió a salir. Dentro, fuera.

—Por favor —susurró ella, cayendo.

—Estamos hambrientos el uno del otro.

La besó, un beso dulce en claro contraste con los movimientos frenéticos de sus dedos. Levantó la cabeza y le puso el pulgar encima del clítoris; empezó a dibujar círculos sobre él mientras observaba cómo Maria alcanzaba el orgasmo y gritaba su

nombre. La miró mientras se estremecía con tanta violencia que su vagina se convulsionaba alrededor de sus dedos. La miró caer por el precipicio.

Y entonces la cogió. La abrazó. La acurrucó a su lado.

Y se durmió.

Amelia saltó corriendo la valla y se dirigió decidida hacia el riachuelo. Ware la estaba esperando, mirando el agua con las manos entrelazadas a la espalda.

—Lo siento —se disculpó ella sin aliento, al detenerse junto a él.

Ware se volvió despacio y la recorrió de la cabeza a los pies con la mirada.

—Ayer no viniste —le dijo.

Amelia se sonrojó al recordar los besos desesperados de Colin y se le aceleró el corazón.

—No pude. Me siento fatal.

—No lo parece, te brillan los ojos y estás contenta.

Como ella no sabía qué decir, se encogió de hombros.

Ware esperó un segundo y después le tendió la mano.

—¿Vas a contarme por qué estás tan resplandeciente?

—Probablemente no.

Él se rio y le guiñó un ojo, un gesto tan propio de su amistad que Amelia se relajó al instante. La preocupaba que su relación hubiese cambiado y ahora se sintiesen incómodos y dio gracias de que no fuera así.

Pasearon por la orilla hasta llegar al lugar adonde habían ido de picnic y vio que de nuevo había una manta esperándolos en el suelo. El riachuelo corría sobre las piedras del río con una melodía deliciosa. El aire olía a hierba fresca y a flores y la luz del sol acarició la piel de Amelia.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó ella con una tímida sonrisa cuando se sentaron en el suelo y se alisó nerviosa la falda.

—Un poco decepcionado —confesó él, quitándose la chaqueta de color mostaza —, pero no estoy enfadado. Resulta imposible enfadarse contigo.

—Hay gente que no tiene ningún problema en conseguirlo.

—Pues peor para ellos. Es mucho mejor que estés contenta. —Se tumbó de lado en la manta y apoyó la cabeza en una mano.

—Si te pido un favor ¿intentarás hacerlo? —le preguntó ella.

—Por supuesto —murmuró él, observándola.

Ware siempre estaba observándola. A veces, incluso cuando no la estaba mirando, Amelia se sentía como si la estuviese examinando. Al parecer, le resultaba muy interesante, a pesar de que para ella el motivo de dicha fascinación seguía siendo un misterio.

Sacó de su ridículo la carta que le había escrito a Maria.

—Me gustaría que mandases esta carta por mí, pero me temo que no sé la dirección. La reputación de la destinataria es muy conocida, así que no te será difícil averiguarla. Y, ¿te importaría mucho que ella contestase a tu dirección?

Ware cogió la carta y miró lo que Amelia había escrito en el sobre.

—La famosa lady Winter. —Levantó la vista hacia ella con una ceja en alto—. Lo haré a cambio de unas cuantas respuestas.

Amelia asintió.

—Por supuesto. Cualquiera sentiría curiosidad después de una petición así.

—Primero, ¿por qué me pides que mande yo la carta y no lo haces tú directamente?

—Tengo prohibido mantener cualquier tipo de correspondencia —le explicó—. Pero aun en el caso de que quisiera preguntárselo a lord Welton, tendría que hacerlo a través de mi institutriz.

—Esa información me parece muy alarmante —dijo él en el tono de voz más serio que ella le había oído nunca. Ware siempre se mostraba levemente divertido por las circunstancias que lo rodeaban—. Y tampoco me gusta el aspecto que tienen los tipos que patrullan por los límites de la propiedad. Dime, Amelia, ¿estás prisionera?

Ella respiró hondo y decidió contarle todo lo que sabía. Él la escuchó atentamente, como hacía siempre, como si cada palabra que salía de su boca fuese sumamente importante. Era uno de los motivos por los que ella lo adoraba.

Cuando Amelia terminó el relato, Ware estaba sentado con las piernas cruzadas, con su mirada azul sombría y los labios apretados.

—¿Alguna vez te has planteado escapar?

Amelia parpadeó y después miró sus manos entrelazadas en el regazo.

—Una o dos —reconoció—. Pero la verdad es que no me maltrata. Los sirvientes son amables conmigo, mi institutriz es buena y cariñosa. Tengo vestidos bonitos y me están educando. ¿Qué podría hacer si me fuera? ¿Adónde iría? Sería una tonta si intentase escapar sin tener un lugar adonde ir, ni los medios necesarios para mantenerme. —Se encogió de hombros y volvió a mirar a Ware—. Si mi padre tiene razón sobre mi hermana, lo único que está haciendo él es protegerme.

—Eso no es lo que tú crees —señaló su amigo con amabilidad, colocando una mano encima de las de ella—, o no me habrías pedido que mandase esta carta en tu nombre.

—¿Tú no sentirías curiosidad? —le preguntó Amelia pidiéndole consejo.

—Por supuesto, pero yo soy un tipo curioso.

—Bueno, pues yo también.

Los ojos azules de Ware le sonrieron.

—Muy bien, mi querida princesa, acepto humildemente la misión.

—¡Oh, gracias!

Le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la mejilla. Entonces, avergonzada por esa respuesta tan efusiva, se apartó de él y se sonrojó.

Ware, sin embargo, tenía una suave sonrisa en su rostro aristocrático.

—No es la clase de beso que estaba esperando —murmuró—, pero servirá.

Simon se apoyó en el mullido cabezal y alargó el brazo para coger la copa de vino que había encima de la mesilla de noche. Tenía la piel sudada después de tanto ejercicio, así que no se cubrió con la sábana y dejó que la brisa que se colaba por la ventana lo refrescase.

Bebió unos pequeños sorbos y después miró a la bonita rubia que tenía al lado, con una indolente sonrisa en los labios.

—¿Te apetece una copa, Amy?

—Sí. —La chica se sentó y, al coger la copa, dejó al descubierto unos preciosos pechos.

—Cuéntame más cosas sobre la habitación secreta que hay en la casa de lord Sedgewick —murmuró Simon, observándola entre los párpados.

Amy bebió el delicado vino a grandes tragos y Simon se horrorizó.

—Es donde esconde el licor.

—El licor de contrabando.

—Sí.

—¿Y la entrada está al lado del conducto del carbón?

Ella asintió y los rizos de su melena se balancearon alrededor de su hermoso rostro.

—Así se facilita la entrega. No vas a robarlo, ¿verdad?

—Por supuesto que no —la tranquilizó él—. Sencillamente, me parece una idea brillante y me gustaría copiarla en mi casa.

Mojó un dedo en la copa y después resiguió los labios de ella con el vino. Amy se sonrojó y desvió la vista hacia el pene medio erecto que descansaba en el muslo de él.

—Dentro de un rato volveremos a ocuparnos de esto —murmuró Simon, disimulando una sonrisa por lo fácil que resultaba de distraer a aquella chica.

Ella hizo un mohín.

—¿Cuándo recibe visitas?

—Los martes y los jueves de tres a seis.

Simon sonrió. Cuando terminase con lo que tenía entre manos iría a ver esa habitación secreta y comprobaría si podía oírse algo a través de la pared. En caso de que la respuesta fuese afirmativa, colocaría a un hombre allí cada martes y cada jueves, con la esperanza de descubrir algo más sobre el vizconde. Sedgewick se había acercado a hablar con Maria en el baile de máscaras por algún motivo y él iba a averiguarlo.

Pero antes tenía acabar con lo que estaba haciendo.

Dejó la copa a un lado y miró a Amy con una seductora sonrisa. Ella se estremeció y se tumbó al instante.

«Ah, tengo un trabajo muy duro», pensó Simon, sonriendo para sí.
Y se dispuso a cumplir con él.

Amelia estaba tan contenta por haberle escrito la carta a Maria que volvió a casa como si estuviese flotando. Por primera vez en su vida sentía que estaba haciendo algo de provecho. Ahora tenía un objetivo y había puesto en marcha un plan para conseguirlo. Estaba tan concentrada pensando en sus cosas, que unos brazos volvieron a pillarla desprevenida. Pero esta vez el grito de sorpresa de ella fue amortiguado por una boca cálida y apasionada, que logró convertirlo en un gemido de pasión.

—Colin —suspiró con los ojos cerrados, esbozando una sonrisa.

—Dime que no lo has besado —le pidió él con la voz ronca, mientras le rodeaba la cintura y la espalda con sus fuertes brazos.

—Dime que no estoy soñando —murmuró ella, encantada de estar cerca del hombre que amaba.

—Sería mejor que lo estuvieras —dijo Colin soltándola con un suspiro.

Amelia abrió los ojos y vio que él tenía el cejo fruncido y los sensuales labios apretados.

—¿Por qué estás empeñado en sentirte tan mal por algo tan maravilloso?

Colin sonrió con tristeza.

—Mi dulce Amelia —murmuró, acariciándole la cara. Él llevaba el pelo largo y le caía sobre aquellos ojos que a ella tanto le gustaban—. Porque a veces es mejor no saber lo que te estás perdiendo. Así puedes decirte que no habría sido tan maravilloso como soñabas. Pero cuando lo sabes, resulta más difícil no echarlo de menos.

—¿Tú me echarás de menos? —le preguntó, porque el corazón le dio un vuelco al imaginárselo.

—Niña egoísta.

—Yo lo he pasado muy mal por tu culpa.

Colin cerró los ojos y la besó despacio.

—Dime que no lo has besado.

—¿Acaso no te fías de mí? —Se puso de puntillas y le rozó la punta de la nariz con la suya—. Sólo le he pedido un favor.

—¿Qué favor? —le preguntó él, enfurruñado.

—Le he pedido que le mande una carta a mi hermana en mi nombre.

Colin se quedó petrificado.

—¿Qué? —Movió una mano a su alrededor—. Pero si todo esto es precisamente para mantenerte alejado de ella.

—Necesito conocerla. —Se apartó de él y se cruzó de brazos, decidida.

—No, no lo necesitas. ¡Dios! —masculló Colin, con las manos en las caderas—.

Siempre encuentras la manera de meterte en líos.

Con su exótico y atractivo aspecto y su tendencia al mal humor, era perfecto para Amelia. Ella suspiró aún más enamorada. Y su suspiro hizo que él se enfurruñara más.

—No me mires así —protestó Colin.

—¿Así, cómo?

—¡Así! —La señaló.

—Te amo —contestó ella con la adoración propia de una niña que llevaba toda la vida teniéndolo en su corazón—. Sólo sé mirarte así.

Él apretó la mandíbula.

—He echado tanto de menos lo protector que eres conmigo —añadió Amelia en voz baja, entrelazando los dedos.

—No soy protector, lo que pasa es que tú me exasperas —la corrigió Colin.

—Bueno, no te exasperarías tanto si no fueras protector.

Él negó con la cabeza y se apartó de ella para sentarse en un tocón. A su alrededor, los pájaros cantaban suavemente y las hojas que había en el suelo crujían de vez en cuando con la brisa. A lo largo de los años, los dos habían jugado en incontables bosques y en múltiples playas y habían corrido incansables por verdes prados. Y estuvieran donde estuviesen, Amelia siempre se había sentido a salvo porque Colin estaba a su lado.

—¿Por qué no me lo has pedido a mí en vez de a lord Ware?

—Porque espero que Maria me conteste y la carta no puede llegar aquí. Necesitaba que él me ayudase a mandarla y a recibir la respuesta. —Se detuvo en seco al ver que Colin agachaba la cabeza y se la sujetaba entre las manos—. ¿Qué te pasa?

Amelia se arrodilló delante de él, sin importarle lo más mínimo su vestido blanco.

—Cuéntamelo —le pidió, al ver que seguía en silencio.

Colin la miró.

—Siempre habrá cosas que yo no podré darte y que hombres como Ware sí podrán.

—¿Qué cosas? —le preguntó ella—. ¿Vestidos bonitos y lazos para el pelo?

—Caballos, mansiones, sirvientes como yo —soltó él, furioso.

—Ninguna de esas cosas me ha hecho feliz. —Le puso sus pequeñas manos en los hombros y le dio un apasionado beso en los labios—. Excepto un sirviente como tú y sabes perfectamente que yo jamás te he considerado inferior a mí.

—Porque has llevado una vida muy protegida, Amelia. Si llegas a salir al mundo, descubrirás cómo son las cosas en realidad.

—No me importa lo que piense la otra gente, lo único que me importa es que tú me ames.

—Yo no puedo amarte —susurró él, levantando las manos para cogerle las muñecas y apartarla—. No me lo pidas.

—Colin. —De repente se sintió como si ella fuera la mayor de los dos, la que tenía que cuidarlo y protegerlo—. Me rompes el corazón, pero aunque sólo me queden pedazos, tengo amor de sobra para ambos.

Colin soltó una maldición en voz baja, la cogió en brazos y le dijo con besos lo que no quería decirle con palabras.

Maria se relajó en la bañera con los ojos cerrados y apoyó la nuca en el borde redondeado. Esa noche iría a ver a Christopher y le contaría la verdad sobre Amelia y sobre Welton. Y también sobre Eddington, y juntos encontrarían la manera de solucionar sus problemas. Aunque le había llevado varios días tomar esa decisión, en el fondo de su corazón sabía que era la correcta.

Suspiró y se hundió más en el agua caliente. Unas voces masculinas sonaron en el pasillo y oyó que se abría la puerta de su dormitorio y después la del cuarto de baño.

—Has estado fuera todo el día, Simon, querido —murmuró.

Oyó que él arrastraba una silla hasta la bañera y se sentaba pesadamente en ella. Y fue ese suspiro profundo que él exhalaba siempre que tenía que armarse de valor para decirle algo desagradable lo que la asustó. Abrió los ojos y descubrió a un Simon muy serio, carente de la alegría que solía caracterizarlo.

—¿Qué pasa?

Él se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en los muslos y la miró a los ojos.

—¿Te acuerdas de que te dije que lord Sedgewick tenía un cuarto secreto para guardar el licor? Hoy ha recibido a un visitante cuyas palabras han arrojado mucha luz sobre los asuntos del noble.

Maria se sentó en la bañera para prestarle mayor atención.

—¡Simon, eres un genio!

Pero el piropo no le arrancó la sonrisa que ella esperaba y que tanto le gustaba.

—Maria... —empezó él, pero entonces se puso en pie y se acercó para cogerle la mano que tenía apoyada en la bañera.

Los nervios le encogieron el estómago.

—Dime qué pasa.

—Sedgewick es un agente de la Corona.

—Cielo santo, me había asustado con tanto drama. —Frunció el cejo y repasó mentalmente todas las posibilidades—. Nunca dejarán de investigar los asesinatos de Winter y de Dayton y es normal que yo sea la principal sospechosa.

—Sí, la agencia quiere atraparte. —Simon exhaló sonoramente—. De hecho, tienen tantas ganas de hacerlo que incluso han soltado a un criminal convicto para

ello.

—¿Un criminal convicto? —Negó con la cabeza al comprender lo que Simon estaba insinuando—. No...

Sin importarle lo más mínimo su carísimo pantalón, él se puso de rodillas en el suelo para quedar a la altura de los ojos de ella.

—Sedgewick tiene al testigo que declaró en contra de St. John en un hostel en St. George's Fields. El vizconde le ha ofrecido un trato a St. John: le concederán la libertad si consigue pruebas para colgarte a ti en su lugar. Por eso a Sedgewick no lo sorprendió verlo en el baile de máscaras de los Campion y por eso dio por hecho que tú ibas con el pirata.

Maria se quedó mirando a Simon e intentó encontrar algo en el rostro de su querido amigo que indicase que la estaba engañando. Sería una broma de muy mal gusto, pero lo preferiría a la alternativa: asumir que su amante estaba dispuesto a traicionarla y a verla muerta.

—No, Simon. No.

Nadie podía hacer el amor como se lo había hecho Christopher y mentir al mismo tiempo.

Simon se puso en pie con un único y grácil movimiento y tiró de Maria. La cogió en brazos y los dos se sentaron en el suelo, donde la abrazó cariñosamente. Ella se agarró a él con todas sus fuerzas y lloró lágrimas silenciosas pero abundantes. Estaba mojada y le estropeó la ropa, pero él la acunó y le murmuró palabras de consuelo, la abrazó y le dijo que la quería.

—Creo que él siente algo por mí —dijo Maria con el rostro bañado en lágrimas, oculto contra la garganta de Simon.

—Sería de piedra si no lo sintiera, *mhuirnín*.

—Me resulta imposible creer lo contrario. —Tembló al tomar aliento—. Esta noche tenía intención de pedirle que me ayudase.

Si todo lo que había sucedido entre los dos formaba parte de un plan para ganarse su confianza, se podía decir que había sido todo un éxito. Maria había estado a punto de revelar su máspreciado secreto, su único punto débil, y todo porque creía en él. Incluso había llegado a la conclusión de que Christopher merecía saberlo, porque él la había perdonado por lo de Eddington a pesar de que ella nunca le había dado ninguna explicación al respecto.

«Eddington».

Se apartó y sujetó las solapas de la chaqueta de Simon con desesperación.

—Sabes que St. John me ha estado vigilando, que sabe que Eddington fue a visitarme a Brighton y que mandó a Tim a investigar quién era Amelia. Si ha hecho todas estas cosas para hacerme daño... Dios santo, he sido una estúpida por confiar en él.

Fue como si volvieran a apuñalarla, pero esta vez en el corazón. ¿St. John también intentaría utilizar a su hermana en su contra?

—Ya he mandado a unos hombres a buscar a ese testigo —la tranquilizó su amigo—. Tú también tendrás algo con que negociar.

—Oh, Simon. —Maria se abrazó a él—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Estarías muy bien, *mhuirnín*. Pero no tengo ninguna intención de que lo descubras. —Apoyó el mentón en la cabeza de ella—. ¿Qué piensas hacer?

—No estoy segura. Supongo que le daré la oportunidad de redimirse —dijo, con un nudo en la garganta—. Tengo intención de preguntarle directamente por qué lo soltaron. Si se niega a decírmelo o esquivo la pregunta, entonces sabré que sólo piensa en sí mismo y en sus intereses, y no en los míos.

—¿Y qué harás entonces?

Maria se secó las lágrimas.

—Entonces, haremos lo que tengamos que hacer. Amelia siempre ha sido y siempre será lo primero.

Christopher entró en su casa silbando y con paso ligero. En toda su vida no podía recordar la última vez que se había sentido tan... feliz. Ni siquiera sabía que él pudiese serlo, por Dios santo. Siempre había creído que ese sentimiento estaba fuera de su alcance.

Le lanzó el sombrero a su mayordomo y después se quitó los guantes, mientras pensaba cómo podía recibir a Maria aquella noche. Mandaría unos hombres a su casa para asegurarse de que llegaba sana y salva, pero ¿qué haría con ella cuando llegase allí?

Le gustaría pasarse horas y horas con Maria en la cama, de eso no cabía ninguna duda, pero también quería cortejarla. Estaba ansioso por seguir explorando aquel mundo tan desconocido para él que era la pareja.

—Hum...

Se exprimió el cerebro para idear algo que ninguno de los pudiese olvidar. Podría pedirle a su cocinera que le preparase una selección de platos con propiedades afrodisíacas. Y encargar flores. Unas que oliesen a algo exótico y que creasen el ambiente adecuado.

Sonrió pícaro. Todo lo que estaba pensando iba dirigido a la parte más sexual de la noche. Era obvio que no sabía nada acerca del romanticismo ni de cómo preparar una velada romántica. Echó los hombros hacia atrás y se planteó dormir una siesta. Tenía que seguir dándole vueltas al tema, pero antes necesitaba recuperar energías.

—St. John.

Christopher giró la cabeza y vio a Philip en la puerta del despacho.

—¿Qué pasa?

—Los hombres que mandaste para averiguar quién era esa joven llamada Amelia han vuelto esta tarde.

Christopher levantó ambas cejas y entró en el despacho, donde se sentó a su escritorio. Frente a él estaban los cuatro hombres a los que les había encargado la misión. Todos estaban cubiertos del polvo del viaje y la satisfacción que desprendían era casi palpable. Fuera lo que fuese lo que habían averiguado, era algo que a él iba a parecerle importante.

—Adelante —les dijo y su cansancio de antes se desvaneció.

Los cuatro se miraron unos a otros y entonces Walter dio un paso adelante. Tenía cuarenta años y el pelo y la barba canosos y llevaba con Christopher desde el principio de su nada respetable carrera. Era uno de los hombres que lo había visto perder la virginidad en aquel callejón mugriento.

—Le dije a Tim que se adelantase para contarte las buenas noticias, pero he oído decir que se ha entretenido un poco en otra parte.

Christopher sonrió.

—Sí, es verdad.

—Bueno, pues espero que no lamente el retraso. El nombre completo de Amelia es Amelia Benbridge y es hija del vizconde Welton.

¿La hija de Welton?

—Dios santo —susurró Christopher, apoyándose pesadamente en el respaldo de la silla—. Es la hermanastra de lady Winter.

—Sí. Lo raro es que en ningún pueblo de los alrededores de la casa de Welton habían oído hablar de la chica. Cuando hicimos preguntas sobre ella, todo el mundo nos miró como si fuéramos tontos.

—¿Cómo la habéis encontrado?

—El vicario tenía su certificado de nacimiento.

—Buen trabajo —los felicitó Christopher, a pesar de que no podía dejar de mover nervioso la pierna. A Maria la habían apuñalado cuando intentaba hablar con su hermana. Era evidente que las mantenían separadas por la fuerza—. Tengo que encontrarla.

—Ah, bueno, ya la hemos encontrado.

Él miró atónito el rostro resplandeciente de satisfacción de Walter.

—En un hostel, Peter llamó la atención de una chica muy guapa. Mientras estaba hablando con ella, intentando meterse bajo sus faldas, la joven le dijo que la habían contratado como doncella de la hija de un vizconde. Y el vizconde que describió se parecía mucho a Welton. Así que la seguimos hasta Lincolnshire y descubrimos que la dama a la que tiene que servir se llama Amelia Benbridge.

—¡Excelente!

—Fue un golpe de suerte —reconoció Walter—, pero también vale, ¿no?

—Por supuesto que vale. Peter no está aquí —señaló Christopher—. Deduzco que lo habéis dejado allí para vigilar a la chica. Bien hecho. —Miró a Philip, que seguía en la puerta—. Ve a buscar a Sam.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa del escritorio.

—¿Welton fue quien contrató a la chica?

—Eso fue lo que nos dijo ella.

Christopher soltó el aliento y repasó mentalmente la información que tenía. El vizconde tenía a Amelia. Maria quería a Amelia. Welton sufragaba los gastos de Maria y la presentaba a hombres como Eddington. Christopher todavía no tenía ni idea de por qué éste le pagaba a Maria, pero estaba seguro de que no era a cambio de favores sexuales. Empezó a formarse una imagen en la mente, pero todavía estaba demasiado difuminada como para que tuviese sentido.

Sam entró en el despacho.

—Mañana irás con Walter y los demás a Lincolnshire —le dijo Christopher—. Hay allí una chica. Necesito saber si es la misma con la que intentó hablar lady Winter. Si lo es, escíbeme, pero quedaos cerca de ella. Seguidla si es necesario. Quiero saber dónde está en todo momento.

—Por supuesto.

La convicción con que Sam apretó la mandíbula le dijo a Christopher que el hombre haría todo lo que fuera necesario para redimirse, igual que estaba haciendo Tim.

—Id a refrescaros —les dijo entonces a los demás—. Relajaros un poco esta noche. Echad un polvo. Recibiréis una recompensa por vuestro trabajo.

—Gracias —dijeron todos al unísono, con una sonrisa.

Christopher los despidió y se tomó un segundo para ordenar sus pensamientos antes de levantarse y subir a su dormitorio.

Maria sabía que él disponía de los medios necesarios para ayudarla. Y ahora que por fin habían derribado sus mutuas defensas, ¿le contaría sus secretos? Esperaba que así lo hiciera.

Con ese objetivo en mente, empezó a hacer planes para esa noche. Ahora tenía otro tipo de seducción prevista. Christopher quería conquistar el corazón de Maria hasta el último y oscuro rincón.

¿Confiaría ella en él lo suficiente como para entregárselo?

—El conde de Eddington pregunta si está usted en casa.

Maria miró al mayordomo a través del reflejo del espejo. El hombre mantenía el rostro tan impassible como el suyo, aunque ella por dentro era un cúmulo de dolor y confusión. Al final asintió.

El sirviente le hizo una reverencia y se retiró.

Sarah siguió arreglándole el pelo a Maria, colocándole perlas y flores entre el recogido, pero cuando llamaron a la puerta y apareció Eddington, la doncella le hizo una reverencia y se retiró.

—Lady Winter —la saludó el conde, entrando en el vestidor—. Es usted, como siempre, una visión incomparable.

Eddington siempre se tomaba confianzas y Maria no sabía si eso le acababa de gustar. Iba impecablemente vestido, con un traje de color vino y el pelo negro recogido en una cola que le caía por la espalda. Le tendió una mano, que él besó y después el hombre se sentó en un pequeño taburete que había cerca del tocador.

—Cuénteme algo —le pidió, observándola intensamente con los ojos entrecerrados.

—Ojalá tuviera alguna información que darle —murmuró Maria, negándose a contarle lo que había averiguado sobre Sedgewick hasta que supiera si Christopher sentía o no algo por ella.

El conde suspiró como si ella lo hubiese decepcionado y abrió la cajita de rapé que llevaba. Cogió la mano a Maria, colocó una pizca de polvo encima de la muñeca de ella e inhaló.

—Está preocupada por algo —advirtió, mirando con suspicacia el rápido latido de sus venas.

—Mi doncella no consigue hacerme el peinado que quiero.

—Vaya. —Le pasó el pulgar por la muñeca—. ¿Qué planes tiene para esta noche? ¿Todavía está de vacaciones?

Maria apartó la mano de golpe.

—No. Esta noche tengo una cita con un criminal de mucho renombre.

—Fantástico. —Eddington sonrió satisfecho.

A pesar de que Maria era inmune a los encantos del noble, no le pasó por alto lo atractivo que era. Ni que era un espía. Una combinación deliciosa si a una le gustaban los héroes libertinos.

—¿Tiene intención de preguntarle directamente a St. John cómo consiguió que lo soltasen? —preguntó como si nada—. ¿O pretende obtener la información que necesito recurriendo a otras tácticas?

—Si le revelara mis secretos, ¿qué valor tendría entonces yo para usted?

—Cierto. —Eddington se puso en pie y levantó la tapa del joyero de Maria. Eligió un pequeño parche de color negro en forma de diamante y se lo colocó a ella en el borde exterior de un ojo—. A la agencia le iría muy bien tener a su servicio a una mujer con sus habilidades. Debería considerarlo.

—Y usted debería irse, para que yo pueda terminar de arreglarme y salir a cumplir con la misión que me ha encargado.

El conde se levantó, se colocó detrás de ella y le puso las manos en los hombros.

—Debería pensárselo dos veces. Es una propuesta formal y completamente sincera.

Maria lo miró a los ojos a través del espejo.

—Yo todo me lo pienso dos veces, milord. En especial las propuestas que me hacen los hombres que pueden beneficiarse de mi caída.

Eddington sonrió.

—Usted nunca confía en nadie, ¿no?

—Por desgracia —se miró a sí misma en el espejo—, he aprendido a no hacerlo.

Tim arrinconó la sensual y robusta figura de Sarah contra la pared del salón, la sujetó por las nalgas con una mano y la movió contra su miembro erecto. Sólo podía pensar en tocarla... hasta que oyó a lady Winter hablando con lord Eddington en la habitación de al lado.

Tim cerró los ojos y apoyó la frente en la pared, unos centímetros por encima de la cabeza de Sarah, que era mucho más baja que él. Al gigante le dolió mucho descubrir esa traición. Había llegado a encariñarse con lady Winter y había empezado a respetarla; confiaba en que su relación con St. John durase indefinidamente. Los dos tenían un brillo especial en los ojos desde que estaban juntos y St. John nunca había sido tan feliz como cuando estaba en compañía de aquella dama.

—El conde ya se ha ido —masculló, apartándose—. Seguro que lady Winter te necesita.

—¿Vendrás a mi habitación más tarde? —le preguntó Sarah sin aliento.

—Lo intentaré. Vamos, vete. —La hizo girar y le pellizcó el culo antes de que ella se dirigiese hacia la puerta que tenía al lado.

Tim esperó hasta que la oyó echar el cerrojo y entonces salió del salón.

El tiempo era vital de importancia.

Tenía que darse prisa, todavía podía avisar a St. John sobre las verdaderas intenciones de lady Winter y volver a la casa sin que nadie se diese cuenta.

Colin silbaba suavemente mientras cepillaba uno de los caballos que solían tirar del carruaje. Sentía el corazón ligero y apesadumbrado al mismo tiempo; era una sensación extraña y no sabía qué hacer con ella.

Era consciente de que suponía una temeridad acercarse a Amelia. Ella era demasiado joven y estaba demasiado por encima de él socialmente. Nunca podrían estar juntos. De ninguna manera. Sus besos robados suponían un peligro para los dos y Colin se sentía como un canalla.

A ella la rescatarían algún día, saldría al mundo y conocería a más hombres como lord Ware. Entonces se acordaría del pasado y del infantil encaprichamiento que sentía ahora y se preguntaría cómo diablos había podido pensar que estaba enamorada del mozo de cuadra.

Lo único que pasaba era que Colin era el único plato que tenía a su alcance y por eso creía que se moría de hambre por él. Pero cuando le sirvieran el banquete entero, él pasaría a ser el puré en medio de los manjares.

—Colin.

Se volvió al oír la voz de su tío y observó cómo aquel hombre tan fuerte entraba en el establo.

—¿Sí, tío?

Pietro se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo gris, como hacía siempre que estaba frustrado. Dejando aparte el diferente contorno de sus cinturas, los dos hombres se parecían mucho. En ambos era innegable su ascendencia gitana, aunque en el caso de Colin estaba más diluida por la sangre de su madre.

—Sé que has estado viéndote con ella en el bosque.

Él se tensó.

—Los guardias me dijeron que se estaba reuniendo con el lord de la finca de al lado y ahora tú has interferido.

—No es verdad. —Colin retomó lo que estaba haciendo—. Ayer se reunió con él.

—¡Te dije que te mantuvieras alejado de ella! —Pietro se acercó. Bastaba con mirarle los hombros para ver que estaba furioso—. Ocúpate de tus necesidades con las chicas del pueblo o con las doncellas.

—Ya lo hago. Ya lo hago. —Respiró hondo y luchó por contener su temperamento—. Sabes que es así.

Y le dolía cada vez que lo hacía; cada mujer que tumbaba debajo de él, sólo servía para aliviar momentáneamente el deseo que sentía, pero para nada más. Su corazón le pertenecía a Amelia desde que era un niño. Su amor por ella había crecido y cambiado, madurado a la misma velocidad que su cuerpo. Por su parte, Amelia no sabía nada de esas cosas, era completamente inocente y sus sentimientos por él eran

puros y dulces.

Apoyó la frente en la crin del caballo. Aquella joven lo era todo para él, lo había sido desde el día en que el vizconde Welton contrató a su tío. Pietro accedió a trabajar por mucho menos de lo que cobraban los otros cocheros. Por ese motivo había conservado el trabajo tantos años y por eso el vizconde no lo reemplazaba, como hacía con las institutrices.

Colin jamás olvidaría el día en que Amelia apareció corriendo, con una sonrisa de oreja a oreja, puso sus manos sucias en las de él y dijo:

—Juega conmigo.

Colin provenía de una tribu gitana con muchos niños y le daba miedo estar solo y Amelia resultó ser como doce compañeros de juego en una sola persona. Tenía un gran espíritu aventurero y se mostró dispuesta a aprender todos los juegos que él le enseñó y después empezó a inventarse otros nuevos.

Con el paso del tiempo, Colin empezó a fijarse en ella como un hombre se fija en una mujer y su amistad se convirtió en algo más profundo. Aprendió a amarla. Él no se enamoró de golpe, el sentimiento que Amelia le inspiraba, tenía unas raíces muy profundas que provenían del pasado. Tal vez ella sentía lo mismo, pero ¿cómo podía estar seguro?

Colin tenía experiencia con otras mujeres. Amelia sólo lo tenía a él. Los sentimientos de ella quizá cambiaran cuando tuviera más opciones. Los de él no cambiarían nunca. Colin la amaría toda la vida.

Suspiró agotado. Tampoco importaba lo que Amelia sintiera por él, jamás podría tenerla.

—Ah, chico —le dijo su tío poniéndole una mano en el hombro—. Si la amas, déjala ir. Esa niña tiene el mundo a sus pies. No se lo arrebatas.

—Es lo que estoy intentando hacer —dijo él con la voz rota—. Es lo que estoy intentando hacer.

Christopher estaba sentado en una butaca en el salón, con la mirada fija en la copa que sujetaba en la mano. No estaba seguro de qué era lo que estaba sintiendo. Era lo mismo que sintió cuando oyó a Eddington hablando con Maria en Brighton, sólo que ahora la opresión que notaba en el pecho era casi insoportable. Tenía que obligarse a inhalar y a exhalar.

—Tienes que volver —le dijo a Tim, con una voz tan ronca y quebrada que incluso a él lo sorprendió. No se reconocía a sí mismo. Ya no pensaba, ni actuaba, ni hablaba como el hombre que era antes de conocer a Maria—. Es mejor que nadie descubra que te has ido.

Pensó en lo irónico que era que Tim trabajase en casa de la astuta Viuda de Hielo. Ella estaba tan convencida de su éxito, que había dejado que una serpiente entrase en

su jardín.

—Sí —contestó Tim, dando media vuelta para irse.

—Si Eddington regresa, quiero conocer todos los detalles de la reunión.

—Por supuesto. No volveré a fallarte.

Christopher asintió, con la mirada todavía fija en la copa.

—Gracias.

Se percató brevemente de que el otro hombre cerraba la puerta del despacho, pero aparte de eso siguió sumido en sus pensamientos. Él siempre se enorgullecía de saber juzgar a las personas, de poder interpretar a la gente sin cometer ningún error. Si hubiese carecido de esa habilidad, hoy no seguiría con vida. Entonces ¿por qué le resultaba imposible convencerse de que Maria no sentía nada por él? Tenía las pruebas delante de sus narices, eran claras e irrefutables y, sin embargo, su corazón seguía creyendo en Maria.

Se rio de sí mismo, levantó la copa para acercársela a los labios y la vació. Allí residía el problema. Su corazón estaba al mando y no su cerebro. Por desgracia, la amaba. Amaba a esa mujer traidora. A esa Jezabel que se ganaba la vida seduciendo a incautos para poder cobrar después una recompensa.

Alguien llamó a la puerta alejándolo de sus melancólicos pensamientos.

—Adelante —dijo en voz alta.

Un segundo más tarde, la fuerza de la costumbre hizo que se pusiera en pie, mientras se le aceleraba el pulso al ver a su amada.

¿Cuánto rato había pasado? Miró el reloj que había en la repisa de la chimenea y vio que habían sido casi dos horas.

Giró la cabeza y quedó cautivo de los ojos de Maria. En ellos vio el placer que él también sintió al verla y luego ella le sonrió seductora. Llevaba una capa con capucha y la tela negra enmarcaba la delicada belleza de su rostro, con aquellos ojos grandes tan oscuros y los carnosos labios rojos.

Christopher tomó aire, después se acercó a ella, deteniéndose a su espalda. Le colocó las manos en los hombros y respiró profundamente. Era tan cálida, una mujer tan sensual.

—Te he echado de menos —le confesó, acercando los dedos a la lazada que le sujetaba la capa.

—¿Siempre me recibirás vestido sólo con pantalones?

«Siempre», como si existiera la posibilidad de que tuvieran un futuro juntos.

—¿Te gustaría? —Soltó el lazo y le apartó la capucha con delicadeza, para dejar después que la prenda cayese al suelo.

—Me gustaría más que estuvieras desnudo —contestó ella.

—A mí también me gustaría que lo estuvieras tú, así que voy a ocuparme enseguida de ello.

Empezó a desnudarla y lo fascinó ver lo fácil que era hacerlo cuando no estaba nervioso. Sus dedos se movían sin ningún problema, desabrochando los botones uno detrás de otro.

—¿Cómo te ha ido el día después de que me fuera? —le preguntó Christopher.

—En soledad. Yo también te he echado de menos.

Las manos de él se detuvieron. Cerró los ojos e inhaló profundamente para intentar contener esa parte de su ser que ardió de esperanza al oír sus palabras. En su mente recordó lo que había sucedido esa tarde, el modo en que ella lo había amado, cómo Maria se había entregado a él totalmente. La manera en que lo miró, entre sorprendida y asustada, cuando se dio cuenta de eso. Cómo se estremeció cuando la tocó y se derritió luego al recibir sus besos.

Lo que sucedió en la cama cuando se desnudaron y se quitaron mucho más que la ropa.

—He hecho que te preparasen un manjar —murmuró Christopher, besándole la cicatriz que le había quedado en el hombro— y te he comprado flores. Quería cortejarte, no tenía intención de empezar la velada en la cama, pero no puedo esperar.

Deslizó las manos por el escote que el vestido tenía en la espalda y las llevó luego hacia delante para tocarle los pechos por encima de la camisola. Descubrió sus pezones erectos y tiró de ellos con los dedos, tal como le gustaba a ella.

Maria echó la cabeza hacia atrás y, con un gemido, la apoyó en el hombro de Christopher.

—Me encantan tus pechos —le susurró él al oído, excitado—. Esta noche te los lameré hasta que llegues al orgasmo con mi pene dentro de ti. ¿Te acuerdas de lo que se siente? ¿De lo mucho que te aprietas a mi alrededor? —Movié las caderas—. Estoy duro como una piedra sólo de pensarlo.

—Christopher. —Había algo triste y resignado en el modo en que pronunció su nombre y el aire se impregnó de melancolía.

Impaciente por llegar al quid de la cuestión, él tiró del vestido, lo que provocó que un montón de botones forrados de tela salieran volando por todos lados.

—Por tu culpa me quedaré sin vestidos que ponerme —le dijo ella sin aliento, revelando con eso lo mucho que deseaba que la poseyera.

Christopher ya lo sabía, incluso sospechaba que el motivo por el que se había aburrido de Quinn era porque éste se había rendido muy fácilmente cuando ella lo echó de su lado. Tal vez el irlandés habría sido más insistente si Christopher no hubiese aparecido en escena.

Al pensar en eso, su impaciencia aumentó y acabó de quitarle la ropa con más violencia. La tela de la camisola siseó al desgarrarse y entonces le dio la vuelta a Maria y la cogió en brazos. Apretó los pechos desnudos de ella contra su torso, también al descubierto. La levantó del suelo y aceptó los labios que ella le ofrecía

para besarla apasionadamente.

Maria le sujetó el rostro entre sus pequeñas manos y sus labios se movieron frenéticos contra los de él. Desesperación, Christopher podía saborearla y sentirla en su propia sangre.

Casi corrió hacia la cama, tan rápidos fueron sus pasos. La dejó sobre el lecho y se quitó furioso los pantalones.

—Separa las piernas.

Ella lo miró con recelo y Christopher supo por qué. Esta vez él no le estaba dando la posibilidad de esconderse.

Se desprendió de la única prenda de ropa que le quedaba en el cuerpo y se subió desnudo a la cama con ella. Le colocó las manos en las rodillas y le separó las piernas. Ella intentó resistirse, pero él no se lo permitió, sujetándola por las caderas para poder devorarle el sexo con la boca.

—No —exclamó Maria tirándole del pelo—. Así no...

Christopher posó las manos sobre el triángulo de rizos negros y separó sus labios vaginales dejando al descubierto la carne rosada que protegía su clítoris. Con la punta de la lengua se lo acarició, lo lamió, le pidió que saliera a jugar. En cuanto emergió, lo rodeó con los labios y succionó con suavidad.

Maria gimió y se arqueó sin dejar de suplicarle que parase, que la poseyera con el pene, porque así podría recomponerse y ser menos vulnerable. Esa última parte no la dijo, por supuesto, pero Christopher lo sabía.

Igual que supo el instante exacto en que Maria abrió los ojos y vio el espejo que él tenía encima de la cama, porque suspiró sorprendida y se tensó.

—¿Te gustan las vistas? —le preguntó, antes de volver a lamerla.

Ella se quedó mirando el reflejo de la sensual imagen de la cabeza dorada de Christopher entre sus piernas y lo que vio la destrozó. Tenía la mirada perdida y estaba cubierta de sudor, no se parecía en nada a la mujer decidida que había visto en su propio espejo antes de salir de su casa. La que veía ahora estaba perdida en el placer que le estaba dando aquel hombre al que deseaba con una desesperación casi animal. Quería a ese hombre que sólo se le había acercado para meterla en la cárcel y recuperar a cambio su libertad.

Eso podría perdonárselo, al fin y al cabo, ella también se le había acercado con segundas intenciones. Maria sabía que mucha gente dependía de Christopher para salir adelante y para ganarse la vida y que probablemente él había pensado en ellos cuando decidió aceptar el trato. No lo habría hecho sólo para salvarse él.

Y sabía todo eso porque le entendía, sabía qué clase de hombre era, el que una vez había querido a un hermano igual que ella quería a Amelia. Pero la realidad era que los motivos de Christopher no habían cambiado y que el hombre que tenía ahora entre las piernas era el mismo que quería verla muerta.

—Maria.

Cerró los ojos al notar que se movía. Christopher le dio un beso en el clítoris y después se tumbó a su lado.

—Tú no eres nada tímida —murmuró—, pero has perdido el deseo al verme haciéndote el amor. —Colocó una mano en su cadera y la tumbó de lado para presionar su erección contra el estómago de ella—. ¿Te ha parecido demasiado íntimo?

Maria abrió los ojos y lo miró, fijándose en que los azules de Christopher brillaban de ternura y de deseo.

—¿Me estabas «haciendo el amor»? —le preguntó con la voz rota—. ¿O lo único que existe entre tú y yo es buen sexo?

—Dímelo tú.

Se quedaron mirándose el uno al otro y Maria sintió como si esa pregunta fuese una tercera persona que estuviese en la cama con ellos dos.

—Ojalá lo supiera.

—Pues averigüémoslo juntos —sugirió él, levantándole un muslo para separarle las piernas y deslizar la punta de su miembro erecto hacia su sexo—. Acéptame dentro de ti —le pidió—. Déjame entrar.

¿Era posible conocer el carácter de un hombre a través del sexo?

—Dime qué le pasó al testigo que iba a declarar en tu contra —susurró Maria.

—¿Quién quiere saberlo? —replicó él.

Ella se quedó sin aliento y le costó respirar.

—Christopher...

¿Él lo sabía? ¿Era posible que lo supiera? Seguro que si Christopher estuviese enterado de lo que ella estaba tramando no la tocaría de esa manera, ¿no?

—Déjame entrar dentro de ti, Maria —volvió a pedirle, presionando la entrada de su cuerpo con el pene—. Hazme el amor y te daré todas respuestas que buscas.

Ella colocó una pierna por encima de la cadera de él y movió una mano para dirigir su erección. Su mano tembló, igual que su respiración, y se estremeció. Rodeó el miembro de Christopher con los dedos y alteró el ángulo para que pudiese penetrarla. Él lo hizo y separó los labios de su sexo un poco más, haciendo que ella echase el cuello hacia atrás de placer.

—Más —murmuró Christopher—. Quiero estar por completo dentro de ti. Tan hondo como pueda llegar.

Maria se le acercó y dejó que su miembro entrase en su cálido interior. Gimió al notar lo grande que era y lo mucho que le gustaba.

Christopher le sujetó el mentón y la hizo levantar la cabeza.

—Míranos.

Maria tenía miedo de hacerlo, pero al mismo tiempo fue incapaz de reprimir el

deseo de verlos a los dos juntos, así que fijó su mirada desenfocada por la pasión en el reflejo del espejo. El enorme y musculoso cuerpo de Christopher la engullía, la parte superior de la cabeza de ella aparecía bajo el mentón de él y sus pies apenas llegaban a la mitad de sus pantorrillas. La piel del torso y de los brazos de Christopher estaba bronceada por el sol y parecía muy oscura al lado de la de ella, que en raras ocasiones recibía el beso del astro solar. El pelo dorado de él parecía aún más claro comparado con su melena negra. Sus físicos eran completamente opuestos y sin embargo su interior era idéntico.

Eran la pareja perfecta.

—¿Lo ves? —susurró él, obligándola a mirarlo a los ojos en su reflejo.

Juntos observaron cómo su erección desaparecía dentro de ella. A Maria le pesaban los párpados por aquel adictivo placer, pero se negó a volver a cerrarlos. Christopher se retiró y dejó que viese su miembro empapado y resplandeciente de los fluidos de ella y entonces apretó los glúteos y volvió a penetrarla.

Maria apartó la vista del espejo para fijarla en él, en su rostro perfecto que ahora resplandecía de lujuria. Y cuando Christopher volvía deslizarse dentro de ella, su semblante reflejó el placer que sentía. Y cuando Maria se miró a sí misma, vio que el suyo reflejaba lo mismo.

—Y ahora dime —susurró él, con aquella voz tan ronca que ella tanto adoraba—, ¿estamos haciendo el amor?

Gimió cuando Christopher acompasó los movimientos de sus pelvis a la perfección.

—Dímelo, Maria. —Clavó sus ojos en los de ella a través del espejo—. Yo te estoy haciendo el amor. ¿Tú me estás haciendo el amor? —Salió de su interior y volvió a entrar. Más fuerte. Más adentro—. ¿O para ti esto es sólo sexo?

¿De verdad era tan buen actor? ¿De verdad podía engañarla tanto y fingir aquella entrega tan íntima?

Por mucho que intentaba reconciliar la información que tenía con el hombre que estaba entre sus brazos, no podía.

Maria le rodeó el cuello y apoyó la mejilla en la suya. Y fue entonces cuando notó las lágrimas en la piel. Le resultó imposible discernir si eran de él o de ella.

—Es más que sexo —susurró y observó en el espejo cómo una emoción dulce y posesiva transformaba el rostro de Christopher.

Él la abrazó con todas sus fuerzas y empezó a poseerla en serio, moviendo las caderas para dirigir su miembro y penetrarla con absoluta precisión. Ella también lo poseyó con el mismo fervor, sin apartar la vista del erótico reflejo, observando sus cuerpos entrelazados, la erección de él entrando y saliendo de ella tan rápido que se veía incluso borrosa.

Maria separó los labios en un silencioso grito y su cuerpo se tensó al alcanzar un

orgasmo devastador. Christopher gimió y la acarició mientras ella se convulsionaba, le susurró palabras sexuales y cariñosas al oído, mientras Maria creía que iba a morir en medio de aquel clímax. Y sólo cuando ella se relajó en sus brazos, él se permitió eyacular y terminar; su miembro tembló dentro de ella, llenándola, inundándola de su esencia.

Con la respiración entrecortada, la besó apasionadamente y compartieron el aire que tenían en los pulmones.

Y se convirtieron en un único ser.

Amelia se despertó al notar una mano tapándole la boca. Se asustó como nunca y empezó a forcejear con su asaltante, mientras intentaba clavarle las uñas en la muñeca.

—¡Para!

Se detuvo al oír la orden. Abrió los ojos con el corazón latiéndole descontrolado y la mente todavía medio aturdida por el sueño y vio a Colin sentado encima de ella.

—Escúchame —siseó él con la mirada fija en la ventana—. Hay unos hombres fuera. Como mínimo son una docena. No sé quiénes son, pero no son los hombres de tu padre.

Amelia giró la cabeza con fuerza para apartar la boca de debajo de su mano.

—¿Qué?

—Los caballos me han despertado cuando han pasado junto al establo. —Colin se apartó un poco y tiró de la sábana, destapándola—. Me he escabullido por la puerta de atrás y he venido a buscarte.

Avergonzada de que la viera en camión, Amelia volvió a tirar de la sábana, cubriéndose.

Él tiró otra vez.

—¡Vamos! —le dijo con impaciencia.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le susurró ella, furiosa.

—¿Confías en mí? —Los ojos negros de Colin brillaron en la oscuridad.

—Por supuesto.

—Entonces haz lo que te digo y guárdate las preguntas para después.

Amelia no tenía ni idea de qué estaba pasando, pero sabía que él no le estaba gastando ninguna broma. Tomó aire y asintió al salir de la cama. La habitación sólo estaba iluminada por la luz de la luna que se colaba a través del cristal de la ventana. Llevaba la melena recogida en una pesada trenza que le caía por la espalda y Colin se la cogió y la deslizó entre los dedos un momento.

—Ponte algo de ropa —le dijo—. Rápido.

Amelia se fue detrás del biombo que tenía en la esquina y se desnudó. Después se puso la camisola y el mismo vestido que había llevado durante el día.

—¡Date prisa!

—No puedo abrocharme los botones de la espalda. Necesito a mi doncella.

La mano de Colin apareció detrás del biombo y la cogió por el codo para tirar de ella hacia la puerta.

—¡Voy descalza!

—No tenemos tiempo —susurró.

Abrió la puerta del dormitorio y miró el pasillo con cautela.

Estaba tan oscuro que Amelia apenas podía ver nada, pero podía oír unas voces masculinas.

—¿Qué está pa...?

Colin se movió a la velocidad del rayo y volvió a cubrirle la boca con un mano, mientras le decía que no con la cabeza.

Asustada, ella tardó unos segundos en comprenderlo. Cuando por fin lo hizo, asintió y no dijo nada más.

Colin salió al pasillo con sigilo, llevando a Amelia de la mano. De algún modo, a pesar de que iba descalza, el suelo de madera crujió cuando lo pisó ella y no cuando lo hicieron las botas de Colin. Los dos se quedaron petrificados. Las voces que habían oído en el piso de abajo también se quedaron en silencio. Fue como si la casa entera estuviese conteniendo el aliento.

Esperando.

Colin se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y acto seguido la cogió y se la echó sobre el hombro, como un saco. Lo que siguió fue muy confuso. Amelia iba colgando cabeza abajo y estaba desorientada. Fue incapaz de discernir cómo podía Colin llevarla de su dormitorio en el segundo piso hasta la planta baja.

Entonces alguien gritó al descubrir que ella no estaba y unas pisadas resonaron encima de ellos. Colin soltó una maldición y echó a correr con todas sus fuerzas. Iba tan rápido que a Amelia le castañeteaban los dientes y su trenza parecía un látigo moviéndose en el aire; de hecho, incluso llegó a tener miedo de hacerle daño a Colin con ella. Rodeó la cintura de él con los brazos y, saliendo de la casa, bajaron los escalones.

Más gritos y Colin corrió más. El ruido de unas espadas entrechocando y los gritos de la señorita Pool resonaron en la noche.

—¡Está allí! —exclamó alguien.

El suelo tembló a su alrededor.

—¡Por aquí!

La voz de Benny fue como música para sus oídos. Colin cambió de dirección. Amelia levantó la cabeza y vio a sus perseguidores y entonces apareció otro grupo de hombres que los interceptaron. A algunos los reconoció, a otros no. La incorporación de ese segundo grupo en la reyerta les dio un tiempo precioso para escapar y pronto dejaron de perseguirlos.

Un segundo más tarde, Amelia volvía a tener los pies en el suelo. Todavía asustada, miró a su alrededor para intentar calmarse y vio a Benny montado en un caballo y a Colin en otro.

—¡Amelia! —Colin le tendió una mano mientras con la otra sujetaba las riendas con destreza. Cuando se la cogió, él tiró de ella hasta tumbarla boca abajo en su regazo. Los poderosos muslos de Colin se flexionaron debajo de Amelia cuando

espoleó al animal y salieron galopando en mitad de la noche.

Ella se sujetó como si le fuera la vida en ello, a pesar de que el estómago se le revolvió con cada bache. Pero la huida no duró demasiado. Justo cuando iban a llegar al camino, se oyó un disparo que resonó en la oscuridad. Colin se tensó y gimió y Amelia gritó al sentir que su mundo se desmoronaba.

Resbaló del animal hasta estrellarse contra el suelo.

Y luego nada.

Christopher se despertó rodeado de calor y suavidad. El olor a sexo y a Maria impregnaba tanto el aire como las sábanas que los tapaban. Ella lo estaba abrazando, tenía una pierna entre las de él, un brazo encima de su torso y los pechos pegados al costado. Christopher alargó un brazo y colocó bien la sábana que cubría su erección matutina.

Las únicas palabras que habían intercambiado a lo largo de la noche habían sido palabras de amor, de sexo. No habían mencionado el dolor, ni la traición, ni tampoco las mentiras. Formaba parte de la naturaleza de él evitar a toda costa las situaciones desagradables y como los dos se parecían tanto, sabía que a Maria le pasaba lo mismo. Pero los dos habían accedido tácitamente a decirse con sus cuerpos lo que no podían decirse con palabras.

Giró la cabeza y le dio un beso en la frente. Ella murmuró dormida y se acurrucó más en sus brazos. Un gatito haciendo lo mismo no habría sido más adorable.

Christopher le deslizó la mano que tenía libre por el pelo y empezó a trazar un plan. Sólo había una manera de saber si Maria le era leal. Tenía que ponerla a prueba, poner al alcance de su mano la posibilidad de traicionarlo y ver si ella la aprovechaba.

Maria le besó el torso con suavidad.

Él la miró a los ojos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella en voz baja.

—En ti.

Por desgracia, se había hecho ya de día y el recelo podía palpase entre los dos.

—Christopher...

Esperó a que Maria le dijese algo más, pero fue como si hubiese cambiado de opinión.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría que no hubiese secretos entre nosotros. —Le acarició el torso—. Me dijiste que me dirías cualquier cosa que quisiera saber.

—Y lo haré. —Miró el reflejo de los dos en el espejo y supo que quería despertarse así cada mañana—. Te suplico que vengas conmigo esta noche. Soy un bruto y te he estropeado ya dos vestidos, y me temo que no podré seguir viviendo si

no me dejas que te compense.

—¿Ah, sí?

Se incorporó a su lado y su melena negra la cubrió como un manto de seda. Christopher sonrió al recordar que la noche que la vio en el teatro pensó que era una mujer demasiado vanidosa como para disfrutar de un buen polvo. Qué equivocado estaba.

Deseó no equivocarse también al creer que estaba enamorada de él. Esa noche sabría la verdad.

—Tengo un almacén en la ciudad, donde guardo mis mercancías —le dijo—. Me gustaría llevarte allí. Tengo varias sedas de París que quisiera enseñarte. Puedes elegir las que más te gusten y así podré regalarte unos vestidos nuevos para compensarte por los que te he roto.

Ella mantuvo el rostro impassible.

—¿Y cuándo contestarás a mis preguntas?

Christopher fingió suspirar exasperado.

—Se supone que tienes que quedarte impresionada por mi generosidad, pero tú lo que quieres es meterte en mi cerebro.

—Tal vez tu cerebro me resulte más impresionante que unos vestidos nuevos —replicó ella, coqueta—. Acabo de hacerte un cumplido.

—Está bien, si conseguimos superar esta noche sin meternos en otro lío, te prometo que me pondré en tus manos y que te contaré todos mis secretos.

Y lo haría. Si Maria no lo traicionaba, esa misma noche le entregaría su corazón y tal vez, si tenía mucha suerte, pudiese despertarse el resto de su vida contemplando la imagen que había visto esa mañana.

Maria sabía que no era una coincidencia que lord Eddington apareciese en su casa una hora después de su llegada. El conde la estaba espiando y tenía hombres que la seguían a todas partes. La estaba volviendo loca.

—Lo recibiré —le dijo a su mayordomo, cuando éste la avisó de la llegada del noble.

Poco después, Eddington entró en su salón privado, con una sonrisa de satisfacción que a Maria le resultó como mínimo alarmante. Sin embargo, fingió no darse cuenta y le sonrió con normalidad.

—Buenas tardes, milord.

—Querida —murmuró él, cogiéndole una mano para besarle los nudillos.

Ella lo observó con detenimiento, pero no vio nada fuera de lugar en su impecable aspecto.

—Cuénteme algo interesante —le dijo él.

—Ojalá tuviera algo interesante que contarle —respondió ella, encogiéndose de

hombros—. Por desgracia, St. John es mucho menos hablador de lo que creía.

—Vaya. —Se levantó las colas de la levita y se sentó relajado en un sofá—. No me había dicho que tuviese usted una hermana.

Maria se quedó helada y se le detuvo el corazón un segundo antes de ponerse a latir descontrolado.

—¿Disculpe?

—He dicho que no sabía que tuviera una hermana.

Incapaz de seguir sentada, se puso en pie.

—¿Qué sabe de ella?

—Lamentablemente muy poco. Ni siquiera sé su nombre. —Endureció la mirada—. Pero sé dónde está y, si es necesario, puedo mandar a unos hombres a buscarla.

Algo se activó dentro de Maria, volviéndola cortante.

—Se está adentrando en un terreno muy peligroso, milord.

Poniéndose él también en pie, se acercó a ella.

—Deme algo —le ordenó—. Lo que sea y su hermana estará a salvo.

—Su palabra no me basta para tranquilizarme. —Mantuvo la cabeza bien alta sólo gracias a la rabia. En realidad, le costaba tanto respirar del miedo que tenía que pensó que iba a desmayarse—. Quiero verla con mis propios ojos.

—Si cumple con su parte del trato, su hermana estará bien y no sabrá nada de todo esto.

—¡La quiero aquí conmigo! —Cerró los puños de impotencia. Amelia...—. Tráigame a mi hermana y entonces le daré lo que tanto desea, lo juro.

—Usted ya me ha prometido... —Eddington se detuvo y entrecerró los ojos—. Hay algo más, ¿verdad? Su petición obedece a algo más que la desconfianza.

A Maria se le encogió el estómago, pero arqueó una ceja en señal de desdén.

El conde la sujetó por el mentón y la examinó de cerca.

—Sospecho que ni usted misma lo sabe —murmuró pensativo—. ¿Cuántos secretos tiene, lady Winter?

Ella se apartó para que la soltase.

—¿Conoce dónde está mi hermana sí o no?

—Dios santo... —Eddington silbó y se sentó pesadamente en la butaca—. No tengo ni idea de lo que está sucediendo en su vida, pero dejémonos de mentiras durante un segundo. —Le señaló el sofá opuesto y dijo—: Siéntese.

Maria sólo obedeció porque le temblaban mucho las piernas y no sabía si podrían seguir sosteniéndola.

—¿Welton sabe dónde está su hija?

Ella asintió.

—Es él quien la mantiene encerrada.

—Pero usted no sabe dónde está. —Abrió los ojos al comprender la situación—.

¿Es eso lo que utiliza su padrastro para obligarla a hacer lo que él quiere?

Maria no dijo nada.

—Yo puedo ayudarla a cambio de que usted me ayude a mí. —Bajó la voz y apoyó los antebrazos en los muslos—. Yo sé dónde está su hermana, pero necesito saber algo sobre St. John para poder capturarlo. Los dos podemos salir ganando.

—Usted quiere utilizarla a ella para obligarme a hacer algo, igual que Welton. —Abrió y cerró las manos en su regazo—. Si le sucede algo a mi hermana, lo pagará muy caro. Se lo juro.

—Maria. —Era la primera vez que el conde la llamaba por su nombre y la familiaridad la pilló desprevenida, como era probablemente su intención—. Tu situación es insostenible. Y lo sabes. Yo puedo lograr mi objetivo sin tu ayuda. Acepta mis condiciones. Son más que justas.

—Nada de lo que usted me propone es justo, milord. Nada.

—Es mejor que confíes en mí que en St. John.

—Usted no lo conoce.

—Ni tú tampoco —replicó—. Yo no soy el único que sabe dónde está lady Amelia. St. John también lo sabe.

Maria le sonrió.

—Vaya a contarle sus mentiras a alguien más crédulo que yo.

—¿Cómo crees que la he encontrado? Mandé a varios agentes a investigar a Welton para averiguar qué clase de relación tenía contigo. Pero los hombres de St. John nos llevaban ventaja y ya habían empezado a hacer preguntas por el pueblo. Fueron ellos los que encontraron a tu hermana. Mis agentes sencillamente los siguieron.

Maria frunció el cejo y analizó lo que había sucedido durante los últimos días.

—Maldición. —El conde cerró los puños—. Creía que ibas a ser una rival digna de St. John, pero veo que a ti también te ha engañado.

—No puede lanzar una acusación como ésa y esperar que me la crea con los ojos cerrados. Que dude de usted no implica que crea a St. John ni que éste cuente con mi simpatía o mi lealtad. Lo único que implica es que, en mi opinión, usted y St. John se parecen mucho y no sé con cuál quedarme. ¿Malo conocido o malo por conocer?

—Sé razonable —intentó convencerla él—. Yo lucho por el bien de Inglaterra. St. John sólo lucha por sí mismo. Eso tendría que darme algunos puntos de ventaja.

Ella esbozó una mueca de desdén.

—Maria, seguro que puedes decirme algo que pueda utilizar para implicar a St. John en alguna actividad ilegal, o alguna pista sobre dónde se encuentra ese testigo. ¿Has visto a alguien en su casa, o te ha hablado él de alguien? Piénsalo bien. La vida de tu hermana depende de ello.

Estaba cansada y harta de todo aquello y sabía que tenía que poner punto final a

aquella relación triangular. No podía seguir así. Era demasiado agotador y ella necesitaba toda su energía para salvar a Amelia y llevarla de vuelta a casa.

—Esta noche me ha pedido que lo acompañe a un sitio —susurró—. Dice que es donde guarda parte de su contrabando.

—¿Te llevará allí?

Maria asintió.

—Pero yo que usted no lo arrestaría por contrabando; iniciaría una revolución. El pueblo siempre lo ha defendido.

—Deje que yo me preocupe de eso —le dijo Eddington, ansioso—. Tú ocúpate de enseñarme el camino.

Christopher soltó una maldición.

—¿Estás seguro de que ha dicho eso, que ha ordenado la captura de Amelia?

—Sí —afirmó Tim—. Estaban hablando en voz baja, pero lo he oído perfectamente. Ahora mismo están esperando recibir noticias. Eddington no le ha dicho nada más a lady Winter. Sólo que estaba vigilando a su hermana, no que fuese a secuestrarla.

—Confiemos en que Walter, Sam y los demás se los hayan quitado de encima —comentó Philip.

—La confianza es algo muy frágil como para basar en ella nuestras esperanzas —apuntó Christopher—; será mejor que seamos cautos y que asumamos que Eddington se ha salido con la suya y tiene a Amelia.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó Philip, mirándolo preocupado desde detrás de las gafas.

Christopher se frotó la nuca y apoyó la cadera en la parte delantera del escritorio.

—Me ofreceré al conde a cambio de Amelia.

—¡Dios santo, no! —gritó Tim—. Lady Winter tiene intención de traicionarlo a usted.

—¿Qué otra opción le queda? —la defendió Christopher.

—Eddington es un agente de la Corona —apuntó Philip—, dudo que le haga daño a la joven.

—Yo también lo dudo. Pero la ley lo obliga a devolver la niña a lord Welton y creo que lo hará si Maria no lo ayuda a conseguir lo que quiere. —Miró a Tim—. Vuelve a casa de lady Winter y acompáñala esta noche cuando venga a verme.

—¿Va a sacrificarse por ella cuando ella no está dispuesta a hacer lo mismo por usted? —le preguntó Tim, visiblemente enfadado.

Christopher le sonrió con tristeza. ¿Cómo podía explicárselo? ¿Cómo podía encontrar las palabras para hacerle entender que para él hacer feliz a Maria era más importante que serlo él? Sí, podía enfrentarse a ella y decirle que sabía lo de

Eddington, pero entonces, ¿qué? Él no podría seguir viviendo, sabiendo que la había lanzado a los lobos, que la había dejado a merced de hombres como Welton y Eddington, u otros como Sedgewick, que sólo querían hacerle daño.

—Philip y mi abogado están al corriente de mis asuntos y os explicarán las medidas que he tomado para ocuparme de todos vosotros en caso de me sucediera algo.

—¡Eso no me importa! —rugió Tim—. ¡Lo que me importa es usted!

—Gracias, amigo mío. —Christopher le sonrió—. Eso significa mucho para mí.

—No. —Tim negó con la cabeza—. Está tonto. Ha perdido la cabeza por esa mujer. Jamás pensé que llegaría a verlo.

—Tú mismo has dicho que lady Winter se negó a darle la información a Eddington hasta que éste la amenazó con su hermana. Yo no la culpo. Si quiere recuperar a la joven algún día, no tiene elección.

—Podría elegirlo a usted —masculló Tim.

Christopher ocultó su dolor y les pidió que lo dejaran solo.

—Marchaos. Tengo que ocuparme de unos asuntos.

Los hombres se fueron de mala gana y Christopher se sentó en la silla de su escritorio y soltó el aliento. ¿Quién habría dicho que su relación con Maria iba a acabar así?

Pero a pesar de ese final, no consiguió arrepentirse de haber estado con ella. Había sido feliz durante un tiempo.

Y a cambio de eso, pagaría contento el precio que hiciera falta.

Durante el trayecto hasta la casa de St. John, Maria pensó que así debía de ser como se sentían los presos cuando los conducían al patíbulo.

Detrás de ella cabalgaban Eddington y sus agentes.

Sólo con pensarlo, Maria sentía un dolor casi físico. Lo que más quería en el mundo era recuperar a Amelia, pero su corazón insistía en decirle que iba a pagar un precio demasiado alto para conseguirlo.

Ya no podía seguir negando lo profundamente unida que se sentía a Christopher. A pesar de todo lo que había descubierto sobre él a lo largo de su relación, parecía obsesionada en recordar la ternura del pirata, el modo en que había tratado a Templeton, lo mucho que se había preocupado cuando la hirieron, la forma en que le hacía el amor.

Salió del carruaje y levantó la vista hacia la casa de Christopher, una casa sin setos en el jardín y con guardias en la entrada. En ese instante, pequeñas imágenes de ellos dos le llenaron la mente; momentos llenos de pasión y otros de ternura. Momentos de cómodos silencios y otros de combates verbales. Era sorprendente lo mucho que se parecían sus temperamentos y sus pasados.

Se cogió la falda, subió los escalones sin prisa y entró por la puerta, que ya estaba abierta, esperándola. En el vestíbulo, se encontró con muchos de los que vivían en aquella casa, bajo la protección de Christopher, que habían bajado al vestíbulo para verla. No apartaban los ojos del florete que ella llevaba en la mano. Maria se enfrentó a todas esas miradas, desafiándolos a que hicieran algo.

Nadie hizo nada.

Subió la escalera que conducía al dormitorio de Christopher y llamó a la puerta. Entró cuando oyó la voz de él dándole permiso para hacerlo.

Estaba de pie ante el espejo, poniéndose un precioso chaleco bordado que le sujetaba su ayuda de cámara. El tejido tenía un estampado floral que contrastaba con el beis del pantalón y de la chaqueta a juego, que colgaba de un perchero cercano. El traje le recordó al que Christopher llevaba el día en que lo había visto por primera vez, en el teatro.

—Tengo que decirte algo.

Christopher le buscó la mirada en el espejo y entonces vio el arma que ella sostenía en la mano. Murmuró algo y despidió al sirviente antes de darse la vuelta para mirarla.

—Vaya, lady Winter, si hubiera sabido que mi amada iba a mandaros a vos en su lugar, me habría tapado un poco más.

—Así está perfecto. —Esbozó una sonrisa—. Hay menos ropa entre tu piel y la punta de mi espada.

—¿De verdad piensas atravesarme con ella?

—Tal vez.

Él arqueó una ceja y la miró escéptico.

—Te aconsejo que no creas que llevar faldas es una desventaja. Me entrené con ellas tantas horas como con pantalón y me muevo igual de bien.

Christopher levantó ambas manos para demostrarle que se rendía.

—Decidme, bella dama, ¿qué puedo hacer por vos para evitar esta muerte segura?

Maria apoyó la punta del florete en la alfombra Aubusson y descansó la mano encima de la empuñadura.

—¿Me amas?

Él arqueó una ceja.

—Maldición. Es muy poco deportivo por tu parte exigir una declaración de amor con amenazas.

Maria golpeó nerviosa la alfombra con la punta del pie.

Él sonrió y a ella se le paró el corazón.

—Te adoro, amor mío. Te venero. Te besaría los pies y te suplicaría toda la vida. Te ofrezco todo lo que tengo, mi inmensa fortuna, todos mis barcos, mi pene, que ahora mismo llora por que le hagas caso...

—Para. —Maria negó con la cabeza—. Ha sido horrible.

—¿Ah, sí? Me gustaría ver si tú eres capaz de hacerlo mejor.

—Muy bien. Te amo.

—¿Y ya está? —Se cruzó de brazos, pero tenía los ojos llenos de emoción—. ¿Esto es todo lo que tienes que decirme?

—Quédate en casa esta noche.

Christopher se tensó.

—Maria.

Ella cogió aire y después lo soltó, nerviosa.

—Me has preguntado muchas veces qué clase de relación tengo con Eddington. Es un agente de la Corona, Christopher. Ahora mismo está ahí fuera esperando para seguirnos y pillarte in fraganti con el contrabando.

—Entiendo —le dijo él, mirándola pensativo.

—Sé lo de Sedgewick.

Cuando Christopher abrió la boca para decir algo, ella levantó una mano y lo detuvo.

—Nada de explicaciones. Sólo te lo digo porque Simon ha encontrado al testigo. Sedgewick lo amenazó con la seguridad de su familia y le exigió que testificase contra ti a cambio de devolverle a su esposa, a sus dos hijos y a su hija. Tim y varios de mis hombres los liberaron. El vizconde ya no tiene nada en tu contra.

Christopher arrugó las cejas, muy concentrado.

—Me has dejado sin habla.

—Mejor. No me gusta que me interrumpas. Me han dicho que sabes dónde está Amelia. —La voz le tembló más de lo que le habría gustado—. Que la has encontrado y que tienes hombres vigilándola. ¿Es eso cierto?

—Ésa es mi esperanza, sí. —Le dedicó una mirada indescifrable—. Esperaba encontrar una prueba irrefutable de su identidad antes de ir a verte y contártelo. No quería darte falsas esperanzas.

—¿Dónde está?

—Si esa chica es de verdad tu hermana, está en Lincolnshire.

—Gracias. —Maria levantó el florete y se detuvo un segundo antes de darse la vuelta—. Ten cuidado —le dijo en voz baja y con una mano sobre el corazón—. Te deseo lo mejor, Christopher. Hasta siempre.

Y se dirigió a la puerta.

—Maria.

Su voz ronca la hizo estremecer. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y se las enjugó mientras aceleraba el paso. Sujetó el pomo con una mano, pero antes de que pudiese girarlo, se quedó atrapada. Los brazos de Christopher la aprisionaron y su cuerpo se pegó suavemente al de ella.

—Has renunciado al sueño de reunirte con tu hermana para salvarme la vida. —Temblando, le apoyó una mejilla en la sien—. Me has dicho que me amas. ¿Y aun así todavía no puedes pedirme que te ayude?

—Nuestras vidas tienen que separarse aquí —susurró ella, porque el nudo que tenía en la garganta le impedía hablar más alto—, es como tiene que ser. Tú por fin eres libre y ya no corres peligro... y yo seguiré mi camino. Encontraré a Amelia, de eso no te quepa ninguna duda. Pero no puedo hacerlo así, a tu costa. Hallaré algo con lo que negociar con Eddington.

—Es una crueldad que me salves la vida y me condenes a vivirla sin ti a mi lado —le dijo él con brusquedad.

Ella empezó a temblar y Christopher la abrazó.

—Lo sé, Maria. Sé que Eddington te ha ofrecido entregarte a Amelia a cambio de mí. Sé lo mucho que tu hermana significa para ti. Arriesgaste la vida para salvarla. —Se inclinó hacia ella y hundió el rostro en su cuello—. Lo que no sabía era que ibas a confesármelo todo, ni que ibas a salvarme la vida a pesar de que sabías lo de Sedgewick y todo lo demás. Dios mío... —Se le quebró la voz—. Tienes que amarme mucho para hacer esto. Y no me lo merezco.

—¿Lo sabes? —Se aferró a las manos de él con las suyas.

—Tim ha venido a verme antes. Me ha contado lo de la visita de Eddington y el trato que te había ofrecido. También lo oyó hablar con uno de los hombres que lo estaban esperando en el carruaje. Según dice, hace unos días Eddington les ordenó a

sus hombres que fuesen a buscar a Amelia y están esperando noticias. Confío en que los míos hayan logrado impedir el secuestro, pero todavía no lo sé con certeza.

Maria forcejeó con él hasta que la soltó y entonces ella se volvió para mirarlo a los ojos.

—Entonces, es mejor que asumamos que la tiene Eddington.

Christopher la miró con ternura.

—Así que a pesar de que has intentado salvarme la vida, me temo que voy a irme con Eddington de todos modos. No hay ningún almacén en la ciudad, te lo dije para ver si me traicionabas, pero puedo confesar delante de él a cambio de que te entregue a Amelia.

Maria se secó furiosa las lágrimas.

—Sabías lo de mi acuerdo con Eddington... ¿y a pesar de ello estabas dispuesto a salir esta noche conmigo?

—Sí —se limitó a decir él.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que tú sabías lo de Sedgewick y estabas dispuesta a sacrificarte. Te amo, Maria. Más que a mi vida. —Esbozó una sonrisa agrí dulce—. Esta mañana creía que te amaba tanto como era capaz. Pero ahora sé que te amo mucho más que eso.

Ella echó las manos hacia atrás para apoyarse en la puerta y no caerse al suelo de lo mucho que le temblaban las rodillas. Pero no fue suficiente. Se deslizó por la madera hasta quedar sentada en medio de capas de seda de color lavanda de su vestido y de las de algodón blanco de sus enaguas, con el florete en el regazo.

—¿Y ya está? —susurró—. ¿Esto es todo lo que tienes que decirme?

—Mira que te gusta provocarme.

Christopher se agachó delante de ella y le sujetó la cara entre las manos. Acercó los labios, que seguían sonrientes, a los suyos y le dio un beso tan tierno y reverente que a Maria se le rompió el corazón. Entonces ella lo cogió por las muñecas y tiró de él para besarlo con algo parecido a la desesperación.

—Te amo.

El descarnado sentimiento que desprendía la voz de él, hizo que Maria se pusiera de rodillas y se lanzase a sus brazos.

Christopher la abrazó tan fuerte que la dejó sin aliento.

—Desde el principio han querido que nos enfrentáramos el uno al otro —dijo ella—. ¿Vamos a permitir que nos separen?

—No. —Se apartó para mirarla—. ¿Tienes alguna sugerencia? Hasta que recuperemos a Amelia, estamos en desventaja.

—Debemos reducir el número de jugadores de este juego. Tenemos demasiados flancos abiertos y nos distraen de nuestros objetivos.

Christopher asintió, sumamente concentrado.

—Juntos seguro que encontraremos la manera de... Welton, Sedgewick y Eddington. Éste puede tener a Amelia, así que tenemos que tolerarlo... pero Welton y Sedgewick...

Una idea cruzó por la mente de Maria e inmediatamente empezó a buscarle los puntos débiles. Y cuando siguió pareciéndole buena, sonrió.

—Me encanta cuando pones esta cara de mala —le dijo Christopher.

—¿Qué te parece si cambiamos las reglas del juego, amor mío? ¿Y si somos nosotros los que hacemos que sean ellos quienes se enfrenten?

—Taimado y audaz —contestó él con una sonrisa—. Sea lo que sea, me encanta.

—Necesitamos papel y tinta y tus tres jinetes más rápidos y temerarios. Tendrán que entregar las cartas dondequiera que estén los destinatarios.

—Hecho. —Christopher se puso en pie y tiró de Maria para levantarla—. Quién habría podido adivinar que enfrentar a los dos criminales más buscados de Inglaterra terminaría uniendo tanto a éstos... Uniéndolos en más de un sentido.

Maria le guiñó un ojo.

—Nosotros lo habríamos adivinado si lo hubiésemos planeado desde el principio.

Christopher se rio y la abrazó.

—Me compadezco del mundo, ahora que tú y yo somos uno.

—Compadécete de ti —le dijo ella—. Vas a tenerme para ti solo durante el resto de tu vida.

—No me aburriré ni un segundo, amor. —Entonces le dio un beso en la punta de la nariz—. Y eso es exactamente lo que quiero.

Para cualquiera que pasara por allí, los ocupantes de aquel sencillo carruaje y los hombres que cabalgaban a sus flancos eran las únicas personas que estaban en aquel oscuro muelle.

Maria descendió del carruaje y el lacayo que tenía al lado levantó el farolillo para iluminarla y llamar la atención de cualquiera que estuviera por allí cerca. Detrás de ella, en la oscuridad, Christopher estaba saliendo por la trampilla secreta del vehículo. Cada uno se ocuparía de su parte del plan.

—¡Maldita sea, Maria!

La irritante voz de Welton la sobresaltó, pero una lenta sonrisa interna la reconfortó. Se dio la vuelta y lo miró con cierto desdén.

—¿Qué diablos significa todo esto? —masculló su padrastro acercándose a ella con las colas de la levita volando alrededor de sus piernas—. ¿Por qué has elegido este lugar tan teatral para nuestra reunión? ¿Y a qué viene tanta prisa? Estaba ocupado, maldita sea.

—¿Ocupado? ¿Te refieres a tus partidas de cartas y a las putas? —se burló—. Discúlpame si no lamento las molestias.

Welton entró en el círculo de luz que proyectaba el farolillo y, como siempre, a Maria la sorprendió ver lo atractivo y masculino que era. Estaba convencida de que alguien tan horrible por dentro acabaría teniendo algo en su aspecto exterior que delatase su maldad, pero en el caso de Welton, ni la edad ni los remordimientos parecían afectarlo.

—No me siento segura reuniéndome contigo en otro lugar —le dijo y retrocedió cuando él se acercó un poco más, para que Welton se viese obligado a gritar—. Eddington no quería acostarse conmigo, te equivocaste con él. Cree que yo estoy detrás de las muertes de Winter y de Dayton. Soy su principal sospechosa y quiere verme ahorcada por mis supuestos crímenes.

El vizconde soltó una sarta de maldiciones.

—No puede demostrar nada.

—Dice que ha encontrado a una persona que te vincula con el veneno que utilizaste.

—Imposible. A esa mujer la maté con mis propias manos cuando se volvió demasiado avariciosa. Ya no puede hablar, le clavé una daga en el corazón y problema solucionado.

—Sea como sea, Eddington dice que ha encontrado a alguien dispuesto a testificar en mi contra y quiere colgarme.

Welton entrecerró peligrosamente sus ojos verdes.

—Entonces ¿cómo es que estás aquí? ¿Por qué no te ha arrestado?

Maria se rio con amargura.

—Eddington sabía de mi relación con St. John y supongo que puedes imaginarte que le ha ido muy bien disponer de información con la que chantajearme.

—Pues tendrá que desaparecer, igual que Winter y Dayton. —Apretó sus labios perfectos mientras pensaba.

A Maria la fascinó la facilidad con la que el vizconde hablaba de matar a alguien. ¿Por qué había elegido el diablo un cuerpo tan perfecto para manifestarse?

—¿Serás capaz de envenenar a un agente de la Corona? —le preguntó con la voz estrangulada, fingiendo pánico.

Welton se rio.

—Me sorprende que todavía te extrañe. ¿A estas alturas aún no me conoces?

—Al parecer, todavía puede horrorizarme ver lo lejos que eres capaz de llegar. Mataste a Dayton y a Winter para quedarte con su dinero y, aunque detesto tu avaricia, puedo entenderlo. La codicia es un pecado universal. Pero matar a Eddington sencillamente porque te molesta es... bueno, digamos que pensaba que ni siquiera tú caerías tan bajo.

Welton negó con la cabeza.

—Jamás te entenderé. Te he dado títulos y riqueza y ahora estoy pensando en cómo garantizar tu libertad. Y tú sigues siendo la misma desagradecida de siempre.

—¡Dios santo! —exclamó una voz que los sorprendió a ambos—. ¡Esto es excelente!

El sonido de unas pisadas atrajo las miradas de los dos hasta lo que parecían ser dos hombres caminando hacia ellos. Lord Sedgewick y Christopher se colocaron en el pequeño círculo de luz.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Welton, acercándose a Maria.

Pero Christopher lo interceptó y la protegió de cualquier posible ataque.

—Significa que usted ha llegado al final del camino, milord.

Sedgewick se balanceó sobre los talones y sonrió de oreja a oreja.

—No tiene ni idea de lo que significará esto para mi carrera. He capturado al responsable de la muerte de Dayton y de Winter. Ha sido brillante, St. John, absolutamente brillante.

—No puede demostrarlo —dijo Welton mirando a Maria—. Ella testificará que soy inocente de cualquier acusación.

—No haré tal cosa —afirmó Maria, sonriendo—. Sino todo lo contrario. Estoy impaciente por reunirme con lord Eddington y contarle todo lo que ha sucedido esta noche.

—¿Lord Eddington? —preguntó Sedgewick, frunciendo el cejo—. ¿Qué pinta él en todo esto?

—Pinto que me encargaré de destituirlo de todos sus cargos —contestó

Eddington, uniéndose al grupo—. Y ya decidiré luego qué hacer con el bueno de lord Welton y con la confesión que ha hecho de todos sus crímenes delante de tanta gente que le será imposible negarla.

Empezaron a encenderse farolillos a su alrededor y fue apareciendo un impresionante número de individuos: policías, soldados y los hombres de St. John.

Resumiendo, fue perfecto. Las amenazas de los tres hombres se eliminaron entre sí. Eddington impidió que Sedgewick pudiese hacerle algo a St. John y Sedgewick que Welton pudiese seguir utilizando a Maria.

—Dios santo —exclamó Welton. Giró el rostro deformado por la rabia hacia Maria. Por fin tenía el aspecto del monstruo que era en realidad—. Vas a arreglar todo esto o te juro que no volverás a verla nunca más. Nunca.

—Sé dónde está —se limitó a decir ella—. Ya no tienes nada con lo que hacerme daño, ni a mí ni a ella. Te encerrarán en la cárcel y yo cuidaré de mi hermana. Como tendría que haber hecho todos estos años.

—Tengo socios —siseó—. Jamás estarás a salvo.

Christopher entrecerró los ojos.

—Siempre estará a salvo —masculló en voz baja—. Siempre.

Maria sonrió.

—Espero que Dios no se apiade de su alma, milord.

Eddington observó cómo un detective de Scotland Yard le ponía los grilletes a Welton y cómo a Sedgewick se lo llevaban dos de sus agentes. El muelle se fue vaciando y al final sólo quedó el carruaje de él y el de St. John. Eddington se cogió las manos a la espalda y suspiró, profundamente satisfecho. Después de esa noche, seguro que le darían el cargo vacante de comandante que tanto había anhelado Sedgewick.

Tan sumido estaba en sus pensamientos que no oyó las pisadas hasta que la punta de una daga atravesó la parte trasera de su abrigo, pinchándole la espalda.

Se quedó quieto.

—¿Qué significa esto?

—Va a tener el honor de ser mi invitado, milord —murmuró lady Winter—, hasta que mi hermana esté sana y salva a mi lado.

—Tiene que ser una broma.

—No la subestime —le dijo St. John—; he sentido el acero de esa daga en mi piel más veces de las que me atrevo a confesar.

—Podría gritar y pedir ayuda —dijo Eddington.

—Eso sería hacer trampa, milord —señaló Maria.

Se oyó un quejido, seguido por unos cuantos más. Eddington volvió la cabeza y vio a su cochero, a sus lacayos y a sus hombres peleándose a puñetazo limpio con el

que parecía ser un único irlandés. Y el irlandés iba ganando.

—¡Dios santo! —exclamó, observando la pelea fascinado—. En toda mi vida había visto a un púgil tan hábil.

El conde estaba tan absorto en el combate, que no se quejó cuando le ataron las manos a la espalda.

—Vamos, venga conmigo —le dijo Maria después de maniatarlo y sin dejar de amenazarlo con la daga por si acaso.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Eddington cuando los empleados de St. John apartaron a los que el irlandés había derribado.

No hacía falta decir que ninguno se resistió.

Más tarde, Eddington tuvo una alegría cuando el irlandés entró en el dormitorio que le habían asignado en casa de lady Winter, con dos copas de brandy. En cuanto a prisiones se refería, aquella casa era la mejor en la que había estado. Su «celda» estaba decorada con tonos marfil y dorado y tenía sofás de piel frente a una chimenea de mármol, además de una cama con dosel y sábanas florales, bordadas también en tonos dorados.

—Ya casi ha amanecido, milord —le dijo el irlandés—, pero confiaba en que le apeteciese tomarse una última copa conmigo. —Esbozó una sonrisa irónica—. Lady Winter y St. John ya se han retirado.

—Por supuesto. —Eddington estudió al hombre mientras cogía la copa que éste le ofrecía—. Usted es el amante del que tanto he oído hablar.

—Simon Quinn, a su servicio.

Se sentó en una de las butacas que había frente a la chimenea y sujetó su copa entre las dos manos, como si no le doliese nada después de la pelea de antes. Lanzó al conde una mirada que habría podido congelar el agua hirviendo.

—Antes de que piense que esto es una visita de cortesía, milord, creo que tengo la obligación de advertirle que si la hermana de lady Winter sufre el más mínimo rasguño, le daré una paliza de la que no se recuperará jamás.

—Dios. —Eddington se quedó atónito—. Ha conseguido asustarme.

—Excelente.

El conde se bebió la copa de un trago.

—Mire, Quinn, a juzgar por las apariencias, usted... acaba de quedarse sin trabajo.

—Sí, eso parece.

—Tengo una proposición que hacerle.

Simon arqueó una ceja.

—Escúcheme —le dijo Eddington—, cuando este asunto de la hermana esté resuelto, asumiré un cargo con mucho poder. Un hombre con sus habilidades podría serme muy útil, y trabajar dentro de la ley tiene sus ventajas. —Estudió al irlandés

para ver si su oferta era bien recibida.

—¿Qué tal son los sueldos?

—Dígame usted cuánto quiere cobrar.

—Vaya... le escucho.

—Excelente. Esto es lo que he pensado...

—De nuevo tengo que confesarte que me fascinas —murmuró Christopher, con sus labios rozando la frente de Maria, mientras los dos estaban reclinados en la cama.

Ella se acurrucó en sus brazos, con la nariz apoyada en su torso desnudo, para poder oler su delicioso aroma.

—Soy fascinante.

Christopher se rio.

—Sobreviviste a la muerte de tus padres... Has pasado todos estos años bajo el yugo de Welton... —Apretó los brazos y la estrechó con fuerza—. Después de la boda nos iremos de viaje. A donde tú quieras. A todos los lugares que quieras. Dejaremos los malos recuerdos atrás y crearemos otros nuevos. Buenos recuerdos. Nosotros tres, mi amor.

—¿Después de la boda? —Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Eres un poco presuntuoso, ¿no crees?

—¿Presuntuoso? —Levantó ambas cejas hasta el nacimiento del cuero cabelludo—. Tú me amas. Yo te amo. Nos casamos. Esto no es ser presuntuoso, es ser lógico.

—Ah, ¿y cuándo has empezado a actuar con lógica?

—Cuando que me enamoré ilógicamente de ti.

—Hum.

—¿Qué significa eso? Ese ruido que has hecho. —Christopher arrugó la frente—. Eso no ha sido un sí.

—¿Y a qué se supone que tengo que contestar que sí?

Maria giró la cara para ocultar una sonrisa. Y acto seguido se encontró tumbada en la cama, con su ardiente pirata y fabuloso amante encima de ella.

—A mi proposición de matrimonio.

—No me he dado cuenta de que me lo hubieses propuesto. Más bien me ha parecido que lo decretabas.

—Maria —suspiró exasperado—, ¿no quieres casarte conmigo?

Ella levantó las manos para sujetarle la cara. Y, en favor de Christopher, tenía que reconocer que sólo se distrajo un segundo mirándole los pechos desnudos.

—Te adoro, y lo sabes muy bien. Pero ya me he casado dos veces y creo que dos bodas son más que suficientes para una mujer.

—¿Cómo puedes comparar la unión que existe entre tú y yo con lo que tuviste con esos dos hombres? El primero te trató como si fueras una amiga y el segundo sólo te utilizó para su uso y disfrute.

—¿Y tú, Christopher, serás feliz estando casado? —le preguntó seria, dejando ya de fingir.

Él se quedó quieto y la miró fijamente a los ojos.

—¿Acaso lo dudas?

—¿No dijiste en una ocasión que el único modo que tenías de cambiar de vida era con la muerte? ¿Bien la tuya o bien la de tus seres queridos?

—¿Cuándo te he dicho yo...? —Abrió los ojos como platos—. Dios santo, ¿tienes espías?

Maria sonrió.

—Víbora —masculló él, separándole las piernas para colocarse en medio—. Sí, lo dije, y es verdad. Y tal vez sea egoísta por mi parte pedirte que te cases conmigo en estas circunstancias, pero no tengo elección. No puedo vivir sin ti.

Deslizó una mano entre ellos y la colocó encima del sexo de Maria, para empezar a acariciárselo.

—Ninguno de los dos hemos hecho nada para evitar la concepción —le dijo en voz baja— y me alegro. Pensar que puedas estar embarazada de mi hijo hace que me desborde la emoción. Imagínate lo listo, o lista, que puede llegar a ser.

—Christopher... —Le escocieron los ojos y se le nubló la visión, y su cuerpo se derritió de deseo bajo sus caricias—. ¿Cómo lo haremos para controlarlo?

—Haciendo lo mismo que hicimos anoche. —Se sujetó el miembro y, con la punta, rozó la entrada del cuerpo de ella y poco a poco la fue penetrando—. Estando juntos.

Maria cerró los ojos cuando él la llenó y la cabeza le cayó hacia un lado, dejándole el cuello expuesto.

—Y si nos sucede algo a mí o a los niños —dijo ella—, ¿me prometes que no te echarás la culpa? ¿O te condenarás para el resto de la eternidad?

Christopher se quedó quieto, su miembro excitado y erecto tembló en su interior. Algo sombrío atravesó su rostro, recordando quizá otros dolores del pasado.

—Podrías haber dejado esta vida criminal hace mucho tiempo —murmuró Maria, rodeándole la espalda con los brazos—. Te convertiste en pirata para salvar a tu hermano y al final eso fue precisamente lo que lo mató, ¿no es verdad?

El temblor que sacudió el cuerpo de Christopher pasó al de ella.

—Y sin embargo te quedaste —continuó—, seguiste adelante para cuidar a la gente que te es leal; cuando alguien muere, te ocupas de su familia y te aseguras de que todo el mundo tenga un hogar y comida en la mesa.

—No soy un santo, Maria.

—No. Eres un ángel caído.

En ese momento, allí, en aquella cama con dosel de seda azul, la comparación le parecía que ni pintada.

—Yo no tengo nada de angelical —replicó él.

—Amor mío. —Levantó la cabeza para darle un beso en el hombro—. Si no nos casamos siempre sabrás que estoy contigo porque quiero, porque deseo pasar cada día

a tu lado y no porque me hayas atado a ti con un contrato.

—¿No puedes desear simplemente estar casada conmigo?

Ella se rio y tiró de él. Christopher se mantuvo inmóvil, no se movía si no quería. Pero entonces suspiró y se tumbó de lado, arrastrando a Maria con él sin separar sus cuerpos. Después descansó la cabeza en las almohadas y la miró.

—Soy el hijo bastardo de un noble —le dijo en aquel tono distante y sin emoción que ella ya había descubierto que indicaba que iba a contarle algo que le dolía—. Mi madre fue el desafortunado objeto de deseo de un noble que la echó de la casa cuando tuvo la desgracia de quedarse embarazada. Entonces la despidieron como doncella y la mandaron humillada al pueblo.

—¿Tu hermano...?

—Nigel era legítimo. Pero yo tuve más suerte. Fui feliz en el pueblo y él desgraciado en la mansión. Nuestro padre estaba medio loco y tenía muy mal carácter. Creo que violó a mi madre porque lo excitaba más el poder que el acto en sí que representaba el sexo. Y a pesar de todo, mi madre me quiso. El único afecto que conoció Nigel en su vida fue el mío y el de su esposa.

—Lo siento. —Maria le apartó un mechón de pelo de la frente y lo besó entre las cejas.

—Así que ya ves, amor mío. —Le cogió una mano y se la colocó encima del corazón—. Quiero que mis hijos nazcan dentro del matrimonio. Quiero compartir mi hogar y mi vida contigo. Quiero compartir una fachada de normalidad contigo.

—¿Una fachada? —Maria le sonrió.

—¿Acaso tú y yo seremos normales algún día?

—Dios nos libre —se burló ella, fingiendo estar muy seria.

—Oh, me estás matando —contraatacó él—. Mira que hacer broma en un momento como éste. Yo estoy aquí, poniendo mi corazón a tus pies, y tú te estás riendo de mí.

Maria levantó la mano que tenía entrelazada con la suya y colocó ambas encima del corazón de ella.

—Tu corazón no está a mis pies, está aquí, latiendo dentro de mi pecho.

Christopher le besó los dedos y sus ojos azul oscuro brillaron de amor.

—Saldremos adelante, te lo prometo. Mi administrador y Philip son capaces de ocuparse de mis asuntos mientras estemos fuera. Philip es el último lugarteniente que se ha incorporado a mis filas, pero tengo más y entre todos pueden manejar mis negocios sin mí.

—Cielo santo —suspiró ella, atónita—. ¿Y qué vas a hacer todo el día acompañado de tu mujer embarazada y de tu cuñada en edad casadera?

—Mujer embarazada... —Su voz sonó más ronca de lo normal. Cogió a Maria de la nuca y tiró de ella hasta tocar sus labios—. Es lo que quiero, maldita sea. Y lo

quiero ahora. Contigo. Jamás me imaginé que lo desearía, pero así es y necesito que tú me lo des. Ninguna otra mujer podría domarme. Al fin y al cabo, ¿cuántas sospechosas de asesinato hay por el mundo?

—No estoy segura, pero podría investigarlo.

Christopher volvió a rodar hasta colocar a Maria debajo de él y entonces empezó a mover las caderas. Ella gimió, sorprendida al notar que la penetraba, y él se echó hacia atrás para volver a hacerlo de nuevo.

—¿Te he dicho últimamente —susurró ella con la risa resonando en su voz y en su corazón— que cuando te pones agresivo en la cama me vuelvo más obstinada?

—¡Mira que te gusta llevarme la contraria! —se quejó él, subrayando cada palabra con un movimiento de caderas.

Bajó una mano y le levantó una pierna a Maria, con la que se rodeó la cintura, y entonces empezó a poseerla con pasión y ferviente entrega.

Christopher se movía con la precisión de un hombre que no sólo sabe darle placer a una mujer, sino que quiere dárselo. Un hombre cuya misión en cada encuentro sexual era llevar a su pareja al éxtasis. A ella. Observó a Maria con atención, memorizó todas sus reacciones y ajustó el cuerpo al de ella.

—¿Te gusta? —murmuró cuando Maria gimió de placer. Repitió el mismo movimiento—. Sabes tan bien como yo que te mueres por mí. Que necesitas sentirme dentro de ti, poseyendo tu delicioso sexo. Imagínate los días y las noches que podemos pasar haciendo esto. Te sentirás tan satisfecha que apenas podrás soportarlo.

—¡Ja! Yo puedo dejarte agotado antes —intentó fanfarronear ella, pero su voz acabó sonando embriagada de deseo.

—Demuéstramelo —susurró Christopher con la voz ronca, entrando y saliendo firmemente de su cuerpo, llenando el dormitorio de los sonidos del sexo—. Cástate conmigo.

Perdida en la maravillosa sensación de tenerlo dentro de ella, Maria se estremeció y le susurró palabras eróticas al oído, clavándole las uñas en los glúteos. Christopher era un animal salvaje e indomable, a pesar de que él mismo había afirmado lo contrario, y su desesperación era más que palpable en el modo en que le hacía el amor, como si nunca fuese a tener suficiente. Como si nunca pudiese llegar lo bastante dentro de ella.

—¿Estás seguro de que quieres sentir este nivel de emoción diariamente durante el resto de tu vida? —le susurró Maria antes de morderle el lóbulo de la oreja.

Para vengarse de ella, Christopher la penetró hasta que los testículos tocaron su sexo y entonces hizo un movimiento circular con las caderas mientras con la pelvis le rozaba el clítoris; Maria llegó repentinamente al clímax.

—¡Christopher! —Se estremeció entera y su vagina se apretó alrededor del pene de él hasta que Christopher gritó de placer y eyaculó en su interior.

—Te amo —susurró, sujetándola con tanta fuerza que Maria casi no podía respirar—. Te amo.

Ella lo abrazó con toda el alma y su corazón latió, sintiendo lo mismo que él proclamaba.

—Supongo que tendré que casarme contigo —dijo sin aliento—. Si no, ¿quién te va a volver loco?

—Nadie más se atrevería. Tú eres la única.

—Y nadie más puede amarte tanto como yo.

—Seguro que no. —Pasó su cara cubierta de sudor por la mejilla de ella, impregnándola de su esencia—. A menudo me preguntaba por qué mi padre tenía que ser como era, por qué mi hermano heredó una ruina, por qué la única alternativa que tuve fue dedicarme a esto.

—Amor mío... —Sabía perfectamente cómo se sentía. ¿Acaso ella no se había preguntado lo mismo a diario?

—Cuando te tuve entre mis brazos esa noche en el teatro, supe que tú eras el motivo. Todas y cada una de las cosas que me han sucedido en la vida han sido necesarias para conducirme hasta ti. Si yo no hubiera sido la clase de hombre que soy, la agencia jamás se me habría acercado y yo no te habría encontrado a ti, a mi alma gemela. De hecho, te pareces tanto a mí que da incluso miedo y, sin embargo, no dejas de sorprenderme ni de fascinarme.

—Y tú también me sorprendes y me fascinas a mí. —Le pasó los dedos por la espina dorsal y sonrió cuando él tuvo cosquillas—. Nunca se me habría ocurrido pensar que querrías casarte. No podía ni imaginármelo.

—Pues ya puedes empezar a hacerlo —replicó decidido—. Di que sí, mi preciosa Maria. Di que sí.

—Sí.

Christopher echó la cabeza hacia atrás y arqueó una ceja.

—¿Por qué tengo la sensación de que ha sido demasiado fácil?

—¿Fácil? —Maria parpadeó con exageración varias veces—. Entonces lo retiro, voy a hacerme la interesante y tendrás que seguir pidiéndomelo.

Christopher refunfuñó y se movió dentro de ella.

Maria sonrió.

—¿Te acuerdas de que te he dicho que cuanto más te hago enfadar más te centras en el sexo? La verdad es que me encanta.

—Vas a acabar matándome.

—Te lo he advertido.

—Pagarás por esto.

—Ooh... ¿Y cuándo tienes intención de cobrarte la deuda?

—Tan pronto como encuentre una licencia matrimonial y un párroco.

—Esperaré impaciente —dijo ella.

Y él se movió lentamente en su interior, sonriendo perverso.

—Bueno, entonces no te haré esperar demasiado.

—Simon, querido. —Maria se levantó del sofá en el que estaba sentada en el salón y le tendió ambas manos para recibirlo.

Él se acercó despacio y tranquilo y le sonrió afectuosamente.

Con aquel traje gris que llevaba se lo veía tan discreto y elegante como siempre, y extremadamente atractivo. Le cogió las manos y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás?

—No muy bien —reconoció ella, sentándose de nuevo.

Christopher se había ido a su casa para cambiarse y prepararse por si recibían noticias de Amelia. Maria se había quedado esperando en su residencia por si acaso llegaba alguna carta. Quería organizar un equipo de búsqueda, pero Christopher le había suplicado que lo dejase ocuparse a él del asunto; y tras darle varios y excelentes motivos, Maria accedió, aunque a regañadientes.

—No puedo evitar preocuparme.

—Lo sé —dijo Simon, acariciándole el dorso de la mano—. Ojalá pudiera serte de más ayuda.

—Que hayas venido me reconforta mucho.

—¿Ah, sí? Pero digamos que ahora estoy de más, ¿no?

—Nunca. Tú siempre tendrás un lugar privilegiado en mi vida. —Maria respiró hondo—. St. John me ha pedido que me case con él.

—Tipo listo. —Simon sonrió—. Te deseo toda la felicidad del mundo. No conozco a nadie que se lo merezca más que tú.

—Tú también mereces ser feliz.

—Estoy bien, *mhuirín*. De verdad. Ahora mismo mi vida es perfecta. —Sonrió y se recostó en la butaca tapizada de brocado—. Entonces, dime, ¿cuándo tengo que irme?

—Tú no te vas a ninguna parte. Quiero que te quedes con esta casa. Aquí has vivido muy buenos momentos, ¿no?

—Los más felices de mi vida.

A Maria le escocieron los ojos y tragó saliva para aflojar el nudo que tenía en la garganta.

—Cuando haya recuperado a Amelia, nos iremos de viaje. Visitaremos todos los lugares que no pude conocer por culpa de Welton. Será una aventura y espero que me ayude a recuperar mi relación con mi hermana.

—Creo que es muy buena idea.

—Te echaré mucho de menos —añadió y empezó a temblarle el labio inferior. Simon le cogió una mano y se la acercó a los labios para besarla.

—Siempre estaré a tu lado, para cualquier cosa que necesites. Esto no es el final. Para ti y para mí jamás habrá un final.

—Yo también estaré siempre a tu lado —le susurró ella.

—Lo sé.

Maria soltó el aliento.

—Entonces ¿te quedarás con la casa?

—No, pero la cuidaré para ti. Da la casualidad —añadió con una sonrisa— de que es el lugar perfecto para la misión que me ha encargado lord Eddington.

Maria se quedó boquiabierta.

—¿Te ha engañado para que entres a trabajar en la agencia?

—No, qué va. El conde anticipa que tendrá ciertos asuntos muy delicados que será mejor que resuelva alguien con menos escrúpulos de lo habitual.

—Dios santo. —Levantó una mano y le acarició la mejilla—. Ten cuidado, por favor. Tú formas parte de mi familia y no podría soportar que te pasara nada malo.

—Yo te pido lo mismo. No corras ningún riesgo innecesario.

Ella le tendió la mano.

—Trato hecho.

Simon ladeó la cabeza y frunció el cejo levemente antes de estrechar la mano de Maria. Luego se la llevó al corazón.

—Para toda la vida.

—Entonces, dime —dijo ella con una sonrisa—, ¿qué es exactamente lo que Eddington tiene planeado para ti?

—Bueno, él cree que...

Maria paseó arriba y abajo por la pequeña salita, maldiciendo en voz baja. Incapaz de resistirlo más, volvió a mirar al hombre que estaba de pie en la esquina, cubierto de polvo y agotado por el viaje, y sintió que iba a desmayarse.

—Un trabajo excelente. —Christopher felicitó de nuevo al recién llegado por haberle salvado la vida a Amelia al rescatarla de sus secuestradores.

Un instante más tarde, Maria sintió las manos del hombre que amaba en los hombros.

—¿Estás lista?

Ella levantó los ojos para mirarlo.

Christopher le sonrió, mirándola a su vez con ternura y adoración.

—Sam se ha adelantado cuando han llegado a las afueras de Londres. El grupo con el que viaja Amelia llegará dentro de poco.

Maria consiguió asentir.

—Estás tan pálida.

Ella se llevó una mano a la garganta.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —Christopher la acercó a él.

—De creerme que Amelia de verdad está llegando, de creerme que todo ha terminado. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, que rodaron a continuación por sus mejillas.

—Lo entiendo. —Christopher le acarició la espalda para tranquilizarla.

Simon abandonó su puesto junto a la ventana y se acercó a ella con un pañuelo y una sonrisa.

—¿Y si no le gusto? ¿Y si me odia?

—Maria, Amelia te querrá —le aseguró Christopher—. Es imposible no quererte.

Simon asintió.

—Completamente imposible. Tu hermana te adorará, *mhuirnín*.

Oyeron que alguien llamaba a la puerta y Maria se tensó. Christopher la soltó y se puso a su lado, con una mano en su espalda para ofrecerle su apoyo. Simon fue a abrir.

Pareció como si aquel instante durase una eternidad y cuando entró otro de los hombres de Christopher cubierto de polvo por el viaje, Maria contuvo la respiración. Un segundo más tarde apareció una figura muy menuda. Amelia llevaba un vestido demasiado grande para ella y se detuvo en el umbral. Tenía los mismos ojos verdes que Welton, pero los de ella estaban llenos de inocencia y observaba lo que la rodeaba con suma atención. Entonces su mirada se detuvo en Maria y la recorrió de arriba abajo, con curiosidad y cautela al mismo tiempo. Maria hizo lo mismo y se percató de cómo había cambiado su hermana durante los años que habían estado separadas.

¡Cuánto había crecido! Su menudo rostro estaba aureolado por una larga melena de pelo negro idéntico al de su madre. Pero los ojos de Amelia seguían conservando la misma vivacidad de cuando era pequeña y Maria se sintió profundamente agradecida por eso.

Un sollozo rompió el silencio y Maria se dio cuenta de que había sido ella y se tapó la boca con el pañuelo. La mano que le quedó libre se levantó como si tuviese voluntad propia y tembló con la misma virulencia que le hacía temblar el resto de su cuerpo.

—Maria —dijo Amelia, dando un inseguro primer paso hacia delante y con una única lágrima resbalándole por la mejilla.

Ella también dio un pequeño paso, pero fue suficiente. Amelia echó a correr y eliminó la distancia que las separaba. Se lanzó a los brazos de su hermana con tanta fuerza que Christopher tuvo que sujetar a Maria para evitar que las dos cayesen al

suelo.

—Te quiero —susurró Maria con el rostro escondido en el pelo de Amelia, que no dejaba de mojar con sus lágrimas.

Juntas se arrodillaron hasta quedar sentadas en la alfombra, con las faldas arremolinadas a su alrededor.

—¡Maria! ¡Ha sido horrible!

Amelia sollozó a pleno pulmón, lloraba tanto que era muy difícil entender lo que decía; las palabras fluían sin cesar y prácticamente sin sentido de su boca. Caballos y una pelea, y alguien llamado Colin... Algo sobre que a Colin lo habían matado... y lord Ware y una carta...

—Tranquila —le dijo Maria, acunándola—. Tranquila.

—Tengo tantas cosas que contarte —lloró su hermana.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Maria levantó la vista y vio que Christopher estaba llorando y que Simon tenía los ojos rojos y una mano encima del corazón.

Ella apoyó la mejilla en la cabeza de Amelia y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Tenemos el resto de la vida para que me las cuentes. El resto de la vida...

Epílogo

Alguien tocó con suavidad a la puerta entreabierta, llamando la atención de Simon, que levantó la vista de los mapas que tenía extendidos sobre la mesa.

—¿Sí? —le preguntó al mayordomo, enarcando ambas cejas.

—Hay un joven en la entrada que pregunta por lady Winter, señor. Le he dicho que ni ella ni usted están en casa, pero se niega a irse.

Simon se enderezó.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

El sirviente se aclaró la garganta.

—Diría que es un gitano.

La sorpresa dejó mudo a Simon durante un segundo y después dijo:

—Hágale pasar.

Él aprovechó esos instantes para esconder algunos de los documentos que tenía en la mesa y se sentó a esperar al joven que entró en su despacho segundos después.

—¿Dónde está lady Winter? —le preguntó el chico de pelo negro, con una decisión en los hombros y en la mandíbula que dejaba claro que no iba a irse de allí hasta conseguir lo que quería.

Simon se apoyó en el respaldo de la silla.

—La última vez que recibí noticias tuyas estaba de viaje por el Continente.

El chico frunció el cejo.

—¿La señorita Benbridge está con ella? ¿Cómo puedo encontrarlas? ¿Tiene su dirección?

—Dime tu nombre.

—Colin Mitchell.

—Bueno, señor Mitchell, ¿le apetece tomar una copa? —Simon se puso en pie y se acercó al expositor frente a la ventana, donde había una hilera de botellas de cristal.

—No.

Simon ocultó una sonrisa y sirvió dos dedos de brandy en una copa. Después se dio la vuelta y apoyó la cadera en la consola al mismo tiempo que cruzaba las piernas por los tobillos. Mitchell seguía de pie en el mismo sitio, escudriñando la habitación con la mirada, deteniéndola de vez en cuando sobre algún objeto durante un segundo. Buscaba alguna pista que pudiera ayudarlo a obtener respuesta a sus preguntas. Era un joven muy guapo, de facciones exóticas y atractivas, y Simon supuso que a las mujeres les resultaría irresistible.

—¿Qué harás si encuentras a la bella Amelia? —le preguntó—. ¿Trabajar en los establos? ¿Ocuparte de sus caballos?

Mitchell abrió los ojos de golpe.

—Sí, sé quién eres, aunque Amelia me dijo que habías muerto. —Levantó la copa y vació su contenido. El líquido le calentó el estómago y lo hizo sonreír—. ¿Tienes intención de trabajar para ella y amarla en secreto desde la distancia? ¿O tal vez pretendes tirártela en la cuadra tantas veces como puedas hasta que ella se case o se quede embarazada de tu hijo?

Se apartó del mueble y dejó la copa, preparándose para la previsible —e impresionante— embestida que lo lanzó al suelo. El chico y él rodaron por el suelo, enzarzándose en una pelea. Tiraron la mesilla y rompieron las figuras de porcelana que había encima.

A Simon le llevó sólo unos minutos ganar. Habría tardado menos si no le hubiese preocupado tanto no hacerle daño al muchacho.

—Para —le ordenó— y escúchame. —Ya no estaba de broma. Ahora hablaba completamente en serio.

Mitchell se quedó quieto, pero su rostro siguió reflejando furia.

—¡No se atreva a hablar así de Amelia!

Simon se puso en pie y le tendió una mano al joven para ayudarlo.

—Sólo te he señalado lo obvio. No tienes nada. No tienes nada que ofrecerle, nada con lo que puedas mantenerla, no puedes darle un título ni prestigio.

El modo en que Mitchell apretó la mandíbula y los puños puso en evidencia lo mucho que él odiaba esa verdad.

—Ya lo sé.

—Bien. Veamos... —Simon se colocó bien la ropa y volvió a sentarse detrás del escritorio—. ¿Y si me ofreciera a ayudarte a conseguir todo lo que necesitas para tener a Amelia: dinero, una casa, quizá incluso un título en alguna tierra lejana que encajase con el físico que te ha otorgado tu linaje?

Mitchell se quedó quieto y entrecerró los ojos para observarlo con avidez.

—¿Cómo?

—Verás, estoy involucrado en ciertas... actividades de las que un joven con tu potencial podría beneficiarse. He oído la impresionante historia de cómo estuviste a punto de rescatar tú solo a la señorita Benbridge. Con el entrenamiento adecuado, podrías serme muy útil.

—¿Por qué yo? —le preguntó Mitchell con suspicacia y sin ocultar el sarcasmo. El chico era cínico y a Simon eso le parecía una cualidad excelente. Un muchacho demasiado verde no le serviría de nada—. No me conoce, no sabe de lo que soy capaz.

Él le sostuvo la mirada.

—Sé perfectamente lo lejos que es capaz de llegar un hombre por la mujer que quiere.

—Yo la amo.

—Sí. La amas tanto que estás dispuesto a ir tras ella sin importarte el precio que tengas que pagar por ello. Yo necesito esa clase de dedicación y a cambio me aseguraré de convertirte en un hombre de posibles.

—Eso me llevará años. —Mitchell se pasó una mano por el pelo—. No sé si podré soportarlo.

—Tenéis que daros tiempo para madurar. Deja que Amelia descubra todo lo que se ha perdido durante estos años. Y entonces, si te sigue amando, sabrás que ha tomado esa decisión con el corazón de una mujer y no con el de una niña.

El joven se quedó inmóvil durante largo rato, la indecisión que sentía era casi palpable.

—Inténtalo —le sugirió Simon—. ¿Qué es lo peor que puede pasarte si lo haces?

Al final, Mitchell soltó el aliento y se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—Le escucho.

—¡Excelente! —Simon se apoyó en el respaldo de la suya—. Esto es lo que he pensado...

Agradecimientos

Gracias a mi compañera y crítica Annette McCleave
(www.AnnetteMcCleave.com)

Gracias a mis queridas amigas Renee Luke y Jordan Summers por ayudarme y por estar al otro lado del IM Window.

Gracias a mi familia, que se han pasado huérfanos un año.

Gracias a mi madre, que se ha ocupado del mantenimiento de mi casa mientras yo escribía un montón de libros.

Gracias a mis lectores, sois los más leales, entusiastas y fabulosos que podría pedir cualquier escritora.

Soy una chica con mucha suerte por teneros a todos en mi vida. Y estoy enormemente agradecida.

**Echa una mirada furtiva a
«ÁMAME»**

Londres, 1780

El hombre del antifaz blanco la estaba siguiendo.

Amelia Benbridge no estaba segura de cuánto tiempo llevaba acechándola, pero sabía que la seguía.

Recorrió el perímetro del salón de baile de los Langston con cautela, acompasando los sentidos y los movimientos, y volviendo la cabeza con fingido interés para mirar a su alrededor y así poder observar al desconocido con más detenimiento.

Cada nueva mirada que le lanzaba con disimulo la dejaba sin aliento.

Entre tanta gente, a cualquier otra mujer le habría pasado desapercibido el ávido interés que demostraba aquel tipo. Era demasiado fácil dejarse abrumar por los atuendos, los sonidos y los aromas del baile de máscaras: la deslumbrante diversidad de telas brillantes y vaporosos encajes, la multitud de voces que trataban de hacerse oír por encima de la esforzada orquesta, la mezcla de perfumes y el olor a cera quemada procedente de las enormes lámparas de araña...

Pero Amelia no era como las demás mujeres. Ella había pasado los primeros dieciséis años de su vida bajo vigilancia y durante ese tiempo nunca habían dejado de controlar hasta el último de sus movimientos. Y esa sensación, la que producía saberse observada con tal detenimiento, era una emoción muy peculiar. Jamás podría confundirla con otra cosa.

Y, sin embargo, podía afirmar con bastante seguridad, que nunca la había observado tan de cerca un hombre tan irresistible.

Porque a pesar de la distancia que había entre los dos y de que él llevara oculta la mitad superior del rostro, no cabía duda de que era un hombre irresistible. Su mera figura ya bastaba para llamar su atención. Era alto y estaba muy bien proporcionado, y su elegante ropa se ajustaba a la perfección a sus muslos musculosos y sus hombros anchos.

Cuando llegó a la esquina, Amelia volvió la cabeza para ver dónde estaba él. Se detuvo allí un momento y aprovechó la oportunidad para colocarse el antifaz ante los ojos. Al hacerlo, los lazos de colores que adornaban el mango del mismo se desparramaron por su brazo enguantado. Fingió observar a los bailarines, pero en realidad miraba a aquel hombre, lo evaluaba. A Amelia le pareció justo. Si él podía espiarla, ella también tenía el mismo derecho.

Iba completamente vestido de negro, a excepción de las blanquísimas medias, la corbata y la camisa. Y el antifaz. Una máscara muy sencilla. Sin adornos de ninguna clase, ni pintura, ni plumas. La llevaba sujeta a la cabeza con una cinta de satén

negro. Los demás caballeros de la sala iban ataviados con una interminable variedad de colores para atraer la atención de las damas, pero la rigurosa austeridad de él parecía diseñada para fundirse con las sombras y convertirlo en un hombre corriente, cosa que era imposible. Su pelo negro brillaba con intensidad a la luz de las múltiples velas que iluminaban la sala y parecía suplicar las caricias de unos dedos de mujer.

Y entonces vio su boca.

Amelia inspiró hondo cuando se fijó en ella. Aquella boca era puro pecado. Sus labios, esculpidos por una mano maestra, tenían el grosor perfecto, ni muy gruesos ni muy finos, y eran firmes y descaradamente sensuales. Estaban enmarcados por un fuerte mentón, una mandíbula angulosa y una piel morena. Era muy posible que fuera extranjero. Amelia no podía imaginar el aspecto de su rostro, pero sospechaba que impresionaría a cualquier mujer.

Sin embargo, su curiosidad superaba con creces el plano físico. Su forma de moverse, sus andares decididos pero seductores, su manera de concentrar la atención en su objetivo... Ese hombre no daba pasos en falso ni dejaba que lo afectara la aburrida fachada de la buena sociedad. Era un hombre que sabía lo que quería y que carecía de la paciencia necesaria para fingir lo contrario.

Y en ese momento parecía que lo que deseaba era seguirla. Observaba a Amelia con una mirada tan intensa que ella la sentía resbalar por todo su cuerpo, esconderse entre los mechones de su pelo sin empolvar y bailar por encima de su nuca desnuda. Notó cómo se deslizaba por sus hombros desnudos y se escurría por su espalda. Deseándola.

Era incapaz de imaginar cómo habría atraído su atención. Amelia sabía que era bastante atractiva, pero no era más hermosa que la mayoría de las mujeres que había aquella noche en el baile. Llevaba un vestido bonito, pero su modelo, con sus enaguas de primoroso encaje plateado y delicadas flores hechas con cintas rosas y verdes, no era el más llamativo de la fiesta. Y la verdad era que los hombres que buscaban alguna aventura siempre la descartaban, porque suponían que su larga amistad con el popular conde de Ware acabaría en matrimonio. Por muy despacio que fuera la relación.

Entonces ¿qué querría de ella ese hombre? ¿Por qué no se acercaba?

Amelia se volvió hacia él y se apartó el antifaz de los ojos. Luego lo miró directamente para que no le quedara ninguna duda de que lo estaba observando. Esperaba que sus largas piernas reanudaran el paso y lo llevaran hasta ella. Quería empaparse de todos los detalles: el sonido de su voz, el olor de su colonia y el impacto que le provocaría la proximidad de su poderosa figura.

También necesitaba saber qué quería. Amelia había pasado toda su infancia sin el cariño de una madre. Durante la niñez no dejaron de arrastrarla en secreto de un lugar a otro, cambiándole la institutriz a menudo para que no pudiera forjar ningún vínculo

emocional con nadie. La alejaron de su hermana y de cualquiera que pudiera preocuparse de ella. Por eso desconfiaba de lo desconocido. Y el interés de aquel hombre era una anomalía que precisaba aclaración.

Su silencioso desafío le provocó una repentina y evidente tensión que le agarró todo el cuerpo. El desconocido le devolvió la mirada y ella vio cómo le brillaban los ojos entre las rendijas del antifaz. Transcurrió un buen rato, pero ella apenas advirtió el paso del tiempo: estaba demasiado concentrada, valorando la forma en que él había reaccionado a su gesto. Los invitados pasaban por delante de él y entorpecían momentáneamente la visión de Amelia, pero luego volvía a aparecer. Tenía apretados los puños y los dientes. Ella veía cómo se le elevaba el pecho con cada nueva y profunda bocanada de aire.

Y entonces alguien le dio un golpe por detrás.

—Disculpe, señorita Benbridge.

Ella se volvió sobresaltada y se encontró cara a cara con un hombre con peluca, vestido con satén morado. Amelia murmuró unas rápidas palabras para quitarle importancia al tropiezo y se dio la vuelta a toda prisa para volver a prestar toda su atención al hombre enmascarado.

Pero ya no estaba.

Parpadeó desconcertada. Se había ido. Se puso de puntillas y escudriñó el mar de gente. Aquel hombre era alto, tenía una espalda impresionante y no llevaba peluca, cosa que debería ayudarla a identificarlo, pero fue incapaz de dar con él.

«¿Adónde habrá ido?»

—Amelia.

El grave y refinado murmullo que oyó por encima del hombro le resultó muy familiar y lanzó una rápida y distraída mirada al atractivo hombre que tenía a la espalda.

—¿Sí, milord?

—¿A quién estás buscando?

El conde de Ware imitó su postura y estiró el cuello de la misma forma que ella. Cualquiera otro hombre habría tenido un aspecto ridículo, pero Ware no. Era imposible que alguien como él no estuviera siempre perfecto, desde la peluca hasta la punta de sus tacones con diamantes incrustados, que asomaban un metro ochenta más abajo.

—¿Sería muy ingenuo por mi parte esperar que estuvieras buscándome a mí?

Amelia esbozó una avergonzada sonrisa, abandonó su caza visual y entrelazó el brazo con el de él.

—Estaba buscando un fantasma.

—¿Un fantasma?

Los ojos azules del conde se rieron de ella entre los agujeros de su antifaz de colores. Ware tenía dos expresiones, una de peligroso aburrimiento y otra de cálida

diversión. Y Amelia era la única persona que conocía capaz de inspirar esa última expresión.

—¿Y se trataba de un espectro espeluznante o de algo más interesante?

—No estoy segura. Me estaba siguiendo.

—Todos los hombres te persiguen, querida —dijo él, esbozando una leve sonrisa—. Como poco con la mirada y eso cuando no lo hacen también con las piernas.

Ella le estrechó el brazo con tierna diversión.

—No me tomes el pelo.

—En absoluto. —Arqueó una ceja con arrogancia—. A menudo pareces perdida en un mundo que tú misma has inventado. Y a los hombres les resultan muy atractivas las mujeres que están cómodas consigo mismas. Nos morimos de ganas de deslizarnos en su interior para formar parte de ese mundo.

A Amelia no le pasó por alto el íntimo timbre que percibió en la voz de Ware y lo miró entre las pestañas.

—Eres un diablo.

Él se rio y los invitados que tenían cerca se lo quedaron mirando. Ella también lo hizo. La alegría transformaba al conde. Cuando se reía, dejaba de ser la personificación del tedioso aristócrata aburrido para convertirse en un hombre de vibrante atractivo.

Ware empezó a caminar y la fue guiando con experiencia. Amelia lo había conocido cuando él tenía dieciocho años y de eso hacía ya seis. Había visto cómo se convertía en el hombre que era en la actualidad, había presenciado cómo daba sus primeros pasos en sus aventuras amorosas, y cómo lo habían cambiado sus relaciones con las mujeres, a pesar de que ninguna de sus enamoradas había captado su atención durante demasiado tiempo. Las mujeres sólo veían su exterior, y el marquesado que heredaría cuando falleciera su padre. Y era muy posible que él hubiese aprendido a vivir sólo con esos intereses si no la hubiera conocido a ella.

Pero se conocieron y se convirtieron en amigos íntimos. Y ahora a él le desagradaba cualquier relación que fuera inferior a la que mantenía con Amelia. El conde tenía amantes que le ayudaban a aliviar sus necesidades físicas, pero le gustaba tenerla a ella siempre cerca para saciar sus necesidades emocionales.

Amelia sabía que no podían casarse. Era una verdad no expresada, pero que ambos conocían muy bien. Ware sólo esperaba que llegara el día en que ella por fin se sintiera preparada para traspasar las fronteras de su amistad y pudiese llevarla hasta su cama. Y ella lo quería por mostrarse tan paciente aunque no estuviese enamorada de él. Amelia quería estarlo, lo deseaba cada día que pasaba. Pero amaba a otro hombre y aunque la muerte se lo robó hacía ya algunos años, su corazón le seguía siendo fiel.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Ware, inclinando la cabeza para saludar

a otro invitado.

—En ti.

—Ah, eso es estupendo —ronroneó él, complacido—. Cuéntamelo todo.

—Estoy pensando que creo que me gustaría estar casada contigo.

—¿Eso es una proposición?

—No estoy segura.

—Hum, bueno, nos vamos acercando. De momento me conformaré con eso.

Ella lo observó con detenimiento.

—¿Acaso te estás impacientando?

—Puedo esperar.

La respuesta era imprecisa y Amelia frunció el cejo.

—No te preocupes —la reprendió Ware con suavidad, mientras la guiaba a través de un par de puertas de cristal hacia una terraza llena de gente—. De momento estoy bien, siempre que tú también lo estés.

La fría brisa de la noche le acarició la piel y ella inspiró hondo.

—No estás siendo sincero del todo.

Amelia se detuvo ante la amplia barandilla de mármol y lo miró. Había varias parejas cerca de ellos, conversando sobre distintos temas, pero todos lanzaban miradas de curiosidad en su dirección. A pesar de las sombras que proyectaba la luna tapada por las nubes, la casaca y los calzones de color crema de Ware brillaban como el marfil y atraían miradas de admiración.

—Éste no es el lugar más adecuado para hablar de algo tan delicado como nuestro futuro —dijo él, llevándose la mano a la cabeza para desatarse el antifaz. Cuando se lo quitó, dejó al descubierto un perfil tan noble que bien podría adornar una moneda.

—Ya sabes que a mí eso me da igual.

—Y tú sabes que ése es el motivo por el que me gustas tanto —la provocó, esbozando una lenta sonrisa—. Mi vida está perfectamente ordenada y compartimentada. Todo está en el sitio que le corresponde. Soy un hombre consciente del lugar que ocupa en el mundo y satisfago las expectativas de la buena sociedad escrupulosamente.

—Excepto cuando me cortejas.

—Excepto cuando te cortejo —convino él. Su mano enguantada buscó la de ella y se la cogió. Se cambió de postura para esconder el escandaloso contacto de los ojos curiosos—. Tú eres mi hermosa princesa, rescatada de su torre por un famoso pirata. La hija de un vizconde ahorcado por traición y la hermana de una verdadera *femme fatale*, una mujer de la que se afirma que ha asesinado a dos maridos antes de casarse con uno demasiado peligroso como para poder matarlo. Tú eres mi locura, mi aberración, mi pequeño pecado.

Le rozó la palma de la mano con el pulgar y Amelia se estremeció.

—Y, sin embargo, en tu vida yo cumplo el propósito contrario. Yo soy tu ancla. Te aferras a mí porque soy seguro y cómodo. —Ware levantó la vista para observar a las demás personas que compartían la terraza con ellos. Luego se acercó más a ella y murmuró—: Pero a veces recuerdo a la jovencita que se armó de valor para pedirme que la besara por primera vez, y desearía haber reaccionado de otra forma.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—¿Tanto he cambiado desde entonces?

De repente, Ware dio media vuelta con el antifaz colgado de la muñeca y la mano de Amelia agarrada, y bajó junto a ella un tramo de escalera que conducía al jardín. Un camino de grava bordeaba los pequeños setos de tejo, que a su vez rodeaban un exuberante prado central y una fuente impresionante.

—El tiempo nos acaba cambiando a todos —le dijo—. Pero yo creo que lo que más te cambió a ti fue la muerte de tu querido Colin.

Oír ese nombre afectó profundamente a Amelia y de repente se sintió triste y apenada. Colin era su mejor amigo y después se convirtió en el amor de su vida. Era sobrino de su cochero y de una gitana, pero en el mundo imaginario de Amelia eran iguales. De pequeños fueron compañeros de juegos y más adelante se fueron dando cuenta de que el interés que sentían el uno por el otro había cambiado. Su relación se transformó en algo más profundo y dejó de ser inocente.

Colin se convirtió en un joven cuya exótica belleza y sosegada fortaleza la afectaban de formas para las que Amelia no estaba preparada. No conseguía dejar de pensar en él en todo el día, y por las noches la atormentaban sueños de besos robados. Pero él fue más listo que ella y enseguida comprendió que la hija de un noble y un mozo de cuadra jamás podrían estar juntos. La alejó de su vida, fingió no sentir nada por ella y rompió su corazón adolescente.

Pero al final acabó muriendo por salvarla.

Amelia dejó escapar un suspiro tembloroso. A veces, justo antes de irse a dormir, se permitía pensar en él. Abría su corazón y dejaba salir todos los recuerdos: besos robados en el bosque, la melancolía apasionada y el deseo incipiente. Nunca había vuelto a sentir nada tan profundo y sabía que jamás le ocurriría. Con el tiempo, habían acabado por desvanecerse muchos de sus caprichos infantiles, pero el amor que sentía por Colin se asentó sobre una base muy sólida y se quedó con ella.

Ya no era un fuego que ardía con rabia, pero seguía siendo una suave calidez que anidaba en su corazón. La adoración que sentía por él creció en señal de agradecimiento, después de que Colin diera la vida por ella. Amelia se había visto atrapada entre los hombres de su padre y los agentes de la Corona; si Colin no la hubiera salvado, ella habría muerto. Fue una maniobra temeraria que, por amor, le salvó la vida a expensas de la suya.

—Estás pensando otra vez en él —murmuró Ware.

—¿Tan transparente soy?

—Cristalina.

Le estrechó la mano y ella le sonrió con cariño.

—Quizá pienses que mis reticencias tienen algo que ver con el afecto que sigo sintiendo por Colin, pero en realidad es el afecto que siento por ti lo que me frena.

—¿Ah, sí?

Amelia se dio cuenta de que lo había sorprendido. Se volvieron en dirección a la mansión, siguiendo el tenue trazado del camino. El brillo de la luz de las velas y los maravillosos acordes procedentes de los instrumentos de música escapaban por las muchas puertas abiertas de la casa, animando a los invitados que habían salido a pasear a regresar de nuevo al festejo. Además de ellos dos, había otras muchas parejas que paseaban por los jardines traseros, pero todos se resistían a alejarse demasiado.

—Sí, milord. Me preocupa evitar que puedas conocer al gran amor de tu vida.

Ware se rio con suavidad.

—Qué imaginativa eres. —Sonrió. Estaba tan guapo que Amelia se lo quedó mirando para admirar su belleza—. Admito que siento curiosidad cuando veo esa mirada perdida en tu rostro, pero ése es todo el interés que tengo por los asuntos del corazón.

—No tienes ni idea de lo que te estás perdiendo.

—Discúlpame por ser insensible, pero si lo que me estoy perdiendo es esa melancolía en la que estás atrapada, te aseguro que no me interesa. En ti es ciertamente atractiva y te confiere un aire misterioso que me resulta irresistible. Pero creo que a mí no me sentaría igual de bien. Me parece que a mí se me vería muy desgraciado y no queremos eso.

—¿El conde de Ware desgraciado?

Él fingió un escalofrío.

—Eso es imposible, claro.

—Claro.

—¿Lo ves? Eres perfecta para mí, Amelia. Disfruto mucho de tu compañía. Aprecio tu sinceridad y tu capacidad para hablar con libertad acerca de casi todo. Entre nosotros no existe la incertidumbre ni el miedo a la reprimenda a causa de algún acto descuidado. Tú no puedes hacerme daño y yo no puedo hacerte daño a ti, porque ninguno de los dos atribuimos determinados actos a emociones que no existen. Si me muestro irreflexivo no es porque esté intentando lastimarte y tú lo sabes muy bien. Estoy seguro de que yo valoraré y apreciaré nuestra relación hasta el día que me muera.

Se detuvo cuando llegaron al último peldaño de la escalinata que los llevaría de

nuevo a la terraza. Su breve ilusión de privacidad estaba a punto de llegar a su fin.

Amelia deseaba pasar tiempo a solas con él y eso era un buen motivo para pensar en matrimonio. Lo único a lo que se resistía era a las relaciones sexuales que culminarían sus noches. Seguía persiguiéndola el recuerdo de los febriles besos que compartió con Colin y no quería arriesgarse a sufrir decepciones con Ware. La aterrorizaba la posibilidad de que pudieran empezar a sentirse incómodos. El conde era atractivo, encantador y perfecto. ¿Qué aspecto tendría cuando estuviera acalorado y despeinado? ¿Qué clase de sonidos haría en la cama? ¿Cómo se movería? ¿Qué esperararía de ella?

Pero la fuente de esas reflexiones era la aprensión y no la expectativa.

—¿Y qué me dices del sexo? —preguntó Amelia.

Él volvió la cabeza hacia ella y se quedó inmóvil con un pie en el escalón. La diversión brillaba en las profundidades de sus ojos azules. Dio la espalda a la escalinata y preguntó:

—¿Qué pasa con el sexo?

—¿No te preocupa que pueda ser...? —Amelia se esforzó por encontrar la palabra adecuada.

—No.

Su negación rebosaba seguridad.

—¿No?

—Cuando pienso en practicar sexo contigo, nunca me viene ninguna preocupación a la cabeza. Impaciencia sí. Pero no siento ansiedad. —Salvó la pequeña distancia entre los dos y se inclinó hacia ella. Su voz era un íntimo susurro—. No quiero que dudes por eso. Somos jóvenes. Podemos casarnos y esperar o podemos esperar y luego casarnos. Incluso aunque lleves mi alianza en el dedo; quiero que sepas que yo nunca te pediría que hicieras nada que no desearas hacer. Aún no. —Esbozó una mueca—. Aunque quizá dentro de unos años no me muestre tan comprensivo. Sé que querré reproducirme y tú me resultas muy atractiva.

Amelia ladeó la cabeza con aire reflexivo. Luego asintió.

—Eso está mejor —dijo Ware con evidente satisfacción—. El progreso, por pequeño que sea, siempre es positivo.

—Quizá haya llegado la hora de anunciarlo.

—¡Por Dios, eso es un gran paso adelante! —gritó él con un ímpetu exagerado—. Creo que nos estamos acercando a algo sólido.

Ella se rio y le guiñó un ojo con picardía.

—Seremos muy felices juntos —le prometió Ware.

—Lo sé.

Él se tomó un momento para volver a ponerse el antifaz y Amelia miró a su alrededor mientras esperaba. Siguió el contorno de la barandilla de mármol con la

vista y se topó con una abundante mata de hiedra que trepaba por la pared de ladrillo exterior. Junto a ésta, había una terraza que quedaba un poco más abajo. Era evidente que no la habían iluminado, para evitar que los invitados se alejaran demasiado del salón de baile. Sin embargo, parecía que las medidas disuasorias eran demasiado sutiles para dos de los asistentes. En cualquier caso, el motivo por el que estaban allí no fue lo que llamó la atención de Amelia. Ella estaba más interesada en saber quiénes eran.

Porque a pesar de las espesas sombras que ocultaban esa terraza, enseguida reconoció al fantasma que la había estado siguiendo, gracias al resplandeciente color blanco de su máscara y a la forma en que su ropa y su pelo se fundían con la noche que lo rodeaba.

—Milord —murmuró, alargando el brazo para agarrar el de Ware—. ¿Ves a esos dos caballeros de ahí abajo?

Su amigo miró en la dirección que ella le indicaba.

—Sí.

—El hombre que va vestido de negro es el mismo que parecía estar tan interesado en mí hace sólo un rato.

Ware la miró con seriedad.

—Antes has bromeado sobre el tema, pero ahora estoy preocupado. ¿Te estaba molestando ese hombre?

—No.

Amelia entornó los ojos cuando vio que los dos desconocidos se separaban y se marchaban en direcciones opuestas: el fantasma se alejó de ella y el otro echó a andar hacia donde ellos estaban.

—Y sin embargo hay algo en él que te inquieta. —Ware le colocó bien la mano que ella había posado sobre su brazo—. Y su presencia en la fiesta no deja de ser curiosa.

—Sí, estoy de acuerdo.

—A pesar de los años que han pasado desde que te librate de tu padre, tengo la sensación de que es más sensato seguir siendo cuidadoso. Cuando uno está relacionado con un conocido criminal, cualquier desconocido es sospechoso. No podemos dejar que te siga ningún extraño. —La llevó rápidamente escaleras arriba—. Quizá sea mejor que te quedes junto a mí durante el resto de la noche.

—No hay ningún motivo para tenerle miedo —contestó Amelia, sin mostrar ningún temor—. Creo que lo que más me sorprende es mi propia reacción ante su interés.

—¿Has reaccionado ante ese hombre? —Ware se detuvo ante la puerta y la atrajo hacia sí para apartarla del paso por donde otras personas entraban y salían del salón—. ¿Qué clase de reacción has tenido?

Ella se llevó el antifaz a la cara. ¿Cómo podía explicar que había admirado la poderosa figura y la presencia de aquel hombre sin darle al hecho más importancia de la que merecía?

—Me he sentido intrigada. Quería que se acercara a mí y se diera a conocer.

—¿Debería preocuparme que otro hombre haya conseguido despertar tu imaginación con tanta rapidez?

Su perezosa voz estaba teñida de diversión.

—No. —Amelia sonrió. La complicidad de su amistad no tenía precio—. Igual que yo tampoco me preocupo cuando tú te interesas por otras mujeres.

—Lord Ware.

Ambos se volvieron hacia el caballero que se les había acercado. Su baja y corpulenta figura delataba su identidad a pesar del antifaz: se trataba de sir Harold Bingham, un juez de Bow Street.

—Sir Harold. —Ware le devolvió el saludo.

—Buenas noches, señorita Benbridge —dijo el juez, sonriendo con su simpatía habitual. Era un hombre conocido por su firmeza, pero todo el mundo lo consideraba justo y muy sabio.

A Amelia le caía muy bien y le dejó bien claros sus sentimientos al respecto devolviéndole el saludo con calidez.

Ware se inclinó hacia ella y bajó la voz diciéndole:

—¿Me das un momento? Me gustaría hablarle de tu admirador. Quizá podamos averiguar su identidad.

—Claro, milord.

Los dos caballeros se alejaron un poco y la mirada de Amelia se paseó por el salón de baile en busca de alguna cara que le resultara familiar. Enseguida encontró un pequeño grupo de conocidos y echó a andar en esa dirección.

Pero cuando había dado algunos pasos, se detuvo y frunció el cejo.

Quería saber quién se ocultaba detrás de aquella máscara blanca. La curiosidad la devoraba, arañaba los confines de su mente y la tenía muy intranquila. Aquel hombre la había mirado con tanta intensidad, que tenía clavado en el pensamiento el momento exacto en que sus ojos se habían encontrado.

Dio media vuelta y volvió a salir al jardín trasero. Ahora había muchos más invitados paseando por allí, todos buscando cierto alivio de la multitud. En lugar de ir directamente hacia el camino que había recorrido con Ware, o de dirigirse a la terraza oculta por las sombras, Amelia se fue hacia la izquierda. Pocos metros más adelante, encontró una reproducción de la diosa Venus en mármol, que adornaba un espacio semicircular donde había un banco en forma de media luna. Estaba rodeado por los mismos setos de tejo tan bien podados que cercaban el prado y la fuente y en ese momento estaba vacío.

Se detuvo cerca de la estatua y empezó a silbar una inconfundible melodía destinada a sacar de su escondite a los hombres de su cuñado. Seguía siendo cautelosa y suponía que nunca dejaría de serlo. Era la consecuencia inevitable de ser la cuñada de un conocido pirata y contrabandista como Christopher St. John.

En ocasiones lamentaba la inevitable falta de privacidad que suponía estar vigilada a todas horas. No podía evitar desear que su vida fuera mucho más sencilla y que todas esas precauciones no fueran necesarias. Pero en otras ocasiones, como por ejemplo aquella noche, se sentía aliviada al saber que contaba con aquella protección invisible. Amelia nunca estaba desprotegida, cosa que le permitía ver a su fantasma con una perspectiva muy distinta. El hecho de contar con la cercanía de los hombres de St. John, también le brindaba la oportunidad de pedir ayuda para satisfacer su curiosidad.

Pateó la grava con impaciencia mientras esperaba. Por eso no lo oyó acercarse. Y, sin embargo, lo sintió. La conciencia de su presencia le erizó el vello de la nuca y se volvió rápidamente, dejando escapar un suave jadeo de sorpresa.

Él estaba justo a la entrada del recinto circular: una figura alta y oscura que desprendía una potente energía que parecía reprimir. Bajo la pálida luz de la luna, su negro cabello brillaba como las plumas de un cuervo y sus ojos centelleaban con la misma intensidad que la había empujado a salir a buscarlo. Llevaba una capa larga hasta los pies y el satén gris conformaba un sorprendente telón de fondo para su ropa negra, que le permitió apreciar perfectamente la medida y el poder de su figura.

—Te estaba buscando —dijo ella en voz baja, levantando la barbilla.

—Lo sé.



SYLVIA DAY es autora de más de doce novelas de éxito, muchas de las cuales han ocupado distintos puestos en las listas de los más vendidos y han recibido diversos premios, como el Reviewers Choice Award del *Romantic Times*, el EPPIE, el National Readers Choice Award (el galardón más importante concedido por los lectores estadounidenses), y el Readers' Crown. Ha sido varias veces finalista del RITA, el prestigioso premio que concede la Asociación de Autores de Novela Romántica de Estados Unidos.

Publishers Weekly ha calificado su obra como «una aventura estimulante», mientras que *Booklist* la ha definido como «escandalosamente entretenida». Sus novelas han sido traducidas al alemán, catalán, checo, japonés, portugués, ruso y tailandés.

Antes de dedicarse a escribir novelas románticas, género en el que se ha ganado un indiscutible prestigio, trabajó como traductora de ruso para el servicio de inteligencia del ejército de Estados Unidos.

Sylvia está casada y es madre de dos hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.sylviaday.com